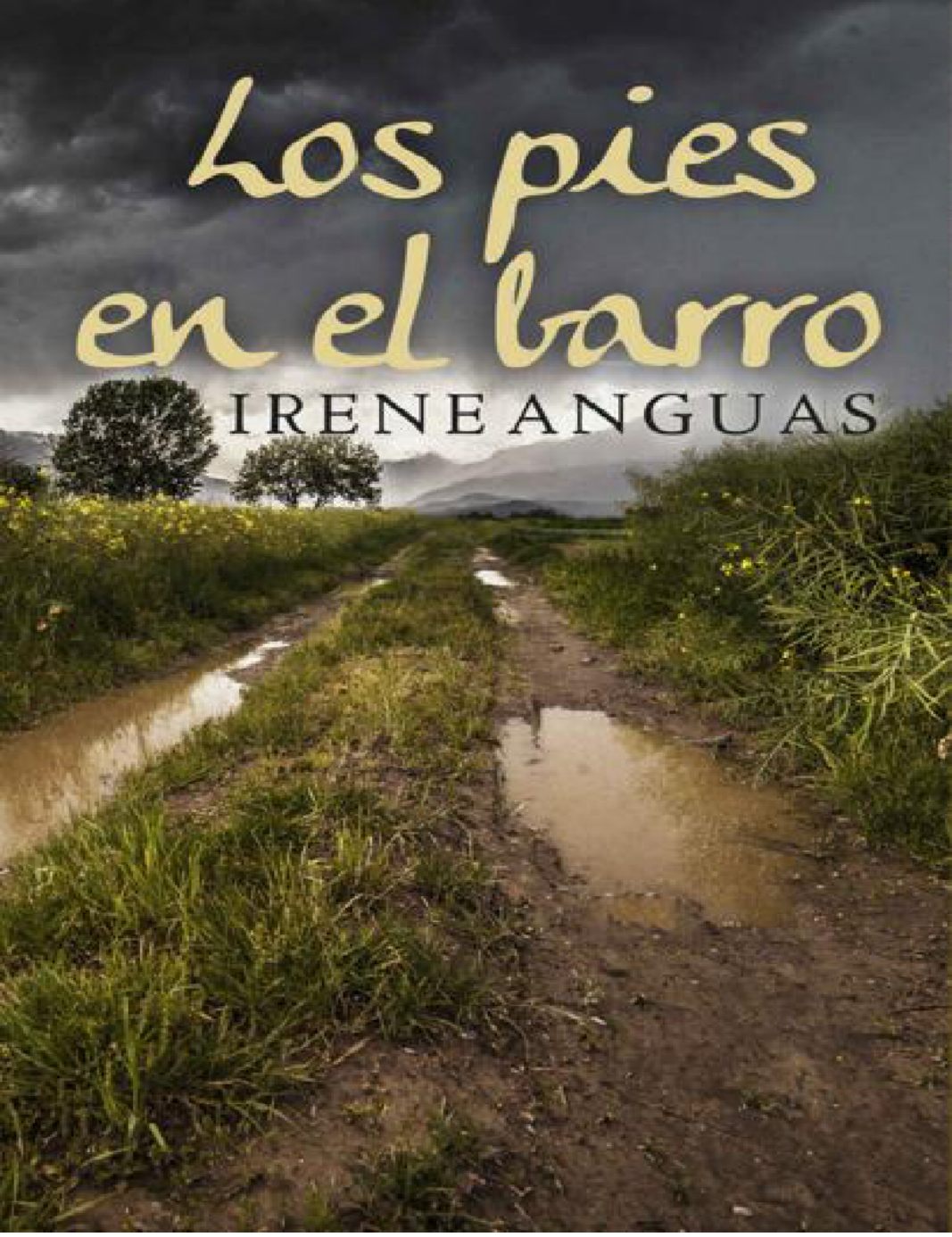
Los pies
en el barro
IRENE ANGUAS

LOS PIES EN EL BARRO

Irene Anguas

© 2021 Irene Anguas Moreno

© 2021 junio, primera edición.
Novela: La Morada de los Sauces
Autora: Irene Anguas
Registrada en la propiedad intelectual de Barcelona.
Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del .
Todos los derechos reservados.

A los dos ángeles que me custodian y a mis dos luceros que me alumbran con sus sonrisas.

1

Elena permanecía inmóvil, fascinada e incrédula, sus enormes ojos negros fijos en la pintura que mostraba el cuadro.

Había llegado a Buenos Aires el día anterior invitada por un canal de televisión nacional para participar en un programa de cultura. Pasó buena parte de la mañana repasando y ordenando el temario que Clara, su representante en la editorial, le había facilitado sobre la entrevista que se emitiría esa noche.

Después de comer decidió salir a dar un paseo con el propósito de templar los nervios. Comenzó a caminar lentamente por las calles adyacentes al hotel en el que se alojaba, se detenía observando escaparates de las tiendas por las que pasaba y poco a poco fue adentrándose en la zona más comercial, hasta que se encontró en la puerta de unos grandes almacenes. Tras dudar unos instantes, decidió entrar, pensó que sería un buen momento para comprar algunos detalles a su familia antes de regresar a España. Cuando terminó, salió a la calle de nuevo, miró su reloj, marcaba las cuatro y cuarto, aún tenía por delante algo más de cuatro horas antes de personarse en los estudios de televisión. Clara le había dicho que la entrevista se emitiría en directo a partir de las diez de la noche, por lo que quedaron en encontrarse sobre las nueve.

Sin prisa, comenzó a caminar en dirección contraria al hotel. Llamaron su atención un par de pinturas expuestas tras la cristalera en la entrada a una galería de arte. Observó el cartel que informaba de los horarios: abierto de 10h a 14h y 16h a 19,30h. Volvió a mirar el reloj. «Todavía tengo tiempo. Será una buena manera de distraer la espera» se dijo mientras traspasaba la puerta caminando hacia el mostrador de información.

—¡Buenas tardes! −saludó dirigiéndose a la empleada.

—¡Buenas tardes! —respondió la chica amablemente—. ¿Desea visitar la exposición?

—Pues sí. ¿Cuánto tiempo me llevará? Parece que es un espacio bastante grande —señaló, mientras recorría la estancia con la mirada.

—La verdad es que sí, pero la duración depende de cada uno. Hay personas que pueden pasar muchas horas observando las obras

detalladamente, en cambio otras, simplemente se conforman con echar una ojeada.

—Está bien, entraré.

Pidió que le vendiera una entrada y la chica le entregó también el folleto con la guía y auriculares.

—Entrando a su derecha se encuentra la primera sala.

—Muchas gracias.

Comenzó a caminar en la dirección indicada. «Creo que he elegido bien la forma de pasar las horas», pensó a la vez que abría el díptico y ponía en marcha el receptor.

Mientras escuchaba la voz que sonaba a través de los auriculares, comenzó a observar con detenimiento la gran cantidad de pinturas, la diversidad de colores avivando o ensombreciendo un paisaje, el cielo en sus distintas tonalidades, desde el azul más intenso a todas las escalas de grises... Pasó una hora y treinta minutos sin que apenas se diera cuenta. «Tendré que acelerar un poco el ritmo si quiero recorrer todas las salas», se dijo al darse cuenta de lo rápido que se le estaba pasando el tiempo.

Antes de abandonar una de las estancias, dio una última ojeada por si se le había pasado por alto algo interesante. Fue entonces cuando reparó en el cuadro que colgaba de la pared, a la izquierda de la puerta que comunicaba con la siguiente sala. Algo de él llamó poderosamente su atención. Su tamaño, de aproximadamente un metro cuadrado, mostraba el retrato de una mujer. En ese momento la voz que sonaba en su oído comenzó a hablar de la pintura: »Retrato de mujer pintado al óleo. Se aprecia claramente lo que el pintor quiere mostrar: la belleza de su rostro. Aunque el artista no solo quiere destacar la armonía de sus facciones, también nos está indicando algo más. Observen la posición de su brazo derecho apoyado con apatía sobre una repisa, la mano izquierda abierta sobre el pecho muy cerca de la garganta y la cabeza inclinada mínimamente hacia un lado, destacando sobre todo la enorme tristeza de su mirada. Con esos detalles, nos está revelando el estado de profunda desazón que invadía a la modelo en aquel momento».

La voz de la informadora continuaba sonando en los oídos de Elena, pero ella ya apenas la escuchaba. Toda su atención se centraba en el rostro que mostraba la pintura. Sin apartar la vista,

caminó unos pasos y se detuvo para examinarlo más cerca. A la vez que iba observando cada detalle, sentía que la imagen le resultaba tremendamente familiar. Miró la firma, pero le resultó ilegible. Una y otra vez se alejaba, lo observaba a distancia y se acercaba de nuevo para volver a escrutarlo minuciosamente.

Elena comenzaba a asimilar con más claridad qué tenía de especial para ella la mujer que la miraba desde el cuadro. A la vez que continuaba el examen sentía que se le erizaba el vello, que los latidos de su corazón se aceleraban por momentos y un sudor frío y pegajoso le humedecía las manos. Se negaba a dar crédito a la asombrosa convicción que acababa de instalarse en su cerebro; era como si los ojos le estuviesen poniendo a prueba su capacidad de asombro, obligándola a hacerse especulaciones desorbitadas; una hipótesis absurda que la estaba llevando a un estado de absoluto desconcierto. «Tiene que haber una explicación. Seguro que mi mente está tergiversando lo que ven mis ojos», se dijo casi enojada con ella misma.

Tras varios minutos más de exploración, dio una última ojeada y se encaminó hacia la salida. Mientras se alejaba no podía evitar volver la cabeza para mirar el cuadro, hasta que cruzó el marco que separaba la sala y este desapareció de su campo visual.

Con el paso más rápido que le permitía el ligero temblor que se había instalado en sus piernas, se encaminó hacia la puerta de entrada donde se encontraba el punto de información.

—Buenas tardes otra vez —dijo Elena volviendo a dirigirse a la misma señorita que la atendió al entrar—. Desearía hablar con el director de la galería, ¿sería posible?

—En este momento no se encuentra, pero puede esperarle si lo desea —contestó la chica.

—Sí, gracias, lo esperaré. ¿Sabe cuánto tardará? —interrogó acuciante.

—En una hora aproximadamente estará aquí.

—¿Por favor me podría avisar cuando llegue?

—Claro, no se preocupe estaré atenta.

Elena, estaba dispuesta a esperar lo que hiciera falta. Se dirigió a un espacio en el que había un par de sillas y se sentó. Un momento

después, se levantó y comenzó a dar pasos rápidos por el vestíbulo. Volvió a sentarse, pero no tardó en levantarse de nuevo. Se sentía nerviosa, y aunque se repetía a sí misma que no tenía motivos para estar en ese estado, a los pocos minutos se levantó y de nuevo comenzó a dar pasos cortos. Atrapada por la impaciencia, la espera se le estaba haciendo interminable. Miraba su reloj una y otra vez incrédula porque los minutos pasaran tan lentamente; el sudor le continuaba humedeciendo las manos y sentía sus nervios, cada vez más, a flor de piel.

En un momento miró hacia el mostrador y descubrió a la recepcionista hablando con un hombre, a la vez que dirigían sus miradas hacia ella. «Creo que es el director», se dijo.

Con paso decido fue a su encuentro.

—¡Buenas tardes! —saludó.

—¡Buenas tardes! —contestó el hombre.

—¿Es usted el director de esta galería?

—Pues sí. Mi nombre es Juan Ignacio Carrizo —confirmó al tiempo que le extendía la mano—. La señorita de recepción me acaba de decir que desea hablar conmigo.

—Sí, es cierto —ratificó ella que, mientras correspondía al saludo, se daba cuenta de la humedad que desprendían sus manos reprochándose no haber pensado en secárselas—. Me llamo Elena Zambrano; he visitado la galería y necesito pedirle un favor. —Buscó las palabras que creyó más adecuadas antes de continuar—. Verá, lo cierto es que desearía información sobre el cuadro que muestra el retrato de una mujer, el que está expuesto en la sala número ocho; mire este —dijo mostrándole el folleto.

—¿Está interesada en comprar el cuadro? Porque si es así, debo decirle que esa pintura, no está en venta —explicó el director mientras la observaba atentamente.

—¡Ah, vaya! lo siento. Aunque lo que de verdad desearía, es conocer al autor o autora de la pintura. Le quedaría muy agradecida si fuera posible que usted me pusiera en contacto con esa persona —guardó silencio unos segundos, pero como no obtuvo respuesta prosiguió—. Por favor, es muy importante para mí.

—Está bien, hablaré con él y le transmitiré su deseo.

—Muchas gracias. —Elena sacó de su bolso una tarjeta y se la entregó—. Aquí tiene mi nombre y mi número de teléfono. Por favor dígale que estaré esperando su llamada.

Se despidieron.

El director se dio media vuelta, ella lo observó alejarse y detenerse ante una puerta en la que, una placa con letras doradas, indicaba: dirección. El hombre empujó la puerta, pero antes de traspasarla, giró la cabeza hacia donde ella se encontraba y le dedicó una breve mirada; era obvio que Elena había despertado verdadera curiosidad en el director.

Cuando lo vio desaparecer tras la puerta, permaneció indecisa unos instantes más, después de un ligero titubeo comenzó a caminar en dirección a la sala donde había visto la pintura. Volvió a examinar de nuevo cada uno de los rasgos de aquella fisonomía punto por punto. La mujer que la miraba desde el cuadro, poseía un rostro más bien grande, ligeramente alargado y un pequeño hoyuelo se hundía en medio de su redondeada barbilla. Sin embargo, lo que más resaltaba eran sus hermosos ojos negros azabache, separados por la nariz con una pequeña redondez en el hueso. El pelo, peinado con raya en el lado izquierdo, era de color muy oscuro, casi negro, ondulado, cayéndole hasta media espalda. Mientras más la observaba, más asombroso le parecía. «Si no fuera porque estoy segura de que es imposible, casi afirmaría que sé quién es esta mujer», pensó.

Elena continuó durante largo rato analizando cada pequeño detalle. Hasta que oyó por megafonía que la galería cerraría en diez minutos. Cuando había dado unos pasos para marcharse, se detuvo y miró a su alrededor; no había nadie más en la sala, entonces metió la mano en su bolso, sacó el teléfono móvil y abrió la cámara. Después de volver a cerciorarse de que nadie la veía, buscó el mejor enfoque y apretó el disparador tres veces desde distinta posición. De inmediato metió el teléfono en el bolsillo y se marchó.

◆◆◆

Ya en la calle, abrió la galería de fotos y buscó las que había hecho «bastante bien», pensó. Miró la hora; en un par de minutos serían las ocho, aún le quedaba tiempo para cenar alguna cosa, pero no tenía hambre, su mente continuaba tan confusa que comenzó a caminar sin rumbo fijo. Debería tener el pensamiento puesto en la entrevista de esa noche, pero le era imposible concentrarse.

Deambuló por distintas calles hasta que se dio cuenta de que había llegado la hora de irse a los estudios de televisión. Paró un , y tras indicarle al sta dónde tenía que llevarla, se recostó en el asiento, cerró los ojos e intentó centrarse en la entrevista, agradeciendo que el conductor no tuviese ganas de intercambiar comentarios.

Cuando llegó a los estudios aún faltaban casi treinta minutos para la emisión del programa. Aunque no tenía esperanza de recibir la llamada que con tanta impaciencia aguardaba, continuó mirando su teléfono a cada instante para asegurarse de que estaba operativo.

Ya en el plató, se propuso no pensar en otra cosa que no fuese el tema que la había traído a Buenos Aires. Al fin consiguió concentrarse.

Al término de la entrevista se sintió bastante satisfecha. A pesar de que había durado menos de lo que en un principio le habían dicho, cuando salió y pudo conectar su teléfono móvil, faltaban quince minutos para las once de la noche. No tenía ninguna llamada, solo un par de WhatsApp a los que, en ese momento, no le apetecía responder.

»Lo mejor será que comience a hacerme a la idea de que, posiblemente, nunca reciba esa llamada«, se dijo mientras abría la puerta de la habitación del hotel, bien entrada la noche. «Mi subconsciente me ha llevado a hacer conjeturas absurdas. Tal vez mañana, si vuelvo para ver el retrato, lo observe desde otras perspectivas y hasta puede que me haga gracia recordar todo lo que se ha formado en mi cerebro. Ahora lo que necesito en realidad es meterme en la cama y dormir, dormir toda la noche.» La verdad era que el *jet lag* le había trastocado las horas de sueño y se sentía completamente agotada. Aun así, no tuvo por menos que volver a mirar las fotos que había hecho al retrato.

A pesar del cansancio, no le resultó sencillo conciliar el sueño. Finalmente, intentando desconectar de la galería de arte y de la imagen de la mujer del cuadro, se durmió sin tener noción del tiempo que había pasado, con los ojos cerrados en la oscuridad de aquella habitación a miles de quilómetros de su casa.

La despertó el sonido del teléfono. Le llevó unos segundos tomar conciencia de dónde se encontraba, entonces buscó el móvil y lo abrió. Oyó la voz de su padre:

—Elena hija, ¿te he despertado?

—Sí, pero no importa. No sé qué hora debe ser. ¿Pasa algo papá?

—Pues, según he calculado, allí deben ser las nueve y media, más o menos. Y no hija, no pasa nada, solo quería saber cómo fue la entrevista televisiva.

—Pues fue muy bien, ya te contaré.

—Y, ¿qué día me dijiste que volvías?

—El viernes, vuelvo el viernes.

—Bueno pues hasta el viernes. Cuídate.

—Hasta el viernes papá. Un beso.

Cuando cortaron la comunicación salió de la cama, fue al baño y se metió bajo la ducha. Mientras sentía el placer del agua resbalar por su cuerpo, su mente comenzó a rememorar lo acontecido el día anterior en la galería de arte. A la conclusión que finalmente llegó, fue que había sobrevalorado la similitud que vio en el rostro de la joven del cuadro. No obstante, la curiosidad y la intriga continuaron ancladas en su cabeza, mientras le daba vueltas a cómo abordaría aquel tema con el pintor, si al fin recibía su llamada.

Fue al desconectar el secador del cabello y cesar el ruido, cuando escuchó el sonido del teléfono. Con paso rápido se acercó a la mesita de noche, pero cuando apretó la tecla para contestar, la conexión ya había finalizado. Miró la llamada perdida: «Ah, era Juan Carlos, más tarde lo llamaré», se dijo más decepcionada de lo que querría reconocer.

Volvió a entrar en el baño y comenzó a darse unos toques de maquillaje. No tenía prisa, había quedado con Clara a las cinco de la tarde y hasta entonces intentaría distraer la espera de algún modo «lo que no haré es volver a la galería de arte», se propuso con firmeza. Aunque la verdad era que no estaba segura si conseguiría reprimir el impulso.

Después de vestirse continuó yendo y viniendo por la habitación: ordenó en el armario la ropa que se había puesto el día anterior, se asomó a la ventana y estuvo observando el trajín de la calle… Al fin, al notar un vacío en el estómago, se puso la chaqueta, se colgó el bolso en el hombro y cogió el teléfono de encima de la mesita, entonces, al percibir la vibración en la mano, comprendió que seguía impaciente por recibir la llamada del pintor. El número que

reflejaba la pantalla era desconocido. Respondió.

—Sí, ¿dígame?

—¿La señora Elena Zambrano? —preguntó una voz de hombre.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Alejandro Pereira. El señor Carrizo me ha comentado que se interesó por un cuadro de mujer que hay expuesto en la galería.

—Sí, es cierto —se limitó a contestar Elena.

—¿Me puede decir en qué se centra su interés? —Sin esperar que ella le respondiera, continuó—, porque como ya le informó el director, ese no está en venta.

—Lo sé, lo sé. Aunque he de aclararle que no estoy interesada en su compra —guardó silencio unos instantes intentado encontrar las palabras para explicarse—. Lo cierto es que siento una gran curiosidad por esa pintura.

—Y, ¿a qué se debe su curiosidad?

—Pues verá, es un tanto difícil de explicar. Tal vez si usted pudiese dedicarme unos minutos para que hablemos personalmente, se lo podría aclarar con todo detalle. De veras que le estaría muy agradecida.

—Está bien. No dispongo de mucho tiempo, pero esta mañana a las doce tengo un hueco libre, si le parece bien podríamos vernos a esa hora.

—Sí, claro que sí. Es usted muy amable. Dígame el lugar y allí estaré.

Después de que Elena tomase nota, se despidieron. Pero antes de colgar el hombre le preguntó:

—Es usted española, ¿verdad? Lo digo por su acento. —Ella se lo confirmó y él sin más, colgó.

◆◆◆

La breve conversación telefónica había dejado a Elena más excitada de lo que deseaba reconocer. Instantes después salió de la

habitación, tomó el ascensor y al llegar a recepción escribió en *Google Maps* la dirección que le había dado el pintor. Pensó hacer el trayecto en taxi, pero miró la hora y comprobó que aún tenía una hora por delante, así que decidió ir caminando. Al pasar por la puerta de una cafetería y percibir el olor del café, recordó que no había tomado nada desde las 14h del día anterior. El primer pensamiento fue entrar, pero antes de traspasar la puerta, cambió de opinión y continuó caminado. Según el plano que marcaba la pantalla de su móvil, solo le faltaban dos travesías para llegar a su destino. «Tomaré alguna cosa en la cafetería donde hemos quedado, de ese modo no me arriesgo a llegar tarde», pensó.

Cuando entró en el local eligió una mesa que estuviera bien visible desde la puerta. De inmediato se acercó una chica y le pregunto qué deseaba tomar, ella pidió un café con leche y un trocito pequeño de un pastel que estaba expuesto en la vitrina. Había perdido el apetito, pero se obligó a comérselo. Mientras permanecía a la espera, de pronto recordó la llamada de Juan Carlos, cogió el móvil con la intención de llamarlo, pero reparó en la diferencia horaria. «Lo llamaré por la tarde», se dijo mientras volvía a meter el teléfono en el bolso. En ese momento, el pretexto del horario la eximía de hacer algo que no le apetecía demasiado.

No tenía ni idea del aspecto físico que tenía la persona a la que estaba esperando, solo sabía que era un hombre y por su voz dedujo que era joven. En cualquier caso, lo que más anhelaba era que ese hombre le diera una explicación coherente para que cesaran sus especulaciones. Miraba a todo aquel que entraba en el local a la expectativa de que él la descubriese. La única pista que ella le había dado, era que tenía el pelo moreno, largo y rizado.

Faltaban unos minutos para las doce cuando, en un momento dado, reparó en la figura del hombre que traspasaba la puerta e inspeccionaba todo el salón. No tardó en descubrirla. Se acercó lentamente y cuando estuvo junto a su mesa se dirigió a ella.

—No me equivoco, ¿verdad? Es usted Elena Zambrano.

—No, no se equivoca —afirmó Elena al tiempo que se ponía en pie.

—Soy Alejandro Pereira —dijo él a la vez que le tendía la mano.

—Mucho gusto y gracias por venir —le respondió ella correspondiendo al saludo.

Elena le invitó a sentarse y ambos lo hicieron. La camarera se acercó y él pidió que le sirviera un café solo. Después de que la chica se alejara, permanecieron en silencio unos instantes, luego fue Alejandro el que comenzó a hablar.

—Bueno, ¿qué desea de mí? Si no le mueve el deseo de comprar la pintura, ¿no cree que debería decirme porqué tiene tanto interés en ella?

Elena alzó la cabeza y durante un momento lo miró fijamente a los ojos.

—Es muy posible que mi pregunta le parezca una intromisión, pero ¿me podría decir quién es la mujer de cuadro?

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Qué le mueve a indagar sobre ella? ¿Y por qué yo debería darle explicaciones?

—Por favor, míreme. ¿No le parece que hay un gran parecido entre esa mujer y yo? —se quedó callada mientras su interlocutor la observaba.

Elena sentía un nudo en el estómago y no era tan solo por la incomodidad que le representaba que aquel desconocido la examinara con tanta atención, sino por lo que pudiera decir a continuación. Aquella situación le estaba resultando más difícil de lo que había pensado. La tomaría por una desequilibrada, por una lerda que necesitaba llenar su tiempo libre. Entonces lo escuchó decir.

—Es obvio que esa mujer no es usted. Pero tiene razón, hay una gran similitud entre ambas. —Permaneció pensativo un momento y a continuación añadió—: En cualquier caso, he de decirle que yo no soy el pintor de ese cuadro.

Con la sorpresa dibujada en su rostro, Elena lo observó atentamente intentando procesar sus palabras a la espera de que continuara. Sin poder resistir más, le preguntó:

—¿Entonces quién es usted y por qué ha venido?

—Como ya le dije, me llamo Alejandro Pereira; soy nieto de Darío Pereira, el autor de esa pintura y sé que ese retrato fue pintado hace muchos años, por eso le puedo asegurar que es imposible que la mujer del cuadro y usted, sean la misma persona.

Elena intentó controlar su expresión para que el hombre no advirtiera que, a pesar de que eso ya lo daba por hecho, en el fondo y como algo increíble, esa revelación la había decepcionado. «¿Qué otra cosa cabía esperar?», se dijo censurándose por lo absurdo de ese sentimiento.

—Sabía que era imposible, yo no podía ser la mujer del cuadro. Tal vez, incluso el parecido tan solo sea una apreciación mía. Lo siento, siento haberle hecho perder su tiempo. A veces la imaginación nos puede hacer ver cosas que no son reales —dijo intentando justificarse.

—No se preocupe, sus dudas están justificadas. Verá, expuse a mi abuelo su interés por el cuadro y tras preguntarme por su nombre y su nacionalidad, fue él quien me pidió que viniera a verla.

—¡¿De verdad?! —exclamó Elena con el desconcierto reflejado su rostro.

—Sí, claro. Aunque no me dio más explicaciones. Si le digo la verdad, no tengo ni idea de qué pasa por su cabeza.

—¿Y por qué no ha venido su abuelo personalmente?

—Por distintas razones; en primer lugar, porque yo soy el que lleva todos sus asuntos, en segundo lugar, porque es un hombre muy mayor y porque, además, le aquejan varias enfermedades que le impiden salir de casa.

—¡Ah, vaya! Lo siento —contestó Elena con sinceridad.

—En cualquier caso, le contaré lo que hemos hablado y él podrá decidir. Quizás desee entrevistarse con usted.

—Estoy segura de que me resultará muy agradable hablar con él.

Alejandro dio por finalizada la conversación, pagó la cuenta y se levantó, pero antes de marcharse se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Me puede decir a qué ha venido a mi país y si se quedará mucho tiempo?

—Es un viaje comercial y solo estaré unos días —respondió escueta.

Cuando Alejandro se hubo marchado, Elena aún continuó un

buen rato más en la cafetería envuelta en sus cavilaciones. Ella no tenía nada que ver con la mujer del cuadro y este, además, no estaba en venta. Entonces, por qué el pintor había pedido a su nieto que fuese a verla. ¿Qué había detrás de aquella petición? Eso no tenía modo de saberlo. Eran unas preguntas que tal vez no recibirían respuesta: Alejandro se había marchado sin dejar un modo de contacto. «No seré yo la que vuelva a importunar al director de la galería», se dijo. Así que, si había algo detrás de todo aquello, la oportunidad de saberlo había desaparecido junto al nieto del pintor.

En el trascurso de la tarde, Elena pasó la mayor parte de las horas reunida con su representante. La conversación que mantuvieron se basó casi por completo sobre la cuestión que la había llevado a Buenos Aires, y en ese tema intentó concentrar toda su atención las horas siguientes.

Cuando salió aún dio un paseo antes de entrar en un restaurante para comer. A pesar de que se había propuesto apartar de sus pensamientos la entrevista con Alejandro y de todo lo que tuviese relación con el cuadro, sin que apenas se percatara de ello, volvía a rememorar la conversación sostenida. Hasta que, al fin, tras haber dejado en el plato buena parte de la comida, cuando se estaba tomando el último sorbo de café, se lo planteó firmemente. «Se acabó, esto no tiene sentido», se dijo exhalando una respiración profunda. Luego, tras pagar la cuenta, se levantó y salió del restaurante.

Un par de horas más tarde, cuando traspasaba la puerta giratoria y entraba en el hotel, el teléfono comenzó a sonar dentro de su bolso. «!Dios! Seguro que es Juan Carlos. He olvidado por completo que debía llamarle.» Convencida como estaba de que era su novio, descolgó sin mirar el número que le mostraba la pantalla.

—¿Señora Zambrano? —preguntó la voz desde el otro lado de la línea.

—Sí, dígame.

—Soy Alejandro Pereira, mi abuelo me ha pedido que le transmita su deseo de verla.

—Muy bien, será un placer —se limitó a contestar ella.

—Claro que sería usted la que tendría que venir a nuestra casa.

—No hay problema. Dígame a qué hora y dónde he de dirigirme. —Elena sacó de su bolso un bolígrafo y anotó la dirección.

—¿Le iría bien mañana sobre las once?

—Sí, allí estaré.

—Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cuando subió a su habitación, lo primero que hizo fue llamar a Juan Carlos. Después de disculparse por no haberlo llamado antes, alegando que había estado muy ocupada, le explicó muy por encima cómo le había ido en la entrevista de televisión, los acuerdos a los que había llegado con la representante de la editorial, y terminó diciéndole que se lo contaría con más detalles cuando volviera a España. Para nada le habló de la galería de arte, ni de la pintura que había visto, ni de la conversación que mantuvo con el nieto del pintor, tampoco de la visita que le haría al día siguiente.

◆◆◆

Quince minutos antes de la hora acordada, el se detuvo justo en la dirección que le había dado Alejandro. Elena pagó el trayecto, bajó del vehículo y se acercó a la puerta.

La casa estaba situada en uno de los barrios más selectos de la ciudad. Tenía unos gruesos muros que la ocultaba a las miradas de los transeúntes. Dos hermosas verjas daban acceso al parking y a la entrada principal. «En un lugar así, esta casa debe valer una fortuna», pensó mientras la contemplaba desde fuera.

No llamó al timbre hasta cinco minutos antes de las once. Cuando lo hizo la verja se abrió y ella comenzó a andar por el sendero que conducía hasta la puerta de entrada. Toda la casa estaba rodeada por un jardín sembrado de campanillas tropicales y flores de acebo, cuyas fragancias penetraron en las fosas nasales de Elena. Le abrió una mujer de unos cincuenta años que la condujo hasta un salón y le indicó que aguardara allí, el señor la recibiría en unos instantes. La mujer se alejó y al momento apareció el nieto del pintor.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días.

—Sígame por favor −le indicó amablemente—. La acompañaré para que conozca a mi abuelo.

Cruzaron el salón y se encaminaron a la escalera que conducía al piso superior.

—Ha de saber que su situación es delicada. Como ya le comenté, es un hombre mayor y se encuentra muy enfermo, por lo que no deseo que esta entrevista le suponga un cansancio excesivo que luego tuviéramos que lamentar —le advirtió mientras avanzaban por un largo pasillo.

Alejandro llamó con dos toques muy suaves a una puerta de dos hojas, y sin esperar respuesta la abrió y le cedió el paso. Era una habitación espaciosa y muy luminosa. El anciano se encontraba sentado en una gran butaca cerca de la ventana, dándole media espalda a la puerta de entrada. Colgando en el lado derecho del sillón, había una pequeña bombona de oxígeno de la que salían unos tubitos de plástico que se introducían en las fosas nasales del hombre. Sentada al otro lado, se encontraba una mujer con uniforme de enfermera y un libro abierto en sus manos. Al verlos entrar la mujer cerró el libro, dio los buenos días, se puso en pie y abandonó la habitación. Alejandro se acercó al anciano.

—Abuelo, te presento a Elena Zambrano —dijo a la vez que, con la mano le indica a ella que se acercara.

Elena salvó la distancia con unos pasos tímidos, mientras que el anciano giraba un poco la cabeza para poder verla de frente.

—Es un placer conocerla.

—El placer es mío, señor Pereira —respondió.

—Os dejaré solos. Pero abuelo recuerda que no debes fatigarte.

Cuando Alejandro se marchó, el anciano agudizó los ojos y la miró de arriba abajo con la curiosidad de las personas mayores, ya exentas de formalismos. Con un ademán le pidió que se sentara. Ella ocupó el sillón que había ocupado la enfermera. Permaneció en silencio esperando que su ingenio le ayudase a encontrar las palabras adecuadas para dirigirse al anciano. No necesitó pensar demasiado puesto que fue él quien inició la conversación.

—Me ha comentado mi nieto que está interesada en la mujer pintada en el cuadro.

—Sí, es cierto. Por algún motivo, esa pintura me trasmite algo enigmático.

El anciano se ajustó las gafas y volvió a observarla más detenidamente. Fue un insistente examen que la hizo sentir incómoda. Cuando el hombre apartó sus ojos los dos permanecieron callados durante unos minutos. Sentada en el filo del sillón con las manos juntas sobre su regazo, Elena se mantenía expectante, no se atrevía a hablar para preguntarle si él veía lo mismo que vio ella cuando miró la pintura. Fue el anciano pintor el que le dijo:

—Por favor, ¿podría recogerse el cabello detrás de la cabeza?

La petición la sorprendió de tal manera que titubeó unos instantes antes de seguir sus instrucciones.

—Mire hacia su lado derecho, ahora al izquierdo. Es cierto —afirmó, después de repasar todos los rasgos de cada lado de su rostro—, aun habiendo transcurrido un salto tan largo en el tiempo, nunca he visto a dos personas con unas facciones tan semejantes.

—¿Me está diciendo que esa pintura no es reciente?

—No, claro que no, hace años que no pinto. Ese retrato lo hice en mi primera época de artista, después de un viaje a España. Y de eso han pasado más de setenta años.

Aquella respuesta sembró expectación en Elena, un misterio que se sentía incapaz de evaluar y necesitaba que el hombre la ayudase. Lo miró abiertamente y comprendió las dificultades físicas que soportaba el anciano. A duras penas podía mover los músculos de la cara: las articulaciones de brazos, manos y dedos, las tenía casi rígidas y suponía que igual estarían las de sus piernas. Aun así, no pudo por menos que incitarlo a que continuara.

—Señor Pereira, sé que no se encuentra bien, pero por favor, ¿me podría dar algo más de información sobre esa mujer?

—No se preocupe no estoy tan mal como puede parecer −dijo como restándole importancia a sus dolencias−. Cuando llegamos a esta edad tenemos que dejar de luchar contra lo imposible y aprender a aceptar la realidad. ¿Qué quiere saber?

—¿Quién es esa mujer? ¿Cómo y dónde la conoció?

—Es una larga historia que ocurrió hace mucho tiempo.

—Se lo ruego, háblele de ella —le pidió impaciente—, y si percibe que comienza a fatigarse, pare, yo puedo esperar.

—Antes desearía hacerle una pregunta. ¿Además de usted, alguien más de su familia comparte ese parecido?

—La verdad es que yo no conozco a nadie −respondió intentando hacer memoria.

El hombre la observó nuevamente. Luego, tras un corto silencio dijo:

—No tengo inconveniente en contarle cómo y dónde conocí a la mujer del cuadro, aunque… —se quedó callado como si reflexionara sobre algo que se le acababa de ocurrir— ¿Sabe? Deseo hacerle una proposición.

—Hable por favor —le rogó ella.

—Bueno, más bien es una petición: me gustaría que usted escribiera lo que yo le cuente.

A Elena le cogieron tan por sorpresa aquellas palabras que no supo qué decir.

—¿Qué me responde? ¿Estaría dispuesta a ello? —incitó el anciano.

—Pues no sé, comprenda que es una proposición que no me esperaba.

—Si necesita pensarlo, lo entenderé.

—¿Cuánto tiempo nos llevaría? En breve tengo que volver a España y…

—He sabido que es usted escritora. Como puede ver, a mí no me queda mucho tiempo, por lo tanto, tendríamos que dedicarle unas horas cada día antes de que me abandonen las escasas fuerzas que me quedan —observó la mirada interrogante de ella y se animó a continuar—. Eso sí, yo tendría que remontarme en mis recuerdos muchos años atrás para que usted pudiera entender el fondo de la historia, comenzar desde el principio, y le prevengo que es muy probable que le resulte aburrida.

Al principio, Elena quiso tomarse unos instantes antes de

responder, sin embargo, acto seguido, se escuchó así misma diciendo:

—Estoy segura de que no será así. Aunque sí deseo aclararle que no soy escritora, solo una simple aprendiza. No obstante, si usted está dispuesto, yo también lo estoy. ¿Qué le parece si vuelvo mañana con mi ordenador y comenzamos?

—¿Por qué no lo hacemos hoy mismo? Ahora. Su teléfono debe tener grabadora, luego puede recuperar la grabación y transcribir lo que yo le cuente.

—De acuerdo —aceptó ella, a la vez que introducía la mano en el bolso y sacaba el móvil.

—Hay otra cosa que debe saber —dijo como para ponerla en antecedentes—, se lo contaré como a mí me llegó, a través de otras personas, eso sí, con total certeza y autenticidad. ¿Lo ha entendido?

—Creo que sí —ratificó ella a la vez que ponía la grabadora en marcha y dejaba el teléfono encima de la mesita cercana a él−. Comience cuando quiera.

El señor Darío Pereira miró a Elena a través del iris entelado de sus ojos y observó su mirada alentadora. A continuación, tras un ligero titubeo, cerró los ojos como si necesitara de toda su concentración, y tras un par de respiraciones, lo más profundas que le permitían sus pulmones, comenzó su relato.

2

Alumbrados por la tenue luz de un candil, Casiano y sus cuatro hijos, se fueron sentando en unos taburetes de madera inestables y destartalados. Igualmente, corroída se encontraba la mesa en la que Teodora, la madre, había puesto unos cuencos y les servía la sopa de ajo que había cocinado para la cena de esa noche.

La familia de Casiano Agudo vivía en un cortijo situado en la falda de Sierra Morena. Se componía del matrimonio y cuatro hijos: Angelina con dieciocho años, era la única chica y la mayor de los hermanos, le seguía Anastasio, a punto de cumplir los diecisiete y a continuación, los mellizos Isaac y Claudio que tenían trece.

Casiano nació cuando faltaban dos años para que comenzara el siglo XX. Sus primeros cinco años los vivió junto a su padre, ya que su madre había muerto en el parto al venir él al mundo. De ese espacio de tiempo apenas podía recordar cuatro cosas. Lo que sí podía recordar, y lo hacía con frecuencia, era el día en que murió su padre. Fue él quien lo encontró abrazado a un saco de bellotas, con medio cuerpo dentro del comedero de los cerdos. Corrió desde las cuadras, todo lo que le permitieron sus piernecillas, el interminable camino que le separaba de Broncales de la Sierra, el pueblo en el que vivían. A la primera persona que encontró, le dijo que su padre tenía la cabeza dentro del comedero, que no contestaba cuando lo llamaba y que no podía moverlo.

Casiano recordaba muy bien el cuerpo desvanecido ya sin vida de su padre. Muerto de repente, había oído que decían cuando consiguieron sacarlo. Tan poco olvidaría, cómo unos hombres dejaban caer el ataúd en una fosa muy profunda a la que fueron echando paladas de tierra, hasta que la caja quedó cubierta por completo. No, ese momento nunca podría olvidarlo. Aunque lo que más le dolía era que, el paso del tiempo, había logrado difuminar de su memoria el rostro de su padre; el rostro de la única persona que lo había querido y protegido con absoluta y verdadera abnegación.

De regreso del cementerio el sacerdote que ofició el pequeño responso, lo tomó de la mano y le dijo que era un niño muy valiente porque apenas había llorado. Era cierto, durante el entierro había permanecido muy serio y callado, pero en ese momento las lágrimas

ya corrían por la cara del pequeño Casiano. El cura se detuvo, sacó del bolsillo de su sotana un pañuelo, le secó la cara y limpió sus mocos, luego continuaron caminando en silencio un buen rato por el camino de tierra que conducía al pueblo. Cuando comprobó que la mano del pequeño se relajaba entre las suyas, comenzó a explicarle, de la forma más sencilla que le fue posible, la situación en que se encontraba y lo que había pensado hacer con él. Le dijo que como su padre había muerto y no tenía ningún otro familiar, intentaría buscarle alguna familia que se hiciera cargo de él. El niño apenas entendía muy bien lo que el cura le decía, ni por supuesto la transcendencia que tendría en su futuro, pero las lágrimas le volvieron a manar con más intensidad. El hombre volvió a pasar el pañuelo por sus rojizas mejillas y sin decir nada más llegaron al pueblo. No tuvo que pasar mucho tiempo para que el pequeño comenzara a darse cuenta de lo que representaría para él quedarse huérfano con tan solo cinco años.

Después de muchos años Casiano también recordaba con bastante claridad, el día que viajó durante horas a lomos de un burro, agarrado muy fuerte de la cintura de Eusebio, el guarda que se cuidaba de la finca El Pedralejo, propiedad de los señores Duarte.

Eusebio se quedó viudo cuando aún no hacía un año que se había casado. Una terrible enfermedad se llevó a su mujer, embarazada de su primer hijo. Tras la fatal tragedia, el hombre buscó un lugar apartado del mundo donde ahogar su pena, y desde entonces, con la única compañía de su perro Nero, el cortijo El Pedralejo fue durante varios años, el refugio para su reclusión voluntaria en una soledad casi absoluta.

La vida cambió para Eusebio cuando un día se acercó a Broncales a buscar provisiones y la casualidad hizo que se cruzara con el cura párroco. Después del habitual intercambio de saludos, el cura abordó el tema del niño, le dijo que había perdido a sus padres y que necesitaba a alguien que se hiciera cargo de él. Y como si de pronto se le hubiese encendido una luz en su mente, el cura le propuso que fuera él quien lo hiciese, alegando que a ambos les haría bien la compañía mutua. En ese momento la propuesta desconcertó de tal forma a Eusebio que no supo qué responder, así que solo dijo que lo pensaría. Pero se sorprendió a sí mismo, cuando poco antes de regresar cortijo, se personó en la iglesia y le dijo al cura que ya lo había pensado y que se llevaría al chiquillo.

Ambos entraron en la sacristía. Eusebio se arrodillo ante el pequeño y le preguntó si le gustaría ir con él. No obtuvo respuesta,

solo percibió una mirada triste que le partió el corazón. Entonces se incorporó y con una de sus manos tomó la del niño y con la otra le dijo adiós al cura. Acto seguido salieron de la sacristía. A partir de entonces el compasivo y triste viudo terminó convirtiéndose en un segundo padre para el chico.

Juntos trabajaban horas interminables con poco que llevarse a la boca. De Eusebio, el guarda del cortijo El Pedralejo, aprendió Casiano todo cuanto sabía de las labores del campo. Poseían caracteres afines; los dos intentaban conformarse con las cartas que les habían tocado en el reparto que les brindó la vida.

Fue otro duro golpe para el muchacho, cuando encontró a Eusebio estirado en el surco de tierra junto al arado y la mula. No hizo falta que un médico diagnosticara insolación como la causa de su muerte, de sobra era sabido de qué forma achicharraba el sol en aquellos barbechos.

A la muerte de Eusebio, Casiano, con diecisiete años, pasó a convertirse en el guarda de la finca y a llevar él solo el peso de todas las labores que necesitaban las tierras.

A parte de los cinco años junto a su padre, no había vivido en otro sitio que no fuese en el cortijo El Pedralejo, al servicio de los señores Duarte; primero con don Julián padre y años después con don Julián hijo.

Habían pasado muchos años desde la llegada de Casiano al cortijo, pero las cosas en aquellos latifundios no experimentaron demasiados cambios. Más bien no habían cambiado nada, pensaba él. Y todo seguía igual cuando años más tarde, se casó y fueron llegando sus cuatro hijos. El hombre continuaba pasando penalidades para sacar adelante a su familia.

◆◆◆

A la muerte de don Julián, la finca pasó a manos de don Julián hijo, único miembro masculino de la familia. El matrimonio tenía tres hijas más, pero según la opinión del padre, las mujeres no estaban capacitadas para llevar las riendas de las tierras. Y así lo hizo constar en su testamento. A ellas las dotó de otras propiedades: casas en Broncales de la Sierra, otras en la capital, *etc.* La esposa continuaría viviendo en el domicilio en el que habían vivido desde que se casaron: una hermosa mansión que ella había heredado de sus padres.

Cuando el Señorito se hizo cargo de su herencia, comenzó a hacer cambios. De la gran cantidad de fanegas de tierras que tenía la finca, solo una pequeña parte, se aprovechaba como pastoreo o para el cultivo de cereales, el resto era baldío, comido por la maleza y el monte bajo. Una de las primeras cosas que hizo el señorito Julián, fue contratar a unos aparceros como leñadores. La familia de aparceros estaba compuesta por el matrimonio y tres hijos varones en edad de trabajar. Ellos se cuidarían de desmontar de maleza las laderas para después, cuando estuvieran limpias, poderlas utilizar para el sembrado.

Esa contratación le salía al dueño verdaderamente rentable; los leñadores arrancaban los matorrales y con lo que extraían hacían carbón o picón, según el grosor de la leña, después lo vendían y sacaban algo de rendimiento a ese trabajo agotador. A cambio, don Julián solo tenía que ofrecerle una vivienda para la familia dentro del cortijo, algo que no era difícil. De ese modo, el dueño se iba haciendo cada vez con más terreno productivo sin que tuviese que invertir una sola peseta.

A pesar de que la gran casa labriega que ocupaban los señores durante algunos meses de verano y en las temporadas de caza, era bastante antigua y estaba bien acondicionada, don Julián hijo también se ocupó de su renovación, convirtiéndola en una vivienda mucho más moderna y confortable.

Por supuesto, no sería en esa casa donde se alojarían los leñadores, algo distante, había otra construcción, mucho más modesta, habilitada expresamente para los jornaleros. Esta se componía de un recinto bastante grande que se utilizaba como cocina-comedor, con una chimenea en un extremo: en las tres paredes restantes, se repartían cinco habitáculos, ocultos con cortinas de sacos en la entrada, a modo de dormitorios. Aunque la mayor parte eran utilizadas para guardar la leña, aperos de labranza, *etc.* Cuando llegaron los leñadores, el patrón dio orden de que desalojaran dos de esas estancias para que las pudieran utilizar los nuevos habitantes del cortijo.

En la más grande, la familia puso dos camastros para los cuatro hermanos y la más pequeña, la ocuparon los padres. A parte de una cama donde apenas podían dormir dos personas, poca cosa más cabía en aquel cuchitril. Un cuartucho igual era el que ocupaba Casiano para él solo desde que Eusebio murió; y eso era todo un privilegio.

Unos años más tarde, cuando poco a poco fue necesario contratar a un par de muleros para labrar la tierra, ya desmontada, y algunos jornaleros eventuales para la siembra y recolección de los cereales, Casiano propuso a don Julián construir un par de habitaciones más para poder darle alojamiento. A pesar de que, en un principio se negó, alegando que había espacio suficiente si se trasladaban a las cuadras la leña y los aperos de labranza del cuarto donde estaban en ese momento, después de mucho refunfuñar, accedió a que se levantaran cuatro paredes y se dividieran en tres compartimentos.

—Eso sí —dijo tajante—, la cocina actual es suficientemente grande, así que todos tendréis que compartirla.

Después de las largas jornadas, la cocina se convirtió en el lugar que servía de reunión a los trabajadores. Alrededor de la candela solían compartir lo sucedido durante el día y, si a alguno aún le quedaba fuerzas, se lanzaba a contar historias. Si bien de todos era sabido que, la mayoría de esas historias, eran fruto de la imaginación del narrador, quienes las escuchaban, disfrutaban de ellas y, sobre todo, les servían para evadirse de la rutina miserable en la que vivían.

También al poco tiempo don Julián incrementó considerablemente el número de ovejas que ya tenía en la finca. Si hasta entonces era Casiano el que, entre otras labores, había cuidado de los animales, cuando el señorito compró las ovejas y el rebaño se multiplicó por cuatro, no le quedó más remedio que contratar a un pastor.

El pastor, un hombre de unos cuarenta años, llegó con su esposa y dos hijos, una niña de siete y un chico de de doce, que ayudaba a su padre con el ganado. La familia no se alojaba en la casa, pues el hombre puso como condición a don Julián que tenía que permitirle construir un chozo solo para los suyos. Con la llegada primero de la familia de leñadores, más tarde la del pastor y finalmente el porquero, el cortijo El Pedralejo se fue convirtiendo en una comunidad donde convivían todas las personas que iban llegando.

Uno de los años que se necesitaron braceros para la temporada de la siega, don Julián contrató a un matrimonio con cuatro hijas. De una de ellas, la mayor, Teodora, se enamoró Casiano por primera vez y para toda su vida.

Aunque Casiano apenas había tenido oportunidad de relacionarse con muchachas de su edad, en los últimos años, desde que en la

finca se contrataban cuadrillas de jornaleros, sí había conocido alguna que otra, pero lo cierto era que nunca se había interesado por ninguna de ellas. Eso cambió para él el día que conoció a Teodora Fuentes. Lo supo desde que la vio por primera vez, cuando se cruzaron sus ojos y ella le obsequió con esa mirada alegre y tierna que consiguió agitarle todo su ser.

Teodora poseía una belleza muy especial. Algo más alta de lo que era habitual para una mujer; el pañuelo o sombrero de paja que solía llevar puesto, enmarcaban un rostro armonioso, un pequeño hoyuelo dividía su barbilla bajo unos labios bien dibujados, aunque lo que más destacaba eran sus preciosos ojos, grandes y negros como el azabache. En las contadas ocasiones que se quitaba el pañuelo, dejaba caer sobre sus hombros un cabello largo y rizado del mismo color que los ojos.

Una sola vez había recreado Casiano sus ojos en la belleza de su larga melena. Tras los portones de las cuadras, pasó un buen rato completamente embelesado observando como ella sacaba agua del pozo, echaba la cabeza hacia adelante, dejaba caer el agua por encima de su cabeza y se enjabonaba el pelo. Y continuó extasiado mientras Teodora dejaba que se secara bajo los últimos rayos de sol. «Nunca he visto una mujer tan hermosa», pensó después de que ella volviera a recogerse el pelo bajo la nuca.

No obstante, a pesar de que realmente Casiano se sentía tremendamente atraído por ella, ese año terminó la temporada de la siega y no ocurrió nada entre ellos, simplemente se limitaba a observarla esperando que ella reparara en él. A ninguno les quedaba apenas tiempo libre después de las largas jornadas, pero lo habrían encontrado si él se hubiese atrevido a cortejarla. «Tal vez ya tenga novio», se decía para justificar su falta de decisión. Cuando indagó y supo que no era así, ya se estaba metiendo el grano en los graneros y Teodora junto con su familia tuvo que marcharse.

Ese mismo año, cuando llegó la recolección de aceitunas, Casiano se ocupó de que don Julián contratase a la misma cuadrilla de jornaleros que habían hecho la siega. Fue al verla de nuevo, cuando se convenció de que deseaba pasar el resto de su vida con la muchacha más bonita que había visto antes, y cuando finalmente se atrevió a decirle que se casara con él, Teodora lo aceptó sin dudarlo un momento.

—Quisiera pedirle un gran favor —le dijo Casiano un día a don Julián, cuando este volvía de dar un paseo a caballo. Se dio cuenta

de que apenas le prestaba atención, aun así, continuó hablando—. Verá, tengo intenciones de casarme, y… bueno, en fin, que me gustaría, si usted me lo permitiese, construirme mi propia vivienda.

—Ya tienes una vivienda —le contestó medio distraído.

—Sí, pero quisiera tener una para vivir solo con mi familia.

—Y, ¿cuándo piensas hacerla? En la finca hay mucho trabajo y no creo que te quede tiempo para hacer otras cosas.

—Me ayudará el pastor, me gusta el chozo que él mismo se hizo cuando vino con su familia, yo tendría suficiente con algo así.

—Veo que lo tienes todo pensado, pero has de saber que incluso para hacer una chabola, se necesitan materiales —le increpó el patrón mientras daba una palmada en los flancos del caballo—. Además, no quiero que te alejes de la casa grande.

—Por eso no se preocupe señor, el sitio que he elegido es la ladera del encinar, como sabe, se encuentra a pocos pasos de la casa, también está cerca de la que ocupamos los trabajadores. Y por los materiales tampoco tiene que preocuparse, en la sierra alta hay gran cantidad de piedras para las paredes y en la ribera del río, suficientes cañas para el techo.

No es que el señorito tuviese temor de perder un buen trabajador si se negaba a concederle la petición, su desmedido orgullo no le permitía albergar esa mínima duda, pero no deseaba tener un solo quebradero de cabeza con ese tema, así que le entregó la rienda del caballo y le dijo mientras se alejaba:

—Está bien, hazte esa choza que tanto deseas, que no se diga que no soy generoso con mis trabajadores, pero que no me entere yo, que desatiendes tus obligaciones —indicó a modo de conclusión cuando ya salía por la puerta de las cuadras.

Dos meses después de acabar la temporada de las aceitunas, Casiano y Teodora se casaron. El noviazgo fue corto, además de que los dos se habían enamorado de verdad, cada cual tenían sus propias necesidades: él porque ansiaba compartir su vida con esa mujer maravillosa, y ella porque eran cuatro hermanas y si una se marchaba de casa, en la familia habría una boca menos que alimentar.

La vivienda que Casiano se construyó era un poco alargada, de

unos treinta pasos de larga por diez de ancha, con el suelo de tierra batida y todo en un ambiente. En el extremo que utilizarían para cocinar habilitó una pequeña chimenea con el fuego en la tierra, y en la parte más alejada, puso un camastro para dos personas. Esa zona más recogida la separó Teodora mediante una cuerda de la que colgó una manta. La vivienda era verdaderamente humilde, pero se sentían orgullosos, porque sería solo para ellos y porque tenían la ilusión y la esperanza de poder pasar allí los mejores momentos de su vida. El matrimonio lo convirtió en su hogar y continuó siéndolo durante muchos años, cuando fueron llegando sus hijos y Teodora tuvo que poner más cuerdas y mantas para hacer otras pequeñas separaciones.

Durante algunos años en la finca El Pedralejo se habían ido ampliando las actividades labriegas. Fueron buenos tiempos, sobre todo para el patrón, puesto que a medida que se incrementaban sus ingresos, también el patrimonio de la familia crecía considerablemente. No ocurría lo mismo con los jornaleros que trabajaban las tierras, ellos poco o nada notaban el progreso.

Todo quedó paralizado en el cortijo cuando estalló la Guerra Civil Española.

◆◆◆

El pintor Pereira, llevaba largo rato hablando con la mirada perdida en un lugar de la pared que tenía frente a sus ojos. Elena no se había atrevido a moverse en su asiento por temor a interrumpir su relato. Pero llegado a ese punto, el anciano dio un suspiro, cerró los ojos y se quedó callado. Elena se incorporó y paró la grabadora.

Entonces el hombre puso los ojos en la ventana, simulando que toda su atención se centraba en las hojas de los árboles que veía moverse a través de los cristales, y así se mantuvo durante varios minutos. En una ocasión su nieto había entrado muy despacio, pero al comprobar que su abuelo estaba absorto en su relato, y después de intercambiar una mirada con Elena, dio media vuelta y salió de la habitación. También la enfermera había abierto la puerta y asomado la cabeza con intención de controlar la situación o por si el anciano necesitaba de sus servicios; cuando se cercioró de que todo parecía estar en orden, se marchó. Si el hombre reparó en las interrupciones no dio muestras de ello.

El corazón de Elena se había ido conmoviendo a medida que escuchaba aquella historia, primero con el dolor de Eusebio por la

muerte de su esposa, luego con las lágrimas del pequeño Casiano por la pérdida de su padre, y siguió emocionada con el amor entre Casiano y Teodora. No era ficción llevada al cine en una película, ni la narrativa de una novela, ni mucho menos le parecía posible que para el señor Pereira fuese el momento de ponerse a inventar historias, ni por supuesto que estuviera dispuesto a perder su tiempo con una desconocida. Por eso ella creía lo que el hombre le había dicho al comienzo, cuando le aseguró que conoció a la mujer del cuadro, que esa historia estaba basada en la realidad, y que había ocurrido hacía mucho tiempo y que cuanto él le relatara era completamente cierto. «Es que pone tanto sentimiento, tanta pasión en cada una de sus palabras, que no puede ser una invención», pensó mientras esperaba que el anciano reanudara el relato.

¿Qué había en aquella historia que a ella la hacía permanecer expectante y con el deseo de querer saber más? El anciano parecía estar meditando en completo silencio, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sillón. En la habitación apenas se escuchaba el sonido de sus respiraciones. Fue en ese momento cuando Elena comenzó a preocuparse por el enfermo, no obstante, continuó callada. El hombre entreabrió los ojos, aspiró intensamente para permitir que entrara algo más de aire en sus pulmones y, fue entonces, al fijar de nuevo su mirada en la ventana, cuando ella se atrevió a hablar.

—Señor Pereira, ¿desea que lo dejemos para mañana? No quisiera que esto le produjera una fatiga excesiva.

Como si su voz le hubiese despertado de un letargo, como si acabara de descubrir su presencia, giró la cabeza y la observó con sus ojos pequeños y enrojecidos. A continuación, se removió en su sillón; carraspeó, alargó la mano, cogió un vaso con agua, se lo llevó a la boca y bebió dos sorbos. Cuando volvió a dejarlo encima de la mesita, se tomó unos segundos antes de responder.

—No se preocupe por mí, me encuentro bastante bien, pero si es a usted a quien le aburre mi relato, puede marcharse cuando le apetezca.

—¡No, por favor, ni mucho menos! Aunque sí me gustaría preguntarle algo —dudó un momento antes de hacerle la pregunta que llevaba haciéndose desde hacía un buen rato—. Tengo conocimiento de muchos sucesos que acaecieron en la España de aquellos años, pero no comprendo por qué usted desea contarme esta historia.

—La verdad es que yo tampoco lo entiendo. Tal vez solo haya sentido la necesidad de compartir con una persona desconocida, unos sucesos que anteriormente solo había explicado muy por encima.

—Por favor, prosiga cuando lo desee —pidió Elena después de escuchar su argumento.

En ese momento sonaron unos suaves golpes en la puerta, y, sin esperar respuesta, entró la enfermera. Se acercó disculpándose por la interrupción y le dijo al anciano que era la hora de tomar su medicación, fue hasta un pequeño armario, buscó entre los medicamentos, de una de las cajas sacó una pastilla y se la ofreció junto con un vaso de agua, él le dedicó una mirada de fastidio, pero se la tomó. A continuación, la mujer les preguntó si necesitaban alguna cosa, ellos negaron agradeciendo su gesto y la enfermera volvió a marcharse.

Cuando estuvieron de nuevo a solas se mantuvieron callados durante unos minutos. A pesar de que el anciano le había dicho que era una historia larga y que probablemente la aburriría, la verdad era que, de momento, no se lo parecía, por eso tenía la esperanza de que no tuviera que esperar demasiado para conocer el desenlace.

No tenía muy claro si debía romper el silencio y optó por no decir nada, así que se acomodó mejor en su asiento, entrecruzó las manos y las dejó caer encima de sus piernas. Igualmente, el anciano buscó la postura más cómoda que le ofrecía su sillón, luego cerró los ojos unos instantes, como si temiera olvidarse de algunas cosas que más tarde no fuera capaz de enlazar. Poco a poco, su mirada se fue perdiendo a medida que avanzaba y se adentraba en lejanos recuerdos. Cuando logró cruzar la niebla de su memoria y encontró el punto donde se había detenido, hizo un leve gesto con la cabeza para que Elena conectara la grabadora; entonces reanudó su relato.

3

La Guerra demencial que arrasó España significó una desolación para el país, una disputa sin sentido para la mayoría de los españoles, una contienda que, si bien en un principio parecía que quedaría zanjada en un corto espacio de tiempo, se alargó durante tres largos años. Los hombres en edad de combatir fueron movilizados, las ciudades se vieron desabastecidas y los campos se quedaron sin hombres jóvenes que labraran las tierras. Si los jornaleros siempre se habían visto y deseado para conseguir un jornal, a medida que avanzaba la Guerra, les resultaba mucho más difícil llevar algo de sustento que paliara el hambre de su familia.

También en el cortijo El Pedralejo las cosas iban de mal en peor: los jóvenes estaban en el frente y buena parte del ganado de don Julián fue requisado para abastecer a las tropas. El pastor se quedó en el cortijo sin apenas ganado al que cuidar, y al porquero, que fue contratado por el comité para cuidar de los cerdos, no le quedó más remedio que abandonar la finca y seguir a las tropas, llevándose con él a su esposa y a los hijos más pequeños.

No ocurrió lo mismo con la familia de Casiano, ningún miembro estaba en edad de ir al frente, los hijos eran demasiado pequeños y él algo mayor, así que por el momento se iba librando, aunque no podía saber hasta cuándo.

Tampoco don Julián estaba en edad de combatir, pero se presentó voluntario y se unió a las tropas sublevadas, no obstante, él no fue al frente; por su rango y señorío estuvo todo el tiempo con los mandos principales. De modo que cuando el ejército rebelde se alzó con el poder, don Julián pasó a ser un alto cargo del gobierno franquista.

El Pedralejo permaneció en un completo abandono. Al no labrarse las tierras, los olivos apenas daban aceitunas y, para las pocas que crecían, no había molinos en las que hacer el aceite. Tampoco se encontraban semillas de ningún cereal para plantarlas. Los campos se tornaron improductivos y agrestes, Casiano hacía lo que podía para mantener algo de cultivo, pero eso no era suficiente.

No obstante, Casiano estaba convencido de que permanecer en el cortijo era lo mejor para su familia, el campo tenía recurso que él

sabía aprovechar: podía cazar algún conejo o liebre, pescar en el río, coger berros en su cauce, *etc.* Además, también tenían una cabra y tres gallinas, que todas las noches guardaban en una cueva que habían construido algo apartada del chozo, para mantenerlas a resguardo de los habituales robos.

Si la guerra trajo años difíciles, no fueron menos los que vinieron después. La familia de Casiano continuaba en el cortijo malviviendo con lo poco que tenían.

—Tal vez pensaréis que soy demasiado conformista, pero lo cierto es que me considero un hombre afortunado —dijo el padre un día —. Sí, estoy convencido de que esta familia lo es, a pesar de las estrecheces que pasamos.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Tú no te das cuenta? —le rebatió su esposa—. No tenemos donde caernos muertos, nada de lo que nos rodea nos pertenece, todo es del amo.

—Es cierto, pero, aun así, yo creo que sí tengo mucho que agradecerle a la vida: te tengo a ti, a mis hijos —dijo a la vez que pasaba sus ojos por cada uno de ellos—. Aunque nuestra ropa esté hecha girones estamos vivos, hemos permanecido a salvo de esta maldita guerra.

Si alguno de los hijos pensaba diferente ninguno expuso su opinión. Durante la cena todos permanecieron en silencio.

—Padres, ¿verdad que anoche estuvieron aquí? —preguntó Claudio, uno de los mellizos, cuando terminaron y se encontraban alrededor de la candela.

—¡Síííí!, baja la voz —recriminó la madre.

—¡Pero madre!, quién va a escucharnos —protestó Anastasio.

—Hasta aquí, en estos campos dejados de la mano de Dios, puede haber oídos que estén alerta —intervino el padre.

—Ni que los árboles o los matorrales tuviesen oídos. Si somos dos familias en varios quilómetros a la redonda —se quejó Angelina, la hija.

—Aun así, sobre ese tema lo mejor es cerrar la boca —sentenció enérgica la madre.

—Bueno, pero… ¿estuvieron o no? —Quiso saber Isaac, el otro mellizo.

—¡Pues sí que estuvieron! —afirmó en voz baja el padre.

—¡No tenemos comida para nosotros y vienen a que les demos! —protestó la hija sacando parte de su genio.

—Sabéis que los contrarios al régimen que se echaron al monte, tienen que vivir de lo que les dan aquí y allá —terció el padre.

—¡Pues que les roben a los ricos y no a cuatro desgraciados que no tenemos nada más que miserias! —exclamó exaltado Anastasio —. Hace casi dos años que terminó la guerra. ¡¿Por qué no los dejan en paz ya de una vez?!

—Cada vez quedan menos. Ellos dicen que están cruzando a Francia por los Pirineos, pero yo creo que pocos lo consiguen. Las fuerzas del orden del nuevo gobierno continúan haciendo batidas cada cierto tiempo y no pararán hasta aniquilarlos a todos.

Y es que a los campesinos que vivían a las faldas de la sierra, de vez en cuando, los visitaban alguna de esas partidas para hacerse con alimentos, y si no lo conseguían por las buenas, acababan empleando la fuerza. Y lo peor de todo, era que también los visitaba la Guardia Civil. Entonces interrogaban a las familias amenazándolas para que delataran a los desertores de la justicia si no querían que se tomaran represalias contra ellos. Se encontraba en medió de los dos fuegos, así que lo mejor era cerrar la boca y negarlo todo. Aunque eso no evitaba que vivieran en constante alerta, no solo pasaban las penurias del campo, sino que también vivían atemorizados por las amenazas de ambos lados.

Poco a poco el cortijo se fue recuperando y en los últimos años ya había comenzado a ser más productivo. Sin embargo, los trabajadores que labraban las tierras continuaban beneficiándose más bien poco de esa prosperidad. La huerta era sobre todo la que más recompensa ofrecía. Abastecía con creces a los propietarios de producto que en ella se cultivaba. Con las visitas frecuentes que hacían los señores, llevaban un exhaustivo control de lo que se sembraba, y una vez por semana, uno de los jornaleros tenía la misión de acercarse al pueblo para llevar a sus habitantes los productos que se recogían.

—Menudo día hemos tenido hoy con la visita de don Julián —comentó Casiano.

Al hombre le dolían todos los huesos, enderezó la espalda echando los hombros hacia atrás y se dejó caer en el taburete con alivio.

—Como siempre que viene —apuntó su esposa.

—Y eso que solo se ha quedado un día. Me ha dicho que en tres semanas volverá pero que vendrá acompañado de ocho o diez personas más —añadió a la vez que metía la cuchara en la sopa y se la llevaba a la boca.

—¡Qué! —exclamó Lina—. ¡Pero si no traen alguna persona para el servicio, solo estamos madre y yo para ocuparnos de todo!

El padre continuó llevándose la cuchara a la boca mientras su esposa y sus hijos esperaban que continuara con la explicación.

—Ha pasado el día dándome órdenes y machacando sobre todos los preparativos que hemos de llevar a cabo, para las dos semanas que piensan quedarse. Según ha explicado, además de toda la familia, en esta ocasión, también acudirán dos invitados amigos del señorito José Luís.

—Como se ha levantado la veda, seguro que vendrán con la intención de cazar —especuló la madre—, pero nunca se había juntado tanta gente.

—¡Esto es injusto! Para esos animales y para nosotros —profirió Anastasio en un ataque de rebeldía. Dejó la cuchara sobre la mesa y se levantó de un salto.

—En esta vida hay muchas cosas que son injustas —sentenció el padre con voz resignada.

—Y si existe alguna justicia, no está en la vida que nosotros vivimos —apuntilló la madre.

—Pero por qué tenemos que resignarnos a vivir esta clase de vida. Yo no le temo ni le huyo al trabajo, bien lo sabéis, pero esto no es trabajo, esto es esclavitud. No me importaría partirme la espalda las horas que fueran necesarias, si con eso madre pudiese poner un buen plato de comida en la mesa, pero no es así. La mayoría de los días, solo tiene tocino o morcilla para ponerle a los garbanzos. Si no fuera por lo que nos provee el campo, no probaríamos la carne en todo el año. ¿No os dais cuenta? —exclamó al tiempo que miraba a sus padres y a sus hermanos—. Los patronos

tienen servidumbre a cambio de un escaso sustento. Somos nosotros los que cargamos con el zurrón lleno con sus buenas viandas y sus buenos vinos, ¡y ni tan siquiera se les ocurre ofrecernos un trago! Somos nosotros los que pateamos los campos para espantar a todos esos animales y obligarlos a correr en la dirección que ellos se esconden con sus cananas y sus brillantes rifles. ¡Les resulta tan fácil abatir a esos animalillos huidizos! Y lo peor de todo, es cuando tenemos que ensartarlos por la cabeza para que los señoritos puedan presumir de sus trofeos. —Cuando comprendió que un nudo rasposo comenzaba a desgarrarle la garganta, se agachó para avivar la lumbre—. No tardaré mucho tiempo en poner tierra de por medio y me marche de aquí para no volver jamás —afirmó tajante.

No era la primera vez que la familia había escuchado al muchacho criticar la opresión que soportaban las familias que subsistían bajo el predominio de los terratenientes, pero en esa ocasión, sus palabras no solo expresaban la verdad que todos conocían, sino que las había dicho con exaltada vehemencia, exteriorizando la impotencia y la rabia acumulada dentro del alma de un muchacho que aún no había cumplido los diecisiete años. Y es que, a pesar de su juventud, Anastasio de sobra ya había comprendido lo que significaba la injusticia. Nadie dijo una sola palabra, solo el chisporrotear que los leños emitían al arder, rompían el silencio instalado entre los miembros de la familia.

◆◆◆

En el cortijo todo estaba dispuesto para recibir a los señores, Casiano y su familia se habían ocupado de ello. Cada uno conocía cuál era su cometido. Aunque no sabían con exactitud los hombres que saldrían a cazar, calcularon que como mínimo serían cinco, dos más que otros años si contaban con los amigos del señorito José Luís.

Los cuatro varones se encargaron de todo lo relacionado con el tema de la montería, reconstruyendo los puntos de vigilancia que se derribaron durante el invierno. Las dos mujeres limpiaron y revisaron de arriba abajo toda la casa: encalaron las paredes que se habían enmohecido, sacaron las mantas al sol para que se ventilaran, apalearon los colchones, lavaron sábanas, mantelerías… y finalmente sacaron brillo a las baldosas rojas del suelo.

Llegado el momento, el padre se ocuparía de tener los caballos bien cepillados y ensillados al alba, para que estuviesen dispuestos cuando los señoritos bajasen a las cuadras. Claudio, el hijo mayor,

se ocuparía de cargar el burro con todo lo que iban a necesitar y conducirlo hasta los puestos donde se resguardaban. El día que tocaba perdices, los mellizos se pateaban los matorrales y las espantaban para que fueran abatidas durante el vuelo. Y si tocaba la caza de conejos, los chicos subirían a las lomas más altas y las sacarían de sus madrigueras, para que los cazadores azuzaran a los perros y de ese modo, obtener sus trofeos.

Era tanta la rebeldía que Anastasio acumulaba dentro que, cuando se ponía furioso, le asaltaban unos pensamientos que no podía confesarle a nadie. «Ellos sí que se merecen esos disparos, por muy seres humanos que sean. ¡Si no fuera porque no debo ponerme a su altura, me dan ganas de coger uno de sus rifles y descargarlo sobre el mal nacido del señorito José Luís!». Sí, eso pensaba el chico cuando escuchaba al señor hablar de sus proezas durante las cacerías. Pero, al momento, reaccionaba y desechaba la idea. Actuar de ese modo, lo convertiría en un asesino, y él no era una mala persona.

A mediados de septiembre, cuando el asfixiante calor del verano se resistía a desaparecer, llegó la comitiva con los señores a El Pedralejo. Nadie imaginaba entonces que tiempo después, se perturbaría la vida de Casiano y su familia.

Dos coches negros con una buena capa de polvo del camino, aparcaron en la explanada que se extendía delante de la casa grande. El primero en bajar fue el conductor, que se apresuró a abrirles la puerta a don Julián y a doña María Teresa, su esposa. Por la otra puerta bajó el prometido de la hija mayor, la señorita Teresita, a quién tendió la mano para ayudarla a que saliera. Del otro coche bajó el señorito José Luís, con una muchacha amiga de la familia y dos hombres jóvenes que Casiano no había visto antes. Todos enfilaron por el sendero empedrado que llevaba hasta la entrada, mientras el conductor y toda la familia de Casiano comenzaron a bajar de los techos y los maleteros, la gran cantidad de equipaje que transportaban.

A media tarde todos los señores ya se encontraban bien acomodados en sus aposentos.

—Señor, ¿tienen intenciones de salir a cazar mañana? —preguntó Casiano a don Julián.

—¡Pues claro! Espero que esté todo dispuesto.

—Sí señor, no se preocupe que todo está dispuesto. ¿Y cuántos serán? Lo digo para saber los caballos que tengo que ensillar.

—Cinco, seremos los cinco hombres que hemos venido, saldremos a la caza de las perdices, ya sabes lo que tienen que hacer tus hijos… Y, por cierto, diles a tu mujer y tu hija que llenen bien los zurrones, que quizás no volvamos hasta bien entrada la tarde.

—Está bien señor, así lo harán.

Teodora y Angelina no habían parado desde el alba, y continuaban afanándose en la cocina recogiendo ollas, platos, cubiertos, *etc.* con la seguridad de que no les quedaría un momento de respiro antes de ponerse con la cena. Ni tiempo ni ganas tenían de comentar nada sobre los señores y sus invitados, aun así, la chica dijo a su madre:

—Los amigos del señorito no parecen de por aquí, tienen un acento raro.

—Creo que don Julián le dijo a tu padre que son extranjeros —se limitó a contestar la madre con desinterés.

—Pero hablan nuestro idioma —apuntó la chica.

Si Teodora la oyó no contestó, su cabeza cavilaba en sobre la cantidad de trabajo que aún les quedaba por hacer.

Al día siguiente, cuando los señores volvieron de la cacería, traían las caras ensombrecidas pues no había sido un día fructífero. Solo uno de los amigos del señorito no compartía el descontento de los demás, incluso durante la cena, cuando Angelina le servía la comida, la obsequió con una amplia sonrisa.

—Los señores estaban diciendo que mañana también saldrán a cazar —dijo Lina a su madre.

—Querrán recuperar lo de hoy ¡menudas caras traían! Espero que el patrón no lo haya pagado con tu padre y tus hermanos.

—El único que estaba de buen humor era uno de los amigos del señorito, el más joven. Ha dicho que a él no le gusta eso de la cacería y que tal vez mañana no vaya con ellos. Parece muy simpático, aunque el otro es mucho más guapo —comentó Lina como para ella misma.

—Anda, anda y déjate de tonterías, bastante nos incumbirá a nosotros quién es más feo o más guapo; lo que a nosotros nos tiene que importar es terminar cuanto antes con todo lo que tenemos que recoger en esta cocina, así que abrevia.

Cuando madre e hija abandonaban la casa grande, las señoras ya se habían retirado a descansar y los hombres apuraban sus copas y cigarros en el salón. Al salir a la oscuridad de la noche, vieron brillar una lucecita en el quicio de la puerta; uno de los amigos del señorito, el mayor, daba largas caladas a su cigarrillo.

—Buenas noches —le desearon las dos mujeres.

—Buenas noches, que descansen —correspondió él en tono amable.

—Pues también parece amable —susurró la chica cuando se alejaron unos metros.

—Todos parecen muy caballeros cuando están de buen humor, pero si les tuercen el talante, terminan comportándose como verdaderos energúmenos, no te puedes fiar de su simpatía —apuntó la madre algo crispada.

◆◆◆

El Pedralejo permanecía en plena actividad desde que llegaron los patronos. Durante los diez días que llevaba allí, la familia de Casiano no había tenido un momento de respiro. Además de atender todo lo concerniente al trabajo de la finca, el padre y los hijos tenían que acompañar a los señores en las cacerías, y la madre e hija en los cuidados de la casa y cuanto requerían las señoras.

—Según parece, la señorita Teresita y su prometido se encuentran tan a gusto, que están pensando en alargar su estancia —le comentó un día Teodora a su hija.

—¿Los dos invitados se quedarán también? —quiso saber Lina.

—Pues parece que sí. Precisamente ayer escuché que les decían a los señores que ellos no tenían prisa, que hasta dentro de dos meses no tenían que volver a su país.

Si en ese momento Teodora hubiese observado a su hija, habría visto en su cara algo parecido al regocijo, pero la mujer, de eso no se percató.

Y es que de todos los señores que había en la casa, los dos forasteros eran los que tenían algún detalle amable con ellas: les solían obsequiar con un saludo, les daban las gracias cuando ellas les ponían la comida en el plato, si les entregaban las botas bien lustradas, o cuando les llevaban la ropa limpia a sus habitaciones.

—¿Sabe madre? Hay una cosa que no he tenido tiempo de contarle. —Enfaenada como estaba con los cacharros de la fregadera, la mujer apenas le prestó atención. La chica continuó—. Esta mañana cuando volvía del río de lavar la ropa, me topé con uno de los amigos del señorito, el más joven, ¿y a que no sabe qué hizo?, se bajó del caballo, me quitó la artesa de la cabeza y la transportó él hasta la casa.

La madre se dio media vuelta y miró extrañada a su hija.

—¡Ah, cuánta amabilidad! Poco hay que fiarse de las atenciones que los señoritos dedican a sus empleados, sobre todo si son mujeres, al final siempre terminan pidiendo algo a cambio. —La mujer se secaba las manos con el delantal sin dejar de observar la sonrisa que intentaba ocultar su hija— ¿Seguro que se ha limitado a ayudarte con la carga? No se habrá sobrepasado contigo, ¿verdad?

—No, claro que no, ha sido muy amable y solo hemos hablado, es muy simpático.

—Y, ¿de qué habéis hablado?

—Bueno más bien fue él el que habló. Me preguntó cuánto tiempo llevamos aquí y cuando le dije que toda la vida, no sabes cómo se extrañó. También me dijo que este lugar le parece muy bonito.

—¡Claro que para él es bonito! —soltó la madre—. Ellos vienen cuando les apetece, no conocen nada de la soledad que se vive en el campo, ni sufren las inclemencias del tiempo, ni les duelen todos los huesos de tanto trabajar… Como los señores viven en la opulencia, no saben valorar cuánto puede mejorar un poco de dinero la vida de las personas.

Madre e hija se enfrascaron en sus tareas y no volvieron a hablar del tema.

Angelina ya sabía la opinión que tenía su madre de la mayoría de los señoritos, por eso no se atrevió a decirle que, el mayor de los amigos, también había tenido gestos amables con ella.

La primera vez fue el día que subió para dejarle las botas que le había limpiado. Ella sabía que no habían ido de cacería, pero era algo tarde y supuso que él ya no se encontraría en su habitación. Aun así, llamó a la puerta, en ese momento esta se abrió y él apareció dispuesto para salir.

—Lo siento señor, pensé que no estaría —se excusó acelerada—. Le traigo las botas.

—Gracias. Aunque no hace falta que las limpies todos los días, esas botas solo me las pongo cuando salgo al campo. Por cierto, llevó aquí dos semanas y todavía no sé cómo te llamas, yo me llamo Fabio, Fabio Ledesma.

—Yo Angelina —se limitó a contestar tras dejar las botas junto al sillón.

—Es un bonito nombre. Gracias Angelina —dijo él mientras la chica cruzaba la habitación para marcharse.

Otro día, cuando subía con dos cubos grandes de agua para fregar los suelos del piso superior, se cruzó con él en la escalera, ella hizo ademán de apartarse para dejarle paso, pero él le cogió los cubos, se dio media vuelta y subió los escalones de dos en dos.

—Deberías transportar los cubos uno a uno o terminarás por hacerte daño —le aconsejó tras dejarlos en el suelo.

—No lo crea señor, soy fuerte y estoy acostumbrada a cargar peso —le contestó ella con timidez.

—Ya veo que eres una chica fuerte, fuerte y muy guapa —le dijo a la vez que le clavaba una mirada tan penetrante, que la hizo estremecer todo el cuerpo.

Eso no se lo había dicho a su madre, como tampoco le dijo que, en otra ocasión, lo descubrió observándola desde la puerta de la cocina mientras ella planchaba, y que, al sentirse descubierto, alegó que le apetecía un poco de agua y que se había terminado la que había en la jarra del salón. Cuando quiso salir con la intención de llenarla, él se interpuso.

—Me apetecería probar la del botijo que hay en la cocina, tengo entendido que en el barro se conserva más fresca.

Rodeó la mesa en la que ella planchaba, fue hasta el poyete de la

ventana, tomó el botijo y lo sujetó en alto. El chorro comenzó a llenar su boca más de la que podía tragar, hasta que terminó derramándose y mojándole la delantera de la camisa.

—Es cierto —dijo mientras se sacudía el agua y volvía a dejar el botijo en su sitio—. Está buenísima, pero se nota mi inexperiencia ¿verdad?

Los dos sonrieron.

—Si lo desea puede quitarse la camisa y le paso la plancha para que se seque —le sugirió ella.

—No quisiera darte más trabajo del que ya tienes.

—No importa, será solo un momento.

Fabio se quitó la camisa y se la tendió, ella la cogió, la estiró encima de la mesa y comenzó a pasar la plancha por encima de lo mojado. Tras apartarse un par de metros, él permaneció atento a sus movimientos en completo silencio. Con manos temblorosas al saberse observada, no solo planchó lo que estaba mojado, sino que acabó planchando toda la camisa. Cuando hubo terminado se la entregó sin apenas mirarlo. Y fue en ese momento, al notar el electrizante roce de sus dedos, cuando sintió que una especie de espasmo nacía en su vientre, le subía hasta la garganta y le invadía el pecho y la espalda. Nada de todo eso le había contado a su madre, lo guardaba bien escondido en su interior como el primero de sus secretos.

El azoramiento de la chica no pasó inadvertido para Fabio Ledesma. Por primera vez, mientras ella planchaba, reparó en la belleza natural de aquella campesina y en la candidez de su mirada.

◆◆◆

En el cortijo los días continuaban fluyendo de forma habitual para cada uno de sus habitantes: las señoras disfrutando de sus tranquilos paseos hasta el río y los señores de sus frecuentes cacerías. El que sí había dejado de salir de caza, era el más joven de los invitados del señorito José Luís. Con asiduidad se le podía ver salir de la casa con una carpeta bajo el brazo y toma uno de los senderos hasta que se perdía entre los campos.

Un día, Angelina se encontraba en la huerta cogiendo los últimos pimientos y tomates que quedaban en las matas. Cuando los tuvo en

la cesta, se sentó en un tronco para descansar un momento antes de regresar a casa. El ruido de unos pasos le hizo girar la cabeza en la dirección de donde provenían. Reconoció la figura del amigo más joven del señorito José Luís que, con su carpeta bajo el brazo, se acercaba hacia donde ella estaba.

—Hola, Angelina, te he estado observando, llevas casi una hora con la espalda doblada sobre esas matas —dijo señalando las filas de tomateras—. Debes estar bien cansada.

—Bueno, un poco. Aunque estoy acostumbrada a trabajar, cuando llega la tarde, ya se me empieza a hacer duro. Pero, ¿por qué me ha estado observando? —preguntó a la vez que se masajeaba los brazos.

—Porque te he visto tan concentrada en lo que hacías que no he querido interrumpirte. Bueno, no es toda la verdad, yo también me he quedado absorto en lo que veía.

—Y, ¿qué es lo que miraba con tanta atención si puede saberse? —inquirió ella algo desconfiada.

—Pues… ¿Quieres ver lo que miraba? —preguntó dubitativo ante la posible reacción de ella.

Lina lo miró un instante sin tener muy claro lo que debía hacer. Él se sentó en una piedra que había a unos dos metros de ella.

—Acércate —dijo a la vez que cogía la carpeta, se la ponía sobre las rodillas y la abría—. Ven, mira esto —insistió.

Lina caminó indecisa y se situó a su lado.

—¡Soy yo! —exclamó cuando él le mostró el dibujo.

—Claro que eres tú. Lo cierto es que no debería haberte observado y mucho menos pintarte sin tu permiso, pero no he podido resistirme, aunque si te molesta me lo dices y lo rompo.

—No, no me molesta, es muy bonito, pero ¿por qué me pinta a mí?

—Porque al observarte me ha parecido una visión hermosa, digna de ser pintada.

—Y, ¿qué hará con ese dibujo?

—Es solo una afición, pinto cosas que me parecen bonitas y tú desde luego me lo pareces −dijo. Cuando se dio cuenta de la turbación que le habían provocado sus palabras, cambio de conversación—. Sé que te llamas Angelina, lo que no sé es si sabes cómo me llamo yo.

—Sí, creo que he oído llamarle Darío.

—Es cierto, me llamo Darío Pereira.

4

—¡Dios mío! —exclamó Elena—. El pintor es usted y estuvo allí.

—Sí, estuve allí —contestó el anciano con su voz cansada. Se quedó callado unos instantes antes de continuar—. Aunque no todo lo que le cuente lo viví directamente, sí es cierto que me fue transmitido con autenticidad y rigor.

Era evidente que, lo que salía de su boca, lo revivía como si en ese momento hubiese regresado a un tiempo que no estaba tan lejano. Cuando volvió al presente, alargó la mano hasta la mesita, tomó un vaso de agua, se lo llevó a la boca y bebió unos sorbos cortos. Después de asegurarse de que los tubos introducidos en su nariz estuvieran correctamente situados, relajó los hombros e hizo dos respiraciones preparándose para proseguir con su elocución.

Elena se removió en su asiento, el único movimiento que había hecho desde que el anciano iniciara la segunda parte del relato. Quería continuar escuchando más acerca de lo acontecido en el cortijo El Pedralejo, pero cuando lo miró y advirtió el cansancio que se había adueñado de él, cogió el móvil y paró la grabación.

—Creo que tiene que descansar, lleva demasiado tiempo hablando y eso no debe ser aconsejable para su salud —argumentó terminante.

—Sí, será lo mejor. También usted estará cansada, o tal vez la aburra con lo que le estoy contando.

Entonces el hombre alargó el brazo y pulsó el timbre, un gesto con el que daba por concluida la conversación. Al instante, la enfermera irrumpió en la habitación como si estuviese esperando detrás de la puerta.

—¿Cuándo desea que vuelva? —preguntó Elena a la vez que se ponía de pie.

—¿Qué le parece mañana a la misma hora? Si aún continúa interesada claro está. −Y como si hablase para sí mismo añadió—: al fin y al cabo, si lo dejamos aquí nunca sabrá por qué se la estoy contando.

—Volveré mañana —respondió ella sin más.

Elena comprendió que también el hombre tenía necesidad de contarle más sobre su estancia en España, por lo que, con la certeza de que continuaría haciéndolo siempre que su salud se lo permitiera, cogió la chaqueta, se colgó el bolso en el hombro, se despidió del hombre y salió de la habitación.

Cuando comenzó a caminar por el pasillo se sentía aturdida, como si tuviese plomo dentro de la cabeza. Alejandro la esperaba en el salón.

—No tengo ni idea de qué han hablado usted y mi abuelo, lo que sí sé es que han pasado casi dos horas y a él no le conviene fatigarse —dijo en tono de reproche.

—Lo siento. Hemos perdido la noción del tiempo —se justificó—. A pesar de que ha sido él el que mayormente ha hablado, creo que su abuelo se encuentra bien. Me ha pedido que vuelva mañana a la misma hora. Que tenga un buen día.

Traspasó la puerta que él mantenía abierta y se marchó. Cuando se vio en la calle, su primera intención fue tomar un para volver, pero de inmediato cambió de opinión y comenzó a caminar. Anduvo por distintas calles intentando poner en orden su cabeza. Necesitaba aclarar las ideas, sacar alguna conclusión sobre cuánto le había contado el pintor. Buscó en sus palabras algún resquicio que la indujera a deducir si aquellas personas de las que acababa de saber muchas cosas, no solo tendrían que ver con el retrato, sino que habría algo más. Pero por el momento, si existía algo que la uniera con todo aquello, desde luego no lograba encontrarlo.

Tenía muchas dudas, muchas preguntas que hacerle, pero creyó descubrir que la intención del anciano era desgranar su historia poco a poco. «Tal vez mañana me revele algún detalle que encienda una luz sobre el galimatías al que me ha llevado el hallazgo de la mujer del cuadro», pensó armándose de paciencia.

Había caminado sin rumbo por distintas calles de una ciudad que no conocía, hasta que finalmente, paró a un y pidió que la llevara al hotel; se le ocurrió que tenía que hacer algo importante y no podía demorarlo.

Al entrar se dirigió a recepción.

—Buenas tardes, tenía que marcharme mañana, pero desearía

alargar mi estancia, ¿hay algún problema? —preguntó al hombre que se encontraba al otro lado del mostrador.

—No, claro que no. ¿Hasta cuándo desea quedarse?

—Aún no lo sé, tal vez una semana más.

—Muy bien señora Zambrano, puede seguir disponiendo de la habitación los días que desee.

—Muchas gracias. Ah, otra cosa. ¿Podrían subirme algo de comer?

—Por supuesto señora. ¿Qué le apetece?

—Una ensalada y algo de pollo estaría bien.

—Muy bien, ensalada y pollo —dijo el hombre mientras tomaba nota.

Elena tomó el ascensor y subió a su habitación. Cuando estuvo dentro se quitó los zapatos y se estiró en la cama. Se sentía fatigada y no era un cansancio físico, sabía que andar desde la casa del señor Pereira, no había sido tanto como para que se sintiera de ese modo, más bien, lo que le provocaba el cansancio era la cadena de especulaciones que le enmarañaba la cabeza. Entonces recordó que tenía que hacer un par de llamadas importantes. «Lo haré un poco más tarde, ahora necesito relajarme«, se dijo. Cerró los ojos e intentó no pensar en nada, y aunque lo consiguió solo a medias, permaneció en la cama hasta que escuchó que llamaban a la puerta.

—Su comida señora Zambrano.

Se incorporó y fue a abrir. El camarero entró y se aproximó para dejar la bandeja en una mesita redonda. Reparó que no había ninguna bebida, así que pidió que le subiera una botella de vino blanco.

Se encontró mucho mejor después de comerse todo lo que había en la bandeja y tres copas de vino. Sentía un ligero mareo, así que volvió a estirarse en la cama y al instante se perdió en una semiinconsciencia.

Una hora más tarde, cuando se deshizo de la somnolencia, cogió el teléfono para hacer las llamadas que tenía pendientes. La primera fue para cambiar el billete del vuelo que tenía el día siguiente. No

fue posible hacer el cambio. Tras discutir con la señorita de la compañía y sabiendo que tendría que volver a comprar otro billete, colgó malhumorada. «Pues de momento no reservaré vuelo», se dijo tras pensarlo unos segundos.

A continuación, marcó el número de su padre, con él no tendría problemas: la excusa que le diera sería válida. Cuando terminó de hablar con él volvió a marcar las teclas. Esa llamada no iba a resultar tan sencilla, a Juan Carlos no sería tan fácil convencerlo con las excusas que había planeado. Por suerte lo cogió en una reunión de trabajo y la conversación fue telegráfica.

—Entiéndelo necesito quedarme unos días más —le dijo después de darle una serie de explicaciones poco convincentes.

—Pues no, no acabo de entenderlo, pero en fin, ya hablaremos en otro momento. −Y sin más, cortaron la comunicación.

También había pensado llamar a su hermano, pero a pesar de que era con él con quién más le apetecía hablar, decidió que lo llamaría al día siguiente. Albergaba la esperanza de que el señor Pereira le aclarase alguna cosa que pudiese compartir con él.

Pasó un buen rato sin decidirse a hacer nada concreto. Miró el reloj; marcaba las diecisiete treinta. Como empujada por un resorte, entró en el cuarto de baño, se arregló un poco el pelo y se dio brillo en los labios. Luego volvió al dormitorio, se puso los zapatos, cogió el bolso y salió de la habitación. «No tengo nada mejor que hacer», pensó a modo de excusa, «bueno sí tengo, pero lo haré a última hora, de ese modo no se me hará tan larga la noche».

Cuando estuvo en la calle, comenzó a andar en dirección a la galería de arte. Su intención era tomar, a hurtadillas, varias fotos más al retrato, pero esa tarde la sala estaba bastante concurrida, por lo que su propósito se vio truncado, así que permaneció escasos minutos observando la pintura.

De regresó al hotel, subió directa a su habitación y se puso ropa cómoda. Conectó el ordenador, abrió una hoja en blanco del Word; a continuación, puso en marcha la grabadora y, tal como iba escuchando la voz del anciano pintor, fue transcribiendo sus palabras al nuevo documento.

◆◆◆

Al día siguiente a la hora acordada, Elena se personaba en casa

del señor Pereira. El nieto abrió la puerta y la condujo a la habitación del anciano. Igual que el día anterior, también se encontraba acompañado por la señora Regina, la enfermera.

—Buenos días —saludó Elena.

—Buenos días —respondieron los dos.

—Señora Regina ya se puede marchar —indicó el hombre amablemente.

La enfermera guardó en la estantería del armario los medicamentos que estaba ordenando, se acercó al enfermo y se aseguró de que el oxígeno funcionaba correctamente, le preguntó si estaba cómodo y, tras el asentimiento de él, la mujer salió de la habitación, no sin antes aconsejarle que no se fatigara.

El anciano se encontraba sentado en su sillón cerca de la ventana, en el mismo lugar que lo había dejado. Después de que ella se sentara, permanecieron callados unos minutos, momento que Elena aprovechó para observar la estancia. Era una habitación espaciosa, con escaso mobiliario. La cama articulada, con todo lo necesario para un enfermo, estaba situada en el centro; la luz que penetraba por los dos grandes ventanales y el color verde agua de la pintura de las paredes, hacían del aposento un lugar luminoso y agradable. Aunque lo que más la sorprendió, era que no desprendía el típico tufillo de una enfermería, se apreciaba un suave olor a hierbas aromáticas. «En verdad, la gente con dinero tiene unas comodidades que no están al alcance de todas las personas», pensó. Luego desvió los ojos y los centró en el anciano.

—¿Qué tal se encuentra hoy? —le preguntó.

Él tardó unos instantes en responder como si buscara las palabras que definieran su estado.

—Hace algunos años que en mi organismo se originan pocos cambios y los que le afectan, siempre suelen ser adversos.

—Pues hoy le veo buen aspecto.

—No es mi peor día —apuntó obsequiándola con una leve sonrisa.

—¿Entonces se encuentra con ánimo? Si es así, me gustaría continuar escuchando su historia.

—Está bien, veo que es usted una persona obstinada y paciente. Intentaré ordenar cuantos recuerdos me permita recopilar mi memoria —dijo con voz conformista.

Pero no era simple conformidad lo que ella observó en el anciano, el brillo que mostraban sus ojos tras el cristal velado de sus gafas, era más bien de satisfacción.

—Aunque me gustaría aclararle algo; como ya le dije, buena parte de lo que le he revelado hasta este momento, me fue trasmitido por otra persona, pero lo que le cuente a partir de ahora, lo viví muy de cerca.

Elena sacó el portátil de la cartera, se acercó a la mesita, lo puso encima, lo abrió y buscó la página del documento en el que había escrito la pasada noche.

—Si lo desea puede comenzar —indicó cuando estuvo dispuesta.

—De acuerdo, pero si en un momento me acelero adelantándome al tiempo que usted necesita para escribir, me lo dice. Aunque, lo que acabo de decir, la verdad es que no tiene mucho sentido —rectificó al punto—. Como pudo comprobar ayer, tengo que acompasar mi voz a mi respiración, porque cuando van juntas, no se suelen llevar muy bien.

Elena no respondió, solo le miró y sonrió con ternura.

A partir de ese momento, ambos se sumieron en la tarea que tenían por delante: ella atenta para trascribir las palabras que salieran de la boca del pintor, necesitaba escuchar algo que acabara por fin con las especulaciones que se habían formado en su cabeza los dos últimos días. Él, decidido a rememorar unas vivencias que, durante el trascurso de los años, había ido arrinconando en una parte diminuta de su mente.

5

La prolongación de las altas temperaturas recién llegado el otoño y, alguna que otra circunstancia, hicieron que la estancia de los señores Duarte y los forasteros en El Pedralejo, se alargara más de lo que en un principio habían previsto.

El flujo de los días llevó a que el joven pintor y Angelina se fueran conociendo algo más. En la última semana, él se había hecho el encontradizo con ella en varias ocasiones, incluso le había hecho algún dibujo rápido sin que ella se percatara de ello. Lina sabía que Darío tenía cierta simpatía hacia ella, pero pensaba que sería tan solo por la pintura. Lo que sí le había parecido advertir era el interés que había despertado en Fabio Ledesma y eso, sí era algo que a Lina le resultaba sumamente agradable. Si bien ella les correspondía tímidamente cuando uno de los dos la obsequiaba con alguna palabra de cortesía, era a Fabio al que le dedicaba más atenciones. Solía entretenerse algo más de lo habitual cuando hacía la limpieza de su habitación, o le llevaba la ropa poco a poco con la esperanza de poder verlo… No se daba cuenta de que esa actitud, un tanto inocente, no hacía otra cosa que alimentar las pretensiones de él, si es que de verdad tenía alguna.

El ritmo frenético de trabajo que llevaba la familia de Casiano desde que los señores llegaron al cortijo, había disminuido en parte. Los hombres no salían a cazar con tanta asiduidad y distraían su tiempo con partidas de cartas y comilonas. Para las señoras no era lo mismo. Para ellas el tiempo pasaba lentamente, los días comenzaron a hacérseles eternos, los paseos hasta el río les resultaban largos y aburridos, perdiendo todo el encanto si no las acompañaban los caballeros.

—Los señores se marchan dentro de dos días —dijo Teodora con un suspiro de alivio.

Madre e hija se encontraban enfaenadas en la cocina, tal vez por eso y porque la mujer daba la espalda a Lina, no pudo ver la expresión de su cara, ni por asomo podía sospechar ella que, si bien la estancia de los señores solo hacía que se les multiplicara el trabajo, a su hija no le resultaba satisfactoria la noticia de su marcha.

—¿Se van todos? —preguntó la chica al fin.

—Pues sí. Aunque he oído que algunos volverán en unos días.

—¿Cómo que algunos? ¿Quiénes?

—No lo sé. Según decían, los señores tienen compromisos en la capital, y los más jóvenes, que estaban cansados del campo y también se marchaban. Aunque los extranjeros comentaban que les apetecería regresar unos días antes de volver a su país.

—¿Pero entonces por qué se van?

—Si se marchan los señores, no se van a quedar ellos. En cualquier caso, lo mejor es tenerlos bien lejos, que se vayan cuanto antes, trabajo que nos quitamos de encima.

En otras ocasiones habría estado totalmente de acuerdo con su madre y se lo habría dicho, pero en ese momento no lo sentía de ese modo; la noticia de que los extranjeros partirían en breve había desalentado su corazón más de lo que ella misma admitiría, así que se quedó callada. No volvieron a hablar del tema.

La ingenuidad e inexperiencia de Lina no le permitían adivinar las intenciones de los hombres, por eso no era nada extraño que la simpatía y amabilidad con que la trataban aquellos dos jóvenes, representara una verdadera novedad para ella, un comportamiento que conseguía hacerle algo más grata, más avivada, su insípida vida. Ella había visto cómo se mostraban galantes con las jóvenes de su misma clase social: con la novia del señorito José Luís, con Adela, la joven amiga de la familia que los había acompañado…, incluso el desagradable señorito José Luís, mostraba gran amabilidad con ellas. Sí, ese comportamiento le parecía normal, pero que los dos forasteros se mostraran atentos con una campesina a su servicio, eso le resultaba tan increíble, tan extraño.

◆◆◆

Una mañana, cuando faltaban dos días para la marcha de los señores, Darío y Fabio se hicieron los encontradizos con Angelina, cuando esta regresaba de la huerta con un capazo de verduras en su cadera.

—¡Buenos días Angelina! —la saludaron.

—¡Buenos días!

—Deja que te ayude —se ofrecieron al unísono.

—No, muchas gracias —respondió ella de inmediato, sujetando más fuerte la cesta contra su cadera.

Ellos dieron un paso atrás.

—Solo queríamos ayudarte —se apresuró a decir Darío, el pintor.

—Sí, esa cesta debe pesar lo suyo —añadió Fabio

—No crean —les contradijo ella mirando el contenido de la cesta —. Además, esto es parte de mi trabajo y estoy acostumbrada.

Después de unos instantes en que permanecieron parados en medio del camino, la chica comenzó a andar de nuevo y al momento lo hicieron ellos. A ella le habría gustado oír el tema de conversación que mantenían, pero hablaban en voz baja y además, iban a cierta distancia de ella. Cuando llegaron a la casa, Lina se desvió para entrar por la puerta de la cocina y ellos continuaron hasta la entrada principal donde se quedaron hablando durante un buen rato.

Mirando por las rendijas de las bisagras la encontró su madre.

—¿Qué estás mirando ahí plantada todavía cargada con la canasta?

—Nada, es que me ha parecido oír pasos —se justificó a la vez que se daba la vuelta.

—Pues claro, eran los dos amigos del señorito que caminaban detrás de ti. ¿No los habías visto?

—No —mintió. Aunque esa mentira, era otra cuestión más de las que no se percató su madre.

—Venga, dame eso que se nos está haciendo tarde para preparar la comida —le dijo arrebatándole la cesta.

Después de la comida del mediodía, cuando las señoras se encontraban reunidas apurando sus cafés en animada conversación, y los señores daban largas caladas a sus cigarros, Angelina subió a la planta superior cargada con dos cántaros de agua. Rellenar las palancanas de las habitaciones, para que los señores tuviesen con qué poder refrescarse cuando se retiran a hacer la siesta, era un

trabajo que hacía a diario. Uno tras otro fue ocupándose de los distintos dormitorios. Al llegarle el turno al que ocupaba Fabio Ledesma, sintió que un ligero temblor se apoderaba de sus piernas, dio dos golpes suaves en la puerta y al no obtener respuesta empujó y entró. Después de cerciorarse de que él no estaba, intentó tranquilizarse. Pasó unos minutos poniendo un poco de orden: alineó las zapatillas bajo la cama, vertió agua en la palancana dejó la toalla bien doblada junto al palanganero y corrió las cortinas. Cuando dio por terminado el trabajo, cogió un cántaro con cada mano dispuesta a marcharse, fue en ese momento, que el sobresalto la dejó paralizada en medio de la habitación. Distraída como estaba, no había reparado en Fabio, que la observaba apoyado en el marco de la puerta.

—Hola Angelina, siento haberte asustado.

—¿Por qué no me ha avisado que deseaba descansar? Yo podría haber vuelto más tarde —fue lo único que se le ocurrido decir presa todavía de la confusión.

—No me importa, no tengo prisa. Además, contemplarte es para mí un verdadero placer —dijo él esbozando una amplia sonrisa.

—No sé qué puede tener de placentero mirar a una persona mientras trabaja.

—Para mí sí que lo tiene, y mucho, sobre todo si lo que estoy viendo me gusta —se quedó callado unos segundos sin apartar sus ojos de ella, como si se regodeara con el pavor que le estaban causando sus palabras—. Eres una chica muy guapa. ¿Lo sabes verdad?

—No tengo demasiado tiempo para mirarme en el espejo —respondió sin un ápice de lamento en su voz.

Angelina continuaba en medio de la habitación como si tuviese los pies clavados a las baldosas del suelo. Él se acercó lentamente y le quitó los cántaros de las manos. Cuando los dejó en el suelo, cogió una de las manos de la chica e intentó que se moviera. Ella reaccionó con brusquedad y se liberó de él. Estaban tan cerca que podía sentir el peso de su mirada sobre su frente.

—Disculpa, no es mi intención incomodarte, solo deseo que compruebes algo —aclaró a la vez que cambiaba su sonrisa por una expresión algo más seria.

Tras esas palabras, ella pareció relajarse. Fabio se situó a su espalda y con un ligero toque en su hombro, la empujó para que caminara tres o cuatro pasos. Hizo que se detuviera frente al palanganero; entonces movió el espejo ajustándolo para que Lina pudiera ver su cuerpo casi entero.

—Mírate bien. ¿De verdad no lo ves? ¿No te das cuenta de lo hermosa que es la joven que tienes ante ti?

Angelina no decía nada. Estuvo varios segundos observando la imagen que le devolvía el espejo. Al fin dio media vuelta y con movimiento rápido se apartó unos pasos. Aunque, más que poner distancia entre ellos, lo que en verdad deseaba era eliminar de su cabeza el fugaz pensamiento que se había cruzado por su mente. Se miraron en silencio un momento, luego él habló.

—Esa mujer que has visto en el espejo, es la que a mí me parece preciosa.

—¿Cómo puede decir eso? Usted tiene que conocer a numerosas mujeres que deben ser guapísimas, educadas y vestidas con trajes caros. ¿Es que no ve cómo es mi vestimenta?

Las últimas palabras las había dicho con vehemencia, con furia y sin saber muy bien dónde había encontrado la fuerza para dirigirse a él de ese modo. Pero lo había hecho.

—Es cierto, no te voy a negar que conozco mujeres que son guapas y elegantes, pero eso no impide que tú también me parezcas una chica muy bonita. Por cierto, supongo que debes saber que pasado mañana nos marchamos de la finca, aunque en unos días nos volveremos a ver.

—Sí, estoy al tanto. Que tenga buen viaje —respondió. Y con paso rápido se dirigió a la puerta y se marchó.

Por suerte su madre no estaba en la cocina cuando ella entró. Le habría costado un mundo controlar la excitación que se había apoderado de todo su cuerpo, efecto que permaneció con ella durante largo rato.

Tal vez Fabio solo pretendiera ser amable, pero, ¿serían desinteresados los halagos que le manifestaba? Perdida en sus erráticos pensamientos, procesando las palabras, los elogios y la expresión del rostro de Fabio, esa noche a Lina le dio el alba sin haber podido conciliar el sueño.

Bien despierta la encontró su madre cuando aún no había amanecido y se acercó a su cama para anunciarle que era hora de levantarse. A todos los miembros de la familia se les presentaba un día tremendamente ajetreado, con la partida de los señores. Eso sí, de alguna manera, les compensaba pensar que tendrían un respiro los días que estuviesen fuera. Aunque hubo un pequeño cambio de última hora, Teodora lo comentó la noche anterior con los suyos.

—Hoy me ha comunicado la señora que uno de los dos jóvenes amigos del señorito, no se marchará con ellos.

—¡Nuestro gozo en un pozo! —exclamó Anastasio, el hermano mayor, soltando un bufido.

—Me ha advertido, que nos ocupemos de él como si fuese uno más de su familia.

—Y, ¿supongo que también querrá salir a cazar? —protestó uno de los mellizos.

—Pero si ya se está terminando la temporada de caza —apuntó el otro mellizo.

—Y, ¿cuál de los dos se queda? —preguntó Lina intentando mostrarse indiferente.

—El señorito Darío.

—¡Aaah!

La entonación que puso en la voz, hizo que todos la miraran algo extrañados.

—Según me ha dicho la señora, se lo ha pedido él. Parece que no le apetecía viajar, y además quiere continuar pintando algunos lugares hermosos que ha visto, puesto que, a la vuelta, ya no tendría tiempo para hacerlo —La mujer dejó escapar un suspiro de resignación. —Así que tendremos que mantener la casa abierta y ocuparnos de todo lo que necesite.

—Bueno, menos mal que al pintor no le gusta mucho la caza —señaló uno de los mellizos.

—¿Ha dicho la señora cuándo volverán? —volvió a preguntar Lina.

—No, parece que no lo saben con exactitud.

—A mí me ha dicho el señor que en una semana. Aunque no está seguro si volverán todos —apuntó el padre, interviniendo en la conversación por primera vez.

—Bueno, de momento podremos descansar unos días —comentó Lina intentando disimular la necesidad que sentía, de averiguar si era el otro extranjero uno de los que no volverían.

A media mañana del día siguiente, todos los señores subieron a los coches y se acomodaron en sus asientos. Todos excepto el joven pintor que, cuando los coches enfilaron el maltrecho camino levantando enormes regueros de polvo, alzaba un brazo para decirles adiós.

◆◆◆

Angelina y su madre, pasaron la tarde organizando el desorden que había quedado en la casa tras la estancia de los señores. Al atardecer, mientras Lina daba los últimos toques a la casa, su madre hizo la cena para Darío y a la hora de costumbre ella se la sirvió en el comedor.

—Gracias Angelina —le dijo cundo terminó de ponerle la sopa en el plato. Luego agregó, repasando con los ojos las sillas vacías–. Esta mesa es demasiado grande para una sola persona. Tal vez tendría que buscar otro sitio que no me hiciera sentir tan solo.

—¿Si desea que se la subamos a su habitación?

—No, la habitación no es un lugar para comer y con tantas escaleras tampoco sería cómodo para tu madre y para ti. —Lina se encontraba a su espalda, por lo que él dejó la cuchara y sin levantarse se dio media vuelta para mirarla—. ¿Sabes? Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Os importunaría servirme las comidas en la cocina? Por lo menos allí, vosotras me haríais compañía, por favor, ¿podrías preguntarle a tu madre si es posible?

—Claro, se lo diré, aunque a mi madre le parecerá bien lo que usted diga.

Lina fue a la cocina y a los pocos minutos volvió con el segundo plato. Cuando se acercó a la mesa, él le preguntó:

—¿Qué le ha parecido?

—Dice que lo que usted mande.

Después de servirle el pollo asado, de nuevo se dirigió hacia la cocina, pero tras dar unos pasos, se detuvo, dio media vuelta y volvió a situarse detrás de él—. Disculpe mi intromisión, pero, si tan poco le gusta la soledad ¿por qué no se ha marchado con los señores?

Él dejó el tenedor sobre el plato y se volvió otra vez para mirarla. No tenía obligación de dar explicaciones y ella lo sabía, por eso se apresuró a excusarse.

—Lo siento, ha sido una torpeza por mi parte. Usted no tiene por qué responder a mis preguntas —dijo casi enojada con ella misma.

—Espera, espera, no tiene importancia y tampoco me importa decirte porqué me he quedado. —Angelina se detuvo, pero se quedó cerca de la puerta—. Ya sabes que soy aficionado a la pintura y aquí he visto algunos lugares que me gustaría pintar antes de marcharme. ¿Satisfecha tu curiosidad?

Ella no le respondió, pero en su mirada había clara simpatía cuando le miró un instante antes de salir del comedor.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó la madre cuando entró en la cocina.

—Es que don Darío me ha estado diciendo que le gustaría pintar algunos lugares de la finca.

—¡Ah ya! Las personas que no tienen nada que hacer se buscan entretenimientos. Estos señoritos...

—Por lo menos no parecen tan sanguijuelas como los Duarte, con los que nos ha tocado trabajar.

—No sé yo, habría que ver cómo se comportan con sus sirvientes allí en su país.

6

Tal vez fuera por el cansancio, o porque llegado a ese punto, al anciano pintor se le intensificaron los recuerdos de aquellos días vividos en el cortijo español que, en un momento dado, interrumpió su relato y aspiró por la boca. Sumergida como estaba en la historia, Elena se sobresaltó al dejar de escuchar la voz del anciano y el sonido del aire al pasar por su garganta. Entonces se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo ¿Cuántas horas llevaba él hablando y ella escribiendo? Miró su reloj.

—No se preocupe estoy bien, solo necesitaba llevar un poco más de aire a mis pulmones —le aclaró el enfermo, al notar preocupación en el semblante de ella.

—En cualquier caso, creo que debemos dejarlo para otro momento, me expongo a que su nieto o esa señora que lo cuida, vengan y me echen sin contemplaciones.

—Posiblemente tengas razón y necesite hacer una pausa. Al mismo tiempo, el descanso me servirá para rebuscar en mi memoria y rescatar alguna cosa importante que se me haya pasado por alto.

—Yo le pediría que también dejara descansar su cabeza —le aconsejó a la vez que lo observaba preocupada—. Ahora me marcho, cuando lo crea conveniente, me manda aviso y continuamos.

Elena cerró el ordenador y se levantó, cogió el bolso y la chaqueta del respaldo de su asiento y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir se detuvo, desanduvo unos pasos y se acercó de nuevo al enfermo.

—Perdone, solo una cuestión que me tiene intrigada. ¿Por qué me lo cuenta como si usted no hubiese sido partícipe de esa historia?

El anciano se tomó unos instantes para responderle. Al fin, alzó la cabeza, la miró y le dijo intentando que su voz sonara convincente:

—Porque tengo la esperanza de que, al explicarlo desde la distancia, describa lo acontecido con más objetividad.

—Entiendo —respondió ella—. ¡Ah! Otra cosa señor Pereira; quiero que sepa que, para nada me resulta aburrida la historia que me está contando, esperaré ansiosa que llegue el momento para seguir escuchándola.

—Si lo desea puede volver esta tarde —le indicó él con una grata expresión en su rostro.

—Estaría encantada, pero ¿no le parece que sería mejor que se tomara la tarde con algo de relax?

—Usted tiene que marchase a su país.

—Sí, pero no tengo prisa, de momento he retrasado la vuelta.

Ella puso una mano en el hombro del anciano y lo miró con ternura; él curvó sus labios y la obsequió con una diminuta sonrisa en señal de agradecimiento.

—Por favor, vuelva mañana a la misma hora.

—Claro que sí. Hasta mañana.

Cuando Elena bajó al salón la enfermera fue a su encuentro.

—No es necesario que me acompañe, ya conozco la salida. Y no se preocupe, creo que el señor se encuentra bien.

—¿Volverá mañana?

—Sí, a la misma hora.

Se dirigió a la puerta, pero antes de llegar oyó que alguien la llamaba.

—Señorita Zambrano, por favor, espere un momento.

Se detuvo y al volver la cabeza vio que Alejandro, el nieto del señor Pereira, iba hacía ella.

—No sabía que se marchaba —dijo cuando estuvo a su lado—. Verá, es que mi abuelo me pidió que cuando usted se marchara me ofreciera a acompañarla, así que, si le parece bien, la puedo llevar a donde me diga.

—No se moleste, no me importa caminar.

—No es ninguna molestia.

—De acuerdo entonces.

Alejandro abrió la puerta y le franqueó el paso. Caminaron unos metros por el sendero del jardín hasta que entraron en el aparcamiento. De los dos coches de alta gama que había, subieron al más deportivo. Ambos permanecieron callados mientras el vehículo cruzaba la verja de salida y se sumaba al tráfico. Al fin, él rompió el silencio para preguntarle en qué hotel se hospedaba. Cuando ella le dio el nombre y la dirección, Alejandro volvió a preguntarle:

—¿Conoce Buenos Aires?

—No, es la primera vez que vengo.

Durante el trayecto, intercambiaron algunos comentarios referentes a la ciudad: él explicó que estaba cambiando a pasos agigantados, que las horas punta era un completo caos… Ella se limitaba a responder con monosílabos o frases cortas. Era como si toda su atención se centrase en lo que veía a través de los cristales, pero lo cierto era que aún, no había podido desconectar por completo de cuanto el anciano le había relatado. Sin apenas darse cuenta, Alejandro detenía el coche junto a la puerta del hotel.

—Hemos llegado —indicó simplemente.

—Le quedo muy agradecida —dijo ella mientras abría la puerta. Cuando puso los pies en la acera se volvió para mirarle y le dijo—: mañana he de volver a casa de su abuelo. ¿Le veré allí?

—Supongo que sí.

—Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana.

Cuando cerró la puerta, él maniobró y volvió a incorporarse al tráfico.

»No sé por qué he tenido que decir esa tontería, bastante me importará si le veo o no«, pensó mientras cruzaba el vestíbulo y picaba el botón del ascensor.

Nada más entrar en la habitación dejó el bolso y la chaqueta

encima de una silla y fue con premura al baño. Cuando salió con la urgencia solventada, se sentó en el filo de la cama e inspeccionó con los ojos el entorno, sin apenas reparar en lo que veía. Entonces, al fijarse en el bolso, le vino a la cabeza que había desconectado el teléfono móvil antes de entrar en casa del señor Pereira. Al volver a conectarlo, en el registro aparecieron cinco llamadas perdidas: una era de su padre, otra de su amiga Teresa y tres de Juan Carlos, su novio. Tenía que llamarlo, pero no le apetecía en absoluto. «No entiendo qué me pasa, no es normal este desánimo mío por todo lo que concierne a nuestra relación, a nuestro futuro», pensaba mientras con indecisión en el semblante, movía el teléfono entre sus manos.

Varios minutos llevaba enredada en esos pensamientos, cuando le sobresaltó el sonido de la llamada. Después de mirar la pantalla, dejó que sonara varias veces antes de responder.

—Hola Juan Carlos.

—Hola Elena. ¿Qué tal estás?

—Bien. ¿Y tú cómo vas?

—¿Te refieres a si estoy haciendo el seguimiento de la organización para la boda?

—Sí, claro. —Mintió, ni tan siquiera había pensado en ello en las últimas horas.

—Todo sigue su curso. Estamos esperando que vuelvas para concretar la fecha y terminar de confeccionar la lista de invitados. ¿Sabes ya cuándo regresas?

—Pues no. Tengo un par de entrevistas pendientes y la representante de la editorial me ha comunicado que en unos días las podremos hacer, pero exactamente aún no sabe cuándo.

—La verdad es que sigo sin entender, cómo te has marchado estando tan cerca la fecha de la boda, nos quedan muchos trámites por resolver.

—Ya te lo expliqué en su momento y no quiero volver a hablar de eso, volveré en cuanto me sea posible. Además, si aún no hemos fijado la fecha exacta, no entiendo a qué viene tanta prisa.

—Está bien, tú sabrás lo que haces. Adiós.

—Adiós —respondió ella cuando ya se había interrumpido la conexión.

Elena se quedó un buen rato con el teléfono en la mano. Era cierto lo que Juan Carlos decía, faltaban pocos meses para la boda y se había marchado en medio de los preparativos, pero ella no podía perder esa oportunidad. Y aunque se lo negara a sí misma, lo cierto era que esa oportunidad le vino muy bien para poner distancia y aclarar sus ideas. En cualquier caso, desde el primer día de su llegada a Buenos Aires, su cabeza se había distraído en otras cosas que la distanciaban de pensar en el tema de su enlace matrimonial.

Al fin, con el propósito de sacarse de encima el mal humor que le había dejado la conversación telefónica, decidió salir del hotel. Después de comer en el primer restaurante que encontró, de nuevo en la calle, comenzó a caminar sin prisa dejando que transcurriera el tiempo. Hasta que se sintió cansada y decidió regresar habiendo conseguido lo que se propuso; que se le aliviara el mal talante.

◆◆◆

A la mañana siguiente cuando bajó a desayunar y con el último sorbo de café miró su reloj; vio que era hora de irse para casa del señor Pereira, así que se levantó y salió de la cafetería. Al pasar por recepción, oyó que la llamaba la joven que se encontraba detrás del mostrador.

—Señorita Zambrano, aquel señor la está esperando —le dijo a la vez que señalaba al hombre que se encontraba sentado en uno de los sillones del salón.

»Pero si es Alejandro«, exclamó sin que el sonido saliese de sus labios. Cuando él la vio llegar se levantó apresurado.

—Buenos días Elena —la saludó cordial.

—Buenos días. ¿Qué hace aquí?

—Mi abuelo desea que la lleve a casa.

—Pero no hacía falta, yo podía ir por mis propios medios.

—Ya le digo que es cosa de mi abuelo. ¿Nos vamos? Tengo el coche en la entrada y el estacionamiento solo está permitido unos minutos.

Sin decir nada más se encaminaron hacia la puerta de salida. Continuaron en silencio durante buena parte del trayecto.

—Siento que su abuelo le haya hecho venir a buscarme —dijo ella para iniciar algo de conversación.

—No tiene por qué sentirlo. Como ya le dije el primer día, me cuido de los asuntos de los que él ya no puede cuidarse. Además de que es mi trabajo, también lo hago porque le tengo un gran cariño y, sobre todo, porque deseo hacerle pasar lo mejor posible el tiempo que le quede por vivir.

—Es muy loable por su parte. Seguro que su abuelo se lo merece, me parece una gran persona —manifestó ella con sinceridad.

—Sí lo es —corroboró él en tono convincente.

Les estaba resultando un tanto difícil sostener un diálogo ameno y fluido. Los dos hablaban como si quisieran cortar la conversación lo antes posible, mostrando un desinterés absoluto por lo que concernía al otro.

—Pida a la señora Regina que me avisen cuando tenga que marcharse —requirió Alejandro, mientras maniobraba el vehículo para entrar en el parking.

—Muy bien, así lo haré.

Juntos entraron en la casa y subieron la escalera hasta el dormitorio del señor Pereira, Alejandro llamó a la puerta y la enfermera les autorizó la entrada.

Ya estamos aquí abuelo.

El señor Pereira giró la cabeza hasta ellos.

—Ahora tengo que marcharme, he de atender un asunto, pero estaré de vuelta para acompañar a la señorita Zambrano.

El hombre asintió con un movimiento de cabeza y el nieto abandonó la habitación. Elena, que se había quedado algo rezagada, dio unos pasos hasta el centro de la habitación y saludó.

—Buenos días.

El anciano y la señora Regina respondieron al saludo, luego la mujer preguntó al enfermo si necesitaba alguna cosa más y, tras la

negativa de este, también se marchó.

Cuando estuvieron a solas Elena se acercó deteniéndose frente al enfermo.

—¿Ha descansado bien? —le preguntó con sincero interés.

—Todo lo bien que se puede descansar con esa mujer entrando por la noche varias veces y estos tubos metidos por las fosas nasales —respondió a la vez que tocaba con los dedos los cables que le cruzaban la cara.

—Pero esa mujer y esos tubitos cuidan de usted —argumentó ella afectuosa.

—Sí, lleva razón, pero ya sabe lo que se dice, y con toda la razón, los viejos nos volvemos unos cascarrabias insoportables.

Ambos guardaron silencio. Luego, tras observarla como ya había hecho en las otras ocasiones, pidió que tomara asiento. Ella alargó el brazo, rozó con su mano la piel arrugada de la mano del enfermo y se sentó.

—¿Estás cómoda y decidida a continuar escuchando lo que dejamos pendiente?

—¡Claro! Siempre que para usted no represente ningún perjuicio.

Él negó con un movimiento de cabeza y, a continuación, como si temiese que se le escapara de la memoria el hilo del que tenía que tirar, fijó la vista en un punto concreto de la pared, hasta que los recuerdos acudieron a su cabeza; entonces las palabras comenzaron a fluir por su boca con un sonido pausado y firme.

7

Los días que el joven pintor pasó en el cortijo El Pedralejo tras la marcha de los señores Duarte, fueron los más placenteros que vivió a lo largo de sus vacaciones en España. Le gustaba comer en la cocina, mientras Teodora o Angelina se turnaban para atenderlo. Casuales o no, los encuentros entre la joven sirvienta y Darío se fueron sucediendo con numerosa frecuencia. La mutua simpatía que había comenzado a surgir entre ellos, fue incrementándose a medida que pasaban los días.

Una mañana, cuando Teodora llegó a la cocina con el fin de preparar el desayuno para Darío, advirtió que él había tomado un poco de leche y ya se había marchado. Aun así, la mujer dispuso algo de pan y embutido encima de la mesa por si le apetecía comer algo cuando regresara. «Más tarde volveré para arreglarle la habitación», pensó.

Al salir de la cocina se encontró con su hija.

—Madre. ¿Ya ha terminado?

—Sí, es que el señorito Darío ha debido salir temprano porque no se encuentra en la casa, así que solo le he dejado algo de comida encima de la mesa.

—Pues si le parece, yo aprovecharé y me iré a lavar las sabanas de los señores.

—Está bien.

—Hasta luego madre.

—Hasta luego.

La chica cogió la cesta, subió a las habitaciones y comenzó a coger la ropa que debía lavar, cuando creyó que la tenía toda, se puso la cesta en la cintura y bajó las escaleras; se dirigió a la salida y abrió la pesada puerta de madera. Después de asegurarse de que quedara bien cerrada, para que no entrara ningún animal, empezó a caminar por el sendero que conducía al río. El vientecillo fresco de la mañana acarició su rostro. El sol comenzaba a apuntar

tímidamente y brillaba sobre la hierba mojada por el rocío nocturno. Lina miró el cielo; aún tenía un tono azul pálido, pero en breve, cuando el sol resplandeciera en lo alto, aumentaría su color a un hermoso azul turquesa.

Si bien las hojas del calendario avanzaban en los primeros días del mes de octubre, las temperaturas se mantenían cálidas, alargando el verano como si se negara a ceder el paso a las escarchas que helarían aquellas tierras. «Hace un día precioso, no tardará en secarse la ropa», pensó mientras recorría los últimos pasos de la pendiente hasta el río. Cuando se acercó al lugar que ya tenía habilitado para la colada, se arrodilló, puso la tabla de restregar y metió las manos en el agua. Estaba fría, pero no demasiado. A continuación, cogió una sábana y, tras sumergirla, la extendió sobre la madera y empezó a frotarla con energía. Entonces comenzó a tararear una canción, algo que solía hacer cuando se encontraba alegre.

Angelina sabía que trabajar había sido su obligación desde que era bien pequeña, y lo asumía como algo natural. Para ella; su familia, la hierba que se extendía por las praderas, las flores silvestres que crecían en la orilla del agua… todas esas pequeñas cosas, eran las que llenaban su pequeño universo.

Aún le faltaba un buen rato para terminar la colada, cuando ya comenzaba a sentirse enormemente acalorada. Entonces se desabrochó casi todos los botones de la blusa, la sacó de la cinturilla de la falda, la anudó bajo el pecho y continuó su tarea.

◆◆◆

Tras el parapeto del tronco de un árbol, deleitándose con el dulce contacto de la tierra, de la quietud, de la calma, se encontraba el pintor Darío. Había llegado poco después de que amaneciera, con el deseo de pintar la salida del sol sobre las colinas. Cuando vio llegar a Lina, abandonó el interés por el dibujo, dejó los lápices sobre la hierba, y se dedicó a observarla con verdadera admiración. Era la visión perfecta para una pintura, le parecía que los colores eran más intensos, que el verde de la hierba era más verde y el azul del cielo y del agua, mucho más azul. El encanto natural de aquella joven fue invadiendo sus sentidos de forma suave y dulce. «Parece como si un verso cobrara vida en ella», esa fue la definición que acudió a su mente al pretender describirla. De repente, Angelina dio un respingo y miró a su alrededor con una leve sensación de miedo. Cuando lo descubrió, corrió a ocultarse tras el arbusto que tenía

más cerca.

—Lo siento, lo siento —se excusó él a viva voz, al sentirse descubierto.

—No me gusta que me espíen —dijo ella algo enojada cuando apareció después de haberse recompuesto la blusa.

—Siento haberte asustado —volvió a excusarse.

—No me ha asustado, solo me pareció escuchar un ruido extraño y he temido que se tratara de alguna alimaña.

—Yo estaba tan concentrado en el dibujo que, hasta hace un momento, no me he percatado de tu presencia —mintió algo azaroso.

Con la pesadumbre de la culpabilidad ensombreciendo su semblante, Darío comenzó a caminar hacia ella esperando que su ingenio le ayudase con la mentira que acababa de improvisar. Aunque de inmediato se dio cuenta de que, en realidad, la chica no estaba tan molesta como podría parecer.

—¿Qué está pintando?

—He pintado la salida del sol, y ahora esos árboles reflejados en el río —respondió él al tiempo que alargaba los brazos y enmarcaba la zona con ambas manos—. La verdad es que me gustaría saber pintar con más perfección la belleza que contemplo en estos parajes.

—Sí, esta zona es la que a mí más me gusta.

—¿Te puedo pedir algo? —preguntó con cierto reparo. Ella le miró extrañada, pero asintió con la cabeza—. ¿Te importaría que incluyera tu imagen en el paisaje que estoy pintando?

—Pero si ya me hizo un dibujo.

—Bueno, este sería diferente, lo haría con pinceles y en colores.

—Si ese es su pasatiempo —le respondió alzando los hombros con gesto indiferente.

Darío volvió decidido a donde había dejado los pinceles y comenzó a plasmar lo que veía, mientras la chica, arrodillada, se dedicaba a su trabajo metiendo y sacando las sábanas del agua. Los dos se mantuvieron callados largo rato. Después, Lina se incorporó

y caminó unos pasos para tender las sábanas sobre las matas, él se levantó y fue hacia ella; cuando llegó, tomó una punta de la tela y la ayudo a estirarla sobre el matojo.

—¡Tenga cuidado! Estos matorrales tienen espinas y son muy dolorosas si se pincha con alguna.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Darío al tiempo que se miraba una mano—. Y creo que ha sido más de una.

Cuando las sábanas quedaron bien estiradas, Lina rodeó las matas y se acercó hasta él.

—¿Me deja ver su mano? —pidió tímida.

Él la estiró, ella la tomó con una de las suyas y la observó con detenimiento

—¿Dónde nota el dolor?

—Aquí, y por aquí también —respondió señalando varios puntos.

—Ah sí, ya veo. Esta sale un poco, tal vez la pueda sacar.

Apretó entre sus dedos la parte donde aparecía la espina, a continuación, se la llevó a la boca, buscó con la lengua la punta, juntó los dientes entorno a ella y tiró de la púa.

—Ya está, mire es bien larga —dijo sacándose de la boca el pequeño pincho.

—Creo que tengo algunas más —indicó él tanteándose la palma de la mano.

—Puede ser, pero están bien clavadas, para extraerlas necesitará algo con lo que ayudarse.

—Pero las tengo en la mano derecha, y soy un negado utilizando la izquierda.

—No se preocupe, cuando lleguemos a la casa se las puedo sacar yo.

—Te lo agradecería mucho.

Lina se encaminó hasta la orilla del río y continuó con su tarea. Darío volvió de nuevo al lugar donde había dejado la carpeta, se

sentó e intentó concentrarse en el dibujo. Pero no le resultaba sencillo. Sin poder evitarlo, sus sentidos se perdían con cada movimiento que la chica hacía, ansiando ferviente que ella lo mirara y le regalara una de sus sonrisas. Tampoco a Lina le resultaba indiferente aquel joven, de vez en cuando, también se le escapaba alguna mirada cuando creía que él no la veía.

Darío tenía una de esas caras que mostraban amabilidad: sus ojos eran de un marrón castaño claro, el pelo, del mismo color, le caía sobre la frente si el aire se lo alborotaba, y bajo un bigotillo, todavía algo ralo, mostraba una sonrisa franca que generaba confianza. Era de mediana estatura, delgado, como si a su cuerpo aún le quedara un tiempo para fortalecerse; ciertamente distaba mucho de los hombres campesinos que la chica conocía. «La verdad es que, a una persona como él, valdría la pena tenerle como amigo, siempre, claro está, que estuviera bien vista la simple amistad entre un hombre y una mujer«, eso era lo que pensaba Angelina mientras restregaba la ropa sobre la madera.

Ese día Lina no tenía demasiada prisa, así que decidió que esperaría hasta que todas las sábanas estuviesen secas para recogerlas y volver a casa. Cuando terminó se sentó en la orilla, se quitó las alpargatas y metió los pies en el agua, como le gustaba hacer siempre que el trabajo se lo permitía.

—¿No está demasiado fría? —preguntó el pintor.

—¡No! Solo algo fresquita —respondió mientras chapoteaba con los pies—. ¿No le apetece probarla? —le animó, añadiendo un gesto con la cabeza.

Sin dudarlo un momento, él buscó con los ojos un lugar en el que sentarse. Cuando descubrió una losa a unos tres o cuatro pasos de donde se encontraba ella, fue hacia allí y se sentó. Permaneció unos minutos observando la corriente del agua. El sol brillaba en lo más alto otorgando destellos a las piedras de la orilla y las que había dentro del agua. Al fin se quitó las botas y los calcetines, se subió un poco las perneras del pantalón y tras titubear unos instantes, metió los pies en el agua. Al notar el frío dio tal sacudida, que Lina no pudo reprimir una risita burlona.

—¡Es verdad, no está tan fría! —exclamó.

Pero sus palabras no coincidían con la expresión de su rostro. Dejó pasar unos segundos y cuando la sangre se adaptó a la

temperatura del agua, se levantó y comenzó a caminar hacia el centro del río.

—Tenga cuidado, esas piedras son muy resbaladizas —le advirtió la chica.

La advertencia llegó tarde a sus oídos, en ese momento trastabilló y dando resbalones terminó por sumergirse hasta las rodillas. Ella comenzó a reír de buena gana mientras que Darío, a duras penas, conseguía salir del agua.

—Será mejor que se vaya para la casa si no quiere coger una pulmonía —le aconsejó cuando al fin lo vio sentarse en la orilla.

—¿Tú tardarás mucho?

—No, con este sol seguro que la ropa ya estará casi seca.

—Si te ayudo podemos regresar juntos.

—No se moleste, puedo hacerlo sola. Además, no es bueno que mantenga su pantalón puesto mucho tiempo.

—No pasa nada, no tardará en secarse —respondió mientras intentaba escurrir el agua que goteaba encima de sus pies.

A continuación, Lina fue hasta los matojos y comenzó a recoger la ropa. Él se acercó y, utilizando sus dedos pulgar e índice como pinzas, le ayudó a recoger algunas prendas. Cuando terminaron y Lina se agachó para coger la cesta, él se adelantó, puso la mano en su brazo y con un gesto suave, la detuvo.

—Permíteme, yo la llevaré.

Darío asió la cesta y se la subió al hombro. Ella accedió sin decir nada.

—Este lugar es una laguna de sosiego —señaló él como si hablara consigo mismo—. Me podría pasar horas aquí —añadió cuando dejaban atrás la orilla del río.

—Es verdad. Aunque supongo que se debe ver mucho más hermoso si solo te dedicas a disfrutarlo. Si tienes que trabajar todo el día, no queda demasiado tiempo para contemplaciones. Cuando vengo a lavar y el agua baja helada por el deshielo, lo único que deseo es terminar cuanto antes para entrar en calor durante el

camino de regreso. No, estoy segura de que no es lo mismo.

—Supongo que tienes razón —se limitó a contestar Darío.

A pesar de que pareciera que sus palabras llevaban implícitas el resentimiento, en su tono no había lamentación, solo la manifestación de una realidad patente. Se mantuvieron callados unos minutos mientras subían la cuesta y recorrían el sendero de tierra que llevaba a la casa. Justo donde el camino hacía un recodo impidiendo ver si alguien se acercaba, escucharon unas voces acompañadas de risas. El pintor la miró interrogante.

—Creo que son mis hermanos —le informó ella.

En efecto, los mellizos aparecieron tan entregados a sus bromas que, hasta que no estuvieron a escasos metros, no se percataron de la presencia de la pareja. Los chicos se detuvieron en medio del camino enmudecidos por la sorpresa.

—¿A dónde vais? —les preguntó la hermana.

—Al río —contestó Claudio, el más avispado.

—Bueno, pero no tardéis demasiado que se acerca la hora de la comida.

Ambos asintieron con un gesto de cabeza y reanudaron la marcha.

—Que vaya bien chicos —les dijo el pintor.

Cuando estuvieron a cierta distancia, Lina se giró para mirar a sus hermanos, en ese momento también los mellizos volvieron la cabeza. Ya no reían, ni hablaban en voz alta, sus caras enfurruñadas manifestaban auténtico reproche.

—Se lo pasan bien —dijo el pintor.

—Sí, son muy alegres.

—Y parecen buenos chicos.

—Lo son. Ahora irán a ver si hay algunos peces en la trampa que pusieron ayer. Es buena época y suelen caer bastantes —explicó Lina con satisfacción.

—Y si hay buena pesca, ¿qué harán con tanto pescado?

—Mi madre los reparte con las otras familias de la finca, y también lo pone en sal, de ese modo los podemos consumir durante más tiempo.

—Tu madre es una mujer con ingenio.

—Sí, aquí se carecen de muchas cosas que son muy importantes, pero a cambio, el campo ofrece recursos que, si se saben aprovechar, te permiten sobrevivir y salir adelante.

—Claro, claro.

Permanecieron en silencio unos minutos. La chica pensaba en la expresión de reproche de sus hermanos, estaba segura que ella y el pintor serían el tema de conversación durante la comida de ese día. Darío se encontraba tan a gusto caminando junto a ella, que podría haber seguido en silencio el resto del camino, pero intentó buscar algo que decir.

—Hace muy poco que les conozco, aun así, he podido darme cuenta, de que tus padres son unas magníficas personas y que, a pesar de que tienen que enfrentarse a distintas dificultades, luchan por mantener una familia feliz y unida.

—Bueno, todo lo feliz que se puede ser cuando se vive bajo el mandato de unos determinados señores —soltó sin reparar a quién le hacía el comentario. Cuando se dio cuenta intentó rectificar—. Pero sí, es cierto, mis padres se quieren y adoran a sus hijos —apuntó par restar importancia a su comentario anterior.

—Ya, entiendo.

No volvieron a hablar durante el resto del camino. Cuando entraron en la casa se dirigieron a la cocina. Darío bajó de su hombro la cesta y la dejó encima de la mesa.

—Si lo desea puedo hacerle la comida. Ya es casi mediodía —le propuso ella mientras se agachaba para comprobar si había leña bajo los fogones.

—Aún no tengo apetito, pero lo que sí me gustaría es que me pudieras deshacer de estos dichosos pinchos.

—Ah sí, lo había olvidado. Pero necesitaría una cuchilla de afeitar para extraerlas. ¿Tiene usted una?

—¡¿Una cuchilla?¡ ¿Las piensas sacar con una cuchilla?

— Sí, pero sé manejarla bien —le aclaró al ver su cara de asombro.

—Está bien, iré a buscarla.

Con la duda en el semblante se dirigió a la puerta, pero antes de salir, se volvió para mirarla e intentar descubrir si se estaba burlando de él. Cuando ella con un gesto de cabeza le indicó que la trajera, él algo más seguro comenzó a subir la escalera. Tras escasos minutos volvió con la cuchilla y se la entregó.

—Siéntese aquí —le indicó mostrándole el sitio que estaba más iluminado por la luz de la ventana.

Aunque algo escéptico él accedió. Angelina tomó entre sus manos la de él y escrutó con atención los puntos donde las espinas habían producido rojeces.

—Es verdad, tiene varias. Pero no se preocupe, mi padre siempre lo hace de este modo, de tantas que me ha sacado yo he aprendido a hacerlo, según dice, mejor que él.

Con la punta de la cuchilla y bajo la atenta mirada del pintor, fue extrayendo una a una todas las punchas sin que brotara una sola gota de sangre. Cuando comprobó que las había sacado todas, le dijo mostrándole el barreño lleno de agua:

—Ahora lávese muy bien las manos.

—Es sorprendente, nunca lo habría imaginado —exclamó a la vez que observaba su mano antes de sumergirla en el agua.

Darío sintió el súbito deseo, reprimido al instante, de acercarse a ella, atraerla hacia sí y decirle que la amaba desde el primer día que la vio, un pensamiento tan sorprendente para él, que estuvo a punto de decirlo en voz alta. No lo hizo; la voz de ella lo sacó de sus pensamientos.

—He de hacer la comida, se está haciendo tarde.

—Por mí no tengas prisa, no tengo hambre. Pero si no te importa me quedaré aquí hasta que la tengas lista.

—Como guste.

Era cierto que no trabajaba a gusto si se sentía observada, pero también era cierto que la compañía de Darío, hacía días que había comenzado a resultarle sumamente agradable.

—¿Nunca has vivido en otro lugar que no sea el cortijo?

—Bueno sí, cuando vivían mis abuelos pasaba algunas temporadas con ellos en Broncales de la Sierra, un pueblo cercano. Pero a mí no me gustaba separarme de mis padres, así que mis estancias allí eran bastante cortas. Luego mis abuelos murieron y también unos años después, murió una hermana de mi madre que vivía con ellos.

De espaldas al pintor, Angelina se afanaba con los preparativos de la comida mientras él, sentado a la mesa, miraba cada uno de sus movimientos. Tras un corto silencio le volvió a preguntar:

—Pero aquí hay pocas personas jóvenes. ¿No echas de menos relacionarte con gente de tu edad?

—No sabría qué decirle —se quedó callada como si reflexionara sobre la pregunta, entonces, mientras se secaba las manos con el delantal, se volvió para mirarle—. Tal vez sea que no se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

—Supongo que tienes razón —comentó sin saber qué más decir.

Cuando la tenía delante y ella lo miraba con sus grandes ojos negros, las palabras se atrancaban en su boca y necesitaba encontrar el arranque necesario para que salieran con algo de fluidez. Apartó la vista de ella y dijo, como si hablara consigo mismo.

—No me cabe ninguna duda de que esta forma de vida ha de ser tremendamente dura y sacrificada.

—Mi padre suele decir que, cuando nacemos, venimos con nuestro sino marcado en la frente, y que uno no elije dónde se verá obligado a batallar.

Se volvió de nuevo y removió la carne que se doraba en la sartén.

—La comida está lista, cuando lo desee puede comer.

—Huele que despierta el apetito. ¿Por qué no comes tú también?

—Gracias, pero mi familia me espera.

No obstante, Angelina se quedó por la cocina hasta que él terminó de comer. El pintor le preguntó cuál era su comida preferida y ella le respondió que el arroz con la liebre que su padre o sus hermanos cazaban. También se interesó por el clima que solía hacer en el campo, cómo eran los inviernos… Continuaron hablando de diferentes cosas, hasta que la chica retiró los platos de la mesa, los fregó, los guardó en la estantería y terminó de limpiar la cocina.

—Ahora si no desea nada más, me marcharé.

—No, discúlpame, con la charla me he olvidado de que tú no has comido —se quedó callado un instante con la indecisión reflejada en el semblante. —Eres una chica muy agradable y he pasado una mañana estupenda, ¿qué te parece si me tuteas? —dijo al fin.

—No, señor, eso no sería nada correcto.

—¿Por qué? Para respetarse no hacen falta tantos formalismos. Además, creo que hay poca diferencia de edad entre nosotros. Yo tengo veintiún años. ¿Cuántos tienes tú? —le preguntó mientras la veía quitarse el delantal y caminar hacía la salida.

—Me faltan dos meses para que cumplir los diecinueve. —A continuación, se volvió y le dedicó una amplia sonrisa antes de desaparecer tras la puerta.

Lina lo había pensado en otra ocasión, y volvió a pensar en ello, mientras recorría la vereda que separaba la casa grande del chozo. Darío podría ser un buen amigo, incluso se habría podido enamorar de él si su corazón hubiese estado dispuesto. Porque en verdad, el pintor no era un señorito como los que ella conocía. Esos pensamientos y una sonrisa dibujada en sus labios, la acompañaron hasta que llegó a su destino.

Se sorprendió al ver que todos la estaban esperando para comer. Durante un momento permaneció de pie observando el semblante serio de sus padres y la cara de mofa de sus hermanos mellizos.

—¿Has ocupado toda la mañana en lavar la ropa y prepararle la comida al señorito Darío? —le preguntó la madre mientas ponía los garbanzos en los cuencos.

—Sí, hoy me lo he tomado con tranquilidad, no había demasiadas

cosas que hacer en la casona y…

Los mellizos soltaron una risita socarrona. La madre se sentó y todos empezaron a comer en silencio. Cuando terminaron, Claudio, el hijo mediano, se levantó con modales desdeñosos y se marchó, los mellizos también abandonaron la mesa. El padre continuaba con la cara seria, pero no decía nada, al fin se levantó despacio y miró a su hija.

—Ten mucho cuidado Angelina —dijo mientras iba hacia la puerta. Antes de salir se detuvo, dio media vuelta y la miró—. Ya eres mayor y no siempre podré estar para protegerte, llegado el momento, tendrás que ser tú la que cuide de ti misma.

El hombre se marchó y Angelina se quedó con un nudo en la garganta. En las palabras y en los ojos de su padre, vio más que reproche, verdadera preocupación.

—No es adecuado que le dediques demasiadas atenciones al joven pintor —le dijo la madre cuando estuvieron solas.

—No tienen por qué preocuparse —afirmó ella en tono firme—. Solo hablamos de cosas intranscendentes. Ahora que no están los señores se siente solo y por eso tiene algunas atenciones conmigo.

No obstante, en su interior Lina sabía que no era del todo cierto, que detrás de las miradas furtivas y de esas consideraciones con las que Darío la obsequiaba, había algo más.

A pesar de los consejos que le dieran sus padres, la chica continuó compartiendo momentos de charla con el pintor siempre que él se hacía el encontradizo con ella. Era difícil poder definir la naturaleza de la relación que se estaba creando entre ellos, pero a ella le resultaba tan grata su compañía que, no podía o no quería, hacer nada por evitarlos, así que, los encuentros se convirtieron en algo habitual.

Aguantando las miradas inquisidoras de sus hermanos y algún que otro reproche de su madre, pasaron los días hasta que, a la semana siguiente, volvieron los señores.

8

La voz del anciano pintor, apenas se alzaba por encima del sonido de su respiración y el que emitía el teclado del portátil. Había permanecido con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y los ojos entornados, como si su mente se encontrara a años luz de aquella habitación.

En un momento, el enfermo se removió en su sillón y se quedó callado. Elena, que había seguido atenta sus palabras para transcribirlas literalmente, desvió los ojos de la pantalla, alzó la cabeza y lo miró. Tras unos minutos en los que respetó su mutismo se decidió a hablar.

—Señor Pereira, usted se enamoró de Angelina —le dijo muy bajito y dudosa por interrumpir su silencio—. Aunque me temo que ese amor no fue correspondido. ¿Me equivoco? —añadió cuando al oír su voz, el hombre agudizó los ojos y la miró.

—No, no se equivoca.

—Será mejor que me marche, usted debe descansar —comentó después de otro breve silencio.

El hombre no respondió, reclinó la cabeza en el sillón, cerró los ojos de nuevo y voló tras sus erráticos pensamientos. Elena se levantó, cogió su bolso y su chaqueta y se encaminó a la puerta, pero antes de salir, volvió sobre sus pasos, se acercó al anciano y le acarició una mejilla.

—Avisaré a la enfermera.

—¿Querrá volver mañana?

—Por supuesto que sí. ¿Le irá bien a la misma hora?

El anciano hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Elena salió de la habitación.

Cuando bajó al salón encontró a la enfermera sentada en el sofá, con una revista algo arrugada entre las manos y la cabeza inclinada sobre el pecho, vencida por el sueño. La mujer se despertó con el

sonido de los pasos.

—Señorita Zambrano. ¿Ya se marcha?

—Sí, el señor parece cansado.

—Ahora mismo subo, he de darle su medicación, pero antes avisaré al joven Alejandro.

—Gracias —respondió Elena.

La mujer desapareció tras una puerta de madera noble y cristal por la que, de inmediato, apareció Alejandro. Ella le comunicó que ya se marchaba y ambos salieron de la casa.

Ya en el coche, permanecieron en silencio varios minutos.

Siempre que salía de la habitación, Elena necesitaba un tiempo para desembarazarse de la voz cansina del enfermo. La respiración entrecortada y las palabras taciturnas que salían de su boca, narrando los sucesos ocurridos hacía ya tanto tiempo, resonaban en sus oídos durante varios minutos.

—¿A dónde quiere que la lleve? —preguntó Alejandro interrumpiendo sus cavilaciones.

—Pues…

—¿Quiere ir a su hotel?

—Creo que no, déjeme en cualquier sitio del centro.

Tenía la boca seca y necesidad ir al baño. Cuando estuvieron en una de las calles más comerciales, Alejandro volvió a preguntarle:

—¿Le parece bien por aquí? Aunque si prefiere que la deje en otro sitio…

—No, aquí está bien. Supongo que en esta zona será fácil encontrar un sitio para comer alguna cosa.

Alejandro no dijo nada. Condujo unos trescientos metros más antes de detener el automóvil junto a la acera.

—Este restaurante tiene fama por su buena cocina y servicio —indicó mostrándole la puerta de entrada al establecimiento—. Su hotel se encuentra relativamente cerca de aquí, así que no le será

difícil llegar.

—Ah, muy bien. Muchas gracias —asintió, a la vez que echaba una ojeada rápida al letrero que anunciaba el restaurante.

—No hay de qué.

Elena salió del coche y tras cerrar la puerta, acercó la cabeza a la ventanilla.

—No sé… —dijo indecisa cuando él bajó el cristal—, es posible que tenga algún compromiso, pero si no es así, ¿le apetecería comer conmigo?

—No tengo compromiso alguno —se apresuró a responderle él—. Vaya pidiendo una mesa mientras yo estaciono el coche.

Elena entró en el restaurante con paso rápido y preguntó a un camarero por los servicios. Cuando se sentó en la taza del inodoro, sintió que se relajaban sus músculos, a la vez que sus críticos pensamientos se ponían en activo. «¿Cómo se me ha ocurrido hacerle esa proposición, si solo hemos cruzado cuatro palabras? Seguro que se ha sentido obligado por las circunstancias, por complacer los deseos de su abuelo». Pasó unos minutos más de lo necesario sentada, luego se acercó al lavabo, se lavó las manos, se llevó un poco de agua a la boca y se la enjuagó. Al mirarse en el espejo observó que su cara estaba algo pálida, sacó del bolso el neceser; se pasó la brocha por las mejillas y se dio brillo en los labios. «Un poco mejor«, pensó. Se sentía nerviosa, algo excitada, como si fuera a acudir a una primera cita.

Al fin, cuando salió del baño, vio que Alejandro hablaba con el encargado de comedor a la vez que, con la mirada, repasaban cada una de las mesas. «¿Tanto tiempo he estado en el baño?», se preguntó mientras se acercaba a los dos hombres.

—¡Ah, está aquí! —exclamó él cuando la vio. A continuación, se dirigió al maître—. Por favor una mesa para dos.

Los acompañó a una mesa situada algo apartada de la puerta de entrada, les preguntó si les parecía bien, Alejandro dio su aprobación y el maître se marchó. Apenas había terminado de acomodarse, cuando apareció un camarero y les entregó la carta. Tras un momento de vacilación, los dos comenzaron a repasar las distintas opciones que el restaurante ofrecía como menú.

—¿Necesita consejo? —le pregunto Alejandro viendo que ella no se decidía.

—Pues no sé, la verdad es que no tengo mucho apetito —respondió sin mirarlo.

—En mi país la carne es inmejorable y en este restaurante saben cómo cocinarla.

—Creo que me decidiré por una ensalada —señaló ella dejando la carta en un lado de la mesa como si no le hubiese escuchado.

—¿Y para beber? ¿Le gusta el vino?

—No suelo beber, pero vino está bien.

—Una botella de vino tinto, dos ensaladas y dos chuletas a la brasa —indicó Alejandro al camarero cuando este llegó con el blog de notas.

—No sé si podré comerme la carne, ya le he dicho que no tengo apetito.

—Ya verá como sí se la comerá.

Permanecieron callados los dos largos minutos que el camarero tardó en regresar con la botella.

—Sírvale a la señora por favor.

Elena probó un sorbo, hizo un gesto para indicar su aprobación y el hombre sirvió en las dos copas. Entonces Alejandro tomó la suya.

—¡Por qué mi ciudad sea de su agrado! —la alzó ligeramente y bebió.

—La verdad es que no he tenido tiempo para conocerla —argumentó ella a la vez que bebía un trago largo.

Elena sintió como el líquido le pasaba de la boca a la garganta aliviándole la sequedad. «Tenía que haber pedido agua, esta sed no se me pasará por mucho vino que beba«, pensó. Aun así, cogió la copa y se la volvió a llevar a los labios, al alzar la cabeza se dio cuenta de que él la estaba observando atentamente. Algo azorada, desvió su mirada y la centró en el ramito de florecillas naturales que decoraba la mesa, como si eso fuese lo más interesante que tenía delante. Llevaban varios minutos uno frente al otro, pero no

surgía ningún tema de conversación. Al fin, fue él quien le preguntó.

—¿Ha vuelto a quedar con mi abuelo?

—Sí, mañana a la misma hora.

—Entonces la iré a recoger.

—Se debe sentir muy obligado con su abuelo para hacer cuanto le pida.

—Ya le expliqué que soy su mano derecha, y que no me resulta sacrificio alguno —argumentó algo cortante, pero al instante suavizó el todo—. Además, en este caso lo hago con sumo gusto.

—Entonces… creo que debo agradecérselo doblemente, primero por el cumplido y después, por haber aceptado mi petición de acompañarme.

—Pues yo he de volver a decirle lo mismo de antes, para mí es un placer poder compartir este momento con usted.

En ese instante se acercó el camarero con los platos de ensaladas, ellos le agradecieron el servicio y el hombre se retiró.

—Espero que le guste —dijo él mirando el contenido de los platos.

—Sí, una ensalada tampoco tiene tanto misterio. ¿No le parece?

—Tiene razón —admitió con una media sonrisa—. Por cierto, ¿qué tal si dejamos la cortesía de rigor y nos tuteamos?

—Me parece bien —asintió ella.

Se quedaron en silencio un par de minutos como si pinchar los trozos de ensalada con el tenedor y llevárselo a la boca fuese su principal y único objetivo. Luego ella dejó el tenedor sobre el plato y bebió un sorbo de vino. A continuación, se separó un poco de la mesa, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y lo observó abiertamente mientras él cogía su copa y bebía un trago largo sin apartar los ojos de ella.

—Usted, quiero decir tú, tienes un gran parecido físico con tu abuelo.

—Sí, y parece que he heredado de él algo más que su físico, o por lo menos eso dicen las personas que lo conocieron en su juventud, aunque eso es algo lógico, ya que somos familia —se quedó callado unos segundos—. Lo que no es tan habitual es la semejanza que hay entre la mujer del cuadro y tú, sobre todo si se tiene en cuenta que no os une ningún parentesco.

—Sí, pero supongo que no seremos un caso único.

—Claro, no se conocen a todas las personas del mundo.

—Tu abuelo me parece una persona extraordinaria.

—Gracias por la parte que me toca —dijo él mostrando una risa pícara.

Ella no hizo ningún comentario al respecto. El camarero se acercó y cambió los primeros platos por los segundos. Alejandro la vio mirar con desgana el enorme trozo de carne que había en el plato.

—¡Venga pruébalo! —la animó mientras él cortaba un trozo del suyo y se lo llevaba a la boca.

Al fin se decidió, partió un trocito, se lo llevó a la boca y lo masticó despacio. A continuación, cogió la copa, bebió un trago y volvió a comer otro trocito. Comieron en silencio durante unos minutos. Elena no se resistía a observarlo cuando creía que él centraba su atención en la tarea de llevarse la comida a la boca.

A pesar de que Alejandro ya debía sobrepasar los cuarenta años, su sonrisa franca y algo infantil, le hacían parecer más joven. Era de estatura por encima de la media; delgado, sus ojos almendrados mostraban una mirada serena y transparente, el pelo castaño oscuro, muy liso, le caía unos centímetros por encima de las orejas dándole un aspecto jovial y desenfadado. Atractivo, muy atractivo, pensó Elena.

—Venga, atrévete a preguntarme lo que desees saber —le dijo él cuando se dio cuenta de que lo observaba a hurtadillas.

Ella detuvo el tenedor antes de llevárselo a la boca y lo volvió a dejar sobre el plato. No es que estuviese muy interesada en saber cosas de él, pero después de pensarlo un momento, dijo:

—De acuerdo. ¿Conoces la historia que me está contando tu abuelo?

—Tengo una ligera idea —le respondió él mientras se reclinaba levemente sobre el respaldo de la silla.

—El primer día, al salir de su habitación, me dijiste bastante enojado que no tenías ni idea de lo que habíamos hablado.

—Era cierto, ese día no lo sabía.

Elena esperaba que dijera algo más, pero él continuaba mirándola sin decir nada. Luego apartó el plato y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Qué más quieres saber?

—Tantas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué sabes de la mujer del cuadro?

—Sé que mi abuelo la conoció cuando era joven y que mantuvieron una relación muy especial.

—Supongo que te lo ha contado él, ¿no?

—Sí claro, sino cómo iba a saberlo.

—¿Entonces tal vez te ha dicho qué fue de ella?

—Hasta dónde él sabe sí.

—Pues dime lo que sepas.

—Mi abuelo no me lo perdonaría. Estoy seguro que desea explicártelo él y si aún no lo ha hecho, lo hará. —Se reclinó de nuevo en la silla como si quisiera dar por concluido el interrogatorio—. Ahora creo que me toca a mí hacerte alguna pregunta. ¿No crees?

Elena puso cara de resignada, pero no respondió. Tras unos instantes él le preguntó:

—¿Cuéntame a qué has venido a Buenos Aires?

—Tema de trabajo —respondió escueta.

—¿Qué tipo de trabajo?

—La comercialización de mi libro.

—¿Eres escritora?

—Bueno, solo he escrito un par de libros. No me puedo considerar escritora, solo aprendiza. Aunque es verdad que el segundo está teniendo buena aceptación... Por eso la editorial me pidió que viniera a Buenos Aires, bueno y también para participar en un programa cultural de televisión que habla de literatura.

—¿De qué género son los libros que has escrito?

—Novelas.

En ese momento el camarero se acercó, les preguntó si tomarían postre y los dos dijeron que solo café. «No me lo puedo creer, pero si he terminado comiendo toda la carne», pensó cuando el hombre retiraba los platos.

—Has estado muy bien, te has comido casi todo el filete.

—Sí, y no es habitual en mí, la carne no es que sea mi debilidad.

Mientras saboreaban una segunda taza de café, continuaron hablando de distintos temas durante largo rato. Cuando Alejandro miró su reloj Elena recorrió con los ojos el comedor, entonces reparó en que solo quedaban un par de mesas ocupadas y algún camarero atareado en recoger los servicios.

—¡Oh vaya, lo siento! Quizá se te ha hecho tarde.

—No te preocupes, tengo una reunión, pero aún falta media hora.

El camarero les trajo la cuenta y Elena dijo que pagaba ella, porque la propuesta de comer juntos había sido idea suya, y aunque en un principio Alejandro se negó, acabó accediendo para no desairarla.

Cuando salieron a la calle comenzaron a andar por la acera en silencio. Luego él le preguntó:

—¿Estás segura de que sabrás llegar al hotel?

—Sí, sí —afirmó convencida—. Aunque antes daré un paseo, me vendrá bien después de permanecer tanto tiempo sentada.

—¿Sabes qué? Se me está ocurriendo algo —dijo él de improviso,

a la vez que daba media vuelta para detenerse delante de ella—. La reunión no se alargará mucho, creo que en un par de horas estaré libre. ¿Qué tal si nos vemos más tarde?

—¿Estás seguro? ¿De verdad no tienes nada importante que hacer?

—Nada, seguro. ¿Nos vemos aquí sobre las siete?

—De acuerdo.

—Hasta luego entonces.

Alejandro comenzó a andar, pero tras alejarse tres o cuatro pasos se volvió de nuevo.

—Tal vez sería mejor que me dieras tu número de teléfono, así te puedo avisar cuando termine.

Elena se lo enumeró, él lo anotó en el móvil y se marchó. Ella se quedó de pie en medio de la acera sin saber qué hacer ni qué dirección tomar. Después simplemente comenzó a caminar y se dejó llevar.

◆◆◆

Al principio paseaba por el solo hecho de dejar transcurrir el tiempo. Fue depositando su atención en todo cuanto veía; observaba con sumo interés los edificios emblemáticos, los escaparates exhibiendo todo tipo artículos, el ir y venir acelerado de la gente… hasta que, poco a poco, fue dejándose seducir por la ciudad y comenzó a disfrutar del paseo. «Sin duda, esta es una gran ciudad», pensó. Se encontraba de buen humor, pero no había reparado en ello.

Miró el teléfono pensando que si sonaba tal vez no lo escucharía. Entonces se dio cuenta de que lo tenía en silencio, lo había silenciado cuando entró en casa del señor Pereira y luego olvidó activar el sonido. Comprobó las llamadas y los mensajes; no había nada que le interesara responder. No volvió a guardarlo en el bolso, sino que lo mantuvo en la mano a la espera de que sonara. Entonces fue consciente de su estado de ánimo; se encontraba impaciente por escuchar el aviso de la llamada.

No tenía idea de qué tipo de reunión tenía Alejandro, pero sí sabía que, cualquier reunión, siempre solía alargarse más de lo

previsto. Miró el reloj y comprobó que faltaban quince minutos para que se cumplieran las dos horas que él le había pronosticado que tardaría en regresar. Entonces decidió dirigirse hacia el lugar donde habían quedado.

Le parecía que llevaba paseando demasiado tiempo por la misma acera cuando volvió a mirar el reloj por enésima vez. Marcaba las diecinueve treinta. «Solo pasa media hora, será mejor que me serene, esto no es una cita amorosa.» Eso se decía cuando sintió la vibración del móvil en la mano. Un número desconocido aparecía en la pantalla. Se obligó a esperar que sonara dos veces antes de responder. Reconoció su voz.

—Hola soy yo, disculpa que te haya hecho esperar más de lo previsto. ¿Estás en el lugar donde habíamos quedado?

—Sí —respondió escueta.

—En diez minutos estoy ahí.

Cuando cortaron la conexión, Elena respiró algo más hondo a la vez que, una media sonrisa involuntaria, se reflejó en su semblante. Momentos después, Alejandro detenía el automóvil justo donde ella se encontraba y le abría la puerta desde dentro para que subiera.

Mientras conducía sin que ella supiese a dónde se dirigían, él le dijo que había estado en una subasta de arte y que, a pesar de que eran escasos los objetos que se subastaban, se había alargado más de lo que en un principio creía.

—Nunca he estado en una subasta de arte, ni de otros objetos.

—¿Tal vez te habría apetecido venir? —le preguntó sin apartar la vista del tráfico—. La verdad es que no lo pensé. En cualquier caso, si no se tiene un interés comercial, resultan bastante aburridas.

—No importa, mientras esperaba he estado conociendo parte de esta ciudad, y la verdad es que he disfrutado del paseo.

Continuaron hablando de cosas triviales. El automóvil se deslizó por una rampa y traspasó la barrera de un aparcamiento subterráneo. Cuando después de haberlo estacionado, subieron las escaleras y se encontraron en la calle, se quedaron un momento parados en medio de la acera.

—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó él solícito.

—Me da igual, lo que te apetezca a ti —respondió con sinceridad.

—¿Damos un paseo? —Propuso, aunque de inmediato rectificó— Claro que, si estás cansada, podemos sentarnos a tomar algo.

—Lo cierto es que no he parado de andar desde que te fuiste, pero…

—Pues entonces será mejor que descanses y dejemos el paseo para otro momento. No muy lejos de aquí hay una cafetería que creo que te gustará.

Ella aceptó de buen grado. Mientras caminaban en la dirección que le indicó, pensó en el comentario que él había hecho, «¿de verdad tendrían la posibilidad de dar ese paseo en otro momento?» Y aunque lo puso en duda, sonrió para sus adentros.

Caminaron unos trescientos metros. Los últimos rayos de sol habían desaparecido casi por completo tras los grandes edificios y la ciudad, comenzaba a relucir con todo tipo de luz artificial cuando se detuvieron ante la puerta de la cafetería.

La fachada estaba revestida de madera y paños de vidrio-espejo de estilo *art decó*. En ese momento, cuatro focos se encendieron iluminando la entrada y las dos marquesinas donde se exhibían distintos productos tradicionales. El local no tenía grandes ventanales a la calle, pero era amplio, aunque no demasiado; las paredes pintadas de blanco y recubiertas con azulejos del mismo color, contrastaban con los paños de vidrio traslúcido, rematados con marcos en madera de nogal. Una vieja barra de madera y mármol se extendía ocupando parte de un lateral, las mesas redondas también de los mismos materiales, las adornaba un pequeño jarrón con tres florecillas naturales y un azucarero de cristal. Todo el mobiliario parecía mantener el aire original y austero de antaño. A pesar de que, en un primer momento, a Elena le pareció que la decoración era algo rancia y pasada de moda, reconoció que todos esos elementos seguían un orden y que, posiblemente, ara algo que querían conservar desde sus inicios. Al fin, admitió que era un sitio tranquilo y acogedor. Ocuparon la única mesa libre.

—¿Qué te apetece tomar? —le preguntó él.

—Un café con leche.

—¿Tienes hambre?

—En este momento no.

Alejandro alzó el brazo e hizo una señal al camarero para que se acercara.

—Por favor, dos cafés con leche. Ah, sírvanos también una ración de chocotorta.

El hombre tomó nota y se alejó.

—Lo compartiremos. Es un postre muy típico de aquí y, aunque está hecho con galletas de chocolate y queso crema, su principal componente es el dulce de leche —explicó elogiando el pastel—. Si aún no lo has probado, espero que te guste.

—Sí, lo probé en una ocasión —aclaró ella.

Entonces recordó que no le había gustado en absoluto el sabor dulzón y empalagoso del dulce de leche, pero no lo reveló.

Solo intercambiaron algunas frases sueltas en los tres o cuatro minutos que el camarero tardó en volver con el café y el pastel. Alejandro la animó a que comiera. Ella tomó un sorbo de café y luego se llevó una cucharadita de pastel a la boca.

—¿Qué tal? —le preguntó a la vez que observaba la expresión de su cara.

—Yo soy más bien de cosas saladas —respondió intentando encontrar el modo de justificar su rechazo a la tarta—. No obstante, he de reconocer que está bueno.

—No es lo que refleja tu cara.

Los dos rieron.

—¿De qué parte de España eres? —le preguntó mientras daba cuenta del último trozo de pastel.

—Del País Vasco, exactamente de Bilbao.

—Ah, del País Vasco. Fue una zona muy popular durante muchos años.

—Sí, por desgracia se ha hablado mucho de ella.

Guardaron silencio unos instantes. Tal vez, él se dio cuenta de

que era un asunto del que a ella no le apetecía hablar y al momento cambió el tema de la conversación.

—¿Has solucionado todo lo que te trajo a Buenos Aires? Me refiero a lo referente a tu libro.

—Bueno, estoy en ello. Mi representante en la editorial de aquí, está pensando en organizar una tertulia literaria. Ella cree que en alguna biblioteca estaría bien, y me ha llamado para pedirme opinión.

—¿En qué consiste exactamente esa tertulia?

—Pues se trata de encontrar a algunas personas que quieran leer el libro, para que después puedan opinan sobre él, generándose de ese modo un debate en el que se incluyen preguntas a los autores.

—Es buena idea. ¿No? De ese modo se podría dar a conocer el libro e impulsar las ventas.

—Sí, tal vez sea buena idea. Aunque lo cierto es que resulta muy difícil, por no decir imposible, abrirse camino en el mundo literario —se quedó pensativa unos instantes—, sobre todo si no eres un escritor de renombre.

◆◆◆

Durante más de una hora estuvieron hablando sobre el tema. Ella le dijo que escribir había sido siempre su sueño, pero que al principio, con la universidad y luego la preparación al mundo laboral, se fue quedando en una asignatura pendiente durante años. Alejandro le hacía preguntas y ella respondía con total naturalidad. Le dijo que había estudiado empresariales y que, cuando terminó la carrera, comenzó a trabajar en la empresa de su padre. Le explicó que la empresa se dedicaba al marketing, y que fue en eso en lo que ella se especializó. Habló de lo que solía hacer a diario, sobre todo, las cosas referentes a su trabajo. Era una conversación que surgía de manera espontánea. Hacía escasos días que se conocían, pero no parecía que se estuvieran descubriendo, sino como dos amigos que no se veían en tiempo y se estaban poniendo al corriente. Sin embargo, ambos evitaron tocar asuntos concernientes a la vida privada del otro.

—¿Sabes qué? Esta noche me toca a mí invitarte a cenar —dijo él tras salir de la cafetería.

—¿Ya estás pensando en comer? ¡Pero si acabamos de merendar!

—Más bien, deberías decir que he merendado yo, porque tú solo has tomado café.

Elena sintió una agradable sensación, cuando minutos después, salieron a la calle y percibió que la brisa de la noche refrescaba sus mejillas. Aun así, se abrochó la chaqueta y envolvió su cuello con un pañuelo. Permanecieron unos instantes parados bajo la iluminación de la puerta de entrada de la cafetería y comenzaron a caminar lentamente. No tenían prisa, ni la necesidad de llegar cuanto antes a algún sitio. Era como si les bastara con dejarse llevar, hacer algunos comentarios triviales y, sobre todo, saborear la dulce cercanía del otro.

Algunos comercios ya habían bajado sus persianas y los escaparates solo permanecían iluminados por las luces interiores de los establecimientos. De vez en cuando, se paraban ante los aparadores enrejados que llamaba su atención y hacían algún comentario al respecto.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó exaltada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él a la vez que pegaba su cara a la reja.

—¡Mira eso! Aquí está expuesta buena parte de la ilusión de mi vida.

La portada en color morado, el título: La Buena Sombra y en la parte inferior, el nombre: Elena Zambrano. La perplejidad no le permitía moverse. De pronto se dio la vuelta y miró a Alejandro con un brillo de emoción en los ojos. Tras un instante de duda, él la cogió por los hombros y la abrazó.

—Ha sido una verdadera sorpresa —pudo decir ella a la vez que se apartaba un poco de sus brazos—. Tal vez pienses que no es para tanto, pero es que esto significa mucho para mí. Ha llegado tan lejos de mi país que me resulta increíble.

Alejandro le tomó la barbilla con una de sus manos y miró sus ojos algo enturbiados. Permanecieron unos segundos en silencio, luego le dijo:

—Cómo no voy a entender que te hayas emocionado, pues claro que lo entiendo, y me alegro de haber estado a tu lado en un

momento tan especial para ti, de percibir tu entusiasmo y poder compartirlo contigo.

De nuevo comenzaron a caminar, pero antes de alejarse, Elena no pudo por menos que volver la cabeza para mirar otra vez su obra.

Continuaron paseando sin un rumbo determinado. Poco a poco, en las calles fue disminuyendo la afluencia de gente y se comenzaba a respirar una cierta calma. También a Elena se le fue pasando la excitación que le produjo ver su libro en una librería y sus sentidos se centraron, cada vez más, en disfrutar de la charla y del paseo.

—Creo que es hora de cenar, y tú no has respondido a mi invitación —dijo él deteniéndose de pronto.

Elena alzó la cabeza y le miró. Vio que una sonrisa expectante y divertida se dibujaba en sus labios. No le respondió, su respuesta ya iba implícita en sus ojos.

—¿Debo tomar tu silencio como una simple aprobación? O más bien cómo: "¡Sí, estoy encantada!"

Los dos rieron de buena gana.

—Lo cierto es que me cuesta entender que no tuvieses nada más importante que hacer, que distraer a una mujer solitaria.

—No, no tenía nada más importante que hacer. Pero si lo hubiese tenido, ten por seguro, que lo habría pospuesto.

—¿Sabes? Lo acabo de decidir, le diré a mi editor que organice la charla literaria —dijo una vez sentados a la mesa del restaurante.

—Creo que es una decisión acertada —convino él y a continuación señaló—, tendrás un buen motivo para retrasar tu regreso a España.

Elena se quedó callada, pensativa. No tenía muy claro qué responder y decidió no decir nada. Entonces él le preguntó:

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Buenos Aires?

—Aún no lo tengo decidido, anulé el billete de vuelta.

—Debes tener gente que te espera en Bilbao.

—Claro, está mi padre, mi hermano, una buena amiga… —desvió

la mirada buscando el modo de eludir la pregunta que vendría a continuación.

—¿Hay alguien más, ¿verdad? —Alejandro había hecho la pregunta sin meditarla y de inmediato se justificó— No tienes por qué responder si no lo deseas.

Y no respondió. Parecía como si se mantuviera a la defensiva, pero no sabía de quién; tal vez de ella misma. Porque la pregunta invitaba a confidencias y ella no deseaba entrar en detalles.

Se limpió los labios con la servilleta, a continuación, cogió la copa y bebió un sorbo de vino. Para concederse unos instantes de reflexión, inclinó un poco la cabeza, apoyó las manos sobre la mesa, cambió un par de veces los cubiertos de sitio y observó distraída los restos de comida que había en su plato. Al fin se obligó a responder.

—Sí, hay alguien más —dijo concisa.

Se dio cuenta de que no había pensado en Juan Carlos en todo el día, y el sentimiento de culpa le dificultó aún más la elocuencia. El silencio se asentó entre ambos dos largos minutos, durante los cuales, se entretuvo en mirar lo que había a su alrededor. Cuando volvió a fijarse en él, comprobó que la observaba atentamente, y que sus labios se abrían en una gran sonrisa dejando ver sus dientes blancos y prefectos. Le perturbaba la calidez que se agazapaba tras esa sonrisa espontánea, y la crispó la certeza de que él ya lo había descubierto.

—Se llama Juan Carlos —dijo apartando sus ojos de los de él un instante.

—¿Estás casada?

—No, pero nos casaremos en breve.

Otro largo silencio que Alejandro rompió.

—¿Tú no deseas conocer nada de mí?

—Dime lo que tú creas conveniente —le respondió algo vacilante.

—Me casé muy joven, y cinco años después me divorcié. No tengo hijos, y vivo en casa de mi abuelo desde que mis padres murieron.

Había sido tan breve y conciso, que ella no tuvo por más que intentar sofocar una risa que le salió espontánea. Entonces él extendió la mano y le tocó la muñeca. Fue un contacto tan inesperado y eléctrico, que la indujo a apartar la mano intentando dejarle claro que no deseaba acortar distancias. A partir de ese momento, ninguno se adentró en más detalles, ni expresó abiertamente emociones o sentimientos.

Ya entrada la media noche, Alejandro detenía el automóvil delante del hotel en el que Elena se alojaba.

—Estaré aquí a la hora de siempre.

—Hasta mañana —dijo ella a la vez que abría la puerta. Cuando estuvo fuera del coche no pudo resistir la tentación de mirar por la ventanilla—. Hasta mañana —volvió a repetir.

Con paso rápido, comenzó a subir los cuatros escalones que separaban la acera de la gran puerta acristalada. Ya en la habitación, pensó en responder la llamada perdida de Juan Carlos, pero desistió. «No es buena hora en España», pensó sin admitir que, con ese pensamiento, solo intentaba justificar la decisión de demorar hablar con él. Se desnudó, entró al baño y se metió bajo la ducha. Cerró los ojos y sintió como el agua le mojaba el pelo, resbalaba por su espalda y le templaba los pies. Se quedó así durante un buen rato con el deseo de que el agua, además de limpiar su piel, también le aclarase las ideas.

«¿Qué tiene de especial que haya pasado una tarde con un hombre? No he hecho nada indebido.» Esas y otras reflexiones fueron divagando por su cabeza mientras permanecía bajo la ducha. Y es que aún no sabía que, con aquellos razonamientos, solo trataba de enmascarar algo que no podía permitirse reconocer. Pero lo cierto era que, algo sí había ocurrido sin que ella se diera cuenta; un hombre estaba llenando su pensamiento y resultaba que ese hombre no era el que debería ser.

Tras ponerse el pijama se deslizó en la cama, fue al cerrar los ojos cuando una imagen apareció ante ella; la mujer del cuadro. Entonces se dio cuenta de que esa tarde no había pensado en ella, ni en la historia por fascículos que le estaba contando el anciano pintor. Sin embargo, no pudo por menos que pensar que, ese retrato había sido el principal causante de que hubiera conocido a Alejandro.

Con el deseo de que el sueño lograra desconectar el interruptor de sus pensamientos y apaciguar su confusa mente, se abrazó a la almohada como cuando era una niña, hasta que, poco a poco, fue cediendo a la inconsciencia y se quedó dormida. Esa noche tuvo un sueño; su corazón volaba alto, muy alto, luego descendía hasta un hermoso lugar que, al despertar, no logró relacionar con ninguno que conociera.

◆◆◆

A la hora acordada del día siguiente, Alejandro la recogió y la llevó a casa de los Pereira.

El enfermo se encontraba acomodado en su sillón, rodeado de dos almohadas recién mullidas, en el mismo lugar de siempre. Lo acompañaba la enfermera que ordenaba el sitio específico de los distintos medicamentos. Tras asegurarse de que todo estaba en orden, la mujer salió de la habitación.

—Buenos días señor Pereira. ¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó cuándo estuvo frente al anciano.

—No me quejo. Estoy todo lo bien que se puede estar cuando se llevan tantos años a cuestas, cuando al tachar los días en el calendario de tu vida, te das cuenta de que se están agotando las hojas. ¿Y tú qué tal estás? ¿Has dormido bien? —preguntó él a la vez que extendía su brazo para indicarle que tomara asiento.

—Estoy bien. ¿Por qué lo pregunta?

El anciano entornó los párpados, agudizó sus ojos y la observó un instante antes de responder.

—El brillo especial que hoy tienen tus ojos, no logran esconder el cansancio que hay tras ellos. No dudes en interrumpirme cuando te parezca oportuno.

—No se preocupe por mí, es solo que no he dormido muy bien; recibí una llamada de España a las tres de la madrugada y después no conseguí conciliar nuevamente el sueño.

Elena sostuvo la mirada del anciano unos instantes, con el deseo de aportar algo de credibilidad a su argumento. Tras la explicación de una verdad a medias, sacó el ordenador de la cartera, lo conectó, se situó delante de él y esperó que el anciano reanudara su relato.

Permanecieron en silencio varios minutos, luego, cuando el pensamiento del pintor retrocedió en el tiempo y los recuerdos se materializaron en su cabeza, las palabras comenzaron a destilar con su habitual voz lenta y discontinua.

9

Levantando un polvo cegador y las hojas que se remolineaban en el suelo, el automóvil llegó al cortijo una tarde con las últimas luces del día. En esa ocasión solo descendieron de él dos hombres; el señorito José Luís y su amigo Fabio Ledesma. Al escuchar el sonido de motor, Teodora y Angelina, que se hallaban en la cocina, fueron hacia la puerta. Cuando Darío escucho el ruido sobre la grava, también se acercó para recibir a sus amigos. Los tres se saludaron efusivamente. Instantes después llegó Casiano.

—Buenas tardes señores —saludó el guarda.

—Buenas tardes —le respondieron.

—Avisa a tus hijos, que te ayuden a descargar el coche y lleváis todo a la despensa —ordenó el señorito con su habitual arrogancia.

Tras un breve saludo, madre e hija comenzaron a ocuparse del equipaje de los recién llegados. Nadie de los presentes se percató de la mirada que Fabio dedicó a la chica campesina, cuando ambos se cruzaron en los escalones de entrada. Nadie excepto ella. A pesar de que intentó esquivar sus ojos, en los escasos segundos que duró aquel fugaz cruce de miradas, a Lina se le acrecentaron los latidos del corazón, de tal modo que podía sentirlos en la garganta y en las sienes, una excitación que ya había comenzado cuando vio llegar el coche y comprobó que de él descendía Fabio.

Casiano y sus hijos estuvieron un buen rato transportando del coche a la casa, la cantidad de provisiones que había hecho acopio el señorito: tres jamones, diferentes tipos de conservas, sacos con harina, arroz…

—Pero, ¿cuánto tiempo piensan quedarse? —exclamó uno de los mellizos después de dejar el último saco en el suelo.

—Tal vez esperan visita —se le ocurrió decir al otro mellizo.

Madre e hija se afanaron en colocar cada cosa en un lugar de la despensa, hasta que llegó la hora de ponerse con la cena.

La chica dudó si pedirle a su madre que esa noche fuera ella la

que les sirviera la comida a los señores, pero como eso no era lo habitual y estaba segura de que esa petición habría dado lugar a alguna pregunta, desistió. No encontraba ningún argumento que lo justificase y, por otra parte, se preguntó si realmente no deseaba hacerlo ella.

Cuando Angelina entró en el comedor con la sopera y terminó de servirle al señorito José Luís, este le dijo:

—Angelina, cuando terminemos de comer, dile a tus padres que vengan, he de decirles algo.

—¿Qué querrá? ¿Habremos hecho algo que no le ha gustado? Todo lo que sale de su boca suelen ser reproches —dijo Teodora con inquietud al escuchar el recado que le trasmitió la hija.

Una hora más tarde, cuando los señores terminaron los postres, el matrimonio entró en el comedor dispuesto a escuchar el rapapolvo.

—Usted dirá señor.

—Deseo comunicaros una buena noticia −comenzó diciendo el señorito−. En dos semanas me caso. Las provisiones que he traído son para la fiesta de despedida de soltero, se celebrará aquí y será la próxima semana.

—Enhorabuena señor —alcanzó a decir Casiano algo aliviado.

—¿Cuántas personas serán? —preguntó Teodora.

—Unos veinte. Espero que mis invitados sean servidos como es debido. Ah, y otra cosa, yo he de marcharme unos días, pero el señor Pereira y el señor Ledesma, se quedarán. Que no les falte de nada —dijo para finalizar el mandato.

—Puedes irte tranquilo José Luís —apuntó Darío—. Durante los días que he pasado aquí, no he podido estar mejor atendido.

—Eso es todo —les dijo dando por concluido el mandato.

Al instante el matrimonio abandonó el comedor.

—¿Qué quería? —les interrogó Lina con la preocupación reflejada en los ojos.

—Pues que el señorito se casa y quiere hacer aquí su despedida de soltero, o algo así.

—¿Cuándo será eso? —quiso saber la chica.

—La semana que viene, pero el día no lo ha dicho.

A Lina le habría gustado saber si los dos extranjeros estarían para asistir a la fiesta, pero no sabía cómo indagar sin que se le notara excesivo interés. Después de unos minutos, pareció encontrar el modo y preguntó.

—Y, ¿se quedarán hasta el día de la fiesta?

—Sí. Aunque dice el señorito que él se marchará unos días.

Teodora no pudo verlo, pero, por un momento, su hija no logró evitar que su rostro mostrara una buena dosis de satisfacción.

◆◆◆

Esa noche, como era de costumbre cuando los señores estaban en el cortijo, la familia de Casiano cenó bien tarde. Y, por supuesto, su comida nada tenía que ver con la que Teodora y su hija habían servido en el comedor de la casa grande.

—Podrían hacer la dichosa fiesta en la ciudad, o allí donde sea que vivan —protestó Anastasio, el hijo.

—¡Ay, hijo! Esa es su casa y estas son sus tierras, pueden venir cuando quieran y celebrar las fiestas que les plazcan —dijo la madre con voz resignada.

—De sobra lo sé madre. ¿Cree que se me puede olvidar que cuanto nos rodea es de ellos? Ahí están mostrándolo en todo momento con sus palabras autoritarias y su prepotencia. Esa es su forma de hacernos saber que no debemos olvidarlo. Unos señoritos que poco se esfuerzan por hacerse merecedores de lo que tienen.

A medida que hablaba elevaba el tono y a punto estuvo de ponerse a gritar. Su madre le instó a bajar la voz llevándose su dedo índice a los labios.

—Ya sabemos cuáles son sus derechos, haber nacido en una familia con dinero, ¡ese ha sido su único mérito! —exclamó el chico antes de salir del chozo con aire resentido.

Anastasio salió a la noche sitiado por la irritación que le producía la injusticia y la tiranía a la que, como otras muchas personas,

también se veía sometida su familia. Dio un puntapié a una piedra que se interpuso delante de su bota y la lanzó con todas sus fuerzas, como si la piedra fuera la culpable de todos los pensamientos que se revelaban en su cabeza. Ventanas, el perro, que dormitaba cerca de la puerta, se levantó y anduvo con sigilo hasta su dueño, Anastasio se agachó y le acarició la cabeza para tranquilizarlo. Luego metió la mano en el bolsillo de su chaleco, sacó un pequeño envoltorio de papel de estraza y lo desdobló con cuidado. Desmenuzó entre los dedos los últimos restos de tabaco que le quedaban y los puso sobre el papel de fumar. Cuando lo tuvo envuelto se lo llevó a los labios, lo encendió y le dio varias caladas seguidas. Tras exhalar una bocanada de humo, comenzó a dar largas zancadas alrededor de la vieja chabola seguido por Ventanas, hasta que se fue calmando a medida que el cigarrillo se extinguía. Entonces tiró la colilla y con más parsimonia, caminó hacía la pequeña cima que se alzaba detrás del chozo.

Ya en la ladera se sentó en el tronco de un árbol caído. Le habría gustado poder liarse otro cigarrillo, pero no le quedaba una pizca de picadura. Entonces acudió a su cabeza la figura de su madre; cómo esta se metía la mano en el bolsillo del delantal y le daba el tabaco que, según decía, había podido sisar de la petaca de su padre sin que se diera cuenta. Aunque Anastasio estaba seguro de que eso no era del todo cierto, pensaba que su padre era en realidad cómplice de ese secretillo. Y fue ese pensamiento el que logró destensar los músculos de sus mandíbulas, el que le hizo abrir los labios unos milímetros, en algo parecido a una sonrisa. Volvió a acariciar el lomo del perro, después elevó la cabeza y observó el cielo. La luna en cuarto creciente pendía de un cielo completamente limpio, dando sombras alargadas y caprichosas a todo lo que sobresalía un metro por encima de la tierra.

Algo más de dos horas permaneció Anastasio sentado en la piedra, con la cabeza de Ventanas apoyada en una de sus botas, mientras el vientecillo nocturno, poco a poco, le iba apaciguando la cólera. Y es que allí, bajo la bóveda celeste de millones de estrellas, escuchando el aullido lejano de un lobo que interrumpía el silencio de la noche y aspirando el aire puro de las montañas, era donde el muchacho lograba encontrar el mejor de los sedantes; el bálsamo que necesitaba para aplacar su rabia, su impotencia, el rencor engendrado por la injusticia y por la tiranía… Unos resentimientos que había ido almacenando en lo más profundo de su joven alma.

Con la estancia de los tres señoritos en el cortijo, Teodora y Angelina tuvieron que dedicar más horas a ocuparse de ellos que a

las tareas del campo. No obstante, era la chica quién pasaba casi todo el día en la casa.

Al señorito José Luís era a quien más le entusiasmaba el tema de la cacería, la temporada estaba llegando a su fin y quería aprovecharla al máximo.

—Avisa a tus hijos, diles que saldremos al apuntar el día —le había dicho a Casiano la misma noche de su llegada.

De igual modo las dos mujeres tuvieron que levantarse al alba para hacerle los almuerzos y llenar de comida sus alforjas.

Esa mañana, cuando los tres hombres bajaron dispuestos a iniciar su jornada de cacería, la mesa ya estaba servida con todo lo necesario para un buen almuerzo. El primero en bajar fue el dueño de la casa y, en escasos minutos, aparecieron Fabio y Darío. La noche anterior, el pintor se había querido excusar de acompañarlos, alegando que le gustaría terminar el boceto de un paisaje que tenía a medias, pero tras la insistencia por parte de los dos amigos al fin no pudo negarse.

En la cara del señorito José Luís y de Fabio se apreciaba el cansancio que aún arrastraban por culpa del viaje del día anterior, por lo que, además de los obligados buenos días, pocas palabras más intercambiaron.

Empezaron a comer en silencio hasta que minutos más tarde, Angelina entró con el café humeante y el comedor se inundó con su aroma. Entonces los tres giraron la cabeza en dirección a la puerta a la vez que aspiraban profundamente. Mientras la chica les iba sirviendo a los demás, Fabio la fue observando con algo de disimulo. Se dio cuenta de que sujetaba el puchero con fuerza, intentando disimular el temblor que bloqueaba sus manos. Luego, cuando le llegó su turno y llenaba su taza, él tuvo la certeza de que, el mismo temblor que mostraban sus manos, también invadía el resto de su cuerpo. Lina intentó no mirarle, pero al darse la vuelta para marcharse, no pudo evitar que sus ojos se encontraran. Fue una mirada en la que quedaron atrapados unos segundos, el tiempo suficiente para que ella pudiera leer en sus ojos las palabras silenciosas que no salían de sus labios.

Angelina regresó a la cocina intentando controlar el estremecimiento que se aferraba a sus piernas. Por suerte, la madre se encontraba enfrascada en sus tareas y el estado de exaltación de

su hija le pasó inadvertido.

Durante buena parte de la mañana, la chica continuó con los latidos del corazón martilleando sus sienes, y los ojos de Fabio clavados en su mente.

◆◆◆

Había sido un buen día para los cazadores. A media tarde regresaron y, como de costumbre, el Señorito José Luís era el que se mostraba más satisfecho, ya que traía su zurrón casi lleno con las distintas piezas abatidas.

—Muchachos hoy habéis acarreado bien las perdices y los conejos hacia donde nosotros nos encontrábamos. Ha sido un buen día de caza —les dijo a los mellizos regocijándose.

Los chicos lo miraron, pero no dijeron nada. Padre e hijos continuaron con la tarea de atender a los caballos, quitarles las sillas, cepillarlos, etc., Fabio se quedó un momento rezagado por las cuadras hasta que vio que sus amigos se habían marchado, entonces se dirigió a Casiano.

—Toma, para tu familia —le ofreció sacando de su zurrón los dos conejos y las tres perdices que él había capturado.

—No es necesario señor —le respondió el hombre sorprendido.

—Por favor cógelo —insistió alargándolo las presas.

—Está bien, gracias señor —aceptó tras la insistencia.

Unas horas más tarde, cuando Angelina y su madre se encontraban preparando la cena para los señores, entró el padre en la cocina.

—Nosotros también tenemos perdices para comer esta noche —dijo dejando en el suelo la leña que llevaba en los brazos.

—¡Sí, claro! —exclamó Teodora sin mirarlo.

—Es verdad. Los chicos las están desplumando.

Las dos mujeres se giraron y lo miraron sorprendidas.

—Padre, ¿lo está diciendo en serio?

—Y, ¿de dónde han salido esas perdices? No creo que vosotros hayáis tenido tiempo para cazarlas —dijo la madre sin esperar a que él se explicara.

—Me las ha regalado el señorito Fabio, y también un par de conejos. —Ante la cara de desconcierto de madre e hija, aclaró—: Sí, me ha dado todo lo que había cazado él.

Teodora se encogió de hombros. A esos detalles no estaban acostumbrados y no terminaba de creerse lo que su marido había dicho. La chica sí lo creyó porque, de inmediato, entendió que esa donación estaba hecha con una intención que sus padres no conocían.

Esa noche, antes de entrar en el comedor para servir la cena, Angelina irguió su espalda y respiró hondo. Lo había estado pensando a lo largo de la tarde: tenía que controlar su estado emocional, para que no le delatase la agitación y el nerviosismo que se apoderaba de todo su cuerpo cuando estaba en presencia de Fabio. No podía permitir que utilizara agasajos hacia su familia para congraciarse con ella. Su familia era pobre como las ratas, pero su dignidad no se compraba con unas piezas de caza. Así que se propuso buscar el valor allí donde se encontrara y, aunque se escondiera en lo más recóndito de su ser, lo encontraría, cargaría sus piernas de aplomo y se mostraría completamente segura. Entonces volvió a inspirar en profundidad, y con paso firme traspasó la puerta.

No se dignó a mirarlo cuando se acercó para poner la sopa en su plato. Tampoco lo hizo a la hora de servirle la perdiz, ni le tembló la mano al poner el café en su taza.

—Deja el café en la mesa y dile a tu madre que os podéis marchar —indicó el señorito José Luís, cuando Angelina se disponía a salir del comedor—, ya terminaréis de recoger mañana.

Ante la mirada de asombro de la chica, él torció los labios en lo que podía parecer una sonrisa, como si le estuviese haciendo el mejor de los regalos. Era tal el tono altivo de su voz, que sus palabras siempre parecían órdenes, incluso cualquier pequeño gesto de generosidad que se permitía quedaba enmascarado tras su prepotencia.

Después de terminar sus tareas, Casiano y los chicos se habían cuidado de desplumar y cocinar las perdices, así que, cuando esa

noche madre e hija llegaron a su chabola, las perdices ya estaban dando el último hervor en el perol. Luego, durante la cena, el tema de conversación fue la generosidad de Fabio regalándole la caza, y el ofrecimiento por parte del señorito de que las mujeres se marcharan más pronto.

—Querrá demostrar a sus amigos lo bondadoso que es —dijo uno de los mellizos con notable ironía.

—Para ser bondadoso, hay que entender el significado de esa palabra —apuntó Anastasio con su inquina habitual.

—Bueno, sea lo que sea, ahora se trata de que disfrutemos de la comida —indicó el padre intentando zanjar el tema.

Casiano sacó el perol del fuego y lo puso encima de la mesa.

—¡Qué bien huele! —exclamó Teodora a la vez que, acercando la nariz al guiso, le regalaba una sonrisa a su marido—. Deberías haber sido cocinero.

Todos comieron de buena gana esa noche, todos excepto Lina. El estómago parecía habérsele encogido y, pese a que hacía un enorme esfuerzo, no conseguía que la comida pasara por su garganta. La inapetencia no pasó inadvertida para su familia, pero cuando su madre le preguntó, ella alegó que se encontraba demasiado cansada y que, de lo único que tenía ganas, era de meterse en la cama y dormir. A nadie de la familia le pareció raro su cansancio, de sobra sabían todos lo largas y duras que llegaban a ser las jornadas en el cortijo El Pedralejo.

◆◆◆

Los dos días siguientes, mientras el señorito José Luís estuvo en la finca, los tres amigos pasaron juntos la mayor parte del día. También Lina se encontraba más ocupada, por lo que el pintor y ella no tuvieron oportunidad de encontrarse a solas; tan solo intercambiaban el saludo de cortesía al cruzarse y algunas frases de agradecimiento cuando ella hacía algo por él.

Fabio y la chica tampoco pudieron encontrarse fuera de la casa. No obstante, él aprovechaba cualquier oportunidad para dedicarle unas miradas perturbadoras y tan penetrantes que, si se cruzaban sus ojos, a ella le provocaban una electricidad que le recorría el cuerpo de los pies a la cabeza.

Angelina presentía, pero no quería comprender que aquellas miradas encerraban palabras, palabras que se quedaban detenidas en los labios de Fabio aguardando el mejor momento para decirlas. Con constante asiduidad recordaba el día que estuvo en su habitación, cuando la puso delante del espejo y, entre otras cosas, le dijo: mírate, eres una chica hermosa, muy hermosa.

Con una enorme carga de turbadores pensamientos abotargando su mente, Angelina hacía todo lo posible, para mostrarse indiferente siempre que veía a Fabio. No obstante, a pesar de que se obligaba a esquivar sus ojos, comprendía con absoluta y cegada certeza, que necesitaba esas miradas para alimentar a las mariposas que ya habían emprendido un revoloteo incesante en su corazón.

Lina había conocido a pocos muchachos de su edad. Apartada como vivía en aquel cortijo, las oportunidades que tenía de relacionarse con ellos, no es que fuesen escasas, es que eran casi nulas. Si bien el dueño del cortijo contrataba jornaleros temporales, la mayoría de los muchachos que llegaban, eran demasiado jóvenes, o ya estaban comprometidos.

Cuando tenía unos dieciséis años, pasó una temporada en Broncales de la Sierra para atender a Carmela, la hermana de su madre, que había enfermado y no tenía a nadie que cuidara de ella. Allí sí conoció a algunos chicos y chicas de su edad. Miguel fue uno de esos muchachos con quien simpatizó desde el primer momento. No obstante, esa empatía no pasó más allá de una simple amistad. Aunque tal vez podría haber llegado más lejos si la estancia en el pueblo se hubiese prolongado más tiempo, pero terminó cuando un mes después murió su tía Carmela y ella regresó al cortijo. Tras el triste y solitario funeral, la chica se sintió aliviada, no por la muerte de la pobre mujer, sino porque ella deseaba volver al lado de su familia.

◆◆◆

Hubo otro muchacho del que también Angelina había recibido halagos y palabras bonitas, Tomás. Unas atenciones que duraron los dos años que él permaneció en El Pedralejo.

A primera hora de una mañana, Tomás y Julio, su hermano mayor, y la esposa de este, llegaron al cortijo contratados como muleros para arar las tierras. En la casa de aparceros donde se instalaban los temporeros, Casiano y Teodora buscaron el mejor de los cuartuchos para el matrimonio, y otro más pequeño para el

hermano soltero, ya que según había dicho don Julián, los nuevos jornaleros se quedarían durante una larga temporada.

—Tú te encargarás de ocuparlos en las tareas que sean más necesarias, a ver si dejas de quejarte de que, solo con los eventuales y tu familia, no se pueden atender todos los trabajos que requieren las tierras —le había dicho con su altanería habitual.

Si bien era cierto que, con los miembros de la familia de Casiano y algunos temporeros, no eran brazos suficientes para desempeñar todas las labores de labranza que requería la finca, más cierto era que Casiano nunca le había ido con quejas; de qué habrían servido si ni siquiera habrían sido consideradas.

La llegada de los nuevos braceros supuso un ligero alivio para Casiano y sus hijos. No obstante, la estancia de Julio y su mujer no se alargó más allá de un año. El matrimonio dijo que había encontrado un lugar mejor en el que vivir y se marchó. Aunque no se fue con ellos Tomás, que le dijo a su hermano:

—Este sitio es como cualquier otro. A las personas que solo disponemos de nuestras manos para ganarnos el pan, lo mismo nos da la tierra que cavemos para sembrar el trigo; la harina siempre será de otros.

Aunque Tomás arrastraba las secuelas de una herida de bala en el pie, de la que todavía se resentía, él había sido uno de esos jóvenes con suerte que logró regresar de la Guerra, igual que lo hiciera su hermano. Pero cuando llegaron a Broncales de la Sierra, se encontraron con el desastre de que una bomba había destruido su casa, mientras sus padres y sus dos hermanas se encontraban dentro. Desde entonces los hermanos no se habían separado, hasta que Julio y su esposa se marcharon del cortijo. Esa separación hizo que Tomás fuera refugiándose cada vez más en la familia de Casiano, hasta que terminó cogiéndole verdadero aprecio.

Durante las veladas, el chico solía explicar los detalles escabrosos en los que llegó a encontrarse a lo largo del tiempo que estuvo combatiendo en la guerra. También hablaba de su novia. Decía que llevaban varios años de relación, pero que no se habían casado porque a ella no le gustaba ir a vivir al campo. Se quejaba de que apenas se veían, que solo cuando él hacía una escapada, se subía en una mula y cabalgaba durante cuatro horas, era cuando podían pasar algunos ratos juntos, y que eso ocurría muy de tarde en tarde.

—Como se entere don Julián que utilizas una de sus mulas para ir a ver a tu novia, se te va a caer el pelo —solía decirle Casiano.

—No tiene por qué enterarse. Yo siempre estoy en el trabajo cuando él viene —se justificaba.

—¡Claro! Pero imagínate que un día te ocurre algo por esos caminos de Dios, acabaría enterándose —apuntaba Teodora.

—Pues que pase lo que tenga que pasar —concluía con determinación.

A Tomás le agradaba tanto estar con ellos que, cuando Teodora le decía que se quedara a cenar, él aceptaba encantado, incluso aunque no fuera invitado, también se tomaba la libertad de presentarse sin previo aviso, era entonces cuando no perdía la oportunidad de poner de manifiesto la admiración que sentía por ellos.

—Sois un matrimonio perfecto, y estáis haciendo de vuestros hijos unos chicos extraordinarios. Si un día formo una familia, me gustaría que se pareciera a la vuestra. No os lo creeréis, pero de verdad sois un ejemplo para mí.

Tal vez porque Casiano comprendía la soledad de Tomás, haciéndole recordar su propia soledad durante los años que pasó en el cortijo hasta que se casó con Teodora, que pronto comenzó a cogerle verdadero afecto, hasta que el muchacho llegó a convertirse casi en uno más de la familia.

Fue pasando el tiempo y llegó un día en el que Tomás comenzó a fijarse en Lina. Por entonces ella tenía trece años y él le doblaba la edad.

—Cómo me gustaría que tuvieses algunos años más —le dijo un día.

—¿Qué interés tienes tú en que yo sea mayor? —le preguntó la chiquilla con una risita.

—Pues… —Se quedó en silencio como dudando si debía continuar.

—¡Venga! Dime. ¿Por qué te gustaría que yo fuese mayor?

—Porque haría cuanto pudiese para conquistarte, y… porque te

pediría que fueras mi novia —respondió él, apartando los ojos de ella y dejándolos vagar por la lejanía.

—¡Pero si tú ya tienes novia! —exclamó la chica con una carcajada.

—Sí, pero no dudaría en romper con ella.

—Estás diciendo tonterías —exclamó y como si sus palabras la hubiesen enojado, se marchó corriendo.

Comentarios de ese estilo le repetía siempre que se le presentaba la ocasión. Entonces ella, burlona, le decía que él era un viejo y que además ella no pensaba casarse nunca.

Todos aquellos halagos, aquellas palabras bonitas que él le dispensaba, no eran para Lina más que otras de las bromas que solían gastarse. No lo eran para él. Tomás comenzó a distanciar las cabalgadas para ir a ver a su novia, y cuando alguien le hacía un comentario al respecto, él simplemente lo eludía cambiando el tema de conversación.

Un día Lina vio a Tomás y a su padre entrar en el chozo sin que se percataran de que ella les seguía. Cuando llegó a la puerta, escucho a Tomás hablar en voz baja. La curiosidad por enterarse de las conversaciones que los mayores no mantenían en presencia de los más pequeños, la hizo detenerse antes de entrar.

—Supongo que te has dado cuenta de lo que siento por tu hija. Sí, ya sé lo que me vas a decir, que Lina solo es una niña, pero estoy dispuesto a esperarla lo que haga falta, hasta que pasen unos años y que ella decida si quiere casarse conmigo. Estoy convencido de que acabaría conquistándola.

Los hombres permanecieron unos minutos en silencio, durante los cuales, a la chica le comenzaron a temblar las piernas. ¿Qué tenía que decir su padre al respecto? ¿Le daría su palabra a Tomás y arreglaría un matrimonio entre ellos? «No, eso no puede ser posible, todavía soy demasiado joven para comprometerme con ningún chico. Además, conozco a mi padre, él nunca haría algo así», pensó. El silencio se le estaba haciendo eterno, hasta que al fin oyó la voz de su padre.

—Sé que eres un gran muchacho y sabes cuánto te aprecio, pero, a pesar de que vivimos entre estas montañas olvidados de la mano de Dios, sabemos lo que está bien y lo que está mal —dijo con su

voz pausada y reflexiva—. Existen unas reglas muy básicas que debemos respetar si no queremos comportarnos como animales. Mi Angelina solo es una chiquilla, es mi orgullo, la niña de mis ojos. Por favor, no me pidas algo así. No me hagas eso.

La chica no pudo escuchar más. Con pasos silenciosos comenzó a alejarse con el deseo de que, su joven e inquieto corazón, no le traicionara al dejar escapar un sollozo que ellos pudiesen escuchar.

Lo que Tomas y su padre hablaron posteriormente, Lina nunca llegó a saberlo. Pero cuando los años de su niñez se fueron quedando atrás, sí pudo comprender que, en aquella conversación en la que ella era la protagonista, prevaleció el cariño, la honestidad y el respeto. Aquellas palabras las guardaría durante mucho tiempo en un lugar preferente de su corazón, como referencia de la sensatez que definía la forma de ser de su padre.

Tal vez Lina solo veía en Tomás a una persona algo equivalente a la figura paterna, pero lo cierto fue que, cuando el chico se marchó del cortijo diciendo que se casaba, lo echó de menos durante bastante tiempo; añoraba sus palabras amables, sus cumplidos, su ternura secreta… la devoción infinita que expresaban sus ojos de joven enamorado.

Primero Tomás, y Miguel después, fueron los dos únicos chicos que podían haber significado algo en la vida de Angelina. Luego, cuando pasaron los años, pensó en ellos como algo que había ocurrido en su infancia, incluso algunas veces, llegó a reflexionar sobre la clase de sentimientos que habían despertado en ella aquellos chicos. No obstante, eso le quedó muy claro años más tarde, cuando conoció a aquel joven extranjero y él clavó sus ojos en ella, entonces fue cuando supo que nunca antes había sentido el aletear de miles de mariposas trastornando las fibras más diminutas de todo su ser.

Para aquella chiquilla el tiempo había pasado y ahora todo era diferente.

10

Cuando ese día, el señor Pereira se encontraba en medio del relato concentrado en verbalizar sus recuerdos, Elena dejó por un momento el teclado y se removió en su asiento. Por alguna razón que no sabía, ese día no le estaba resultando tan sencillo seguir el monólogo del enfermo, incluso durante un instante había dejado de escribir algún mínimo detalle de la narración, algo que, en días anteriores, ni por asomo le había ocurrido.

Sentía sus piernas agarrotadas, las estiró discretamente, se friccionó las rodillas con ambas manos y volvió a reanudar la escritura poniendo especial cuidado en no distraer al anciano.

Como era habitual cuando estaban solos, a excepción de la enfermera, que de vez en cuando entreabría la puerta y asomaba la cabeza como un espía, nadie solía interrumpirles. Pero esa mañana al empujar la puerta, esta emitió un ligero sonido que hizo a Elena apartar los ojos del monitor y alzar la cabeza, cuando con un gesto le indicó que todo estaba bien, la mujer volvió a cerrar con sumo cuidado y desapareció. En ese momento, el anciano miró a Elena y permaneció observándola unos instantes.

—¿Te parece que hagamos una pausa? Se te ve algo cansada.

—No estoy cansada. Aunque sí necesitaría ir al baño.

—Por favor discúlpame. Como esa necesidad yo la tengo cubierta, no he pensado en ti —aclaró a la vez que miraba la bolsa de la sonda, casi oculta por la sábana que cubría el sillón.

Elena fue al baño y permaneció en él durante un buen rato. Cuando se levantó del váter, abrió el grifo del lavabo y se lavó las manos mientras se miraba en el espejo, se retocó unos mechones de pelo que le caían en la frente y permaneció observándose unos minutos. Luego, como si necesitara perder algo más de tiempo, se entretuvo recorriendo con la mirada el cuarto de baño. Era espacioso: con dos lavamanos, y sobre ellos, un espejo que ocupaba los más de cinco metros de pared, sanitarios y todos los complementos eran de calidad superior. «Sin duda, un diseño carísimo», pensó.

No le apetecía demasiado volver a la habitación del enfermo y no sabía por qué. Tal vez ese momento de la historia no la estaba atrapando como otros días. Al fin salió del baño, cruzó el pasillo y empujó la puerta.

El señor Pereira giró la cabeza y volvió a mirarla con curiosidad mientras ella, de nuevo se acomodaba en su asiento. Elena le sonrió. Entonces alzó ligeramente la palma de las manos y, sin palabras, le pidió que continuara. Unos instantes después se encontró de nuevo sumida en los entresijos de aquella familia española.

Tras hablar durante casi una hora más, sobre los distintos acontecimientos acaecidos en el cortijo, el anciano pintor se quedó callado. Cuando el silencio se alargó más de lo habitual, Elena dedujo que el hombre debía encontrarse muy cansado y deseaba dar por concluido el relato de ese día.

—Señor Pereira, ¿qué le parece si lo dejamos por hoy? —le preguntó, al tiempo que alargaba una mano y la ponía sobre la suya.

—Sí —se limitó a responder él.

—Volveré mañana.

—Hágalo si aún continúa interesándole lo que le cuento.

—Claro que me interesa.

Elena se levantó, cerró el portátil y lo introdujo en la cartera, se puso la chaqueta y salió de la habitación.

Cuando bajó las escaleras se encontró con una mujer a la que no había visto antes. Por su vestimenta, dedujo que se trataba de alguien del servicio. Después de un breve saludo, le preguntó si Alejandro se encontraba en casa y cuando la señora le dijo que estaba en su despacho, ella le pidió que hiciera el favor de avisarle. En unos instantes Alejandro apareció en el salón.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó él mientras caminaban hasta el garaje.

—Bien —respondió escueta.

Ante la breve respuesta, Alejandro se detuvo y la miró curioso.

—No te preocupes, tu abuelo ha estado hoy bastante animado, por lo menos a primera hora, aunque es verdad que a medida que ha ido hablando… Pero eso le ocurre siempre que se adentra en sus recuerdos. Es normal que termine cansado.

—A quien realmente veo cansada es a ti —apuntó girando la cabeza para mirarla.

—Pues me encuentro bien —dijo ella mientras se dejaba caer en el asiento del coche—. Es curioso, tu abuelo también me ha dicho lo mismo.

Durante varios minutos no dijeron nada más. Ella permanecía mirando a través del cristal de la ventanilla, él aparentando centrar toda su atención en el manejo del vehículo.

—¿Te apetece que vayamos a comer?

Elena se quedó pensativa unos instantes como si, en ese preciso momento, estuviese decidiendo lo que deseaba hacer. A continuación, sin mostrar excesivo entusiasmo, dijo:

—La verdad es que no estoy tan cansada como pueda parecer, tal vez sea que necesito comer algo.

—Pues no se hable más, eso hay que remediarlo.

Ella le miró y esbozó una leve sonrisa a modo de respuesta.

—¿Qué te parece, vamos al mismo restaurante de ayer o mejor probamos otro?

—A mí me da igual. Decídelo tú.

Volvieron a quedarse callados.

Por la dirección que tomaron tras salir del aparcamiento, Elena supuso que no comerían en el mismo restaurante del día anterior, pero no hizo ningún comentario.

—Espero que te guste —dijo él cuando se detuvieron ante una pequeña puerta acristalada—. No es lujoso, pero la comida es muy buena.

Alejandro Pereira había vivido toda su vida en Buenos Aires, por lo que era natural que conociera buena parte de los restaurantes de la ciudad, por no decir todos. El local era sencillo, como él había

dicho, pero estaba bien ordenado y limpio, algo a lo que ella solía prestarle máxima atención.

De inmediato se les acercó un camarero que les acompañó hasta una de las mesas. El hombre preguntó si les parecía bien el sitio y tras recibir la aprobación, les entregó las cartas y se alejó. Pasaron unos minutos mirando las distintas opciones que el restaurante ofrecía ese día.

—¿Ya has elegido? —le preguntó Alejandro al ver que ella dejaba la carta sobre la mesa.

—No, en realidad me cuesta decidir. Así que, si no te importa, elije tú por mí. Sorpréndeme.

—De acuerdo. Espero acertar.

Apenas prestó atención cuando él le indicó al camarero lo que deseaban para comer. Elena paseaba su mirada por el local, pero nada atraía su atención. Estaba abstraída, como si su mente hubiese decidido distanciarse y los pensamientos estuviesen volando a miles de kilómetros de allí. No obstante, y pese a que su actitud pudiera dar a entender ese distanciamiento, solo era una verdad a medias; sus reflexiones hacían un camino de ida y vuelta entre España y Buenos Aires, un recorrido que, en los últimos días, había conseguido enmarañarle los sentidos.

No fue necesario que le hablara de su estado de ánimo, pero en su laconismo, era fácil adivinar un fondo de abatimiento. Alejandro respetó su mutismo y ambos permanecieron en silencio hasta que, instantes después, el camarero regresó con una botella de vino y le sirvió un poco a ella para que lo probara.

—¿Sabes ya cuando será la tertulia sobre tu libro? —le preguntó mientras volvía a rellenar las copas.

—Sí, el próximo miércoles. Ayer me lo confirmaron en la editorial.

—Teniendo en cuenta que hoy es jueves, aún tienes casi una semana por delante, lo digo porque supongo que tendrás que prepararte el tema.

—Sí claro, aunque he decidido dejarme llevar por la espontaneidad. Es un evento informal, sencillo... —Tomó la copa y observó el líquido color burdeos que había en su interior, luego se

la llevó a los labios y bebió un sorbo—. Además, no creo que acuda demasiada gente.

—No deberías ser tan pesimista, lo mismo te llevas una sorpresa —apuntó él mientras se inclinaba hacia adelante y apoyaba los brazos sobre la mesa.

—No lo creo. Si no eres una persona conocida en el mundo literario, tus libros se pierden entre los millares que llenan las estanterías de las librerías.

—Pero los escritores desconocidos también tuvieron su primera vez —argumentó él, con el fin de proseguir con el tema y animarla.

—Sí, es cierto. Aunque la suerte juega un papel fundamental a la hora de que una editorial se interesen por un libro. Por otra parte, ese mundo empresarial es muy complejo y difícil de entender si estás fuera de él.

—Tú estás aquí, eso será por algo. Tal vez eres mejor escritora de lo que crees.

Ella no respondió. Su comentario le volvió a recordar que ya debería haberse marchado, que la razón de encontrarse sentada en aquella mesa, comiendo con un hombre al que tan solo hacía unos días que conocía, de ningún modo tenía relación alguna con el único asunto que la había llevado a Buenos Aires.

Se estaba forzando en prestar atención a lo que él decía, cuando su voz la sacó de sus cavilaciones. Le hizo preguntas en las que se interesaba por ella como escritora: cuándo descubrió su interés por la escritura, si había heredado de algún familiar su vena literaria, si había escrito algún otro libro que no hubiese publicado... Una serie de preguntas que ella no dudaba en responder. Durante buena parte del tiempo que duró la comida, continuó sondeándola con suma discreción, hasta que, poco a poco, Elena comenzó a sentirse más animada. Luego, a medida que su cerebro se esponjaba con los efectos del alcohol, la conversación fue derivando hacia temas diversos, unos triviales y otros más personales. Fueron momentos en los que se mantuvieron alejados de cualquier cosa que no fuese ellos mismos. En un momento dado, Elena miró su reloj. Se dio cuenta de que habían pasado casi tres horas desde que entraron en el restaurante. Al comentarlo con Alejandro, ambos convinieron en que había llegado el momento de marcharse.

Cuando estuvieron en la calle, comenzaron a caminar sin que

ninguno hubiese hecho una propuesta de lo que podían hacer a continuación. Se limitaban a hacer observaciones, cuando se detenían ante los escaparates y analizaban lo que en ellos se exhibía. A ratos hablaban, a ratos caminaban en silencio, mientras observaban la cantidad de gente que inundaba las calles. Parecía una pareja consolidada que no tenía como primer objetivo el compromiso de entretener o complacer al otro. De modo que, las dos horas siguientes, las convirtieron en un tranquilo paseo por las calles de la ciudad.

Un rosa fuerte teñía el horizonte hacía el oeste, anunciando que el sol se había despedido, cuando Alejandro detenía el automóvil delante de la puerta del hotel.

—Parece que esto se está convirtiendo en algo habitual —dijo ella antes de abrir la puerta.

—Sí, eso parece —le respondió, girándose en su asiento para mirarla—. Aunque es un hábito al que me costaría muy poco acostumbrarme.

Elena se apoyó en el reposacabezas y cerró los ojos. Sentía los de él clavados en ella, una mirada que la atravesaba y la mantenía pegada al respaldo del asiento, impidiéndole hacer el simple gesto de abrir la puerta y salir del coche. Tras permanecer inmóvil durante unos minutos, al fin se incorporó, estiró el brazo y accionó el tirador de la puerta, la empujó y salió.

Ya en la acera, dio media vuelta y miró a través de la ventanilla para decirle adiós, Alejandro ya no se encontraba en el interior del coche, sino que lo había rodeado y con paso rápido se acercaba hasta ella. Cuando estuvo delante se paró y la tomó por ambos brazos. No se dijeron nada, no era necesario, en sus ojos había palabras que ninguno se decidía a pronunciar. Un abrazo de él siguió al silencio. Aunque el corazón de Elena había comenzado a ir al trote, no respondió a aquel abrazo espontaneo y un poco furtivo, pero tampoco se desasió de sus brazos. Alejandro prolongó unos instantes más el momento antes de soltarla despacio. Entonces ella comenzó a subir los dos peldaños de la entrada y traspasó la puerta sin mirar atrás.

Lentamente atravesó el vestíbulo, devolvió el saludo a la chica que se encontraba detrás del mostrador de recepción y se dirigió a los ascensores. Cuando entró y la puerta se cerró tras ella, se apoyó sobre el revestimiento de cristal, estiró la mano y pulsó el botón.

Cerró los ojos mientras el ascensor se elevaba y se detenía en el piso número nueve.

Ya en la habitación, dejó el bolso y la chaqueta en el silloncito y se sentó en la cama. A continuación, ayudándose de un pie con el otro, se sacó los zapatos y se estiró sobre la colcha. Permaneció con los ojos clavados en la lámpara del techo y la mente perdida durante largo rato. Luego, se incorporó un poco, alcanzó el bolso y sacó el teléfono móvil. Comprobó que tenía algunos mensajes y un par de llamadas perdidas. No devolvió ninguna. «Luego lo haré», pensó. Cada día silenciaba el teléfono cuando se encontraba con el pintor Pereira y al salir de la casa lo volvía a activar. Pero en varias ocasiones había olvidado hacerlo, así que, al fin, optó por dejarlo siempre en silencio.

Dejó el móvil sobre la almohada y cerró los ojos propiciando que sus pensamientos comenzaran a divagar. «¿Le estaré prometiendo más expectativas de las que me siento dispuesta a cumplir? Ni siquiera he empezado a procesar los acontecimientos de estos últimos días y me encuentro pensando demasiado en alguien en quien no debo pensar.» En aquel momento se dio cuenta de que el nieto del pintor, sería para ella una amenaza, una promesa y una tentación que no estaba segura si podría controlar. Temió por Alejandro. Temió por Juan Carlos, su prometido, incluso por ella misma, y sintió que, a solo unos meses de la celebración de su boda, la distancia que los separaba podría ensancharse peligrosamente. Entonces, no pudo evitar que el remordimiento se removiera dentro de ella como un torbellino.

En toda la tarde no se había acordado de la mujer del retrato, pero en ese momento le vino a la memoria y, como tantas otras veces, reflexionó sobre el misterio que lo envolvía. No había nada que le dijera que ella tuviese algo que ver con aquella historia, por eso le desesperaba tener que andar haciendo conjeturas al respecto, así que trató de reposar su cabeza enmarañada por tantas especulaciones, se puso el antebrazo encima de los ojos, respiró hondo y, poco a poco, fue vaciando su mente hasta que se dejó arrastrar por la sensación plácida del sueño.

De pronto se vio sumida en un cuento nebuloso. Veía senderos que no tenían final, voces desconocidas que susurraban y repetían cosas extrañas a sus oídos. Tan solo una voz le resultó familiar, una voz muy querida que le decía: «En la vida nada resulta fácil, para conseguir algo que valga la pena se requiere voluntad y esfuerzo; busca y encuentra tu lugar». Pero de nuevo reaparecieron los

senderos sin final, largos caminos que ella se resistía a recorrer. Y regresaron las voces atropelladas, desconocidas, unas voces de reproches que salían de las bocas de unos rostros desencajados y deformes.

Fue una pesadilla que la atrapó durante la semiinconsciencia, un sueño del que se despertó aturdida y angustiada. Cuando abrió los ojos, no entraba nada de claridad por la ventana. Encendió la luz y miró la hora; eran las doce cincuenta. Entonces se incorporó, se desnudó y se metió entre las sábanas.

El amanecer llegó antes de que sonara la alarma del teléfono. Pequeños rayos de luz se colaban por las ranuras de la persiana. Se sentía descansada. Después de haberse despertado a causa del mal sueño, le costó un rato volver a dormirse, pero luego lo hizo de un tirón, sin nada que consiguiera obstaculizar su descanso. Intentó recordar lo que había soñado, pero no alcanzaba a descifrar nada concreto. Todo cuanto le venía a la mente eran sonidos e imágenes entrecortadas que no conseguía hilvanar. «Solo son sueños sin pies ni cabeza, como tantos otros», se dijo al fin para intentar deshacerse de ellos.

Sintió un malestar en el estómago, la noche anterior no había cenado y le advertía que necesitaba alimento. Estiró brazos y piernas y tras demorarse unos minutos más, saltó de la cama, entró en el baño y se puso bajo la ducha.

Cuando terminó de arreglarse, pensó en hacer las llamadas que tenía pendientes, pero reparó en que, en España era casi de madrugada, así que desistió con cierto alivio

◆◆◆

También esa mañana a la hora habitual, Alejandro la esperaba en el *hall* del hotel para llevarla a la entrevista con el Sr. Pereira. Se encontraba sentado en un sillón de espaldas a la salida de los ascensores, con un periódico en la mano en el que parecía centrar toda su atención. Eso le ofreció la posibilidad de observarlo sin que él la viera. Entonces no le quedó más remedio que reconocer que le iba a resultar endiabladamente difícil, que el nieto del pintor le fuera indiferente. Cuando se acercó, él se levantó y tras el saludo de rigor se encaminaron a la salida y subieron al coche. Durante el trayecto hablaron de cosas intrascendentes, con frases recortadas y sin hacer comentario alguno sobre el día anterior.

—¿Cómo se encuentra tu abuelo? —le preguntó Elena.

—Bien, bueno todo lo bien que cabe esperar en sus circunstancias —le respondió sin apartar la vista del parabrisas.

—Espero que estos largos monólogos no le estén resultando un sobresfuerzo y que terminen por afectarle más de lo que sería conveniente para su salud.

—No lo creo. Al contrario, parece que lo distrae y lo anima. Cuando he salido de casa ya había ordenado a la enfermera que lo ayudara a levantarse de la cama.

—Me dejas más tranquila.

—Y, ¿qué tal va la historia que te está contando? ¿Te ha dicho ya por qué decidió revelártelo a ti?

—No, creo que eso lo va a alargar hasta el final. Aunque tal vez tú sí que podrías decirme algo al respecto.

—Poco más puedo aportar a lo que ya sabes, que mi abuelo conoció a la mujer del cuadro cuando eran jóvenes y que ambas compartís facciones muy semejantes.

No volvieron a intercambiar ninguna palabra más hasta que, minutos más tarde, el automóvil traspasó la verja de la casa.

—Tengo que salir para tratar unos asuntos, espero estar de vuelta a la hora que te marches, pero si no es así, por favor espérame.

—De acuerdo —respondió ella mientras abría la puerta y salía del coche.

Al entrar en la habitación encontró al anciano en el lugar de siempre y con el aspecto de siempre. Era evidente que se encontraba esperándola.

—Buenos días. ¿Qué tal se encuentra hoy? —le preguntó cuándo estuvo a su lado.

—No se puede decir que bien, como es evidente, pero voy tirando que ya es mucho —respondió con un carraspeo para que la voz le surgiera algo más clara—. Pero siéntate, por favor.

El anciano la siguió con la mirada mientras ella se acercaba a la mesita, colocaba el portátil y lo abría. Luego acercó una silla y se

sentó. Cuando estuvo dispuesta y se dio la vuelta, advirtió que el hombre la observaba atentamente. Era una mirada perspicaz y tan escrutadora que le hizo sentir un tanto incómoda. Elena descubrió en aquella mirada que la luz de la intuición, brillaba en los pequeños ojos de aquel anciano enfermo. ¿Qué veía en ella? ¿Qué sabía?

Durante unos instantes ambos se miraron en silencio. Tras un breve momento de titubeo, ella se acomodó y esperó a que él comenzara. El señor Pereira volvió a carraspear para aclararse la garganta a la vez que, con la mano, le indicaba que estaba dispuesto a continuar con su relato.

11

Como el señorito José Luís había anunciado, dos días después se marchó dejando a sus amigos en el cortijo. A partir de ese día Fabio y Darío comenzaron a ir más a su aire. Se dedicaban a hacer lo que realmente les apetecía; uno a dar largos paseos a caballo por la finca, el otro a plasmar los lugares que le parecían dignos de ser pintados.

Casualidad o no, lo cierto era que Angelina solía encontrarse con ellos varias veces al día. Si ella iba a buscar agua al pozo, siempre había uno que le ayudaba con el cántaro, si bajaba a lavar al río, también se encontraba con uno de ellos dispuesto a ayudarla con la cesta, incluso en ocasiones, volvía acompañada de ambos.

—Pero, ¡¿se puede saber por qué esos dos siempre se prestan a ayudarte?! —le censuró su madre una noche durante la cena después de que, esa tarde, la hubiera visto llegar a la casa acompañada de ambos.

—Seguro que algo buscan. La gente de su calaña no hace nada a cambio de nada —espetó su hermano Anastasio, sin darle tiempo a que ella respondiera.

—Pues no sé qué pueden buscar en una campesina como yo. ¿No es posible que simplemente quieran ser amables? —objetó ella intentando controlar su enojo.

—Como si no supiéramos para qué quieren esos señoritos a las chicas que no son de su clase social. Algunos casos conocemos.

—Claro que lo sabemos. Pero ellos no son españoles, no tienen por qué pensar como los señoritos de aquí —rebatió Lina sin levantar los ojos de la mesa.

El hermano no le replicó, solo fruncido el ceño y dejó escapar un ligero gruñido. Eso fue suficiente para que todos supieran que estaba en completo desacuerdo con el argumento que había expuesto su hermana. Un par de minutos después, el chico se levantó y se marchó.

—En cualquier caso, tú ándate con cuidado y mantente en tu

sitio. Con tu actitud ellos sabrán cómo eres y cómo han de tratarte —apuntó el padre.

No volvieron a hablar del tema. Pero a lo largo de la noche, Lina no lograba sacarse de la cabeza aquellas palabras. »No sé por qué he de darle tantas vueltas, solo faltan unos días para que celebren la despedida de soltero del señorito, luego se marcharán y lo más seguro será que no volvamos a saber nada de ellos», pensó con algo de pesadumbre.

Angelina intentaba deshacerse de tantas cavilaciones, pero desterrar de su cabeza los pensamientos en lo que se refería a los dos extranjeros y, sobre todo a uno de ellos, le resultaba condenadamente difícil. Era cierto que ponía todo su empeño en mantener a raya su cabeza, pero su corazón se resistía a obedecer ese raciocinio. Y también esa noche, antes de dormirse rendida por el cansancio, Fabio volvió a ser el objetivo de sus últimos pensamientos.

◆◆◆

En El Pedralejo, los días siguientes fueron un compás de espera para la familia de Casiano, sobre todo para Teodora y Angelina. El señorito les había ordenado que se ocuparan por entero de sus amigos y que si tenía que abandonaran las labores del campo que las dejaran.

—¿De la huerta también? —le había preguntado Teodora.

—Sí, también. De la huerta que se cuiden los gemelos.

Así que, como cuidar de los dos hombres no les llevaba demasiado tiempo, esos días las dos mujeres tuvieron algo más de tranquilidad; en una semana llegaría el momento de ponerse con los preparativos de la celebración y entonces, sí que no tendrían un momento de respiro.

No obstante, lo que la chica no dejó de hacer fue ir a la huerta. Aunque eran sus hermanos los que se ocupaban de trabajarla, ella se acercaba siempre que podía. Lo hacía por el simple placer que le producía andar entre los surcos de tierra y observar como crecían las distintas hortalizas: tomates, pimientos, patatas, etc., eso sí, sin detenerse a pensar demasiado dónde iba a parar todo lo que la huerta producía. Como decía su hermano Anastasio: a la mesa de quien no se molestaba en doblar la espalda para coger el alimento que proveía la tierra. De todos los trabajos que Lina desempeñaba

en el campo, el de la huerta era el que mejor llevaba, incluso si la prisa no le apremiaba, se sentaba en el brocal del pozo y saboreaba un tomate o un pepino. Si bien era cierto que aquello no le pertenecía, lo era mucho más que, gracias al trabajo de su familia y a su esfuerzo, lograban que la simiente creciera en aquel cortijo tan inhóspito. Y tal vez por eso, lo que ella se llevaba a la boca, le sabía realmente bueno.

◆◆◆

Una mañana, cuando Angelina entró en el comedor para preguntar a los dos señores si les servía el desayuno, solo encontró a Darío. Se hallaba de pie mirando por la ventana y al oír que ella le decía buenos días, él se giró y correspondió al saludo.

—Buenos días Lina.

—¿Aún no ha bajado el señor Ledesma?

—Sí, pero se ha marchado. Anoche me comentó que hoy saldría a cabalgar bien temprano —le explicó y a continuación, le preguntó —, ¿qué te parece si, como estoy solo, desayuno en la cocina? Te prometo que no interferiré en tu trabajo, —y añadió—recuerda que te dije que no me gusta comer solo.

La chica no supo qué decir y tampoco tuvo tiempo de reaccionar, porque antes de que se diera cuenta, él caminaba delante de ella dirección a la cocina.

—¿Qué le apetece comer? —le preguntó cuándo entraron.

—Cualquier cosa —dijo mientras separaba una silla de la mesa y se sentaba.

Lina cortó un trozo de queso y otro de pan, le echó un buen chorro de aceite y lo llevó a la mesa.

—¿Tú ya has desayunado?

—Sí, cada día lo hago antes de incorporarme al trabajo — respondió mientras cogía el puchero y vertía el café en la taza.

— Y, ¿no podrías sentarte un momento y tomarte una taza de café?

Angelina dio media vuelta y lo miró sorprendida, pero al

momento le volvió a dar la espalda. Cuando se acercó para llevarle el café él insistió.

—Venga siéntate. En los últimos días apenas hemos hablado —requirió a la vez que se levantaba y movía una silla para que ella se sentara.

Con actitud dudosa, se sentó en el ángulo de la mesa contiguo a él. Después de un momento preguntó.

—Y, ¿de qué quiere que hablemos?

—No sé, de lo que quieras. Háblame de ti, por ejemplo.

—Es que de mí hay poco que decir.

—Todas las personas tienen cosas interesantes que explicar. Dime, ¿tienes novio?

—No —respondió concisa.

—Ya me lo parecía, no he visto que te visite ningún muchacho.

—Este cortijo está alejado de cualquier parte.

—Sí, pero tengo entendido que suelen venir algunos jóvenes a trabajar. Además, si un chico estuviera interesado en ti, recorrería la distancia que hiciera falta.

—Será que a ninguno le intereso.

—Pues si yo intuyera que una muchacha como tú sintiera el más mínimo afecto por mí, no dudaría en sortear los obstáculos que hicieran falta para estar a su lado.

Había pronunciado las últimas palabras con un arranque de sinceridad y vehemencia que le incitó a estirar el brazo para tocar la mano de ella, pero antes de llegar a rozarla, controló el impulso y la retiró. No obstante, con ese simple gesto y sus palabras, él ponía de manifiesto lo que sentía. Angelina no dijo una palabra. Había mantenido los brazos sobre la mesa con cierta relajación, pero en ese momento los bajó, los puso sobre su regazo y se frotó los dedos para intentar dominar la tensión que se había apoderado de sus manos. Se sentía atónita y halagada, una mezcla de ambas sensaciones a la vez. Lina no era una chica tonta, pero sí muy joven y poco versada en las intenciones que encerraban las palabras de los

hombres. Permanecieron callados un momento; él con la indecisión de si debía continuar con lo que había empezado, ella completamente retraída, esperando que él no siguiera por ese camino y cambiase el tema de conversación. No fue así.

—No he querido molestarte —dijo Darío en tono de disculpa—. Aunque no me arrepiento de lo que te he dicho, porque es la verdad. Si no tuviese que regresar a mi país, si no nos separase tanta distancia, te prometo que pondría toda mi voluntad, todo mi empeño, en que llegáramos a ser mucho más que amigos.

La miraba con admiración, como si fuese la chica más maravillosa que había visto antes. Pero esa mirada ella no la pudo ver, porque continuaba con la cabeza agachada y los ojos fijos en la mesa. Y desde esa actitud dijo:

—No entiendo cómo ha podido fijarse en mí, con la cantidad de chicas que deben relacionarse los jóvenes como usted —señaló consciente de que sus palabras no solo estaban dedicadas a él.

—Es cierto que me relaciono con chicas, pero después de haberte conocido, he comprendido que ninguna ha logrado despertar en mí el sentimiento de atracción que siento hacia ti.

El mutismo se asentó sobre ellos durante unos minutos.

—Presiento que tú no sientes por mí otra cosa que no sea cierta simpatía, por lo que, entre nosotros, solo puede haber amistad. Pero si eso es así, por favor, no nos privemos de algo tan hermoso como el afecto.

Cuando se quedó callado, se mantuvo a la espera de que Lina dijera algo, pero ella continuaba con la cabeza algo inclinada y los ojos puestos en sus manos. Al fin, cuando el silencio comenzaba a parecer eterno, alzó la cabeza, le miró y le sonrió con cariño. Y en aquella mirada compartida, todo quedó dicho entre ambos. Entonces se levantó y continuó con sus quehaceres.

Si bien era cierto que desde que el pintor había llegado al cortijo, ellos hablaban con cierta frecuencia, Angelina se sentía tremendamente cautelosa en lo que concernía a la confesión que él le había hecho, culpándose de que, tal vez, ella le hubiese podido dar falsas expectativas y por encima de todo, porque tenía muy claro que no era por él, por quien se había inclinado su corazón.

◆◆◆

Los días sucesivos, antes de comenzar con el trajín de la fiesta de despedida de soltero, transcurrieron relativamente tranquilos para madre e hija.

Un día, Angelina se acercó a la huerta con la intención de comprobar si todavía quedaban higos sin recoger. Al examinar la higuera, observó que aún quedaban algunos ocultos tras las hojas. Entonces, tomó la caña que tenían preparada para esa tarea y uno a uno, los fue cogiendo y poniéndolos en la cesta. Cuando terminó, tenía las manos completamente pegajosas, entonces fue hasta el pozo, sacó un cubo de agua y metió las manos dentro. Estaba fría pero muy agradable. No tenía prisa, así que se sentó en el suelo y mientras se las frotaba, comenzó a canturrear una coplilla que solía escucharle a su madre: »*Dueeermeee mi niña dueeermeee, con los ojos abieeertos como las lieeebres*«. Y, mientras escuchaba su voz, su corazón y sus pensamientos comenzaron a volar tras un imaginario e imposible sueño.

◆◆◆

Los destellos del sol poniente anunciaban que el día entraba en su atardecer y, sobre las colinas que se alzaban por el norte, el cielo pasaba del color azul celeste al rosado fuerte. De repente, una figura surgió de la nada. No, no era posible que su mente confundiera deseo con realidad, sus ojos lo veían con total claridad. La figura caminaba en dirección hacia donde estaba ella y lo reconoció de inmediato. «¡Dios mío, pero si es Fabio!», dijo sin dejar que su exclamación saliera de su boca. Tomó impulso y se levantó justo antes de que él se acercara.

—Buenas tardes Lina —la saludó cuando estuvo a su lado.

—Buenas tardes —le respondió aportando un tono sombrío al saludo.

—Hace una bonita tarde.

—Sí, muy bonita.

—¿Me permites que me siente a tu lado? —preguntó, a la vez que se agachaba sin esperar respuesta.

—Yo estoy de pie.

—Pues vuelve a sentarte.

La chica no respondió. Tenía que resistir aquella tentación a menos que quisiera colocarse en una situación embarazosa. Durante unos instantes se mantuvo inmóvil, sin que sus piernas la obedecieran cuando intentó dar un paso para marcharse.

—Hace días que no hablamos. Venga siéntate —insistió él a la vez que le tendía la mano para incitarla a que se sentara a su lado.

Ella rehuyó su mano, pero cegada por una agitación de placer, al fin se sentó. Fue tan solo un gesto, una muestra sencilla pero evidente de rendición: un simple movimiento con el que se entregaba a un juego sin tener plena conciencia de su inmensa fragilidad. El corazón le palpitaba desbocado haciendo que le temblara todo el cuerpo. Fabio estiró la mano y se la pasó por la cabeza.

—Tienes el pelo enmarañado —musitó a su oído.

Angelina intentó subirse el pañuelo que había resbalado sobre sus hombros, pero él le tomó ambas manos y se lo impidió. Entonces acercó su boca y le dio un beso en la mejilla. Fue apenas un roce rápido, pero sus labios estaban tan calientes que sintió como si le quemaran la piel. No obstante, se armó de fuerza, le puso las manos sobre el pecho y frenó su avance, sin embargo, ese muro de contención no debió ser tan resistente como pretendía porque él no se alejó ni un solo milímetro, sino que, tomó su barbilla con una de sus manos obligándola a que lo mirara, entonces, lentamente acercó sus labios a los de ella. Fue en ese momento cuando Lina se perdió en miles de sensaciones; sintió que sus pies se desanclaban de la tierra, que flotaba y era arrastrada a un espiral en un campo de atracción que no tenía salida ni retorno. Después, cuando sus bocas se separaron y se puso de pie de un salto, notó que le fallaban las piernas, que no la sostenían, era como si se estuviese balanceando en el borde de un gigantesco abismo. Luego, cuando él se incorporó y la abrazó, percibió la seguridad de sus brazos. Entonces, dejó de temblar. Se mantuvieron en silencio unos instantes. Al fin Lina se deshizo del abrazo y se alejó dos pasos.

—No tengas miedo de mí —le dijo extendiéndole la mano para retenerla.

—No tengo miedo —respondió con la voz temblorosa.

—Mejor así, porque no tienes nada que temer.

—Pues yo creo que sí.

Si Angelina hubiese tenido el pensamiento nítido para poder descubrir las razones de sus temores, habría añadido que, no era de él de quien tenía miedo, sino de ella misma. Pero en ese momento tenía la mente completamente perdida en el sinfín de sensaciones que acababa de percibir. No pudo decir nada. Se había separado de sus brazos con la intención de salir corriendo, pero no lograba que su cerebro mandara esa información a sus piernas. Allí estaba, de espaldas a él sin poder dar un paso. De pronto, expulsó un poco de aire y comenzó a andar deprisa. !Lina, Lina!, oyó que la llamaba, pero no se detuvo. Ni tampoco lo hizo cuando él estuvo a su lado, hasta que oyó algo sobre la cesta.

—Te la has dejado —dijo alargando el brazo para mostrársela.

Sin una palabra, se la quitó con brusquedad y aceleró aún más el paso.

Cuando llegó a la casa tenía las mejillas enrojecidas y el corazón como si quisiera salirle por la boca. No esperaba encontrarse a su madre tan temprano liada con los preparativos para la cena y hasta que no la vio, no se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo.

—¿Por qué vienes así? ¿Qué te ha pasado? —le preguntó la mujer alarmada al advertir su acaloramiento.

—Nada, no me ha pasado nada, solo que he subido la cuesta corriendo —respondió de espalda a la madre, en tanto que dejaba la cesta encima de la mesa.

Angelina se agachó sobre el leñero y cogió unos troncos con la intención de encender el fuego. Mientras lo hacía, buscaba algo de qué hablar para desviar la preocupación de su madre y que, además, a ella la ayudara a serenarse.

—¿Qué le haremos a los señores para cenar? —se le ocurrió preguntar.

—He pensado que esta noche van a comer algo frío, les pondremos pan y cecina. A los extranjeros parece que les gusta el embutido español.

—Y, ¿se podría arreglar usted sola?

—Pues claro que puedo, pero, ¿por qué lo dices?

—Porque cogiendo higos he hecho un mal gesto y me duele aquí —indicó llevándose la mano al costado con gesto dolorido—. Deje usted los cacharros sin recoger y mañana bien temprano yo termino de limpiar todo.

La madre se le acercó y estiró la mano para tocarle en el sitio que le dolía.

—Si no es nada —dijo Lina alejándose unos pasos con discreción —. Si me voy y descanso, seguro que mañana me encuentro mucho mejor.

—Venga vete y métete en la cama, cuando yo llegue te daré algo de comer y una piedra caliente para que te la pongas donde te duele.

Se le encogió el corazón al ver la preocupación en la voz de su madre. Nunca le había mentido, porque nunca antes había tenido esa necesidad.

Por suerte, cuando llegó al chozo no tuvo que dar explicaciones a nadie más, aún era temprano y ningún miembro de su familia había vuelto del trabajo. Así que se fue directa a la cama, y allí, en su pequeño universo, cobijada bajo las sábanas de lienzo, se dejó llevar entregándose a la dulce y desconocida excitación que le había despertado su primer

◆◆◆

Lina se debatía entre la tentación del deseo y la promesa enérgica del rechazo. En esa disyuntiva se encontraba su cabeza, cuando su madre se acercó, se sentó en la cama y le puso una mano sobre su frente. Ella no se movió, permaneció con los ojos cerrados hasta que la mujer se levantó y se marchó sigilosa intentando no perturbar lo que creyó sería un sueño reparador para su hija.

Cuando se sintió de nuevo a sola, intentó poner algo de raciocinio en su cabeza, pero no logró hilvanar dos pensamientos seguidos. Quisiera o no, y aunque le costara admitirlo, ella se había quedado cosida a aquella boca, a aquella mirada, logrando que todos sus sentidos volaran tras el hombre que hacía vibrar su corazón de forma prodigiosa. Muy a su pesar pensó que, tal vez, solo tal vez, esa mentira podría ser la primera de una letanía, que tendría que inventar en días sucesivos si Fabio continuaba mostrándose con ella como lo había hecho esa tarde.

*

Cuando Teodora se levantó y fue a su cama, la encontró tan profundamente dormida que sintió lástima creyendo que el dolor no la habría dejado dormir bien, así que decidió dejarla descansar un rato más. Angelina se despertó un par de horas más tarde de lo habitual. Con celeridad se vistió y se dirigió a la casa.

—¿Cómo te encuentras? ¿Se te pasó el dolor? —le preguntó la madre cuando la vio aparecer.

—Mucho mejor. Pero, ¿por qué no me ha despertado? —le dijo en tono de reproche.

—Pensé que te vendría bien un rato más de descanso y como en estos momentos no nos atosiga el trabajo.

—Tampoco a usted le vendría mal tomarse un respiro y, sin embargo, nunca lo hace.

Continuaron hablando de temas concernientes al trabajo. Luego Lina se quedó atendiendo los cuidados de la casa y la madre se marchó, enumerando la cantidad de cosas que le quedaban por hacer.

A lo largo del día, Angelina y Fabio no habían hablado más de las cuatro palabras estrictamente necesarias. Ni tan siquiera, mientras le servía la comida y la cena, se cruzaron sus miradas una sola vez. Fue a última hora de la noche, cuando ella le estaba vertiendo el café en la taza, que él alzó la cabeza y le dijo:

—Lina, puedes marcharte. Ya terminarás de recoger mañana.

—Sí, hoy se ha hecho tarde —apuntó Darío.

La chica asintió con un leve movimiento de cabeza, pero se mantuvo firme sin mirarle, dejó la cafetera encima de la mesa, les deseó buenas noches y salió del comedor.

En cuanto se hubo marchado, Fabio se tomó el café de un trago, le dijo a Darío que le apetecía tomar el fresco y que se fumaría el cigarro fuera. Él sabía que Teodora solía irse cuando ellos tenían la comida en la mesa, por lo que, estaba casi seguro, que la chica haría sola el camino hasta el chozo.

Ya en la oscuridad de la noche, se pegó a la pared de la casa y

anduvo hasta la esquina más cercana por la que ella tenía que pasar. No tuvo que esperar mucho, instantes después vislumbró su silueta caminando en dirección hacia donde él se encontraba. No pudo evitar que, al pronunciar su nombre, ella se sobresaltara y retrocediera unos pasos.

—Lo siento, lo siento, no pretendía asustarte —se disculpó mientras salvaba la distancia que los separaba.

—Pues me ha asustado.

—Perdóname por favor —pidió de nuevo cuando ya estaba a su lado.

—¿Qué quiere? —le preguntó muy bajito.

El no respondió. Se limitó a continuar en silencio cada vez más cerca de ella. Angelina comenzó a sentir el ya conocido temblor por todo su cuerpo. Intentaba con todas sus fuerzas recuperar el control, pero se sentía incapaz de dominar la excitación que le provocaba la presencia de Fabio.

—Por favor, déjeme marchar —le rogó.

—No vuelvas a huir de mí Lina —pidió a la vez que la tomaba por los hombros.

—Es que no comprendo lo que pretende, ni lo que quiere de mí —consiguió decir, forzándose para que su voz sonara con algo de firmeza.

—Solo que me digas si esto no te gusta.

Fabio ya había descubierto el poder que ejercía sobre la chica, así que tomó su cabeza con ambas manos y fue acercándose lentamente hasta poner sus labios sobre los de ella. Al principio fue un beso dulce, tierno, pero al instante, la pasión se alzó y ambos quedaron atrapados por una corriente que dominaba sus cuerpos, todos sus sentidos. Al fin, cuando Angelina creyó que acabaría perdiendo la cordura, logró separarse de él con algo de brusquedad.

—Me habías preguntado qué quería de ti pues te lo diré, aunque creo que tú ya lo sabes; quiero compartir contigo estos momentos maravillosos, estos momentos en los que pienso día y noche —se quedó callado unos instantes, como para darle tiempo a que ella asimilara sus palabras, luego continuó—. Y si me miras a los ojos y

me dices que a ti no te gustan, que tú no sientes lo que siento yo, te prometo que no volveré a molestarte.

Volvió a quedarse callado. Durante unos instantes se mantuvo a la espera de que ella hablara, pero Angelina no decía nada. Entonces, muy despacio, con algo de duda, tomó su barbilla y la obligó a que lo mirara. Examinó y buscó en sus ojos las palabras que no salían de sus labios. Fue en su mirada donde pudo leer claramente que ella fluctuaba entre el temor y el deseo en igual proporción. Entonces le tocó lo labios y deslizó la punta de los dedos suavemente por los bordes, hasta lograr que su rigidez fuera cediendo y que toda su resistencia quedara relegada, encerrada en los abismos más profundos y oscuros del fondo de su voluntad.

Embriagados por la maravillosa profundidad de la noche, con el cielo abovedado con miles de millones de estrellas sobre su cabeza y tan solo alumbrados por la luna en cuarto creciente, volvieron a besarse, ahora sí, sumergidos en la intensidad de la pasión más cegadora.

Los escasos diez minutos que duró aquel momento, se fueron repitiendo en las sucesivas noches cuando Lina salía de la casa. Lo peor para ella era el día a día, cuando tenía que disimular y ocultar aquel cúmulo de emociones ante los ojos de su familia. Solo al sentirse cobijada entre la ropa de su cama, podía dejar volar su imaginación libremente.

También le resultaban tremendamente difíciles los momentos del día en que se cruzaba con él, o cuando lo tenía que ver por necesidad. Entonces se mostraba extremadamente seria y retraída, como si necesitara ponerse a salvo de un peligro que le acechaba agazapado en cada rincón de su ser.

Esa actitud no pasó inadvertida para Darío. Cuando se dio cuenta de que el cambio de Angelina coincidió con la afición de su amigo por fumarse el cigarro fuera de la casa, justo cuando ella se marchaba, comenzó a atar cabos.

—No le hagas daño —le pidió a Fabio varias noches después.

—No sé a qué te refieres —le replicó.

—Sí, sí lo sabes —reafirmó.

Permanecieron callados durante varios minutos. Darío vertió en las dos tazas el último café que quedaba en la cafetera y a

continuación dijo:

—No sé qué te traes entre manos con Angelina, ni qué pretendes de ella. Pero es una buena muchacha y no se merece que te aproveches de su ingenuidad.

Otro largo silencio durante el cual, Fabio se centró en servir un poco de brandy en las copas, entonces, tras tomárselo de un trago, miró a su amigo.

—Si eso es lo que te preocupa, puedes estar tranquilo, no pretendo hacerle daño —explicó escueto. A continuación, como si hablara para sí mismo, añadió—. Estoy loco por ella, sé que los dos sentimos algo por esa muchacha, pero parece que ella me ha elegido a mí.

No hicieron falta más palabras, el silencio que siguió cercioró que Fabio no se equivocaba. Por tanto, esa noche y de ese modo, quedó reconocido cuanto se refería a la relación de Fabio con Angelina. En adelante, no volvieron a hablar del tema.

Lina se enfrentaba a un deslumbramiento sin precedente. Contra las advertencias bien sabidas de su familia, ella fue sucumbiendo a las dos sensaciones contradictorias que le bloqueaban la razón. Empezó a aceptarlo con incredulidad primero, con gratitud después. Esos breves momentos de la noche que compartían y que solo se componía de unos besos cargados de pasión, suponían para la chica una auténtica novedad, un hermoso regalo que le ofrecía la vida. Fabio era su último pensamiento antes de dormirse, y el primero al abrir los ojos por la mañana.

◆◆◆

Los días que precedieron a la fiesta de despedida de soltero, fueron de mucha faena para la familia de Casiano. Esperaban que el señorito José Luís y sus invitados llegaran en cualquier momento, así que tenían que emplearse a fondo para que todo estuviese dispuesto.

Una mañana Angelina subió al piso superior con la intención de cerciorarse de que las habitaciones estuviesen en perfecto orden. Al acercarse a la que ocupaba Fabio, sintió una sacudida por todo el cuerpo. A pesar de que lo hacía a una hora a la que estaba segura que él no se encontraba dentro, siempre que tenía que entrar allí, no podía evitar que la asaltara una desbordante agitación. Aún no había sobrepasado la puerta, cuando esta se abrió y bajo el marco

apareció la silueta de Fabio.

—Entra —pidió cogiéndola por un brazo.

—No puedo —respondió ella con un hilo de voz.

—Por favor —insistió tirando de ella suavemente hacia dentro.

—Es que aún tengo mucho trabajo y no puedo perder tiempo —alcanzó a decir mientras intentaba recuperarse del sobresalto.

—Solo será un momento.

Entró, pero antes miró la puerta para asegurarse que permanecía abierta.

—Tengo que decirte algo importante —dijo él acercándose hasta quedarse a escasos centímetros de ella—. Pero antes me apetece mucho esto. ¿A ti no?

Ella no respondió, solo se dejó llevar hasta que al momento notó los labios de él posarse sobre los suyos. Fue un beso dulce y apasionado a la vez, un beso al que se entregó como si no hubiera nada más allá de ellos. Entonces, cuando reparó que él cerraba la puerta, retrocedió cautelosa sabiendo exactamente lo que vendría a continuación. Dudó, hizo la intentona de marcharse, pero volvió a dudar y lo miró como si implorase su ayuda. Fabio volvió a abrir la puerta, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza durante unos instantes. Entonces, la separó de su cuerpo unos centímetros y la miró a los ojos.

—¿Vendrías conmigo a mi país? —le soltó de sopetón.

Angelina no respondió, no podía. Sus mandíbulas estaban paralizadas, como si se hubiesen quedado encalladas mucho tiempo atrás. Él continuó.

—En unos días me marcharé y no soporto la idea de no volver a verte. Tenemos tiempo hasta que se celebre la fiesta, esperaré impaciente tu respuesta. Espero y deseo con todas mis ansias, que sea afirmativa. Ven conmigo por favor —exclamó con exaltada vehemencia a la vez que volvía abrazarla.

Los labios de Angelina se quedaron sellados, y aunque hubiese querido decir algo, tampoco habría podido, porque aquella proposición, sembró en su corazón un conflicto que le resultaba

imposible asimilar y, menos aún, resolver.

12

Elena estaba tan concentrada que cuando escuchó unos golpes en la puerta, le parecieron como muy lejanos. Cuando de inmediato se abrió, miró el reloj en la pantalla del ordenador; marcaba las doce cincuenta. En sus oídos aún continuaba resonando la voz del anciano a pesar de que él ya no hablaba.

—Abuelo, Elena, no os quiero molestar, pero, ¿qué os parece si lo dejáis por hoy? —comentó Alejandro mientras cruzaba la habitación y se acercaba a ellos.

—Sí, creo que será lo mejor —convino Elena buscando la conformidad en los ojos del anciano pintor.

El hombre aceptó. Al poner fin al relato del día, a ella le habría gustado hacerle algunas peguntas, pero Alejandro estaba en la habitación y no le pareció oportuno, así que no tuvo más remedio que contenerse, aunque al fin se decidió y le hizo una.

—Sr. Pereira, ¿finalmente Angelina siguió a Fabio hasta Buenos Aires?

—Esa historia no ha terminado —respondió alzando la cabeza para mirarla.

A Elena le pareció como si hubiese dejado las frases incompletas, así que, continuó a la espera de que añadiera algo más. Permanecieron mirándose unos instantes durante los cuales ella comprendió que, mientras el anciano había estado haciendo un viaje por sus recuerdos, trayendo al presente parte de unos años de su juventud, con ellos también había arrastrado la nostalgia de aquellos tiempos, ya tan lejanos. Cuando pensó que no le sacaría una palabra más, lo oyó decir.

—Supongo que estás pensando sobre el hecho de que, si Angelina viajó a Buenos Aires, a ti te desvincula por completo de esa historia; te aconsejo que no avances conjeturas, es posible que sean erróneas.

—Está bien —asintió ella.

No quiso insistir. Se puso de pie y recogió sus cosas. Antes de

alejarse, se acercó al enfermo y le puso una mano en el hombro a modo de despedida.

—Quizás tú precises hacer algunas averiguaciones —apuntó el anciano en tono misterioso.

—Si es necesario lo haré, señor Pereira.

Cuando bajó la escalera encontró a Alejandro de pie en medio del salón.

—No te he visto salir de la habitación de tu abuelo.

—Sí, es que he tenido una idea y he bajado rápido para comprobar si Valentina aún está en casa.

—¿Quién es Valentina?

—La asistenta que viene todos los días. Como a veces tiene que salir a hacer algún recado, no estaba seguro de que estuviese.

—¡Ah! —exclamó ella sin mostrar el más mínimo interés—. Bueno pues yo me voy —añadió viendo que él no se movía.

—Espera —indicó salvando los dos pasos que los separaban—. La verdad es que deseo proponerte algo.

—¡Tú dirás!

—Me gustaría invitarte a comer. Pero se me ha ocurrido que lo podríamos hacer aquí, en casa.

Se quedó tan sorprendida que no supo qué decir. Luego, tras un momento de vacilación, le preguntó:

—¿Por qué quieres que comamos en tu casa?

—Pues no sé. He pensado que estaríamos tranquilos y que, mientras Valentina nos prepara la comida, nosotros podríamos dar un paseo por el jardín o podría enseñarte la casa. En fin, solo es una sugerencia.

Lo primero que a ella se le pasó por la cabeza fue que, su dormitorio, sería la parte de la casa que querría enseñarle. Entonces, una sonrisa algo cómica se dibujó en su boca por haber pensado esa simpleza.

—¿Bueno qué dices?

—Está bien, por qué no —dijo simulando indiferencia—. Aunque hoy quisiera llegar pronto al hotel, he de hacer algunas llamadas y… bueno allí estaré más tranquila.

—Queda mucho día, a la hora que tú digas, te llevó.

Con las últimas palabras, Alejandro dio media vuelta y se encaminó hacia lo que debía ser la cocina, Elena le preguntó por el baño y él le indicó que era la segunda puerta del distribuidor que tenía a su derecha.

Minutos más tarde comenzaron a caminar lentamente, por los senderos del jardín que rodeaba la casa. La tierra estaba dividida entre el césped, con un hermoso sauce en medio y distintos parterres distribuidos en perfecta armonía. En Argentina había comenzado la primavera y se advertía su presencia en la vegetación; desde los setos más grandes, hasta las plantas y las hierbas más diminutas, ya mostraban sus brotes preparándose para la floración.

Caminaron sin apenas decir nada, tan solo algunas observaciones sobre el espléndido día que hacía, sobre las nubecillas que, justo sobres sus cabezas, comenzaban a alzarse disputándose el cielo. Poco a poco la charla se fue haciendo más animada. No obstante, nada hacía prever que la conversación derivara hacia temas más personales y eso, a Elena, le aportaba cierto relax.

—Creo que si no regresamos, se enfriará la comida —indicó él, mirándose el reloj cuando se encontraban sentados bajo el sauce.

Se levantaron y comenzaron a caminar hacia la casa. Alejandro la condujo hasta el distribuidor y le franqueó la entrada por una puerta contigua al baño.

—Le he dicho a Valentina que disponga la comida en esta salita. Espero que te guste.

—Por qué no habría de gustarme. Es un lugar precioso para comer —argumento a la vez que paseaba su mirada por la estancia.

Una ensalada y dos servicios ya estaban sobre la mesa. Y bien visible, una nota de Valentina en la que decía que se había marchado, pero que había dejado la comida en el horno para que se mantuviera caliente.

Cuando la hubo leído, Alejandro salió de la sala y a los dos minutos volvió con una botella de vino. Después de rellenar las copas, se sentó.

—En el escaso tiempo que nos conocemos, lo que más hemos hecho juntos ha sido comer —dijo Elena algo divertida, mientras ponía un poco de ensalada en su plato.

—Bueno, al menos sabemos que compartimos la afición por la comida —apuntó él en tono jovial.

Ella le sonrió brevemente, lo justo para hacerle ver que se encontraba a gusto. A continuación, tras un corto silencio en el que parecían concentrados en llevarse la comida a la boca, volvieron a retomar la charla hablando de esto y aquello.

—¿Conoces a un hombre llamado Fabio Ledesma? —le preguntó Elena de improviso. Alejandro la miró con curiosidad.

—No, creo que no —respondió intentando memorizar—. Aunque el nombre me suena.

—¿No puedes recordar de qué te suena?

—Pues no, pero intentaré hacer memoria. Pero, ¿por qué quieres saber de esa persona?

—Porque fue un amigo de juventud de tu abuelo y tengo curiosidad.

—Ya, y supongo que tiene algún papel relevante en lo que te está contando.

—Aún no lo sé con certeza.

—¿De verdad te interesa esa historia?

—La verdad es que, en un principio me intrigó pensando que podría tener alguna relación conmigo, pero ahora estoy segura de que no es así y solo siento intriga por saber cómo termina.

—Si es buena y te interesa, siempre podrías adaptarla a una novela.

—Esa historia no me pertenece. La estoy escribiendo para tu abuelo.

—Creo que él no tendría ningún problema en darte la autorización para que la publicaras.

Continuaron hablando largo rato, hasta que perdieron la noción del tiempo y se encontraron contándose cosas más personales. Elena le preguntó si tenía hijos, él le respondió que no, pero eso dio pie a que le hablara de su matrimonio. Le explicó cómo, después de poco más de cinco años, llegaron los enfrentamientos de la mano del desamor hasta que, finalmente, acabaron separándose. Le hablo de la muerte accidental de sus padres cuando él era adolescente, que fueron sus abuelos los que se ocuparon de él, y que, desde entonces, aparte del tiempo que duró su matrimonio, siempre había vivido en esa casa. Una sombra de tristeza y emoción se dibujó en su semblante cuando recordó la muerte de su abuela y lo que significó para él.

—Una gran pérdida —dijo finalmente con la mirada ensombrecida.

Un silencio se alzó en la salita cuando Alejandro se quedó callado. Elena lo había escuchado sin interrumpir aquel torrente de sinceridad que había fluido de forma natural. Él centró sus ojos en ella y la observó. Fue una mirada franca, una mirada que llevaba implícita un sinfín de palabras que no había pronunciado. Entonces ella supo que, si continuaba con aquel silencio elocuente, terminaría por delatarse, porque ya tenía la certeza de que aquel hombre, terminaría poniendo sus sentimientos completamente del revés. Casi lo detestó por ello.

Dos minutos después Alejandro se levantó, cogió los platos y fue a la cocina. Aprovechando su ausencia, los ojos de Elena volaron sobre la estancia; los cuadros que colgaban de las paredes, posiblemente alguno pintado por el pintor Pereira, las distintas fotos familiares que descansaban sobre los muebles auxiliares. Llamó su atención un secreter de caoba algo antiguo, pero muy bien conservado. Cuando sus ojos volvieron a la mesa, reparó en la lamparita tipo quinqué que, con toda seguridad, Valentina habría apartado para poder distribuir los platos. «En verdad es una habitación bonita y muy acogedora», pensó. Tuvo que reconocer que, desde el primer momento que entró allí, se había sentido envuelta en una especie de plenitud que no recordaba haber alcanzado en ninguna otra parte que no fuera su casa.

Le habría gustado seguir en ese estado de placidez durante largo rato, pero en ese momento Alejandro regresó con una bandeja en

las manos.

Cuando ambos se sirvieron un poco de carne, Elena elevó sus ojos y lo miró. Por su semblante comprendió que él se mantenía a la espera de que fuera ella quien hablara. Y, a pesar de que no deseaba reducir la distancia de seguridad que había mantenido hasta ese momento, en un arranque de naturalidad, puso su mano sobre la de él y dijo:

—Hay pérdidas que dejan un gran vacío. De hecho, nada ni nadie, lo puede rellenar.

—Tendríamos que aprender a aceptar las zancadillas que nos pone la vida —apuntó él con voz resignada.

—Tal vez, el secreto de la felicidad sea valorar tu vida tal como se presenta —apuntó Elena como si hablara para ella misma.

Se quedó callada y pensativa unos instantes. Luego, tras un ligero titubeo, volvió a hablar y, progresivamente, comenzó a adentrarse en un monólogo de confidencias sin haberse sentido obligada a hacerlo.

—Sé muy bien lo que es perder a un ser querido. Hace diez años que mi madre falleció y aún continúo notando su ausencia a diario —Parpadeó un par de veces seguidas y meneó la cabeza ligeramente como si quisiera sacudirse algo que le hacía daño—. Tengo un hermano, Sebastián, es dos años menor que yo. Hace un par de años que vive con su pareja, pero nos vemos a diario porque trabajamos juntos en la empresa de nuestro padre. También tengo a mi abuela Marimar. Mi abuela, es una mujer ejemplar en todos los sentidos. Es la madre de mi padre y vive sola, en unos meses cumplirá setenta y cinco años, pero se encuentra muy bien de salud. Cuando le decimos que venga a vivir a casa, responde que le gusta su independencia y que está muy bien así. Yo vivo con mi padre. Él no se ha querido casar de nuevo y que yo sepa, desde que murió mi madre, tampoco ha vuelto a tener otra relación estable —explicó añadiendo una leve sonrisa a su semblante serio.

—Debió estar muy enamorado de ella.

—Sí, la sigue echando mucho de menos.

—Cuando tú te marches se va a sentir muy solo.

—Tal vez entonces, mi abuela se lo piense mejor y vaya a vivir

con él.

—Pues para eso ya debe faltar poco. Según creí entender te casas en breve, con lo cual, ya debéis estar inmersos en los preparativos de la boda.

Parecía evidente que su intención era encauzar la conversación hacia ese terreno y lo hizo con escasa diplomacia, sin meditarlo. Ella se dio cuenta, pero no le dio importancia.

—Bueno, más bien es Juan Carlos el que se está preocupando de todo.

— Y, ¿para cuándo tenéis pensado celebrar la boda?

—Aún no tenemos fecha exacta, pero será antes de Navidades.

—Para Navidades falta poco.

—Sí, muy poco —respondió sin poder evitar que se le notara su falta de entusiasmo.

Continuó explicándole que hacía ocho años que se conocían; que Juan Carlos estaba entusiasmado con el enlace y que él y su madre, se estaban ocupando de casi todo lo relacionado con la ceremonia y los invitados.

Cuando se quedó callada, cogió el vaso y bebió un trago de agua, luego apoyó la espalda en la silla.

—En fin, ahora no deseo hablar más de mi boda —dijo dando por zanjado el tema.

—Tendríamos que aprender a prestarle más atención a la realidad simple y sencilla que se nos presenta ante los ojos.

Después de permanecer en silencio unos minutos, la conversación dio un giro y comenzaron a hablar de los gustos y aficiones de cada uno.

Lentamente, las horas se fueron deslizando a un atardecer ensombrecido a la vez que el cielo se cubría de nubarrones. La salita se había quedado en penumbras, solo la tenue luz del quinqué que proyectaba un suave halo de luz sobre la mesa, daba algo de resplandor a sus rostros. Los relámpagos comenzaron centellear a través de los cristales, y el rugido insistente de los truenos

interrumpía por momentos el sonido de sus voces.

—La que está cayendo —dijo Alejandro, cuando se dio cuenta de que el trueno no le permitió escuchar lo que dijo ella.

—Es verdad —reconoció, como si hubiese reparado en ello en ese instante.

Alejandro se levantó, se acercó a la ventana, levantó el visillo y miró hacia fuera. También Elena fue hasta la ventana. Permanecieron varios minutos mirando cómo el agua que inundaba el jardín brillaba con la luz que proyectaban los relámpagos. Como empujado por un reflejo, él puso un brazo sobre los hombros de Elena y la atrajo hacia sí. Ella alzó la cabeza y le miró en silencio. Permanecieron mirándose unos segundos, durante los cuales él podría haber manifestado alguna otra muestra de cariño, incluso podía haberla besado, un beso que ella habría aceptado como algo natural, aunque luego la conciencia le dijera que era la cosa más desleal que había hecho en mucho tiempo.

Observando la cortina de agua que encharcaba la tierra, permanecieron varios minutos más. Elena supo entonces que estaba viviendo uno de esos momentos que valen para toda la vida. Por eso, y porque tenía la certeza de que no volvería a repetirse, deseaba que no cesara de llover, que lo hiciera durante horas y con más intensidad si cabía, porque solo la lluvia sería la culpable de que se prolongara aquel momento perfecto. Con la percepción de que todo su raciocinio se estaba esparciendo por las paredes de aquella habitación, como lo hacía el agua en el jardín, continuó en ese estado de embriaguez que tan bien le sentaba. Sentía de forma total e insensata que no deseaba marcharse de allí, pero de esa decisión no podía responsabilizar a nadie, la elección era única y exclusivamente suya.

Diez minutos más tarde, la lluvia fue disminuyendo mientras las nubes se abrían en retirada, dejando tras ellas algunas aberturas de luz grisáceas en el cielo.

—No me importaría continuar así durante horas —dijo él atrayéndola un poco más hacia sí. Luego rectificó—. Bueno, sí me importa, porque no tengo muy claro si también ese sería tu deseo.

Elena lo miró y sin palabras le dijo que, en ese momento, no había otra cosa que le apeteciera más que quedarse allí y dejar que transcurrieran las horas, pero que no le quedaba más remedio que

volver al hotel y hacer esas llamadas. Entonces él la besó en los labios, aunque tan brevemente que ella no supo cómo interpretarlo, incluso dudó si habría entendido bien el mensaje que le había enviado con los ojos.

◆◆◆

Cuando salieron de la casa ya casi estaba despejado, pero la oscuridad de la noche empezaba a cernirse sobre el cielo. Cruzaron el jardín y entraron en el parking. En escasos minutos, el automóvil comenzó a circular por calles casi inundadas, en las que se reflejaban las luces de las farolas y los faros de los vehículos como si fuese en un espejo.

Tardaron más de lo previsto en llegar al hotel. Apenas había hablado durante el trayecto; él con aparente concentración en el volante, ella con la cabeza sumida en un sinfín de sentimientos contradictorios. La opresión se le hizo más intensa en el centro del pecho, cuando giró la cabeza y lo miró antes de salir del coche.

—¿Nos veremos mañana? —le preguntó algo vacilante.

—Pues claro, como los otros días —le respondió en tono alegre y seguro.

—Entonces hasta mañana.

—Hasta mañana.

Con pasó rápido entró en el hotel, cruzó el vestíbulo y subió en el ascensor. Una vez en la habitación, se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Ya no llovía, pero las calles continuaban mojadas. Entonces volvió a pensar en la salita, en la cercanía de Alejandro, en aquel sutil beso y, sobre todo, en la exaltación que había sentido cuando percibió el efímero roce de sus labios.

Intentó buscar una respuesta a todas las emociones de esa tarde, pero tenía la mente desbordada en mil pensamientos y no lograba otra cosa que atormentarse con un hondo sentido de culpabilidad, por partida doble, que terminó por producirle un terrible dolor de cabeza.

Con toda la tensión del día buscando una salida, se quitó los zapatos y se estiró en la cama. Y es que, tal vez porque Elena no quería echar a perder lo que ya tenía, había comenzado a librar una cruzada de propósitos, entre el compromiso y el deseo, que le

estaban afectando a su lucidez. El problema era que, por azares del destino, ella había viajado a Buenos Aires, había entrado en una galería de arte, y tuvo como consecuencia que conociera al nieto del pintor Pereira.

Esas reflexiones le trajeron a la memoria que tenía pendiente llamar a Juan Carlos. Cuando abrió el móvil, comprobó que tenía tres llamadas perdidas suyas. Marcó el número y dejó que sonara varias veces, esperando escuchar sus reproches. Fue la voz del contestador automático la que le dijo que el número marcado no se encontraba disponible en ese momento. Colgó. «Ah claro, en España es mediodía, estará comiendo y por eso no lo oye. Le pondré el volumen al teléfono para oírlo sí me llama», se dijo. A continuación, llamó a su padre. Le respondió de inmediato.

—¡Hola hija! Cuánto me alegro de oírte —exclamó el hombre desde el otro lado de la línea.

—Hola papá.

—Hace varios días que no me llamas.

—Es cierto, pero es que he estado un poco liada.

El padre le preguntó cómo estaba y cuándo volvería. Elena le respondió que estaba bien y que regresaría muy pronto. Luego fue ella la que se interesó por él y por el resto de la familia. Cuando hubieron concluido de darse las explicaciones deseadas, Elena le hizo una pregunta que le resultó un tanto extraña al hombre.

—Oye papá, ¿qué sabes tú de la infancia de la abuela?

—Pues qué voy a saber, lo que ya sabemos de siempre; que fue adoptada cuando ella era un bebé, que sus padres adoptivos eran un matrimonio algo mayor y bien acomodado. Pero, ¿por qué preguntas eso ahora?

—Verás, es algo difícil de explicar por teléfono, te lo explicaré cuando vuelva. Aunque tal vez tú sí me puedas decir, si lo sabes, en qué orfanato fue adoptada.

—Algo había dicho ella alguna vez, pero la verdad es que no lo recuerdo. No entiendo a qué viene ese interés, pero podrías preguntarle a la abuela.

—Claro, lo haré. Pero si puedes averiguar algo al respecto, me

gustaría que me lo dijeras. No te preocupes que no es nada importante, solo se trata de una duda curiosa que tengo.

Después de que el padre le prometiera que lo intentaría, intercambiaron algunas palabras más y se despidieron. Se quedó meditabunda un momento mientras se preguntaba, por qué le había hecho a su padre esa pregunta tan majadera. Entonces se encogió de hombros al no encontrar la respuesta.

La fuerte migraña le había quitado el apetito y no le apetecía bajar a cenar, así que abrió el portátil y se dedicó a repasar lo que el señor Pereira le había relatado ese día. No le llevó mucho tiempo. Cuando terminó fue al baño, se desnudó y se metió en la ducha. Experimentó un agradable bienestar cuando sintió que el agua le mojaba el pelo, la cara y le resbalaba por todo el cuerpo. Media hora más tarde, se metió en la cama con la esperanza de que el sueño reparara el malestar que se le había instalado en la cabeza.

Durante la soñolencia, sintió como si un espíritu magnánimo se compadeciera de ella, trasladándola hasta un lugar en el cual se dilucidaban sus contradicciones y se sosegaban todas sus preocupaciones.

El teléfono sonó cuando estaba completamente dormida. Como imaginó, era Juan Carlos. Antes de descolgar miró el reloj; marcaba las 00:50h.

—Hola Juan Carlos —dijo con voz adormecida.

—Hola Elena. Creo que te he despertado. Perdona, no pensé que dormirías.

—Es que, aquí es casi la una de la madrugada, pero no te preocupes no pasa nada.

—Dime, ¿cuándo piensas regresar?

—Creo que a finales de la semana que viene, si encuentro billete de avión. Ya te dije que me había comprometido con la editorial.

—Sí, me lo dijiste, pero es que llevas dos semanas fuera y aquí soy yo el que me estoy ocupando de todo lo referente a la boda.

—Lo siento, siento no estar ahí para echarte una mano.

Continuaron hablando unos minutos más. Ella intentado justificar

su ausencia, él apremiándola para que volviera, según dijo, porque la echaba mucho de menos. Elena le dijo que en cuanto supiera el día exacto de su regreso, se lo comunicaría. Él pareció conformarse y cortó la comunicación.

◆◆◆

Por la mañana Elena bajó a desayunar temprano. Se había levantado hambrienta y no deseaba que Alejandro tuviera que esperarla.

Cuando terminó y se dirigió al vestíbulo, lo vio sentado en uno de los sofás mirando en la dirección que ella tenía que llegar. Al verla fue a su encuentro. Después de darse dos besos como lo harían dos viejos amigos, salieron a la calle y subieron al coche. Comenzaron por hablar del tiempo, de la mañana tan hermosa que hacía comparándola con la tarde anterior. Ambos estuvieron de acuerdo al comentar que esas tormentas eran muy típicas de primavera. Se quedaron callados unos minutos, luego él dijo:

—¿Te acuerdas de lo que me preguntaste ayer?

—La verdad es que no, como hablamos de tantas cosas —le respondió pensativa.

—Me preguntaste si sabía algo de un tal Fabio Ledesma.

—Ah sí, claro, lo recuerdo. ¿Y?

—Pues sí. He estado haciendo memoria y al fin he recordado por qué me sonaba su nombre —guardó silencio unos segundos mientras accionaba el interruptor para abrir la verja de entrada de la casa, después continuó—. Alguna vez lo había visto por casa de mi abuelo, te hablo de cuando yo era niño. Años más tarde, presencié una fuerte discusión entre ellos por algo referente a un cuadro, a partir de entonces, ya no volví a verle.

Alejandro había detenido el coche en la puerta de la casa, aunque no paró el motor. Elena hizo el ademán para salir, pero se detuvo y le preguntó:

—¿Se discutieron por el retrato?

—No recuerdo exactamente, pero podría ser que esa pintura fuese el motivo de su discusión. Anoche, cuando fui al dormitorio de mi abuelo para desearle buenas noches, le hice un par de preguntas

sobre Fabio y lo poco que me contó, yo ya lo sabía. Él supuso que eras tú la que me habías sondeado sobre eso, entonces me dijo que, si era así, pronto sabrías más detalles.

—¿Tú sabes alguna cosa más?

—Algo, pero ahora no puedo continuar, tengo un poco de prisa. Más tarde cuando nos veamos, termino de contártelo.

Se despidieron hasta después, ella entró en la casa, él maniobró para dar la vuelta al automóvil y se alejó.

◆◆◆

—Buenos días señor Pereira —saludó Elena cuándo estuvo frente al anciano, después de que la enfermera le autorizara la entrada.

—Buenos días —le respondió él a la vez que giraba la cabeza para mirarla.

—¿Cómo se encuentra?

—Un día más que puedo sumar y un día más que he de descontar.

—Hoy tiene buen aspecto. ¿Ha descansado bien?

—Mejor de lo que cabría esperar —respondió con voz resignada.

No se interesaba por el enfermo por pura cortesía, lo sentía de corazón. A lo largo de las horas que habían pasado juntos, le había ido cogiendo apego a aquel anciano enfermo, el pintor que había pintado el retrato de una mujer que tenía gran parecido con ella. Suponía que lo había hecho en su juventud, pero eso no lo sabía, porque esa incógnita aún no se la había revelado.

Cuando Elena se sentó delante del ordenador y el documento apareció en el monitor, le indicó que estaba dispuesta. Entonces él le hizo un gesto a la señora Regina para que se marchara. A continuación, se tomó unos segundos y tras emitir un par de inhalaciones, continuó con el relato en el lugar que lo había dejado el día anterior.

13

En el cortijo, la fiesta de despedida de soltero estaba al caer y la familia de Casiano tuvo que emplearse a fondo, para que todo estuviese dispuesto cuando llegara el señorito con sus invitados.

Angelina y Fabio continuaban con sus citas amorosas siempre que a ella le era posible. La noche celestina era su aliada, porque era en ese momento, cuando más fácil le resultaba a ella escabullirse de sus padres y hermanos. Él continuaba insistiendo para que fuera con él a Buenos Aires, haciéndole un sinfín de promesas y planteando planes de futuro a corto y largo plazo. A la chica le era impensable aceptar aquellas propuestas. No podía imaginarse estar lejos de allí, de su familia, pero también era cierto que, si tiempo atrás, hubiese imaginado la farsa que en ese momento estaba representando, habría asegurado que sería incapaz de hacer algo parecido. Lo estaba haciendo y no lo debía hacer mal, puesto que nadie se percataba de ello.

No tenía a quien confiarle lo que le estaba sucediendo, ni hablar de la propuesta que Fabio le había hecho, claro que podría contárselo a sus padres, pero estaba segura de que tomarían medidas drásticas y no la dejarían pensar por ella misma para tomar sus propias decisiones. Entendía perfectamente que, tan solo el hecho de que su cabeza albergara una mínima duda a ese respecto, sería incomprensible para todos ellos.

No solo existía entre Fabio y ella esa brecha importantísima de diferencia de clases, sino que la propuesta de aquel señorito extranjero, incluía una ruptura radical con su vida actual, con su familia y, sobre todo, un largo viaje a un país lejano con un hombre al que apenas conocía. No, Angelina no podía contarle algo así a su familia. Como poco la tacharían de insensata, incluso creerían que se le habían perturbado las entendederas. Pero ella no estaba loca, solo se había enamorado locamente, un amor de juventud como el que podía vivir cualquier muchacha, solo que ella lo tenía mucho más complicado.

◆◆◆

Un día Casiano y sus hijos se fueron a trabajar a la otra punta de la finca, la leña estaba a punto de agotarse y tenían que hacer

acopio para que no faltara cuando llegaran los señores. Un par de horas más tarde, Teodora le dijo a su hija que iría a llevarles la comida y que se quedaría con ellos para echarles una mano con el trabajo. También los dos jóvenes invitados habían salido de buena mañana. Lina los había visto: Fabio montando a caballo como le gustaba hacer a diario y Darío que, seguro, recorrería el campo explorando nuevos paisajes para inmortalizarlos con sus pinceles.

Ya bien entrada la mañana, cuando Angelina terminó con sus quehaceres, salió y se detuvo unos minutos en la explanada de delante de la casa. Como guiada por un instinto, comenzó a caminar por la vereda que conducía al río. Aunque no se lo reconocería a sí misma, lo que deseaba en realidad, era encontrarse con el pintor y que pareciera simple casualidad. En los últimos días no habían tenido la ocasión de estar solos un momento, así que hablaban lo imprescindible. Cuando había caminado unos quinientos metros, lo vio acercarse con su carpeta bajo un brazo y la caja de pinceles en la otra mano.

—Hola Lina —la saludó alegre.

—Buenos días Darío —le respondió ella cuando se pararon en medio del camino.

—Tendré que dar gracias a quien corresponda por haberme obsequiado con esta buena suerte.

—No se burle, no es para tanto —dijo con una sonrisa tímida.

—Hace días que no hablamos. Parece como si me evitaras.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No sé, tal vez tengas algún motivo.

—Sí claro, que tengo mucho trabajo —alegó.

—¿Estás segura que solo es eso? —la interrogó, encorvándose un poco para quedar a la altura de sus ojos y que lo mirara.

—¿Qué quiere decir? —preguntó sin mirarle.

—Pues no sé, parece que hay algo que te mantiene distraída, preocupada y también feliz a la vez.

Angelina giró la cabeza y lo miró con expresión de pavor.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que se imagina? —consiguió balbucear.

—Estoy al corriente de lo que te mantiene en ese estado —se quedó callado unos instantes para que ella procesara sus palabras—. No tienes nada que temer, tu secreto está a salvo conmigo.

Se quedó paralizada por el pánico. El rostro se le encendía por momentos y la barbilla le empezó a temblar impidiéndole articular una palabra.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Se lo ha contado el señor Fabio? —pudo decir con un hilo de voz.

—Yo lo intuía y él me lo confirmó —le respondió a la vez que le ponía una mano en su hombro intentando infundirle tranquilidad.

—¿Entonces lo sabe todo? —volvió a preguntar.

—No sé si todo, pero si hay algo más y quieres que yo lo sepa, dímelo tú.

La chica dio un paso hacia atrás para que él quitara la mano de su hombro. Luego permaneció callada unos instantes, mientras tragaba saliva y pestañeaba para intentar retener unas lágrimas aprensivas que comenzaban a humedecer sus ojos. Después, puso su mirada en el horizonte y su voz sonó muy bajito.

—Me ha pedido que vaya con él a Buenos Aires.

Negándose a aceptar aquellas palabras, Darío acortó la distancia y se situó delante de ella sin terminar de creer lo que acababa de oír. No obstante, la duda se evaporó de su rostro cuando la observó unos segundos y sus ojos le dijeron que no era simple fantasía lo que salía de su boca. Entonces, con la sorpresa reflejada en el semblante, se dio media vuelta, a la vez que pasaba las manos por su cabello y se apretaba la cabeza mostrando incredulidad. Permanecieron en silencio un par de minutos mientras él intentaba digerir la noticia.

—¿Quieres contármelo? —le preguntó ya algo más sosegado.

Angelina no podía permitirse que alguien de su familia, o alguna persona del cortijo, la viese hablando en confidencias con uno de los amigos del señorito José Luís así que, tras unos instantes de duda, inspeccionó un lugar que estuviese algo apartado del camino

y se dirigió hacia allí. Darío la siguió y ambos se sentaron en unas piedras que estaban ocultas por el ramaje de un árbol. Lina sabía que tenía mil razones para salir corriendo de allí, para no hablar de algo de lo que, seguro, acabaría arrepintiéndose. Se sentía enormemente cohibida para expresar alguna palabra y continuó allí sin saber qué hacer ni qué decir.

Ambos quedaron atrapados en un silencio que no conseguían romper. Cuando ella abrió los labios para arrancarse a hablar se detuvo indecisa, se levantó, cogió una ramita y comenzó a hacerla cachitos, entonces, al percibir una cierta relajación en la tensión del pecho, dijo:

—La verdad es que no sé cómo, ni por qué, debo decirle nada.

—Hazlo solo si tú quieres —le propuso él en tono afectuoso.

—¿De verdad a usted no le ha dicho el señor Fabio que me ha pedido que vaya con él a su país?

—No, de esa cuestión no hemos hablado —dijo con franqueza—. ¿Y tú qué le has respondido?

—Pues qué le voy a decir, que eso es imposible.

—Pero te habrá dicho para qué quiere que vayas.

—Sí, dice que poco tiempo después nos casaríamos y que, más tarde, podría ir también mi familia, porque mis hermanos tendrían allí un futuro mejor —se quedó callada unos instantes y tragó saliva antes de continuar—. Es que yo por mi familia haría cualquier cosa.

—Sospecho que esa irresolución es la que te tiene tan confundida. ¿No es cierto?

Ella asintió con un leve gesto de cabeza.

—Pues si quieres saber mi opinión, creo que no has de hacerlo por tu familia, tus sentimientos son lo primero que has de valorar. Porque, tú le quieres ¿verdad?

Lina volvió a asentir sin palabras.

—Pues si es así, esa debe ser tu principal y única razón.

Por esos razonamientos y lo reconfortante que le resultaron sus palabras, Lina le habló de sus dudas, de lo mal que lo estaba

pasando, y se extendió al comentarle la imposibilidad que tenía de saber qué proporción de mentira o verdad había en sus palabras cuando le juraba su amos y, sobre todo, de su verdadera preocupación: el enorme temor que tenía a que Fabio acabara cansándose de ella.

—¿Qué sería de mí después? —Concluyó con la voz rota.

Le hablaba como si se estuviera vaciando entera por dentro, como lo haría con un hermano. Le resultaba impensable poder confiarle sus cavilaciones a algún miembro de su familia y necesitaba oír algunos consejos sensatos que le aclararan sus ideas. El nudo que le oprimía la garganta impedía que las palabras le saliesen fluidas, se le atascaban como si fuese tartamuda. La tensión de aquel momento, se había distendido ligeramente, haciéndola mucho más vulnerable. Se quedó callada, esperando que sus palabras provocaran algún tipo de reacción en Darío, pero él no decía nada. Solo la observaba sin apartar sus ojos de ella. Después de unos largos minutos habló.

—No puedo darte consejos, porque existe una parte de la realidad que no se puede medir ni calibrar, por mucho que te dijera, siempre habría alguna cosa que escaparía a un criterio justo, porque de todos es sabido, que nadie está en completa posesión de la verdad. Aunque sí deseo que sepas una cosa; siempre podrás contar conmigo, ya que si no he tenido cabida en tu corazón del modo que me habría gustado, sí quiero que me consideres un verdadero amigo.

Después de días conteniendo el llanto, por fin Angelina se desmoronó y sin hacer nada por evitarlo, comenzó a llorar en silencio.

—Los sueños no siempre suelen estar donde uno espera, incluso a veces con facilidad, pueden pasar a ser pesadillas, pero no hay más opción que afrontar ese riesgo si de verdad deseas perseguirlos.

Darío sacó un pañuelo y le secó las lágrimas. Ella le sonrió, mientras su corazón se iba impregnando de distintas emociones: simpatía, agradecimiento, admiración... Continuaron hablando durante varios minutos sobre el posible viaje y el apoyo que él le brindaría siempre que lo necesitara.

Después de intentar sobreponerse al desconcierto y posterior emoción que le había producido la confesión que le hizo a Darío,

Angelina sacó un pañuelo, se secó las lágrimas e inspeccionó el camino. Cuando se aseguró de que estaba solitario, le dedicó una mirada de agradecimiento y se alejó, deseando no encontrarse con nadie de su familia sin haberse restablecido de su estado de ánimo. Él esperó unos minutos más y luego se dirigió a la casa.

Cuando se separaron, la chica lamentó no haber sido de él, de quien se hubiese enamorado. Y a pesar de aquel sentimiento agridulce, desde ese día, vio en aquel joven pintor a una persona juiciosa, de gran corazón, y a un verdadero amigo en quien podría confiar si finalmente decidía viajar a un país tan lejano. Aunque en ese momento, esa posibilidad le pareciera tremendamente remota.

Por su parte, al pintor le indignaba que un hombre pudiera hacerle daño a una muchacha honesta e ingenua como Lina. Aunque ese hombre fuera su amigo, o precisamente por eso, estaba dispuesto a hacer lo que estuviera en sus manos para impedirlo.

◆◆◆

A la hora que solían comer, los dos amigos bajaron de sus habitaciones y fueron al comedor. La mesa ya estaba dispuesta con los dos servicios. Angelina oyó sus voces y se acercó para preguntarles si podía servirles la comida, cuando ellos se lo autorizaron, se perdió tras la puerta de la cocina e instantes después volvió con la cazuela del guiso en las manos.

Aparte de las miradas solapadas que Fabio le dedicaba mientras ella les servía la comida, no pasó nada que la soliviantara más de lo que ya estaba. Los oyó hablar del magnífico día que hacía y de lo que cada uno había hecho durante la mañana. Por supuesto, Darío no dijo toda la verdad, omitiendo la charla que la chica y él habían mantenido.

Cuando Angelina entró para servir el postre, la conversación entre ellos había cambiado de rumbo. Hablaban de la fiesta. Especulaban sobre la cantidad de invitados que vendrían, de los pocos días que faltaban para la boda y, por ende, se refirieron a su inminente viaje de vuelta a su país.

Lina iba hacia la cocina cuando oyó la palabra “viaje”, entonces no pudo por menos que dejar abierto un resquicio de la puerta y quedarse detrás para intentar escuchar lo que decían.

—Si José Luís no hubiese adelantado la boda, nosotros no habríamos podido asistir —oyó que decía Darío.

—La verdad es que apenas tendremos tiempo de descansar unos días antes de emprender la travesía —apuntó Fabio.

—Es una tranquilidad que ya tengamos los pasajes de vuelta. Tal como está el tema de la guerra en Europa, no resulta sencillo encontrar pasajes.

—Ciertamente lo tendríamos complicado. Los países que han entrado en conflicto, están utilizando buena parte de los mares para la flota de sus ejércitos. Por suerte, España todavía no ha entrado en guerra y es posible que no lo haga, pero con los emigrantes españoles, y los refugiados de los distintos países europeos que quieren ir a América huyendo de tantas desgracias, los barcos navegan muy por encima de su capacidad.

Angelina permaneció escuchando un par de minutos más, hasta que ellos comenzaron a analizar más a fondo cuestiones relacionadas con la guerra, entonces la chica cerró la puerta con mucho cuidado y se alejó.

Las palabras “eminente viaje” fueron las que quedaron flotando en sus oídos, principalmente, porque en ese momento, esa era su batalla, la que tenía que librar y la que ocupaba buena parte de su cerebro. La otra, a la que se referían los dos forasteros, era una guerra que ocurría en países muy lejanos, de la que tan solo sabía algo por los maquis que se acercaban por el cortijo o por algún vendedor ambulante que se perdía por allí.

De otra guerra mucho más cercana y reciente, sí sabía Lina, puesto que el conflicto que fragmentó España dejándola hecha añicos, había dejado una huella que latía en cada rincón, en cada palabra escondida de las personas que estuvieran dispuestas a hablar. Sí, el recuerdo de esa guerra continuaba muy presente en los españoles y, a pesar de su juventud, la chica no era una excepción.

Enredada como estaba entre cacharros de cocina y el ruido atropellado que trastornaba su cabeza, la chica no escuchó lo que abordaron los dos amigos cuando aparcaron el asunto de la guerra.

—Por cierto, volviendo a nuestra partida, hemos hablado de lo complicado que está el tema de los viajes, así que, si tuvieses que comprar otro pasaje, ¿cómo lo harías? —dijo Darío de improviso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fabio con cara de desconcierto ante la inesperada pregunta.

—¡Ah! ¿Qué no tienes ni idea de lo que quiero decir? —señaló Darío con tono irónico y bajando la voz hasta el susurro.

Con el sigilo que había puesto en sus palabras, quedaba muy claro a qué se estaba refiriendo. El silencio envuelto en bocanadas de humo, se alzó entre ellos durante unos minutos.

—Lo mejor será que hablemos de esto en un lugar más discreto. ¿Qué tal si terminamos los cigarros fuera? —sugirió Fabio, a la vez que miraba con discreción hacia la puerta que comunicaba con la cocina.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la salida. Comenzaron a caminar por el sendero que los coches utilizaban para acceder a la casa.

—Doy por hecho que te referías a Angelina —dijo Fabio, cuando creyó que nadie les oiría.

—¿Hay alguien más que quieras llevarte a Buenos Aires? —inquirió el pintor siguiendo con la ironía.

—¡No digas tonterías! —exclamó Fabio algo irritado. Al instante bajó el tono y agregó—. Siento que no te hayas enterado por mí, lo creas o no, estaba buscando el momento para decírtelo.

—¿De verdad tienes en mente hacer tal cosa?

—Claro que la tengo en mente, otro tema será que lo consiga. Angelina se resiste y no me va a resultar sencillo convencerla.

—Y si ella accede, ¿ya has pensado qué harás cuando lleguéis a Buenos Aires?

—Sí, algo he pensado. Nos casaremos —dijo con voz ambigua. Se quedó pensativo unos instantes y luego añadió—: Claro que, aún tengo que decidir qué haré con ella mientras tanto.

Darío se paró delante de su amigo y le miró de frente para preguntarle:

—¿Estás seguro de que te casarías con ella?

—¡Pues claro que estoy seguro! —profirió Fabio volviendo a subir el tono—. En cualquier caso, aún no sé si vendrá. Cuando esté seguro, tomaré todas las medidas que sean oportunas.

—Está bien, no hace falta que te irrites, no pretendo inmiscuirme en tus asuntos, pero, como me considero tu amigo, sí te aconsejaría que no le hicieras promesas que luego no puedas cumplir.

Comenzaron a andar de nuevo. Lo hacía en silencio, con el semblante serio, pensativo, como si recapacitaran sobre lo que acababan de hablar y lo que dirían a continuación.

—Lo cierto es que no he podido evitar sentir una tremenda atracción por esa muchacha. No entiendo cómo es posible que me haya cautivado de esta manera. —Tras sus últimas palabras, fue Fabio el que se detuvo delante de su amigo—. Sí finalmente Angelina decide venir conmigo, voy a necesitar tu colaboración y quiero pedirte que estés conmigo en esto. Aunque estoy seguro de que podré contar contigo ¿No es así?

—Ya sabes que haré cuanto esté en mi mano.

◆◆◆

Angelina pasó el día haciendo su trabajo habitual. A pesar de que intentaba ocultar la ansiedad que sentía por encontrarse con Fabio, no pudo evitar que su madre se diera cuenta del nerviosismo que la dominaba.

—Llevas unos días muy rara, parece que no estés aquí.

Oyó lejana la voz de su madre, pero no la escuchó. Solo reaccionó cuando reparó en que la mujer se había dado la vuelta para mirarla de frente.

—Madre. ¿Me ha dicho algo? —pregunto sin mirarla.

—¡Pues claro que he dicho algo! Te estaba diciendo que llevas unos días como ausente, y no me digas que no, porque ahora ni tan siquiera me has oído. ¿Qué te ronda por esa cabeza?

—No me pasa nada. ¿Dónde voy a estar? Estoy aquí, en esta cocina, como siempre —respondió, como si toda su atención se centrase en las verduras que estaba cortando.

—No lo sé, pero te conozco bien y a mí no puedes engañarme.

—Bueno, tal vez sea que, de vez en cuando, me da por pensar.

—Y, ¿se puede saber qué es lo que te da por pensar?

—Pues… pienso en muchas cosas —se quedó callada unos segundos, pero de inmediato volvió a hablar, mientras con ímpetu hundía el cuchillo sobre el repollo—. Madre pienso en la clase de vida que llevamos aquí; en padre, en usted, en que os habéis pasado vuestra vida trabajando como esclavos. Pienso en mis hermanos y también en mí, en las pocas oportunidades que tenemos y en el futuro que nos espera a todos. Entonces, especulo sobre lo que podríamos hacer para cambiarla y, sobre todo, me pregunto si alguna vez encontraremos la forma de salir de este maldito cortijo.

La chica había comenzado a hablar algo temerosa. Le asaltaban las dudas de que sus palabras pudieran delatarla, pero, poco a poco, fue subiendo el tono hasta que la voz le salió crispada, enfadada y triste a la vez. Cuando se levantó y se acercó al poyo para dejar el barreño con la verdura añadió:

—No se da cuenta madre, Dios nos ha soltado de sus manos, se ha olvidado de nosotros.

Durante unos minutos, Teodora no hizo ningún comentario a las palabras de su hija. Alguna vez ya le había oído esa clase de reflexiones, pero nunca con tanto arrebato, con tanto despecho, con tanto dolor. «Mis hijos se han hecho mayores sin que apenas me haya dado cuenta. No pasará mucho tiempo hasta que quieran volar solos», pensó. Luego intentó encontrar algunas palabras con las que infundirle algo de sosiego, de ilusión. Sabía que su hija necesitaba un soplo de esperanza, una pequeña inyección de energía que le hiciera confiar en que, tal vez algún día, sus vidas podían cambiar. Pero en ese momento no consiguió reunir esas palabras, así que se limitó a guardar silencio. Le habló más tarde.

—No te entristezcas tanto, para vosotros los jóvenes, lo mejor de la vida todavía está por venir. Tú no debes perder la esperanza, has de confiar en que la vida te puede sorprender en cualquier momento y poner ante ti un futuro que no esperabas.

Esas fueron las pocas palabras que dijo la mujer, todas las que pudo encontrar para intentar infundirle el ánimo que Angelina necesitaba. No obstante, el futuro que Teodora veía era bastante negro y si se acercaba alguno más despejado, aún debía encontrarse muy lejos, porque ella no lo divisaba.

Ceñida por la ansiedad de compartir unos minutos con Fabio, a la chica se le aceleraba el corazón, a medida que la tarde se deslizaba hacia la noche.

—Solo puedo quedarme unos minutos —le dijo, mientras él la estrechaba con fuerza entre sus brazos, cuando se encontraron esa noche.

—¡Shhh! Ahora no digas nada —le susurró él a la vez que acercaba sus labios a los de ella.

—Creo que mi madre sospecha algo —objetó cuando sus bocas se separaron.

—Tan solo dime si ya has pensado en lo que te dije. Necesito saberlo cuanto antes.

Se produjo un largo silencio entre ellos, tras el cual Angelina habló:

—Es que, ni tan siquiera puedo pensar en algo así.

—¿Por qué no? Yo te quiero y sé que tú también me quieres. Ya te he dicho que cuando lleguemos allí y lo organicemos todo, nos casaremos. Y hay otra cosa que quiero que sepas para que estés tranquila; no ocurrirá nada entre nosotros que tú no desees, nada de lo que puedas avergonzarte. ¿Sabes a lo que me refiero verdad?

—Sí, lo sé. Pero es que, si me marcho, a mi familia le causaré un gran dolor. No puedo hacerles tanto daño.

Entre besos y caricias, escuchó una serie de promesas que ponían el honor y todos sus valores patas arriba.

Angelina tenía como herencia, el modelo de esa clase de mujer honrada y discreta que le trasmitía su madre, pero Fabio, se estaba convirtiendo en una tentación y una amenaza que derrotaba todos esos valores. Y, aunque pensara que esa propuesta la arrastraba a la perdición más absoluta, también le mostraba un futuro abierto a otras muchas posibilidades.

Se fue a la cama casi sin probar bocado, deseando poder dormir toda la noche sin que nadie le dirigiera la palabra. Aunque estaba segura de que no sería así. Escuchando de fondo las voces de los suyos, le vinieron a la cabeza las últimas palabras que, entre otras, le había dicho su madre esa tarde: «no te entristezcas tanto, para vosotros los jóvenes, lo mejor de la vida todavía está por venir». ¿Y si a ella, el destino le había puesto por delante el camino que la conduciría al futuro mejor que soñaba? ¿Y si después de un tiempo, también sus hermanos pudieran viajar a Argentina? Entonces esa

podría ser la manera de ayudar a su familia a salir de la vida miserable que llevaban.

Anclada en aquella disyuntiva, su cabeza siguió enredada en un remolino de dudas, mientras el tiempo pasaba rápido y Fabio la apremiaba para que le diera una respuesta antes de la fiesta.

—Cuando lleguen todos al cortijo, no es seguro que podamos vernos a solas —le había dicho él.

Para el acontecimiento solo faltaban dos días y Angelina no podía demorar la respuesta. Pero necesitaba esperar hasta el último momento para decidir si llevar a término aquella locura porque, sin duda, era una locura lanzarse sin apenas reflexión, a una aventura que implicaba un viaje a un país muy lejano, y lo que aún era más grave, conducida por un hombre que le había hecho perder la razón, pero del que poco sabía.

◆◆◆

Mientras Angelina seguía debatiéndose entre el deseo y el deber, llegó el día de la fiesta, un día que había de ser decisivo para ella.

Ya cerca del mediodía, cuatro coches se detuvieron al pie de la escalinata, y de ellos descendieron el señorito José Luís y sus dieciséis invitados. Formando gran alboroto entre risas y bromas, en pocos minutos, la casa se abarrotó de hombres ocupando todas las dependencias. Tal y como Teodora había supuesto, el señorito no trajo a nadie de servicio para que les echara una mano con el trabajo. Si bien en el cortijo había algunas personas más, estas estaban ocupadas en otros menesteres. Así que, la familia de Casiano tendría que ocuparse de preparar la gran comilona y de todo lo referente a los cuidados que necesitaran los dieciocho hombres.

A pesar de que Lina tenía que poner toda su atención en el exceso de tarea que tenía por delante, no encontraba la forma de desligar su cabeza del tema que la mantenía en un sinvivir.

—Ven conmigo por favor —le había dicho Fabio la noche anterior—. No permitiré que te ocurra nada malo. Yo siempre estaré a tu lado.

—Pero es que… tengo tanto miedo —le respondió.

—¿Dime a qué tienes miedo? ¿No te fías de mí?

—Apenas nos conocemos y tengo miles de dudas.

Pero en ese momento, ella no podía enumerarlas todas, el cúmulo de obstáculos, reveses y sensaciones contradictorias que le venían a la cabeza, bloqueaban su capacidad para discernir con claridad. Le parecía que todos sus sentidos se habían quedado atrapados en algún momento, sin que ella hubiese sido consciente de ello.

Lo miró a los ojos buscando un resquicio por el que colarse en su mente, por donde intentar descubrir la verdad de sus sentimientos, pero lo que encontró fue una ansiedad y una súplica en su mirada que le pareció sincera, honesta. Entonces, no pudo evitar que unas incontroladas lágrimas, muy calientes, mojaran su cara. Percibió el sabor de su propio llanto cuando Fabio le cogió la cara entre sus manos y lentamente, comenzó a besar sus mejillas, sus ojos y su boca. Luego, mientras él le pasaba las manos por el cabello en una suave caricia, le hablo con suma ternura.

—No creas que no comprendo lo que esto significa para ti, pero tienes que arriesgarte, aunque te dé miedo. —Tras un corto silencio, tomó su barbilla para que le mirara—. Siempre he oído decir que el verdadero amor no tiene el camino fácil, por tanto, nosotros tendremos que sortear todos los obstáculos que se nos presenten; sean del ámbito que sean.

Esa noche, la última de sus encuentros antes de separarse, Lina lo miró con una fijeza que no necesitaba palabras; con unos ojos que imploraban auxilio, aunque en verdad, no tenía claro qué clase de ayuda le pedía, quizás era que su resistencia había comenzado a ceder y que, si continuaba aflojando, acabaría por sucumbir y aceptar su proposición de fugarse con él a su país. Porque si algo tenía claro, era que la propuesta que le había hecho Fabio no era otra cosa que una fuga. Y, en su completo desconcierto, aún podía comprender que, si finalmente accedía, su vida y su futuro, acabaría en manos de Fabio Ledesma.

◆◆◆

Lina sabía que, con cada paso que diera hacia adelante, significaría adentrarse en lo desconocido, que ese paraíso que soñaba, también podría llevarla al desastre más absoluto. No necesitaba imaginar demasiado, para saber los destrozos que provocaría en el corazón de sus padres, si al fin decidía marcharse. Significaría que su hija los abandonaba para fugarse con un hombre y eso era sumamente deshonesto, pero lo que resultaría más duro

para ellos; sería vivir con la incertidumbre de saber si algún día volverían a ver a su hija.

Ese enmarañado de reflexiones le impidió dormir una sola hora esa noche. Si bien sus padres le habían trasmitido una serie de valores que a ella le atormentaba quebrantar, en algún momento ella ya había metido los pies en el barro y si continuaba dando pasos, terminaría sumergida hasta lo más profundo, hasta ese lugar del que nadie podría rescatarla.

Junto a toda esa serie de prejuicios, en su cabeza y en su corazón, también flotaban las palabras de Fabio: »tendremos que encontrar el modo para que me hagas llegar tu respuesta y si es afirmativa, yo me afanaré en idear un plan para incluirte en el viaje». Se lo volvió a recordar después de que esa noche se besaran por última vez. Y antes de separarse ya habían acordado la manera de comunicarse, si les fuera imposible volver a hablar en privado.

Solo el terror de perder a los seres que quería, mantenía viva en ella la cordura. Esa era la razón fundamental, la única razón que le impedía volver corriendo hasta los brazos de Fabio, decirle que ya lo había pensado; que se marcharía con él, y que iría al fin del mundo si ese era el modo de estar a su lado.

Angelina pasó la mañana buscando la manera de encubrir la excitación que casi la paralizaba. Estaba segura de que acabaría por cometer algún error que la descubriría. No fue así, sino que soportó la agitación, incluso cuando aún se hizo más intensa en el curso de la tarde. Cuando llegó la noche y la ansiedad se volvió tan apremiante que requirió de toda su voluntad para que el corazón no se le saliese por la boca, continuó disimulando.

Mientras Casiano y su hijo mayor ayudaban en la cocina en todo lo que podían: traer leña, agua, vino, etc., madre e hija se afanaban en que a los comensales no les faltara de nada en la mesa.

Llevaban comiendo y bebiendo más de dos horas. Poco a poco, la algarabía había ido subiendo de tono a medida que las botellas de vino se iban vaciando. Angelina había notado sobre ella algunas que otras miradas descaradas, pero no hizo el menor aprecio ni le comentó nada a su madre, no obstante, a la mujer no le pasaron por alto.

—Estos señoritos no tienen medida, se atiborran de beber y la mayoría acaban más borrachos que una cuba —exclamó Teodora,

cuando entró en la cocina después de retirar los platos de los postres.

—Como tienen dinero no les importa el derroche —apuntó el padre.

—¿Está listo el café? —preguntó la madre a Lina.

—Sí, ya está, ahora lo llevó.

—No, lo llevaré yo —contradijo la mujer.

—Como usted quiera, pero siempre lo hago yo.

—¡Pero hoy se lo serviré yo! —Insistió— ¿No te has dado cuenta en el estado que están y las miradas que te lanzan? —le dijo muy bajito para que no se enterase el padre ni el hermano.

Angelina no respondió. No podía decirle a su madre que precisamente esa noche, tenía que ser ella la que les sirviera el café. Unos minutos después de que la mujer regresara del comedor, el señorito la llamó.

—¡Teodora, traiga más café!

Entonces Angelina, se precipitó sobre el puchero, vertió el café en la jarra y se dirigió a la puerta a toda prisa.

—¡Te he dicho que les sirvo yo el café! —le reiteró la madre.

—No se preocupe madre.

La mujer la miró algo confusa, pero no pudo impedir que Angelina desapareciera por la puerta con la cafetera en las manos.

Tras el gran festín de comidas y bebidas, la francachela estaba en todo su apogeo. Cuando la chica entró en el comedor, el humo se extendía por todos los rincones de la estancia haciendo casi imposible la respiración. En la cabecera de la mesa estaba sentado el señorito José Luís, a su derecha Fabio Ledesma y a la izquierda, otro de sus invitados. La jarra era bastante grande y estaba completamente llena, por lo que tenía que agarrarla con ambas manos mientras iba poniendo el café en las tazas. Había comenzado por el señorito José Luís, continuó por la izquierda dando la vuelta a la mesa hasta llegar a Fabio. Entonces apretó las manos y los dientes y empezó a verter el café dentro de la taza hasta comenzó a

rebosar y terminó derramándose en el plato.

—Lo siento mucho señor —se disculpó azarosa, mientras intentaba remediar el desatino limpiando el plato con el paño que envolvía la jarra.

—No pasa nada —la tranquilizó él.

Instantes después, Lina entró en la cocina, y aunque no pudo evitar los reproches de su madre, ella ya había cumplido su cometido.

De nada sirvieron las férreas intenciones de mantenerse firme. No supo en qué momento lo había decidido, ni tan siquiera si llegó a decidirlo. Quizás tan solo había sido un acto espontáneo, en el que actuó impulsada por la locura de su corazón, pero el caso era que ya estaba hecho. Y, lo que aún le resultó más asombroso, no experimentó signo alguno de arrepentimiento. Horas más tarde, cuando se metió en la cama, mientras su cuerpo descansaba y su mente iba por su cuenta volando en una ensoñación perenne e inquebrantable, imaginaba una vida fuera del cortijo, pero, sobre todo, una vida junto a Fabio.

14

El señor Pereira se quedó callado al notar que sus palabras comenzaban a entorpecerse, pugnando por salir a la vez que su respiración. Cundo Elena dejó de escuchar su voz, apartó los ojos del teclado y lo miró con preocupación. Entonces, cogió el vaso de agua y se lo puso en las manos para que bebiera, él hizo dos respiraciones cortas, a continuación, se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbito.

Al anciano le había asaltado un torrente de recuerdos, que fueron fluyendo de sus labios durante el largo rato que estuvo hablando, era como si esos recuerdos no llevaran escondidos en su cabeza más de setenta años. No le resultaba nada difícil reencontrarse con aquel joven apasionado de la pintura que, en cierta ocasión, pasó un par de meses en España y acabó enamorándose de una chica admirable.

—¿Qué tal se encuentra?

—No te preocupes. Solo necesito unos minutos —le respondió acompañando las palabras con un gesto de sus manos.

A continuación, hizo varias inspiraciones seguidas para aportar algo más de aire a sus pulmones, cuando su respiración se fue regulando y su cuerpo alcanzó una ligera sensación de bienestar, cerró los ojos y se sumergió en el bálsamo del silencio.

Elena lo miró afectuosa unos instantes, luego se levantó con sigilo, fue hasta la ventana y miró a través de los cristales. Observó que, desde allí, se veía la misma parte del jardín que desde la ventana de la salita. Esa visión le recordó las horas que había pasado junto a Alejandro en aquella habitación. El torrente de agua que lo inundaba todo, y cómo ese aguacero, le permitió vivir uno de los momentos más agradables que, seguro, recordaría a lo largo de su vida.

Tras permanecer varios minutos, abstraída en sus pensamientos, regresó al presente y, al darse la vuelta, sus ojos tropezaron con los del anciano, que la observaban expectantes.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó mientras se acercaba y le ponía una mano en el hombro.

—Sí, ya te he dicho que solo necesitaba unos minutos. A menudo necesito hacer un alto para recuperar el compás de la respiración.

—Debe hacerlo siempre que lo necesite. Es bueno para su salud y por consiguiente para usted.

Por un momento callaron los dos. Luego ella le planteó.

—¿Qué le parece si lo dejamos por hoy?

—Como desees.

—Pues entonces continuamos mañana.

—Me parece bien. —aceptó más bien con voz resignada—. A fin de cuentas, mi relato casi está llegando a su fin.

Elena esperó unos segundos antes de preguntarle lo que le rondaba por la cabeza.

—Aunque, si no le importa, me gustaría hacerle una pregunta.

Cuando el anciano asintió con la cabeza, ella dijo:

—Verá, concentrada como estaba en transcribir lo que me contaba, solo he podido deducir lo más básico, aunque sí creo tener bastante claro que la mujer del retrato es Angelina, así que, si finalmente ella viajó a Buenos Aires, usted la tuvo que pintar aquí, ¿no es así?

—Sí, así es —se limitó a responder.

—Y, ¿dígame una cosa más? Sé que su relación con Fabio Ledesma terminó en algún momento. ¿Fue Angelina la culpable del distanciamiento entre ustedes? Porque es evidente que usted se enamoró de ella, y si ese no fue el motivo, ¿qué pasó?

El señor Pereira se tomó unos instantes antes de responder.

—Es cierto, yo amé profundamente a esa joven. No obstante, Lina no tuvo nada que ver sobre ese asunto, el culpable fue el retrato.

Elena no quiso ahondar con más preguntas y sus palabras cambiaron de sentido.

—Lina fue una chica muy valiente al lanzarse a una aventura de esas dimensiones y romper con todo —se quedó callada unos

segundos. Luego se dio media vuelta y clavó la mirada en los cristales de la ventana—. No es fácil desprenderse de todos los anclajes que nos fijan y nos atan a nuestra propia existencia, mucho más en aquella época.

—Nacemos de nuevo cuando encontramos un motivo para hacerlo. La ilusión otorga una fuerza que la mayoría de las personas ignoran que poseen, y que puede aparecer cuando aspiran a encontrar una vida diferente. Solo por alcanzar un sueño, somos capaces de afrontar cualquier obstáculo que se cruce en nuestro camino, incluso, aunque presagiemos que esa aventura nos pueda arrastrar hacia una vida completamente incierta.

—Las personas nunca podemos estar seguras de hacia dónde nos va a derivar la vida, mientras que esta, se va encauzando sin que nosotros podamos prever el lugar en el que desembocaremos —apuntó Elena.

—Es cierto. Y al final del camino, solo nos queda calibrar los errores o los aciertos que hayamos cometido a lo largo de la travesía. En esos momentos, cuando ya no hay marcha atrás, se ponen ante tus narices las cosas que no tienen remedio.

—Dígame señor Pereira: ¿usted no volvió a hablarle a Lina de sus sentimientos? —le preguntó a la vez que doblaba las rodillas y se agachaba para quedar a su altura.

—No, lo que menos necesitaba ella era sentirse sometida a la presión de ver a dos hombres pugnando por conseguir su amor. Lina se enamoró de Fabio y, comprendí muy a mi pesar, que yo no tenía ninguna posibilidad en ese terreno.

—Tal vez, usted tenía que habérselo hecho ver de otro modo, ser más persuasivo en la manifestación de sus sentimientos.

—Eso creo que a ella le quedó muy claro. Aunque es verdad que quizás, tendría que haber sido más persistente. Pero, lo que podía haber sido y no fue, lo piensas cuando es demasiado tarde. Solo con el paso de los años, te das cuenta de que la vida pasa deprisa, que se te escapó escurridiza entre los dedos sin que apenas te dieras cuenta, entonces y solo entonces, comprendes que lo que no has vivido ya no puedes recuperarlo. Eso es la ironía de la edad —se quedó callado unos instantes, luego, tras removerse sobre el asiento, prosiguió—. Cuando el corazón comienza a funcionar lentamente esperando que llegue el reposo, entonces al hacer el recuento, te das

cuenta de que te faltan las cosas que has dejado en el camino.

Un silencio siguió a las últimas palabras del pintor. Elena sintió como si esas palabras no solo fueran la reflexión de un anciano, sino que iban directas a ella. Se incorporó, pero al momento volvió a agacharse.

—Ahora le dejo tranquilo para que descanse.

—¿Todavía no has decidido el día que volverás a tu país? —le preguntó mientras ella se incorporaba.

—En tres días tengo un acto relacionado con mi libro, si encuentro billete de avión, quisiera irme al día siguiente.

—Pues te quedan pocos días —apuntó escueto.

—Deseo que para entonces hayamos terminado esta historia —señaló a la vez que guardaba el documento en el ordenador.

—Espero que el próximo día la podamos dar por concluida, si la vida me permite aguantar un poco más.

—Volveré mañana. Ahora le diré a la enfermera que me marcho.

El anciano torció los labios en una leve sonrisa, ella le puso una mano afectuosa en el hombro a modo de despedida y se marchó.

◆◆◆

Era algo más tarde de lo habitual cuando Elena se reunió con Alejandro. El tráfico era bastante fluido y en pocos minutos estuvieron en el centro de la ciudad.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le preguntó Alejandro.

—No sé qué me apetece —respondió ella con desinterés.

Ambos permanecieron callados durante unos minutos.

—Hoy estás poco comunicativa.

—Sí, no me apetece demasiado hablar.

—Ya lo veo. ¿Qué te pasa para que estés así?

—Nada en concreto.

—Pues yo había pensado que podríamos ir a un lugar que creo, te gustará. Tal vez eso te anime —señaló él girando la cabeza para mirarla.

—La verdad es que debería dedicarme a buscar billete de vuelo para mi vuelta a España.

—¿Cuándo tienes pensado irte?

—El miércoles es la tertulia literaria, quisiera marcharme el jueves.

Él no respondió de inmediato.

—Para el jueves falta poco —dijo luego.

—No puedo demorar más la vuelta.

—Bueno, de momento estás aquí y… —Se quedó callado unos segundos como si quisiera dejar en el aire lo que quería decir, pero de inmediato prosiguió—: En fin, ¿qué tal si comemos y luego vamos al sitio que te he dicho?

—Hoy no tengo apetito. Además, me gustaría ir al hotel, he de resolver un par de cuestiones.

Alejandro tomó la dirección al hotel sin hacer ninguna réplica. Cuando detuvo el automóvil, Elena se volvió y lo miró.

—Tal vez podríamos ir más tarde, si te va bien, claro está.

—Claro que me va bien. Ya contaba pasar la tarde contigo y había hecho planes. ¿A qué hora te recojo?

—Creo que en un par de horas estaré lista. De todas formas, te llamo —respondió a la vez que abría la puerta y salía del coche.

Cuando entró en el vestíbulo se dirigió al bar y pidió que le subieran un sándwich y una cerveza. Ya en el ascensor, sacó el móvil del bolso y miró las llamadas perdidas. Entre otras, tenía dos de Juan Carlos, una de su padre y la que más le extrañó, la de su abuela Marimar. No lo dudó, «será a ella a quién llamaré primero», pensó. Aunque sabía de la mujer por su padre, en los días que llevaba en Buenos Aires, tan solo la había llamado una vez y en ese momento le apetecía mucho hablar con ella.

Pensó en hacerle algunas preguntas sobre algo que le llevaba

rondando por la cabeza, pero no tenía ni idea de cómo planteárselo. Además, con lo que el señor Pereira le había revelado ese día, las sospechas que ella había concebido, casi habían saltado por los aires. «Si Angelina se marchó de España para venir a Buenos Aires, la posibilidad de que nos una algún vínculo es prácticamente nula. De todas formas, cuando vuelva hablaré con mi abuela, espero que para entonces ya estén algo más claras mis ideas. Mientras tanto, pensaré lo que quiero preguntarle y cómo hacerlo. Todo esto es un problema de cálculo que, de momento, soy incapaz de resolver. Aunque lo que más necesitaría sería ordenar mi cabeza e intentar aclarar estos nuevos sentimientos que me tienen totalmente confundida».

Todos esos pensamientos desfilaban por su cabeza, a la vez que recorría el largo pasillo y abría la puerta de la habitación. Luego, cuando marcó el número de su abuela y escuchó su voz, sintió verdaderos deseos de volver a España y que ella la abrazara y la meciera entre sus brazos como cuando era una niña.

—¡Hola, mi niña! Qué alegría me da oírte.

—Hola, abuela. Yo también estoy encantada de hablar contigo.

—Llevas muchos días fuera. ¿Cuándo vuelves?

—La semana que viene, si es posible.

Continuaron hablando durante un buen rato, interesándose cada una por el estado de la otra.

Su abuela Marimar representaba para Elena una referencia femenina directa desde que su madre murió. Seguramente, ser las únicas mujeres en la familia y el hecho de que ambas compartían caracteres similares, era fundamental para que se entendieran bien y se profesaran un fuerte cariño.

—¡Ah! Por cierto −dijo la mujer cuando ya se estaban despidiendo−. Tu padre me ha dicho que le has hecho algunas preguntas referentes a mí.

—Sí abuela, pero no es importante, ya te lo explicaré cuando nos veamos.

—¿Y no me puedes adelantar nada?

—Pues verás, se trata de algo relacionado con tu adopción, pero

de verdad que no es importante —le reiteró intentando tranquilizarla—. Aunque, solo dime una cosa, ¿tienes algún tipo de documentación sobre eso?

—Sí, pero poca cosa. Guardo algo que mi madre me dio poco antes de morir.

—¿Y qué es?

—Una cajita que ella guardaba y que contiene tres o cuatro cosas.

—Está bien abuela, ya me la enseñarás cuando vuelva.

Se despidieron.

A continuación, llamó a su padre. Después de hablar de lo habitual y de informarle sobre su vuelta, se despidieron. Por último, llamó a Juan Carlos. En escasos segundos, la boda fue el principal y único tema del que hablaron. Él le informó de cómo avanzaban los preparativos, del tiempo que su madre estaba invirtiendo en ellos porque ella no estaba y de su demora en regresar. Ni una sola pregunta relacionada con su libro, el tema por el que ella había hecho aquel viaje. Cuando cortaron la comunicación, no pudo contener la rabia y tiró el teléfono sobre la cama. La conversación le había puesto de mal talante, se sentía enojada con ella misma y reconocerlo, la enfurecía aún más. Cogió la cerveza que el camarero había dejado encima de la mesita, se llevó la botella a la boca y comenzó a dar pasos rápidos por la habitación. Al terminar, le pareció que comenzaba a calmarse, volvió a coger el teléfono y se puso con el tema del billete de avión, hasta que finalmente encontró vuelo para el día que ella quería.

Ya resueltos casi todos los asuntos que se había planteado, se sentó ante el ordenador, abrió el documento en el que había escrito esa mañana y comenzó a repasarlo a la vez que le daba bocados al sándwich.

Cuando terminó, llamó a Alejandro.

◆◆◆

Hacía una tarde estupenda y el sol aún brillaba sobre un cielo despejado, mientras Elena y Alejandro, se dirigían al lugar que él le había propuesto llevarla. Después de traspasar la puerta de acceso, comenzaron a adentrarse en un parque. Era diferente a otros que ella había visitado, aunque sí tenía algunas referencias sobre él.

—Parece una isla exótica situada fuera del mar —dijo ella.

—Es un jardín de estilo y diseño japonés —indicó Alejandro.

A medida que transitaban por puentes sobre riachuelos y serpenteantes senderos, custodiados por millares de variedades de flores en todos los colores, Elena se fue interesando por las cosas que veían. También le preguntaba por otras que estaban fuera del alcance de la vista: el origen de la construcción, el arquitecto que lo había diseñado, la extensión que ocupaba. Poco a poco, ambos se fueron integrando entre la gran cantidad de gente que visitaba el parque y contagiándose del ambiente festivo que allí se vivía.

Después de casi dos horas de un agradable paseo, se sentaron en el césped para descansar un momento y tomarse unos refrescos. Hablaron de distintas cosas, aunque eso sí, pasando de puntillas sobre cualquier cuestión que les concerniera directamente a ellos. Al fin, cuando el gentío ya había comenzado a dispersarse y el sol dejó de calentar la hierba, a Elena le sobrevino un escalofrío que le hizo frotarse los brazos con ambas manos.

—Creo que será mejor que nos marchemos —dijo Alejandro.

Sin esperar respuesta, se puso de pie y le tendió las manos para ayudarla a que se levantara. Acto seguido, comenzaron a andar hacia la salida del parque, él le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí, intentando transmitirle algo de calor. Caminaron en silencio durante varios minutos. Elena especulaba sobre lo que Alejandro estaría pensando en ese momento. Cuando aceleraron el paso y la tomó de la mano para cruzar la calle, su cabeza abandonó las especulaciones y se dejó llevar.

—¿Qué te apetece que hagamos ahora? —le preguntó él.

—No sé. Pero seguro que tú tienes alguna idea. ¿Me equivoco?

—Pues no, no te equivocas. Y si tú no tienes otra alternativa mejor, me gustaría llevarte a un sitio que es muy especial para mí.

—Estamos en tu terreno y, además, soy bastante curiosa —respondió ella mostrando más entusiasmo del que habría deseado.

—Entonces no se hable más —concluyó él deteniéndose en seco para cambiar de dirección.

Ya en el coche Elena le preguntó:

—No me vas a decir a dónde vamos. ¿Verdad?

—No, lo sabrás muy pronto.

En unos veinte minutos comenzaron a transitar por un sector de la ciudad diferenciado del resto. Por la arquitectura de los edificios y la luminosidad con la que las tiendas de lujo alumbraban los escaparates, se podía apreciar claramente, que los residentes de esa zona eran de un poder adquisitivo muy elevado.

—Hemos llegado —le informó mientras encaraba el coche hacia la entrada de un aparcamiento y abría la puerta metálica con el mando a distancia.

Tras estacionar el vehículo, se dirigieron al ascensor y cuando estuvieron dentro, él pulsó el botón del décimo piso. Si durante el trayecto apenas intercambiaron algunas palabras, el mutismo se instaló entre ellos mientras el ascensor se elevaba y se detenía en el último piso. Alejandro sacó la llave y la introdujo en la cerradura de la única puerta que había en esa planta.

—Adelante —indicó a la vez que le franqueaba la entrada.

Tras cerrar la puerta, la hizo pasar por la gran puerta acristalada que comunicaba con la siguiente estancia. Era un salón grandioso, pensó Elena. La exquisita decoración y el mobiliario de lujo, estaban distribuidos con sumo cuidado y refinamiento.

—Siéntate —le pidió él mostrándole el sofá de piel negro—. Luego te enseñaré el resto del piso.

Elena no se movió del sitio.

—¿A quién pertenece esta vivienda? Y, ¿por qué me has traído aquí? —le pregunto bastante escéptica.

—Me apetecía enseñártela. Ahora te explico todo lo demás —respondió, dedicándole una sonrisa tranquilizadora—. ¿Te apetece tomar algo?

—No gracias —se limitó a contestar con el recelo dibujado en el semblante.

—Está bien. Pero ven, siéntate —le rogó después de que él lo hiciera.

Elena se acercó y se sentó en el otro extremo del sofá.

Permanecieron en silencio unos instantes y al momento, Alejandro comenzó a hablar.

—Este piso lo recibió mi abuelo como herencia. Sus padres cedieron a cada uno de los dos hijos que tenían, algo perteneciente a su patrimonio. Esta vivienda fue la que recibió mi abuelo cuando aún era muy joven y años más tarde, se lo regaló a mi padre cuando se casó con mi madre. Aquí nací yo, y aquí pasé buena parte de mi niñez —Alejandro se quedó callado unos instantes. Luego, con la nostalgia reflejada en el rostro, continuó—. Aunque solo fue hasta que mis padres fallecieron. Como ya te he contado, el accidente ocurrió cuando yo estaba en plena adolescencia.

—¿Y nadie ha vivido aquí desde entonces?

—Sí. Estuvimos viviendo mi esposa y yo cuando nos casamos. Pero como ya sabes, mi matrimonio duró poco. Cuando nos separamos, ella ya tenía otro sitio donde vivir, otra cama en la que meterse. La verdad es que Lucrecia dejó poca huella en esta casa, nunca la sintió suya. Ahora solo vengo cuando mis recuerdos me piden volver a mi niñez. Aquí experimento el sosiego que sentía cuando era un niño y creía que entre estas paredes nada malo me podía pasar.

Mientras hablaba mantenía sus ojos puestos en la pared que tenía enfrente, pero la expresión de su rostro indicaba que su mirada se había perdido en recuerdos de tiempos pasados, unos más recientes y otros, mucho más lejanos y dolorosos.

Elena había seguido sus palabras con gran interés, sin apartar la vista de su rostro ya había dejado atrás los recelos que la invadieron cuando él la hizo entrar en aquel piso. También la tensión fue desapareciendo de sus músculos hasta que, finalmente, su espalda terminó apoyada sobre el respaldo del sofá.

—Ahora sí que necesito tomar algo. ¿Qué te apetece? —le preguntó él a la vez que se ponía en pie.

—Agua —le respondió indiferente.

Alejandro se perdió tras la puerta que debía comunicar con la cocina y ella centró su atención en lo que había en aquel salón. Observó los cuadros que colgaban de las paredes, seguro que pintados por el pintor Pereira: los ventanales con el cristal grabado

en los bordes, las puertas de madera noble talladas… Pero lo que más llamó su atención, fue la gran chimenea. Era robusta, de mármol verde jaspeado; el frontal estaba tallado en relieve, con unos lazos simétricos a lo largo de toda la repisa y encima, un reloj de bronce de época victoriana. El hueco lo tapaba un escudo en forja tallada que, sin duda, debía ser el heráldico familiar.

Alejandro le interrumpió la inspección cuando entró y se plantó delante de ella llevando dos copas en una mano y el vaso de agua en la otra.

—Te traigo agua y una copa de brandy por si te apetece después —dijo ofreciéndole el agua.

Ella cogió el vaso y se bebió el contenido sin detenerse a respirar, él dejó una de las copas encima de la mesa y con la otra en la mano se sentó a su lado.

—Parece que tenías sed.

—Más bien sentía la boca reseca.

—Cuando llegamos estabas bastante tensa. No te he traído aquí con la intención que, tal vez tú, has imaginado. Mi deseo era que conocieras esta casa, sin más.

Elena no dijo nada, solo giró la cabeza y lo miró a los ojos, entonces sus labios se agrandaron en una sonrisa, un gesto que invitaba a abrir el camino del acercamiento. Ya no podía negarse que ese hombre extraordinario le resultaba tan interesante que eclipsaba a todos los que había conocido. A pesar de que las aventuras momentáneas nunca le habían interesado, en ese momento, no estaba segura de dónde acabaría por llevarle la atracción que sentía por Alejandro.

Ambos permanecieron callados durante unos minutos, luego él buscó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Cuando por fin, Elena logró abandonar el control de sus pensamientos y desistió de inquietarse por la tierra movediza en la que estaba a punto de meterse, dejó de poner zancadillas a sus sentimientos. Fue entonces cuando la situación comenzó a tomar el rumbo que, en realidad, llevaba tiempo deseando. Junto con los gestos de aproximación, llegaron las palabras silenciosas, las miradas insinuantes, las caricias. Alejandro la recostó en el sofá y comenzó a besarla adentrándose en las profundidades de su boca. Media hora más tarde la tomó de la mano y la condujo al dormitorio, muy

lentamente la fue desnudando hasta quitarle la última prenda, entonces la tomó casi en volandas y la dejó sobre la cama. Ella observó la premura con la que él se quitó la ropa y se estiró a su lado. Sintió sus manos acariciándole hasta el más recóndito centímetro de su cuerpo, allí donde nadie había conseguido llegar. Y se entregó sin resistencia, al delirio, a la pasión, sin pudor, sin formalismos, con una fogosidad desquiciante que la hacía temblar de pavor y la inducía a sacar sus impulsos más primitivos.

◆◆◆

Habían perdido la noción del tiempo. Sus cuerpos continuaban muy juntos y el ritmo de sus respiraciones ya se había apaciguado, cuando el sonido del teléfono los sobresaltó. Elena sabía que el suyo continuaba en silencio, así que no se movió de la cama. Alejandro se levantó, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó el móvil y atendió la llamada.

—Hola señora Regina. ¿Ocurre algo? —preguntó con preocupación—. Ahora mismo voy para allá —dijo tras escuchar lo que la mujer le dijera.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella cuando él cortó la llamada.

—Es mi abuelo, parece que ha tenido una de sus crisis. He de marcharme.

—Claro, claro. Pero ¿es grave? —le preguntó con verdadera preocupación.

—Aún no lo sé. El médico está en camino.

—¿Podría acompañarte? —le preguntó ya en el aparcamiento.

Había hecho la pregunta con reserva, dudando, si su presencia sería acertada en un momento como aquel.

—¿Estás segura de que deseas venir?

—Me inquietaría más permanecer a la espera de que me dieras información. Pero si tú lo crees inoportuno…

No necesitaron decir nada más. Cuando entraron en casa del señor Pereira, la asistenta salió a su encuentro.

—El doctor y la enfermera están con el señor.

—Esperaré aquí —dijo Elena.

Alejandro comenzó a subir los escalones de dos en dos y la asistenta se marchó. Ella dio unos pasos hasta el sofá y se sentó. Cuando se quedó sola, esperando a que Alejandro apareciera para informarla, su cabeza empezó a hacer divagaciones, algo que solía confundir sus ideas más que esclarecerlas. Se preguntó qué pintaba ella en aquella casa, por qué había querido estar allí y por qué estaba tan preocupada por aquel anciano, al fin y al cabo, en cuatro días se marcharía a su país y, tal vez, no volvería a saber nada del pintor ni de su nieto. Pero al dirigir sus pensamientos hasta el nieto, lo supo con más claridad. No solo era el afecto que le había inspirado el anciano a lo largo de las horas que pasaban juntos, había algo más, y más importante; la verdadera preocupación que descubrió en los ojos de Alejandro. Esa mirada de inquietud la había conmovido mucho más de lo que jamás se habría imaginado. Así que no tuvo qué ahondar demasiado en su interior, para estar segura de los sentimientos que le despertaba Alejandro. El hombre con quien, esa misma tarde, había compartido momentos íntimos e intensos, pero que, según se decía a sí misma, pasaría a significar una simple aventura que solo se sostendría el tiempo que durara su estancia en Buenos Aires.

Veinte minutos más tarde, lo vio que bajaba las escaleras acompañado del médico. Se levantó y fue a su encuentro.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

—Ahora está más tranquilo —respondió Alejandro.

Los dos hombres fueron hasta la puerta de salida, intercambiaron unas palabras y se despidieron.

—¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntarle cuando se acercó a ella.

—Ha sido otra de sus crisis, pero en esta ocasión parece que le ha cogido fuerte. El doctor le ha aconsejado que esté tranquilo y que permanezca en cama unos días. Aunque no sé, porque mi abuelo hace poco caso al consejo de los médicos.

—¿Puedo subir a verlo, aunque solo sea unos minutos?

—No veo por qué no. Ahora se encuentra relativamente bien.

Instantes después entraron en el dormitorio. Encontraron al

enfermo recostado sobre la cama ligeramente incorporada y respirando a través de la mascarilla de oxígeno. Elena fue hasta el filo de la cama.

—Estábamos juntos cuando llamó la señora Regina —aclaró Alejandro al observar la sorpresa en el rostro de su abuelo al ver a Elena.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó ella casi en un susurro, mientras dejaba caer una de sus manos sobre el brazo que asomaba por encima de la inmaculada colcha.

El anciano no respondió. Inclinó la cabeza hacia el hombro y torció sus labios. Un gesto de impotencia y resignación que manifestaba el sufrimiento acumulado durante tanto tiempo.

Poco más de cinco minutos permanecieron en la habitación. El nieto le dijo que volvería en unos minutos, Elena le deseo que descansara y se marcharon.

—Te acompañaré al hotel —dijo Alejando cuando cruzaron la puerta.

—No es necesario, puedo tomar un .

Él no respondió. La cogió por una mano y la condujo hasta el vehículo.

Lo que hablaron en el trayecto, estuvo enfocado al estado del enfermo. Él respondía a las preguntas que ella le formulaba: qué clase de enfermedad le aquejaba, desde cuándo la padecía, las perspectivas que tenía, *etc*. Nada sobre lo que había ocurrido esa tarde entre ellos.

—Creo que, de momento, no se encontrará lo suficiente bien como para que pueda seguir con la historia que te está contando —apuntó Alejandro cuando detuvo el automóvil delante del hotel.

—Claro, ya lo supongo —respondió ella sin moverse del asiento.

—Mañana he de resolver varios temas en la galería, ¿te apetece acompañarme?

—¿Estás seguro? ¿No seré una molestia para ti si has de trabajar?

—¿Por qué habrías de serlo? Te pasaré a recoger a la diez de la

mañana.

—De acuerdo, hasta mañana entonces.

Cuando Elena estiró el brazo para abrir la puerta, Alejandro alargó la mano y tiró de su brazo, la acercó hacia sí, le cogió la cara entre sus manos y la besó en los labios. No fue un beso que transmitiera pasión o deseo, pero sí agradecimiento y cariño.

◆◆◆

Al día siguiente a la hora acordada, Alejandro esperaba a Elena en la puerta del hotel. Nada más verlo, ella se interesó por la salud del anciano. Él le explicó que se encontraba mejor, y que le había preguntado si esa mañana ella no se reuniría con él.

—Creo que, al saber que en tres días me marcho, temerá no poder terminar de narrarme su historia.

—Sí, claro que debe ser eso. Pero ya te digo que es un cabezota.

Continuaron hablando del anciano en el trayecto hasta la galería.

—Espero que la reunión con el director no se alargue demasiado. Si te apetece, puedes darte una vuelta por las salas y volver a mirar la pintura del retrato —le sugirió cuando entraron en el vestíbulo—. En unos días la tenemos que sacar de la exposición durante un tiempo. La semana que viene llega una colección de un pintor estadounidense y hay que retirar buena parte de las obras expuestas.

Tras acordar que él la llamaría cuando terminara la reunión, se separaron.

Elena se resistía a pasar en primer lugar por la sala número ocho, en la que se encontraba el retrato. Así que estuvo paseando durante un buen rato por el resto de las salas, hasta que no pudo resistir la tentación. «¿Y si Alejandro termina la reunión más pronto de lo que piensa? Entonces puede que no me quede tiempo de pasar a echarle un vistazo», pensó mientras, con paso rápido, pasaba de sala en sala hasta que llegó a la numero ocho. Cuando estuvo delante de la pintura se puso a observarla como hacía siempre que la veía. Entonces algo llamó su antelación. «¿Dónde he visto eso antes?», se preguntó agudizando los ojos e intentando recalar en su memoria. Era el fragmento de unas formas. «Esto lo he visto en algún sitio, pero… ¿dónde? ¡Ya está!», exclamó para ella. «¡Claro que lo he

visto! Cómo lo iba a reconocer y situarlo si no tenía base para unir esas referencias.» Tan sólo era un pequeño detalle que no le llevaba a solucionar sus dudas. No obstante, se alegró por la clarividencia del descubrimiento y sonrió satisfecha.

Cuando se encontró con Alejandro, no le dijo nada sobre lo que había descubierto en el cuadro. Pasaron el resto de la mañana yendo de un lugar a otro. Él le dijo que se le había complicado el tema de la exposición y que necesitaba hacer algunas gestiones más. Así que, como Elena no tenía otra cosa mejor que hacer, lo estuvo acompañando en el recorrido mientras él resolvía lo que tuviera que hacer.

No solo pasaron juntos la mañana, sino que también comieron juntos y después dieron un largo paseo, hasta que ella dijo que se sentía cansada y que le iría bien irse al hotel para descansar un rato.

—Mantenme informada del estado de tu abuelo —le pidió antes de separarse.

—Lo haré.

Ya en la habitación, se quitó los zapatos y se estiró en la cama. «No sé muy bien por qué no le he hablado a Alejandro del descubrimiento que he hecho. Claro que lo mismo, para él, es algo ya sabido. En cualquier caso, si el señor Pereira no mejora antes de que yo me vaya, no podrá terminar de contarme su historia y yo me quedaré sin conocer el desenlace. Por tanto, será mejor que deje de darle vueltas.» Pensó con los ojos puestos en la lámpara del techo, entonces subió un brazo y lo puso sobre los ojos hasta que fue quedándose adormilada.

Cuando salió del letargo se levantó y buscó el teléfono en el bolso. Tenía un par de llamadas, una de Alejandro. Entonces pulsó la tecla de devolución de llamada y esperó.

—¿Cómo se encuentra tu abuelo? —preguntó sin darle tiempo a que él hablara.

—Algo mejor. Y me ha dado un recado para ti: dice que le gustaría que vinieras mañana.

—Pero, ¿seguro que se encontrará con fuerzas?

—Él dice que sí. Ya te he dicho que es un cabezota.

—De acuerdo —respondió algo entusiasmada al pensar que al fin podría terminar la historia.

Entrecruzaron cuatro palabras más y quedaron para el día siguiente a la hora habitual.

Algo más abatido que en los días anteriores, pero con la misma voluntad, esa mañana el anciano pintor comenzó su relato. Relato que Elena fue añadiendo al que ya tenía escrito en el documento de su ordenador.

15

La fiesta de despedida de soltero que se celebraba en el cortijo El Pedralejo duró hasta altas horas de la madrugada.

Teodora y Angelina hacía rato que habían terminado con la faena más fuerte y se mantenían a la espera en la cocina por si alguno de los invitados necesitaba de sus servicios. Habían tenido un día de lo más ajetreado, por lo que, llegado esas horas, Teodora apenas podía tirar de su cuerpo. Así que se tomó un respiro y se sentó un momento, mientras la hija daba los últimos toques a la limpieza de la cocina. Cuando Anastasio entro con el capazo para recoger las cenizas, vio que a la mujer empezaba a colgarle la cabeza vencida por el sueño.

—Madre —le dijo el chico acercándose y tocándole el hombro con suavidad.

La mujer abrió los ojos sobresaltada.

—¿Por qué no se va a descansar? Se está durmiendo. Ya nos quedamos Lina y yo, por si esos borrachines quisieran engullir alguna cosa más.

—Sí madre, haga el favor de marcharse. Ya se lo he dicho varias veces, pero como si nada —aclaró la chica dirigiéndose a su hermano.

—Pues ahora sí lo hará. Yo la acompañaré.

El muchacho cogió la toquilla de su madre del gancho en el que colgaba y se la echó por encima de los hombros, la tomó por los brazos y la obligó a levantarse. La mujer ya no opuso resistencia y se dejó acompañar por su hijo.

Momentos después, Fabio se dirigía a Teodora desde la puerta de la cocina.

—Teodora, ¿haría el favor de llenar esta jarra con agua?

—Ya lo hago yo.

Angelina se acercó, le quitó la jarra de la mano, se dio media

vuelta y se acercó a donde estaban los cántaros. Fabio fue tras ella, levantó el cántaro y comenzó a verter el agua en la jarra.

—¿Estás sola verdad? —le preguntó al oído.

—Sí, mi madre se encontraba muy cansada y la hemos obligado a que se vaya a descansar. Aunque no sé por qué lo preguntas, tengo la impresión de que ya lo sabias.

—Me ha parecido verlos salir por la puerta de la cocina que da a la entrada de la casa. No obstante, he entrado llamándola para disimular, por si quedaba alguien más de tu familia.

—Mi hermano no tardará en regresar—explicó ella con voz temerosa.

—No te preocupes, estaré pendiente —le respondió para tranquilizarla—. Dime que lo del café no ha sido un accidente, que lo derramaste a conciencia como habíamos quedado.

—No, no ha sido un accidente —le aseguró ella en un susurro.

—No sabes cuánto me alegro. Te haré llegar una nota, en ella te explicaré todo lo referente al viaje, cuándo será y cómo lo has de hacer. No te arrepentirás. Ya te he dicho cuánto te quiero y lo feliz que soy cuando estoy contigo.

—¡Shhh! No hables tan alto —le ordenó alejándose de él.

—Ya me voy. De un modo u otro te haré llegar la nota, pero ya sabes que tenemos el tiempo justo. —Él estiró la mano, le alzó la barbilla y la obligó a que lo mirase—. Eres muy valiente. Y no olvides que yo estaré siempre a tu lado.

A Angelina le temblaba todo el cuerpo cuando Fabio salió de la cocina. Había tomado una decisión drástica y ya no podía, ni quería, dar marcha atrás.

La fiesta llegó a su fin ya de madrugada. Lina y su hermano continuaban en la cocina. El chico se había quedado dormido sobre la mesa en la que tenía apoyados los brazos, ella, sentada en otra silla, se mantenía en alerta permanente. Esperaba la nota de Fabio y no tenía ni idea de cómo ni cuándo se la haría llegar. Poco a poco, las voces en el comedor fueron cesando hasta que, minutos más tarde, el rumor se extinguió por completo y el comedor quedó en silencio.

Sin despertar a su hermano se levantó y asomó la cabeza por la puerta, ya no quedaba nadie. Entonces fue hasta la mesa y comenzó a recoger las secuelas que había dejado el festín. Cuando se acercó al lugar que Fabio había ocupado, algo llamó su atención, el plato que aguantaba la taza del café se inclinaba ligeramente hacia un lado. Con cautela, miró a su alrededor y al comprobar que no había nadie, lo levantó y cogió el papel doblado que había debajo. Con dedos temblorosos, se lo guardó en el bolsillo y volvió a recorrer con los ojos toda la estancia. Tras la puerta de entrada entreabierta se movía una minúscula luz, sin duda, la de un cigarrillo. Supo que allí estaba Fabio, cerciorándose de que solo ella encontrara la nota.

Con sus emociones controladas con menos cuidado, continuó yendo y viniendo del comedor a la cocina sin atreverse a sacar el papel del bolsillo por temor a que su hermano se despertara y la sorprendiera. Cuando hubo terminado y tras comprobar que seguía durmiendo, entró en la despensa y en la penumbra consiguió leer la nota. La volvió a doblar y la introdujo entre el sujetador y el pecho. Después de cerciorarse de que la tenía bien segura, se acercó a su hermano y lo despertó. Juntos salieron de la casa y se encaminaron a la chabola.

A pesar de que Angelina se sentía extenuada, estaba segura de que no lograría conciliar el sueño. No sabía qué hacer con la nota que tanto la comprometía. Debía memorizar los detalles y romperla, pero lo cierto era que necesitaba encontrar el momento para volver a leerla. Así que se quitó la ropa, excepto el sujetador, y se metió en la cama. Cuando se despertó, después de haber dormido un par de horas, su mano continuaba apretando el papel contra su pecho.

◆◆◆

Cerca del mediodía de la mañana siguiente, la comitiva de coches con el señorito José Luís y sus invitados, abandonaban el cortijo, la mayoría de ellos arrastrando una fuerte resaca.

Lo cierto era que, con esa partida, a Angelina no se le derrumbaba la ilusión. Sabía que su sueño era muy frágil, pero se aferraba a él porque era lo único que tenía, lo único que le daba fuerzas para continuar esperando el momento que tanto anhelaba; el de reunirse para siempre con el hombre que amaba, sin nada ni nadie que se interpusiera entre ellos. No pudieron despedirse a solas, pero con las miradas furtivas que entrecruzaron se dijeron todo lo que necesitaban saber.

El joven pintor y Lina sí tuvieron la oportunidad de hablar unos instantes a primera hora de esa mañana. Él había sido el primero en bajar de su habitación y, pensando en la posibilidad de encontrarla, se acercó a la cocina.

—Buenos días —saludó desde la entrada.

—Buenos días —le respondió ella dándose la vuelta sobresaltada.

—Hoy solo tomaré café para desayunar —dijo mientras repasaba el espacio con los ojos—. ¿Estás sola? —le preguntó moviendo los labios sin que le saliera la voz.

Ella movió la cabeza en señal de afirmación, a la vez que, con el dedo pulgar e índice, le mostraba un corto espacio para indicarle que alguien estaba a punto de llegar. Entonces él se acercó cauteloso.

—¿Nos veremos pronto? —le pregunto en voz baja.

—Sí. Espero no equivocarme —le dijo, mientras con la mirada le pedía que la comprendiera.

—Eso ahora no lo puedes saber. El tiempo te lo dirá. En cualquier caso, ya te he dicho que me tendrás para lo que necesites.

Sin decir nada más, Darío salió de la cocina en el momento que Teodora entraba por la otra puerta.

—¿Qué quería? —preguntó la mujer señalando con la cabeza la figura del pintor.

—Dice que solo desayunará café.

—¡Claro! con los excesos de anoche, ahora su estómago no le permite que le meta nada, pero para decir eso no hacía falta que viniera a la cocina.

—Sí, todos deben tener una buena resaca. Aunque el pintor no parecía que bebiera mucho, no se le veía tan fuera de sí.

Las dos mujeres dejaron de hablar del tema y se emplearon a fondo en preparar los almuerzos. Cada una sumida en sus propios pensamientos. La madre deseando que ese día terminara de una vez. La hija también, pero por otro motivo: necesitaba que pasara veloz ese día, el siguiente y el otro, porque sabía que esos días se

convertirían en un sinvivir para ella.

Uno tras otro fueron pasando los días. Cuando alguno de su familia le decía que estaba rara, como ausente, ella le respondía que se encontraba bien y que, tal vez, se debiera al cansancio que arrastraba. Angelina no se atrevía a mirarlos a los ojos, en especial a sus padres. Sabía el sufrimiento que les crearía con su partida y pensar en eso le encogía el corazón. No obstante, intentaba justificar su proceder pensando que su dolor, podría verse recompensado si algún día lograba sacarlos a todos del aquel cortijo.

◆◆◆

Hacía cuatro días que se habían marchado los huéspedes y El Pedralejo volvía a retomar su rutina habitual.

Esa mañana amaneció despejado, pero a medida que avanzaban las horas, las nubes fueron alzándose movidas por el viento y, sobre el mediodía, aparecieron los primeros signos de tormenta. El fuerte viento que agitaba las ramas con violencia, levantando el polvo de la tierra reseca, también trajo las primeras gotas de lluvia. En cuestión de minutos, los terrones de tierra quedaron empapados y el campo se convirtió en un cenagal de hojas y barro.

Desde el pequeño porche de cañas de la entrada, Angelina no podía dejar de observar el cielo que, a través de la cortina de agua, se veía totalmente gris oscuro.

—¡Lina, entra y cierra la puerta que el agua se va a meter hasta el fondo! —le dijo la madre, mientras se afanaba en echar leña a la candela para avivar el fuego.

—Sí, ya cierro. Estoy mirando para ver si llegan padre y los chicos —respondió en una verdad a medias.

Esperó unos minutos antes de decidirse a entrar. Constantes estremecimientos y no de frío, le recorrían el cuerpo desde los dedos de los pies hasta la cabeza. Era consciente de que aún se le complicarían más las cosas, si la lluvia no cesaba en las próximas horas.

Había leído la nota de Fabio varias veces antes de deshacerse de ella y estaba segura de haberla memorizado punto por punto, pero tenía que hacer algo más y necesitaba encontrar la forma de apartarse de su familia durante unos minutos.

—¡Madre, ya vienen! —exclamó antes de cerrar la puerta.

Cuando los hombres llegaron, se quitaron los impermeables bajo el porche y lo colgaron en unos ganchos.

—Acercaos a la lumbre para que se os sequen los pantalones y los pies, que vais a coger una pulmonía —les dijo Teodora, que ya había puesto los cuatro taburetes cerca del fuego.

Lina continuó unos segundos más sin decidirse a sentarse. Entonces resuelta, fue hasta donde estaban colgados los impermeables, cogió el de uno de sus hermanos y se lo puso.

—Ahora vuelvo. Creo que en la casa se quedó una ventana abierta.

—¡Pero chiquilla! —profirió la madre.

Lina la oyó protestar, pero no se detuvo y comenzó a correr en dirección a la casa. Entró por la puerta de la cocina y encendió el quinqué que había encima de la mesa. Estaba segura de que no había ninguna ventana abierta y no perdió el tiempo en inspeccionarlas. Se sentó a la mesa y sacó del bolsillo un papel y un lápiz; tenía que hacer algo muy importante, y lo haría en ese momento.

Queridos padres y hermanos;

Cuando leáis estas palabras yo ya estaré lejos de vosotros. Sé de sobra el dolor que voy a causar en vuestros corazones; en especial en el de usted madre y el de usted padre. No obstante, espero y deseo que algún día puedan perdonarme. No crean que no he pensado lo que voy a hacer; he pasado muchas noches en vela debatiéndome entre un sinfín de dudas. Dejarles me supone tomar la decisión más dolorosa y difícil que pueda tomar en lo que me quede de vida. Me voy siguiendo al hombre que amo; Fabio Ledesma. Aunque mi partida no solo la hago por amor, también he visto la oportunidad de un futuro diferente para todos nosotros, muy en particular para ti, Anastasio, que conozco el afán que siempre has mostrado por salir de la servidumbre a la que te ves sometido. Quisiera deciros tantas cosas que no las puedo resumir en estas cuatro letras. Por favor, intentad comprenderme y perdonar todo el daño que voy a

crear en nuestra familia. Yo os llevaré siempre en el corazón. Prometo escribiros siempre que me sea posible.

Vuestra hija y hermana que os quiere.

Angelina.

No se entretuvo a repasar lo que había escrito. Con manos temblorosas, dobló dos veces la hoja y se la guardó en el pecho, a continuación, cogió el lápiz, se lo metió en el bolsillo, sopló el quinqué y se marchó.

Aunque con algo menos de intensidad, aún continuaba lloviendo cuando se quitó el impermeable y entro en la chabola.

—He dado una vuelta por toda la casa, pero todas las ventanas estaban cerradas —explicó cuando todos se volvieron para mirarla.

—Te lo he dicho, pero tú ni me has escuchado —le reprochó la madre.

—Ya digo yo que lleva unos días muy rara...—dijo Anastasio, como si hablara con él mismo y dejando a medias lo que pensaba.

La chica ignoró el comentario, se quitó las alpargatas y las puso junto al fuego para que se secaran. Luego fue hasta su rincón, apartó la cortina que lo separaba del resto, se sentó en la cama y respiró hondo procurando tranquilizarse. Tenía muchas cosas en las que pensar y se le estaba agotando el tiempo para pensarlas.

Cuando se sintió algo más sosegada, miró a su alrededor e intentó concentrarse. Palpó a tientas con ambas manos y cuando encontró lo que buscaba se lo puso encima de las piernas. Era una bolsa de lona que le había hecho su madre para que guardara sus cosas. Dentro había un par de libretas, las primeras que había usado cuando su padre la enseñó a escribir, un pañuelo de cuello regalo de su tía por haberla cuidado, y unas medias de algodón sin estrenar que había comprado en la última visita al pueblo cuando se puso tan enferma. Lo que había en esa bolsa era todo lo que ella poseía, pero deseaba meter una cosa más y no sabía cómo hacerse con ella. Se quedó unos instantes escuchando las voces de su familia, apartó un poco la cortina y vio que todos estaban sentados junto al fuego. Tenía que arriesgarse y no encontraría mejor momento. Entonces fue hasta el apartado donde dormían sus padres y abrió una caja de madera que había a los pies de la cama, metió la mano y removió

entre las cosas que su madre guardaba. Al fin localizó lo que buscaba; era una carpeta que contenía varios papeles, los revolvió hasta que encontró lo que quería. Regresó a su aposento y. sentada en la cama, volvió a mirar lo que tenía en las manos: era una fotografía hecha unos años atrás en la que se veía a toda la familia. La idea le había surgido un par de días antes, necesitaba encontrar ese recuerdo familiar para llevarlo con ella, y lo tenía en sus manos. Por primera vez en las últimas horas, una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios, mientras sacaba una de sus libretas y guardaba la fotografía entre las hojas. Luego, tras dejar la libreta dentro de la bolsa, buscó bajo la cama unos zapatos que tenía para las ocasiones y se los puso. Al fin, fue a reunirse con los demás, procurando recubrirse con el disimulo que había aprendido a manejarse.

◆◆◆

Todo estaba en silencio. El aguacero que había estado cayendo a intervalos durante horas, hacía un buen rato que había cesado por completo. En ese momento, solo se escuchaba el rebote del viento sobre el encañado del techo del chozo.

Cuando Lina salió de la cama con sigilo, sintió bajo sus pies el frío húmedo de la tierra compactada que le provocó un pequeño respingo. Se había acostado sin desnudarse, por lo que solo tuvo que echarse por los hombros la pañoleta que había dejado doblada a un lado de la cabecera de la cama. Después de dejar la nota en la almohada, cogió la bolsa de lona y los zapatos con sumo cuidado, y de puntillas fue hasta la puerta, la abrió y salió. Ya fuera, tiró de ella con suavidad y la cerró. Ventanas, el perro que dormitaba bajo el porche, levantó la cabeza y alzó las orejas al verla, pero no hizo el más mínimo gesto para ponerse en pie. Al animal no le resultaba extraño ver a cualquier miembro de la familia salir al exterior en plena noche si necesitaba realizar sus necesidades fisiológicas. Así que, cuando la chica se puso los zapatos y le acarició la cabeza antes de alejarse, el perro volvió a meter el morro entra las patas en señal de tranquilidad.

Con pasos rápidos pero cautelosos, comenzó a andar en dirección a la casa, ya que era desde allí donde salía el camino por el que accedían los coches hasta el cortijo. Conocía a la perfección ese tramo de la vereda, por lo que podría recorrerla con los ojos cerrados. El calendario atravesaba la segunda quincena del mes de octubre y el viento frío del norte que había dejado la tormenta sacudía su cuerpo casi con violencia. Se obligó a caminar aún más

deprisa, pensando mientras se alejaba, que aquello sería lo más duro y difícil que soportaría en su vida. Nada volvería a provocarle tanto dolor y al mismo tiempo tanta exaltación.

Al dejar atrás las paredes de la casa, se encontró en medio de la oscuridad más absoluta. Caminaba tan deprisa como le permitían las piernas y el ahogo que le oprimía la garganta, No podía pensar en esquivar los hoyos del camino, por lo que tropezaba en cada paso y metía los pies en el barro hasta que los zapatos quedaron completamente sumergidos, como si la atrapara aquel fango viscoso que no deseaba volver a pisar jamás.

Las frías lágrimas le surcaban las mejillas, cuando creyó que había subido la loma y se detuvo un instante. Aunque no estaba segura de la distancia que había recorrido, calculó que debía estar a punto de descender. El leve alivio que sintió en las piernas le reveló el declive del terreno, y eso la estimuló a andar aún más deprisa. Tras dar varios pasos, volvió a detenerse e intentó escudriñar a través de la oscuridad. Pudo ver que una minúscula luz fluctuaba a escasa distancia. Sin pensar en lo peligroso del camino, corrió hacia ella tambaleándose. Fabio no podía verla, pero al escuchar el ruido de sus pasos, fue rápido a su encuentro. A Lina le trepidaba todo el cuerpo cuando él la recibió y la estrechó fuerte entre sus brazos.

—Ya estás aquí —dijo a la vez que, con una mano, atraía hacia él su cabeza y le besaba el cabello.

Envueltos por la oscuridad y el silencio, continuó abrazándola unos instantes más, pero aún estaban relativamente cerca y no podían quedarse allí mucho tiempo. Así que la cogió por la cintura y, casi en el aire, la llevó hasta el coche, abrió la puerta y la hizo entrar. Él dio la vuelta, se sentó al volante y arrancó el motor. Condujo unos quinientos metros mirándola de vez en cuando. Lina seguía tiritando y le castañeaban los dientes. Fabio detuvo el vehículo, se inclinó hacia ella y le tomó las manos, las tenía heladas como témpanos, se las frotó entre las suyas hasta que le pareció que reaccionaban. A continuación, se agachó y le sacó los zapatos, cogió el pañuelo que él llevaba al cuello y le envolvió los pies, luego se quitó la gabardina y le cubrió el cuerpo.

—¿Estás mejor? —le preguntó a la vez que le pasaba una mano por la cabeza.

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Todo está bien. Tranquilízate que yo estoy a tu lado.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—El camino es largo, así que intenta dormir un rato.

Lina no dijo nada, pero sí pudo ofrecerle una mirada de amor y agradecimiento. Aunque su aventura acabara de comenzar, le parecía un milagro haber llegado hasta allí. Con la seguridad que le transmitía la presencia de Fabio, se recostó en el asiento y cerró los ojos. Y, poco a poco, a medida que se sumía en el sueño, su barbilla fue dejando de temblar.

◆◆◆

Apuntaban las primeras luces del alba, cuando Angelina abrió los ojos y se incorporó en el asiento.

—Hola, ¿qué tal te encuentras? —le preguntó Fabio a la vez que abría los labios en una amplia sonrisa.

—Mucho mejor.

—Has dormido varias horas.

—Sí. Veo que ya ha amanecido.

Miró el campo a través de los cristales y su mente voló hasta el cortijo. Sus padres estarían levantados, por lo que, estaba segura de que ya habrían leído su nota y que, en ese momento, tendrían el alma rota en miles de pedacitos. Una ráfaga de desazón y tristeza le encogió el corazón. «No, ya no puedo dar marcha atrás, y tampoco deseo volver sobre mis pasos para deshacerlos, he llegado lo suficientemente lejos como para arrepentirme. A partir de ahora he de centrarme en mi realidad más inmediata, ya no me queda más remedio que aceptar lo que me toque vivir.» Esas reflexiones rondaban por su cabeza mientras Fabio parecía centrar toda su atención en la carretera, apartando los ojos de vez en cuando para mirarla de reojo, pero sin interferir en sus pensamientos.

Cuando los rayos de sol comenzaron a vislumbrarse detrás de las montañas, Lina centró su atención en lo que veía a través del parabrisas e intentó ahuyentar la congoja que la oprimía por dentro.

—Hará un día espléndido. Si lo deseas, dando vueltas a esa

manivela puedes abrir el cristal de la ventanilla —le indicó alargando la mano y mostrándosela.

Ella manipuló aquel artilugio y al bajar el cristal, una suave frisa de aire penetró en el interior del coche. Sacó un poco la cabeza, respiró varias veces y se quedó así unos instantes, dejando que el viento le acariciara el rostro y le revolviera el cabello. Cuando introdujo la cabeza y apoyó la espalda en el asiento, se sintió reconfortada, como si el oxígeno que había entrado en sus pulmones, también le hubiera aliviado el espíritu.

—¿Adónde vamos? —preguntó mirándolo directamente por primera vez.

—A Cádiz. Allí tomaremos un barco que sale en tres días para Argentina.

—¿Dónde está Darío? Él también tiene que viajar.

—Está en Cádiz ocupándose de algunos trámites que necesitamos para que tú puedas viajar.

—¿El señorito José Luís sabe que me voy contigo? —preguntó con voz recelosa.

—No lo creo, por lo menos yo no se lo he dicho.

Permanecieron callados durante un buen rato, mientras el vehículo continuaba consumiendo quilómetros. Luego ella volvió a preguntar.

—¿Falta mucho para que lleguemos?

—Una hora más o menos −respondió girando la cabeza para mirarla.

Lina retuvo su mirada y observó que sus ojos de color marrón oscuro, adquirían una multitud de reflejos a la luz del día y una sensación de orgullo le hinchó el pecho. «Qué guapo es», pensó.

Fabio era alto, rozando el metro noventa, de complexión fuerte. Tenía las mandíbulas y la barbilla prominente y la nariz, con una ligera curvatura, dividía unas cejas bien marcadas. El pelo castaño peinado con raya en medio, y un fino bigote enmarcaba el labio superior de una boca grande, muy acorde con sus facciones. Para la chica suponía una verdadera revelación que alguien como él se

hubiese fijado en ella.

—¿A qué hora saliste de Cádiz? —le preguntó mostrándose interesada.

—De madrugada.

—Debes estar agotado.

—Solo un poco, pero ya dormiré cuando todo esté resuelto.

—¿De quién es el coche?

—De una agencia de alquiler. Lo tengo que devolver antes de irnos.

Media hora más tarde, cuando el automóvil comenzó a transitar por la carretera que bordeaba la costa, a Angelina se le iluminaron los ojos al contemplar el mar por primera vez. Sacó la cabeza por la ventanilla y aspiró el olor a salitre, a la vez que la brisa marina le humedecía ligeramente el rostro.

—¡Es maravilloso! —exclamó emocionada—. En la distancia, el agua y la tierra se juntan, casi se llegan a confundir.

Al fin, tras dejar atrás el puerto y transitar por algunas calles próximas, Fabio detuvo el automóvil delante de la puerta de un hotel.

—Hemos llegado —le informó.

Cuando entraron fueron hasta recepción y Fabio pidió la habitación reservada a nombre de la señorita Angelina Agudo. El hombre le entregó la llave y le indicó por donde tenían que acceder, Fabio pidió también la de su habitación y después de preguntar si había alguna nota o mensaje para él, fueron hasta la escalera, subieron al primer piso y abrió la puerta número dos.

—Pasa —le dijo haciéndose a un lado para que ella entrara.

Angelina le obedeció, pero se quedó parada cerca de la puerta, él la cerró y se situó a su lado. Era una habitación bastante pequeña, con escaso mobiliario y se percibía cierto olor a humedad. Cerca de la entrada había un armario ropero. En la pared frontal, dos camas con sus respectivas mesillas y a continuación, una ventana cubierta con cortinas de cretona estampadas en varios colores, en el lado

derecho un pequeño tocador con el palanganero y una jarra grande con agua. Lina dio un vistazo a la estancia y sus ojos se detuvieron en las dos camas. El pensamiento que voló por su cabeza, fue interrumpido al tomarle él la mano para que avanzara unos pasos.

—¿Qué te parece? Este hotel es muy modesto, pero teníamos poco tiempo y es lo único que hemos podido encontrar. Mi habitación está al final del pasillo, pedí que estuviera en la misma planta para que te sintieras más segura —le dijo para aclararle los recelos que había observado en ella sobre las dos camas—. Así, si me necesitas, solo tienes que buscar la habitación número seis. Ah, y la de Darío, es la ocho.

◆◆◆

Cuando a Lina dejó de inquietarla el asunto de las dos camas, anduvo unos pasos y dejó su bolsa en el suelo, fue hasta una de las camas y se sentó en el filo. Los muelles del somier chirriaron y el colchón se hundió unos centímetros con el soporte de su peso. A pesar de la sencillez de la habitación, la chica nunca había estado en un sitio como ese, ni por supuesto había dormido en una cama como aquella. Con la mirada ausente como si aún se encontrara a cientos de quilómetros de allí, pasó las manos por la superficie de la colcha. Fabio la observaba a dos metros de distancia, pero ella no parecía percatarse de su presencia.

—En el pasillo hay dos aseos, uno es justo la puerta del lado a esta —señaló él para hacerla reaccionar.

Fue entonces cuando Lina se levantó de un salto, salió de la habitación con paso rápido, entró en el baño y se encerró en él. Tampoco había visto uno igual, pero de inmediato supo para qué servía el retrete. Su cerebro se quedó en suspensión, mientras su vejiga se aliviaba. Recordó que solo lo hizo una vez en todo el camino. Fue en un momento en que Fabio había parado el coche diciéndole que necesitaban estirar las piernas, él se alejó varios pasos y ella comenzó a caminar en dirección contraria hasta que pudo parapetarse detrás de un árbol.

—¡Lina! He de ir a mi habitación —dijo Fabio desde el otro lado de la puerta—, y de paso, comprobaré si Darío está en la suya ¿Tú estás bien?

—Sí, estoy bien.

Al oír que se alejaba, salió del baño, entró en la habitación y

empezó a dar pasos lentos por el reducido espacio. Al pasar por el tocador, se vio en el espejo y se detuvo delante. En contadas ocasiones había visto su cuerpo al completo en un espejo, y en ese momento apenas podía reconocerse. Tenía el pelo enmarañado y los mechones que se le desprendían del moño en forma de tirabuzones, caían a ambos lados de la cara. El barro se había secado en los zapatos y las gotas secas le ensuciaban las medías hasta cerca de la rodilla. También la falda tenía salpicones de barro y estaba totalmente arrugada, igual que la blusa. Observó su rostro demacrado y los ojos enrojecidos, todo su aspecto era deplorable. Sintió tanta lástima por ella misma que un sollozo incontrolado salió de su garganta y las lágrimas comenzaron a inundarle los ojos. Entonces se sentó en la silla y lloró. Lloró por un sinfín de sentimientos contradictorios que, desde hacía un tiempo, luchaban entre sí dentro de su pecho. Por primera vez experimentaba el efecto de la soledad metido hasta el fondo de su ser. Continuó llorando largo rato sin tener a nadie que la consolara, hasta que al fin logró desahogarse. Cuando poco a poco fue dejando de gimotear, solo se permitió pensar en que ansiaba estar con Fabio y si para lograrlo tenía que superar un sinfín de vicisitudes, se implicaría a fondo para aceptar lo que le viniese.

En ese momento, unos golpes sonaron en la puerta seguidos de la voz de Fabio.

—Angelina soy yo, me acompaña Darío, ¿nos permites entrar?

—Sí, ya voy —respondió ella.

Se secó los ojos con el dorso de la mano y fue a abrir. El semblante se le alegró algo al ver a Darío.

—Hola Lina —saludo él.

—Hola —respondió ella escueta, haciéndose a un lado para dejarles pasar.

—Fabio me ha contado que todo ha salido como lo teníais previsto.

Ella asintió con la cabeza y tras cerrar la puerta los tres anduvieron hasta el centro de la habitación.

—Tenemos algo para ti —le informó Fabio, señalando lo que Darío sujetaba en una mano.

—Bueno, no sé si habré acertado. Me refiero a tu gusto y a las medidas —dijo a la vez que estiraba el brazo y le entregaba el paquete.

Ella dudó unos segundos, pero al observar la impaciencia en los ojos de ellos, lo cogió. Cuando comenzó a abrirlo, dijo Fabio.

—Creo que estará mejor sola. ¿No te parece Darío?

—Sí, será lo mejor —acentuó el pintor.

Fue hasta ella, le tomó la cara entre las manos y la obligó a que lo mirara, entonces le dijo:

—Te sentirás más cómoda. ¿Verdad?

Angelina hizo un gesto ambiguo con los hombros, ellos se miraron, dieron media vuelta y se marcharon.

—Luego vuelvo —le indicó Fabio antes de cerrar tras de sí.

Cuando se quedó sola estuvo unos minutos mirando el paquete, luego lo abrió y sacó la primera prenda. Era una blusa de una tela finísima con unos pequeños bordados a la altura del pecho. La miró complacida y la dejó estirada encima de la cama. Luego sacó y desdobló una falda de color marrón y una chaqueta de paño de color crudo que también fue dejando bien puesta sobre la cama. Además, había una caja de la que sacó, un par de zapatos de medio tacón y dos pequeños envoltorios, uno contenía varias prendas de interior y dos pares de medias, y en otro, algunos productos de tocador. Lina no podía dar crédito a todo lo que había encima de la cama, ella nunca había visto ropa tan bonita. Estuvo observándola varios minutos, luego se incorporó con la intención de ponérsela, pero cambió de idea. «Antes necesito asearme», pensó. Así que se acercó a la palangana, y después de verter una buena parte del agua que había en la jarra, comenzó a quitarse la ropa.

Se sintió mejor cuando terminó de lavarse. Se había restregado la piel con tanta energía que tenía enrojecidas la cara y las manos. El pelo desenredado y humedecido, se lo había recogido en un moño bajo. Entonces se acercó a la cama y comenzó ponerse el nuevo vestuario. Cuando terminó de subirse las medias, sacó los zapatos y se los puso. Toda la ropa parecía hecha a su medida. Con lo único que no acertó Darío fue con los zapatos, que le quedaban un poco grandes, pero como eran abrochados con cordones los podría llevar sin problema. A continuación, se puso la chaqueta y se acercó al

tocador. Le costó reconocer a la joven que la miraba desde el espejo. No podía creer lo que veía. «No soy yo, la mujer que ahora está en esta habitación no es la misma chica que hace solo unas horas vivía en el cortijo», se dijo una y otra vez, y se lo repetía tantas veces, que casi llegó a creer que, además de su aspecto, también su interior había experimentado una gran transformación.

Cuando creyó que los ojos se le volverían a humedecer, fue hasta donde había dejado su ropa, la dobló despacio y la dejó encima de la silla. Reparó en la ventana, se acercó, descorrió las cortinas y miró a través de los cristales. El sol brillaba en el cielo y se reflejaba en el mar y en los barcos que flotaban en las aguas del puerto. Le pareció una visión preciosa. Absorta en la contemplación, la sorprendieron los golpes en la puerta.

Si Angelina se había quedado sorprendida al mirarse en el espejo, no fue menos la admiración que advirtió en los ojos de Darío y Fabio cuando les abrió y la vieron.

—¡Estás… estás preciosa! —dijo Fabio intentando superar su asombro.

—Es verdad —corroboró Darío—. ¿Es de tu talla?

—¡Pues claro! no ves que bien le sienta —indicó Fabio a su amigo, sin dejar de mirarla.

—Sí, es justo mi medida. Gracias Darío, no sé qué decir ni cómo darte las gracias.

—Pues… ¿Qué tal con una sonrisa?

Ella les obsequió con una mínima sonrisa de agradecimiento y ellos supieron que el estado de ánimo de Angelina comenzaba a mejorar.

—Bueno, tenemos que irnos —anunció Darío.

—¿Adónde vamos? —interrogó ella.

—Hemos de tramitar tu pasaporte —le aclaró Fabio.

No podían perder tiempo, tenían que resolver varios asuntos antes de que zarpara el barco y no les resultaría cosa fácil, ya que solo faltaban tres días. Así que de inmediato se pondrían con lo que más urgía, y lo primero sería hacerle una fotografía a Angelina.

A partir de ahí todo fue saliendo según lo previsto. Lo último a lo que se dedicaron fue a completar el vestuario de la chica. Compraron un buen surtido de prendas para que estuviese en consonancia con los dos jóvenes que la acompañaban y, sobre todo, con las señoras que viajarían en primera clase del barco.

El día de antes del embarque Lina ya tenía su pasaporte. Aunque fue una sorpresa para ella ver que, en el documento junto a su fotografía, figuraba un nombre que no era el suyo. Cuando le preguntó a Fabio el motivo, este le explicó que, para obtener el pasaporte con su nombre verdadero, necesitaba una partida de nacimiento en la que figuraran sus datos personales y como eso no era posible, tuvo que recurrir a otros métodos. Entonces le explicó que el día de la fiesta, en una conversación que pudo parecer casual, sonsacó a José Luís para que le informara sobre dónde debería dirigirse si alguna vez necesitaba de ese tipo de artimañas.

Angelina volvió a leer su nuevo nombre. A partir de ese momento respondería al nombre de María Nogales Aguado. Ni por un momento se planteó si con aquella suplantación de datos, ella podría perder su propia identidad, deseaba irse con el hombre al que amaba y, si ese requisito era necesario, lo aceptaba sin dudarlo un momento.

—Lo hemos conseguido —dijo Fabio entusiasmado.

Después de ocupar sus respectivos camarotes, los tres se encontraban en cubierta, mientras el barco abandonaba el puerto de Cádiz y comenzaba a navegar rumbo a América.

16

El anciano pintor hizo un ligero balanceo de cabeza como si se sintiera mareado, como si se hubiese trasladado muchos años atrás y se encontrase en aquel barco en medio del océano. Pero en realidad no era eso lo que le ocurría, la pura y simple realidad era que llevaba hablando más tiempo del que le permitía su maltrecha salud y su organismo le estaba avisando. Sin embargo, Elena no lo advirtió hasta que él dejó de hablar.

—No te inquietes, solo me siento algo mareado —la tranquilizó al ver su cara de preocupación−. Aunque sí necesito tomarme unos minutos, a los dos nos iría bien un descanso.

—Claro, pero ¿no le parece que ya se ha fatigado suficiente? Podemos continuar mañana si se encuentra mejor.

—¿Tienes algo importante que hacer esta tarde?

—No, la verdad es que hasta mañana por la tarde no tengo ningún compromiso.

—Entonces te propongo algo, quédate a comer en casa, así podremos continuar más tarde. —El anciano la observó a través de sus enteladas pupilas y luego dijo—: Estoy convencido de que Alejandro no tendrá ningún inconveniente en acompañarte.

—¿Está seguro que desea que continuemos hoy? Porque a mí me parece excesivo.

—Sí, estoy seguro. Mañana podría ser demasiado tarde. Ahora que la historia está concluyendo, no me gustaría que te quedaras sin conocer el final.

—Está bien, como usted diga —aceptó ella con voz resignada.

El anciano pintor pulsó el botón de un aparatito que tenía bajo la almohada e hizo sonar el timbre. En unos instantes entró la enfermera.

—Señora Regina haga el favor de avisar a mi nieto.

La enfermera volvió a salir y al instante entró Alejandro.

—¡Abuelo! ¿Qué deseas? —preguntó inquieto.

—Le he pedido a Elena que se quede a comer en casa. ¿Tienes que hacer algo que te impida acompañarla? —le preguntó aun conociendo la respuesta de antemano—. Hemos decidido continuar después de tomarnos un descanso.

—No, nada que sea urgente, estaba en mi despacho gestionando el asunto de la nueva colección de la galería, pero eso puede esperar. Aunque... ¿No te parece que será un sobresfuerzo para ti? —apuntó interrogando con los ojos también a Elena.

—Estaré bien, no os preocupéis.

El nieto no puso más objeciones y ambos se marcharon dejando al enfermo al cuidado de la enfermera.

Luego, después de que Alejandro le pidiera a la asistenta que les preparara algo para comer, salieron al jardín para estirar un poco las piernas.

—¿Cómo va el tema de la nueva exposición? —le preguntó Elena.

—Ya está casi todo dispuesto. Como la colección solo ocupará cuatro de las salas, algunas obras se han agrupado y el resto se están embalando para guardarlas.

—¿Qué vais a hacer con el retrato?

—Ese ya está guardado, al fin y al cabo, no estaba a la venta.

—Claro, lógico.

—¿Y vuestra historia cómo va?

—Pues creo que está llegando a su fin.

—¿Has podido descubrir algo de lo que te interesa?

—En realidad no. Además, he dejado de creer que tenga algo que ver conmigo. Me temo que la joven de esa pintura y yo, solo compartimos una fisonomía que me ha llevado a hacer conjeturas que no tienen ningún fundamento.

—Tal vez en el desenlace aún descubras alguna cosa.

—No sé… Aunque hoy sí me ha dicho algo interesante; la chica

del cuadro vino a Buenos Aires, eso me afianza en algo que creí descubrir el otro día cuando estuve en la galería y de nuevo volví a observar la pintura.

—¿De qué se trata?

—Del lugar donde fue pintada.

—Ah —dijo él algo decepcionado.

—¿Tú lo sabes?

—No, pero supongo que en el estudio de mi abuelo.

—Pues creo que no. Diría que fue pintado en el piso al que me llevaste el otro día.

—¿Estás segura? Yo no me he percatado de ese detalle.

—El dibujo en el que se apoya el brazo de la chica, es el mismo del relieve que decora la chimenea.

Continuaron hablando y haciendo suposiciones durante varios minutos más, hasta que la asistenta se asomó por la ventana y les dijo que tenían la comida en la mesa.

—Me gustaría que mi abuelo viera cumplido su deseo de finalizar esa historia —dijo él, mientras comían en la misma salita de la vez anterior.

—Es posible que su intención sea concluirla hoy mismo.

—Espero que así sea, porque sus días se están agotando. Con cada crisis que sufre, su escasa salud se ve mermada en gran medida —apuntó pesaroso.

—Sí, y además yo vuelvo a España en dos días, así que…

Dos horas después de que Elena dejara el dormitorio del anciano, la enfermera le trajo el recado de que podía subir cuando le fuese bien.

Con el mismo ritual de siempre, el hombre volvió a sumergirse en sus recuerdos y acto seguido comenzó a hablar.

◆◆◆

A Fabio le había costado algunas confabulaciones, además de un buen dinero, conseguir el pasaje con un camarote solo para Angelina. Cuando los dos hombres se fueron al que ellos compartían y ella se quedó sola, volvió a darle a Fabio un voto de confianza sobre la palabra que él le diera en el cortijo.

—No pasará nada entre nosotros hasta que nos casemos, si eso es lo que tú deseas.

Lina llevaba muy asidos los fundamentos en los que se anclaba la familia que habían formado sus padres: la honestidad, el respeto por los demás y por uno mismo… pero, sobre todo, los consejos de su madre: »Recuerda lo que siempre te digo; no te dejes engañar por ningún hombre que te venga con promesas de casamiento, porque después de que ha obtenido lo que quieren, se olvidan de ellas. Resérvate para el hombre que un día será tu esposo». Esas virtudes significaban para ella una divisa de presentación que no deseaba traicionar, y eso a Fabio le quedó muy claro desde el primer momento en que comenzaron sus encuentros. Hasta el momento, estaba cumpliendo su promesa, pero esa actitud de respeto que él le mostraba, aún lo hacía más deseable a los ojos de ella.

A Angelina los días de travesía se le hacían larguísimos y agobiantes. Si cuando vio por primera vez el mar quedó maravillada con su inmensidad, después de unos días, comenzó a sentirse encerrada en aquel armazón flotante. Buena parte del día lo pasaban los tres juntos, no obstante, cuando el pintor salía a cubierta con sus pinceles y Fabio se iba a hacer las partidas de cartas con el grupo al que se había sumado, ella pasaba varias horas a solas.

Los peores momentos eran cuando el barco comenzaba a moverse por el fuerte oleaje y la cabeza y el estómago se le ponían del revés, no deseaba que Fabio ni Darío la viesen en el horrible estado que la dejaba el vértigo. Se encerraba en el camarote sin permitirles la entrada a ninguno. Después, cuando le pasaba el mareo y se sentía con más presencia de ánimo, se levantaba de la cama, se acercaba a la ventana y dejaba pasar el tiempo mirando a través del cristal, observando cómo las aguas cercanas hacían fluctuar el barco, y en la distancia, ese mismo mar parecía sereno e inofensivo.

Las noches también eran sumamente tristes para Angelina. A pesar de ver cumplido su deseo de tener un espacio exclusivo para ella, como siempre había soñado, cuando se metía en la cama y se dejaba mecer por el vaivén de las olas, era cuando más se acordaba

de su familia. Los echaba tanto de menos. En la oscuridad podía escuchar claramente a sus padres en la cama, hablando en susurros como tantas veces los había oído. Pero desde que ella se marchó, ya no sería lo mismo, su madre hablaría entre sollozos sobre el pecho de su marido haciéndose un sinfín de preguntas. ¿Por qué su hija había llegado a hacer tal cosa por muy enamorada que estuviera? ¿Cómo ella no había sabido descubrir lo que había detrás de su cambio de actitud en los últimos días? Y, sobre todo, se preguntaría, ¿por qué su Lina no había confiado en ella? Entonces Casiano, acariciando el cabello de su esposa y con su acostumbrado razonamiento, le daría unas respuestas certeras: »Porque la locura del corazón no atiende los consejos de la cabeza, porque nuestra Lina hace tiempo que dejó de ser una niña y porque, de sobra ella sabía, lo que opinaríamos de su decisión».

Al día siguiente su madre se despertaría, si es que había conseguido conciliar el sueño, haciéndose preguntas de la misma índole y, con la aflicción anclada en el epicentro de su corazón, se enfrentaría a sus tareas cotidianas. No le quedaba más remedio que seguir adelante.

◆◆◆

A lo largo de los días que Lina llevaba en el barco, aprendió a moverse por los distintos espacios con total soltura e independencia. Así pudo descubrir otra zona muy diferente a la de primera clase. Una de ellas era la planta primera. En ella viajaba agrupada la gente más humilde, la que emigraba buscando un futuro que mejorara sus vidas. Aunque el aspecto de Lina desentonaba de forma considerable con el de aquellas personas, cuando se movía por esa planta y por cubierta, se sentía una más y casi igual de desamparada que ellos. También ella abandonaba a su familia y su país, con la esperanza de encontrar un mundo mejor en el que cobijarse. Y es que sabía que, si quería conseguir, aunque solo fuese una pequeña parte de ese paraíso soñado, necesitaría armarse de un cargamento de fortaleza, perseverancia y confianza en sí misma, que le ayudara a superar todas las dificultades.

A última hora de la tarde, cuando faltaban dos días para llegar a Buenos Aires, Lina se encontraba apoyada en la baranda de la terraza con los ojos puestos en el ir y venir de las olas. Observaba el horizonte aborregado de nubes que presagiaban tormenta y la celeridad con que eran desplazadas hacía arriba, empujadas por el viento que había comenzado a levantarse. En pocos minutos, el cielo y el océano quedaron cubiertos por un manto de nubarrones

negros.

—¡Ah, estás aquí! —exclamó Fabio cuando la vio.

—Sí, ya sabes que me gusta pasar el rato contemplando el mar.

—Parece que se desatará una buena tormenta, así que será mejor que hoy vayamos a cenar un poco más temprano.

—¿Darío ya lo sabe?

—Sí, ya se ha ido al comedor.

Cuando se sentaron en la mesa, el vaivén y la inestabilidad ya se hacía notar de forma considerable. El viento comenzó a azotar el mar, levantando furiosas olas que chocaban contra el barco cada vez con más violencia. A medida que transcurrían los minutos, el color de la cara de Darío pasaba del rosado al blanquecino, sin conseguir que la comida pasara por su garganta.

—No puedo continuar aquí. Me voy al camarote —dijo a la vez que se levantaba de la mesa tambaleándose—. Este vaivén me está trastocando todo el cuerpo.

Le deseó buenas noches a Lina y se marchó.

—¿Tú no estás mareada? —le preguntó Fabio cuando se quedaron solos.

—La verdad es que no. Tal vez mi cabeza está acostumbrándose al movimiento después de tantos días —respondió a la vez que le sonreía complacida.

—Pues entonces, si la tormenta nos lo permite, vamos a disfrutar de la cena de hoy ya que la travesía está llegando a su fin.

Después de que la tormenta se hubo alejado, el mar poco a poco se había ido calmando y el barco ya navegaba como desplazado tan solo por una suave brisa, la cabeza de Angelina seguía fluctuando a medida que Fabio rellenaba las copas.

Continuaron charlando como lo haría cualquier pareja de enamorados, hasta que, lentamente, las miradas fueron abriendo la puerta de los deseos, a la vez que ella se dejaba seducir por el efecto que el alcohol producía en su cabeza. Una sensación que se revelaba por primera vez y que lo manifestaba con total evidencia.

—Esta noche se te ve feliz —le dijo él. Estiró el brazo, puso su mano sobre la de ella y le dedicó una mirada profunda, cautivadora —. ¿Te he dicho que estás preciosa?

Lina no respondió, solo esbozó una amplia sonrisa a modo de respuesta.

◆◆◆

Cuando la última aura diurna quedó sepultada bajo la profundidad del océano, dieron por concluida la sobremesa. Ya en la puerta del camarote él la tomó por los hombros, la atrajo hacia sí y puso sus labios sobre los de ella. El beso comenzó dulce y suave. Luego la pasión fue intensificándose y el deseo se impuso de un modo apremiante, hasta que ambos se perdieron en una madeja de sensualidad de la que ya no podían salir. Angelina experimentaba deseo y temor con la misma intensidad. Y cuando su voz interna le advirtió que terminaría condenándose si seguía por ese camino, era demasiado tarde, ya no deseaba hacer marcha atrás. Entonces se dejó llevar; tiempo tendría de redimir sus pecados.

Al entrar, Fabio cerró la puerta, la tomó por la cintura y la llevó hasta la cama; puso una de sus rodillas en el filo y la dejó caer con delicadeza, luego le desató los zapatos y se los sacó. A continuación, la fue despojando de su ropa lentamente, dio un paso hacia atrás y durante unos instantes, observó su cuerpo iluminado solo por la luz azulada de la luna, la única que iluminaba el camarote. Venciendo la vergüenza de la desnudez, Lina se dejó observar durante unos instantes hasta que él se acercó, se recostó a su lado y con sus manos comenzó a recorrer su cara, su cabello y su piel centímetro a centímetro. Después, sin dejar de acariciarla se estiró a su lado, la atrajo hacia sí y la besó con ardor. Angelina notó que se sumía en un espejismo anhelante e incontrolado, haciéndola sucumbir al delirio de una pasión que jamás habría podido imaginar. Se entregó a él y pronunció su nombre, percibió en su interior el dolor de su primera vez, pero el amor y el deseo que sentía lo hizo aún más placentero. Y mientras la noche los envolvía y se dejaban mecer por el dócil vaivén del océano, exploraron y se adentraron en el primitivo juego de dos jóvenes enamorados, consumando la proposición que, en silencio, se habían hecho durante la cena. Hicieron el amor con una mezcla de dulzura y furia que a ella la hacía enloquecer, transportándola a unos confines totalmente desconocidos. Cuando al fin alcanzaron la cúspide y él, jadeante y sudoroso, se abrazó a su cuerpo, dos lágrimas de felicidad rodaron por las mejillas de Lina, lágrimas que él no vio, ni tampoco escuchó

su voz, porque no salieron fuera de sus labios; «siempre te querré», dijo. Si alguna vez había recelado de los sentimientos de Fabio, en ese momento, las dudas quedaron desterradas en lo más oculto de su alma.

◆◆◆

—Dos días después, tras la larga travesía, al fin llegamos a Buenos Aires —señaló el anciano pintor a la vez que giraba la cabeza para mirar a Elena.

En un primer momento ella no reparó en su movimiento, absorta como estaba en el teclado. Aunque de inmediato le llamó la atención que, por primera vez, el señor Pereira había pronunciado las últimas palabras haciéndose partícipe activo de la historia. Su tono de voz fue más firme y preciso, como si hubiese estado haciendo un largo recorrido y por fin, estuviera de vuelta en casa. En parte era cierto porque, aunque el viaje lo había realizado varias décadas atrás, en los últimos días lo estaba reviviendo con gran intensidad a través de sus recuerdos.

El anciano cogió el vaso y bebió dos sorbos de agua. Elena aguardó silenciosa a que continuara hablando.

—Como te expliqué al principio, la mayor parte de las situaciones que te he contado yo no las viví directamente, pero sé a ciencia cierta que se ajustan a la realidad casi con total precisión.

—Eso me ha quedó claro —dijo ella. Luego le preguntó—: ¿Desea continuar ahora?

—Sí, aunque tal vez me vendría bien cambiar de posición. Se supone que esta cama es bastante cómoda, el problema es que mis huesos están extremadamente resentidos.

—Claro, claro, ¿desea que le ayude?

—No gracias, lo hará la señora Regina —le respondió el enfermo, a la vez que se ajustaba los tubitos de oxígeno a los orificios de la nariz—. Tú aprovecha y sal a estirar las piernas.

—Muy bien, vuelvo en unos minutos.

Elena se levantó y salió del dormitorio. En el pasillo se encontró con la enfermera que abría la puerta contigua a la del enfermo.

—¿Se encuentra bien el señor Pereira? —le pregunto con voz preocupada.

—Sí, es solo que necesita su ayuda.

La mujer la miró un tanto escéptica y sin decir nada más entró en el dormitorio. Después de ir al baño, Elena se quedó unos instantes en la puerta, indecisa. No tenía muy claro cuánto tiempo necesitaría la enfermera para acomodar al enfermo, así que decidió esperar unos minutos. Al bajar las escaleras encontró a la asistenta en medio del salón con la chaqueta puesta y el bolso en la mano.

—¿Ya se marcha? —le preguntó la mujer.

—No, la señora Regina, está atendiendo al señor Pereira y he aprovechado para bajar a tomar un poco de agua.

—Ahora se la traigo —dijo solícita la mujer, mientras dejaba el bolso en la silla.

—No hace falta que se moleste, puedo hacerlo yo.

—Está bien, ya sabe dónde está la cocina. El señor Alejandro me ha dicho que ha tenido que salir y me ha dado esta nota para que se la entregue —le informó la mujer, a la vez que le entregaba el papel doblado un par de veces—. Se la iba a dejar en un sitio bien visible para que usted pudiera verla.

—Muchas gracias.

Cuando se despidieron y la mujer se hubo marchado, ella leyó:

Si cuando hayáis terminado yo no he vuelto, por favor, espérame, intentaré no tardar demasiado.

Alejandro.

Elena volvió a doblar el papel y se encaminó a la cocina. Buscó en la vitrina un vaso, lo llenó de la jarra que había encima de la mesa y se lo bebió sin descansar. A continuación, volvió a llenarlo con la intención de subírselo a la habitación. Al pasar por la puerta de la salita donde había comido, se detuvo, la empujó y entró; todo estaba en perfecto orden. Caminó unos pasos y, tras dudarlo unos segundos, se sentó en el silloncito y recorrió el entorno con los ojos. Recordó el primer día cuando, tras la comida, tuvieron que esperar a que cesara la lluvia. Se vio mirando a través de la ventana,

mientras Alejandro le pasaba un brazo por los hombros, la atraía hacia él y ella se dejaba abrazar deseando que aquel aguacero no cesara en horas. Ese había sido el primer paso para que, dos días más tarde, terminaran haciendo el amor con la pasión de dos locos enamorados.

«¿Y qué debo hacer ahora? Esto no puede ser amor, ese es un sentimiento tan importante que no se deposita en una persona sin apenas conocerla. Además, estoy comprometida y cuando vuelva a España seguro que todo esto desaparecerá y solo quedará el recuerdo que deja una efímera aventura.»

En esos pensamientos estaba sumergida cuando, desde la puerta, la voz de Alejandro le provocó un ligero sobresalto.

—¿Qué haces aquí?

—Tu abuelo necesitaba algunos cuidados. Yo he aprovechado para bajar a beber un poco de agua y al pasar por la puerta de esta habitación, me ha apetecido entrar para relajarme un momento —le respondió sintiéndose pillada infraganti.

—No tienes que justificarte. Aunque tu rostro tiene una expresión… como si te abrumaran los pensamientos en los que estabas enredada.

Ella se levantó y fue hacia la puerta si decir nada. Cuando pasó a su lado él la tomó por un brazo y la retuvo.

—¿Sabes qué pienso? Que no debería preocuparte tanto, lo que tenga que ser, será —le dijo al oído como si hubiese adivinado sus pensamientos—. Solo que, deberíamos hacerle caso a nuestro corazón, porque aquello que no supimos o no quisimos admitir, puede ser el origen de nuestro arrepentimiento durante toda la vida.

Alejandro se mantuvo pegado, ambos rostros estaban casi rozándose, hasta que ella se apartó despacio y se marchó.

◆◆◆

—¿Puedo pasar? —preguntó Elena tras dar dos tímidos golpes a la puerta de la habitación del señor Pereira.

—Sí, adelante —respondió la señora Regina.

Cuando entró en el dormitorio, la enfermera estaba subiendo la

parte de la cabeza de la cama, hasta que el enfermo le indicó la posición en que se encontraba más cómodo. Después de hacer una inspección por el entorno y aconsejarle que no se fatigara, la mujer se marchó.

—He pedido a Regina que acercara la mesa y la silla un poco más hacia aquí, de ese modo le será más fácil oírme.

—Está perfecto, incluso tengo mejor luz —reconoció ella.

Aunque sus pensamientos giraban en torno a las últimas palabras que le había dicho Alejandro, cuando se sentó ante el portátil se propuso alejarlas de su mente, sacarlas fuera de aquella habitación y centrarse en lo que iba a escuchar.

—Cuando lo desee puede comenzar.

17

Al apuntar el día, cuando los pasajeros del barco comenzaban a despertase, desde las terrazas superiores ya se podían divisar los edificios más altos de la ciudad de Buenos Aires.

A la hora que habían acordado, Fabio fue a buscar a Angelina para ir a desayunar. Después de reunirse con Darío en el restaurante y tomar algo rápido, salieron a la terraza. Estuvieron observando la ciudad a medida que el barco se adentraba en las aguas del puerto, hasta que minutos más tarde inició las maniobras de atraque.

Habían dejado los equipajes dispuestos la noche anterior para que los mozos se ocupasen de ellos, así que, mientras la cubierta atestada de emigrantes esperaba recibir la orden de desembarco, los pasajeros de las plantas superiores fueron abandonando el barco cómodamente. Ese hecho no pasó inadvertido para Lina, ya que, cuando ellos estaban subiendo al automóvil de alquiler, volvió la cabeza y pudo ver cómo, los más desafortunados, comenzaban a bajar las escaleras portando sus reducidos equipajes.

—Yo puedo tomar otro automóvil, no veo necesario que os acompañe hasta el hotel −apuntó Darío.

—No hombre, tú te vienes con nosotros. Dejaremos a Lina instalada y luego nos iremos a casa. Después de un viaje tan largo, los tres necesitaremos un buen descanso —objetó Fabio.

En el puerto no había nadie esperándoles. Fabio se lo había comentado cuando Darío le dijo:

—Ahora que tenemos fecha de embarque, tendríamos que informar a la familia para que sepan el día que llegaremos.

—Te pediría que no lo hicieses —le rogó después de pensarlo unos segundos—. Si alguien ve que nos acompaña una joven, querrán saber de quién se trata y, de momento, no me conviene que nadie se entere.

Cuando el automóvil se detuvo delante de la puerta del hotel en el que Fabio le había indicado al chofer para que los llevase y, después de pedirle que aguardara unos minutos, cogieron el

equipaje y entraron.

—Por favor, una habitación para la señorita —pidió Fabio al recepcionista.

El hombre tomó nota, le entregó la llave y le indicó por dónde tenían que subir.

—Esperaré aquí —dijo Darío.

—Está bien no tardaré —respondió Fabio.

—Ya nos veremos Lina.

—Eso espero. Adiós.

Cuando entraron en la habitación, ambos la exploraron con los ojos.

—¿Qué te parece? No está mal, ¿verdad? —dijo Fabio mientras dejaba la maleta en el suelo.

—Sí, está bien —se limitó a contestar ella.

—Ahora he de marcharme, espero poder estar aquí a la hora de la comida, si no es así, baja tú al restaurante, está en la planta baja. El tema económico estará resuelto, así que no tienes por qué preocuparte.

A continuación, se acercó, le dio un beso fugaz en los labios y se marchó. Y allí, en aquella habitación a miles de quilómetros de su tierra, con la cabeza abrumada por una larga cadena de temores e incógnitas y el corazón ceñido por el desamparo, se quedó Angelina después de que él cerrara la puerta tras de sí.

◆◆◆

Fabio ya había ideado un plan y se lo explicó a Lina cuando se encontraron una noche, poco antes de emprender el viaje.

—Vivirías en un hotel hasta que concretemos la fecha de la boda. Durante ese tiempo se lo haré saber a mi familia para que te conozcan.

Del mismo modo se lo había dicho a su amigo, pero este no lo veía tan claro; el pintor albergaba algunas dudas que le parecían bastante insalvables y se las había expuesto.

Mientras Darío aguardaba a que Fabio bajara de la habitación, no pudo por menos que pensar en Angelina. Le inquietaba el secretismo de su amigo al pedirle que no avisara de su llegada. Y, aunque después cambió de opinión sobre aquella táctica pensando que tal vez fuese lo mejor, ese fue otro punto más que incremento la desconfianza que tenía sobre la posterior relación de la pareja.

—Te recuerdo que estás comprometido —le había dicho cuando supo de la relación que había entablado con ella y que además se proponía llevarla a Buenos Aires.

—Un compromiso es una relación previa al matrimonio. Todavía estoy a tiempo de cancelar la boda.

—Ese compromiso fue idea de tus padres y a ti te pareció bien; la aceptaste porque te convenía. ¿Tú estás seguro de que no van a poner impedimentos a esa ruptura y que, además, van a aceptar a una muchacha que no esté a la altura de vuestra familia? Sinceramente, yo no lo creo.

Darío le había dicho las cosas tal como eran. De sobra sabía que Fabio dependía de sus padres, si quería seguir llevando el ritmo de vida al que estaba acostumbrado, sobre todo porque él, no se había preocupado de formarse un futuro para poder llevar su vida al margen de lo que opinaran sus padres.

—Lo que menos necesito ahora es escuchar palabras negativas, que de antemano, me estés haciendo ver todos los obstáculos a los que tendré que enfrentarme cuando lleguemos a nuestro país. Lo que de verdad deseo escucharte decir, es que todo irá bien y que puedo contar contigo —había comenzado a hablar alterado, pero al punto fue bajando el tono y al final concluyó algo más moderado—. Sé que le has cogido gran aprecio a Angelina y creo que ese sentimiento es mutuo por eso pienso que, también para ella, puedes representar un gran apoyo, que le vendrá bien contar con un amigo.

Darío sabía que Fabio tenía razón en algunas cosas, pero él seguía pensando que a la pareja se le presentaba el futuro en extremo complicado. Aun así, no volvió a hacerle ningún comentario al respecto; se limitaba a escucharle y a prometerle que le ayudaría en todo lo que estuviese en sus manos. No obstante, había una cuestión que de verdad le preocupaba, y eso sí se lo preguntó.

—¿Tú le has dicho a Lina que estás comprometido y que en breve tenéis intención de anunciar la boda?

—No, claro que no. Ya se lo diré cuando estemos allí. Si lo hiciera ahora, ella se negaría a venir conmigo. Ya te he dicho que en cuanto lleguemos resolveré ese tema —le había respondido intentando eludir el problema que se le presentaría.

Pero eso no convencía a Darío. Con frecuencia se hacía preguntas intentando dilucidar cómo tendría que actuar él. ¿Debía hablarle a Lina de sus temores, del mal presentimiento que tenía sobre su futuro? ¿Debería saber ella que Fabio estaba comprometido y a lo que se enfrentaba antes de abandonar todo lo que tenía por un sueño que no le daba ninguna seguridad? Pero, ¿quién era él para interferir en el destino de otras personas y destruir sus esperanzas? Por otra parte, ¿cómo podía estar seguro de que no sería algo bueno lo que les depararía la vida? Entonces, sin haberse decidido a hablarle de su desconfianza, por acción o por omisión, incluso con un buen porcentaje de egoísmo, llegó el día del viaje.

◆◆◆

Sus primeras horas en el hotel de Buenos Aires, Angelina las pasó organizando su ropa, inspeccionando cuál sería el mejor lugar para poner cada una de sus prendas. Cuando lo tuvo todo ordenado fue al cuarto de baño, se sentó en el váter y permaneció un buen rato observándolo todo. Luego se acercó a la bañera y abrió el grifo; el agua estaba bastante fría, pero necesitaba asearse con urgencia. Cuando se introdujo la notó aún más fría de lo que en un principio le había parecido. Comenzó a enjabonarse mientras el nivel del agua seguía subiendo. Estiró el brazo para cerrar el grifo, entonces advirtió que, justo al lado había otro mando. Lo accionó dándole unas vueltas y, al momento, el agua comenzó a salir caliente. Se quedó un momento de pie evaluando su ignorancia mientras la temperatura se equilibraba. Cuando la notó a su gusto, se sentó en el fondo para que el agua le cubriera buena parte de su cuerpo.

No reparó el tiempo que llevaba en la bañera, hasta que sintió el agua tan fría que el vello comenzó a erizársele. Fabio le había dicho que volvería a la hora de la comida así que se levantó y comenzó a secarse con premura. Cuando salió del cuarto de baño ya arreglada y habiéndose dado una última ojeada en el espejo, se sentó a esperar. Esperó un tiempo que, en principio, le pareció prudencial, hasta que los minutos comenzaron a hacérsele interminables. Y continuó esperando intentando justificar la tardanza de Fabio, pero cuando las horas de la mañana dieron paso a las de la tarde Lina supo que no vendría, y una sensación de vacío la invadió entera por dentro. Él le había dicho que si deseaba comer podía bajar al

comedor, pero en ese momento, estaba tan desmoralizada que no habría podido llevarse absolutamente nada a la boca.

La tarde fue dibujando las sombras oscuras de la noche, mientras Lina continuaba sentada con la vista fija en sus dedos que, juntos, rogaban para que Fabio llamara a la puerta, correr hacia él y refugiarse entre sus brazos. No podía evitar que un desfile de pensamientos negativos la asaltara como su única compañía. Meneó la cabeza entre las manos, intentando sacudirse los malos augurios que la estaban abrumando. «No sé por qué me apresa esta sensación que me hace vaticinar lo peor, solo se ha retrasado unas horas, seguro que tendrá una buena razón para haberlo hecho.» Pensaba buscando mil razones para justificarlo.

◆◆◆

Cuando la luz del día se extinguió por completo y la habitación quedó sumida en la penumbra, se acercó a la mesilla de noche y encendió la lamparita. Se notaba desfallecer por momentos. No había tomado nada desde primera hora de la mañana y la cabeza le comenzó a dar vueltas. Se sentó en la cama y permaneció inmóvil abrazándose a sí misma, luego se echó sobre la almohada y se acurrucó a ella. Tenía lágrimas de soledad en el alma, en el corazón, pero no afloraban a sus ojos. Hasta que, vencida por el cansancio fue quedándose dormida.

La despertó un timbre que sonaba cerca de su cabeza. Le costó una enormidad abrir los ojos, pero lo consiguió. No había apagado la luz así que pudo ver de dónde procedía el sonido. Se incorporó con rapidez y cogió el teléfono. No le dio tiempo a decir nada.

—Señorita Nogales tiene una llamada, ¿se la paso? —preguntó la voz al otro lado de la línea.

—Sí, por favor —respondió ella con el corazón en un puño.

—Lina, soy Darío.

No era la voz que necesitaba escuchar, pero la sintió tan familiar que la emoción le impidió hablar.

—Angelina, ¿me oyes?

—Sí, te oigo. Discúlpame Darío, es que estaba medio dormida.

—Claro, ya sé que es un poco tarde, pero solo te llamo para saber

cómo estás —se quedó callado unos instantes esperando que ella le respondiera, pero al no oírla continuó—. En fin, perdona. Estarás muy cansada, ya hablaremos.

—Estoy bien. Gracias Darío —le respondió al fin con un hilo de voz.

—¿Seguro que te encuentras bien? —volvió a insistir preocupado.

—Sí, creo que sí —afirmó poco convincente.

—¿Ha estado Fabio contigo?

—No.

—¡Vaya! —exclamó al comprender el motivo de su apatía— ¿Has comido?

—No, es que no tengo hambre.

—En unos minutos estoy ahí —dijo. Y sin esperar respuesta, cortó la comunicación.

Escuchar a Darío diciéndole que vendría, fue lo mejor que sonaba en los oídos de Lina en las últimas horas. Saltó de la cama algo más animada y esperó impaciente su llegada. Cuando le abrió la puerta, él llevaba una bandeja en las manos.

—El restaurante ya está cerrado, pero me han preparado algo rápido en el bar —dijo mostrándole el bocadillo y un vaso de agua que había en la bandeja.

—¿Qué hora es? —preguntó ella—. He perdido la noción del tiempo y creo que las horas se han multiplicado por miles.

—Faltan unos minutos para las doce.

—Es muy tarde, no deberías haber venido.

—No importa. Tienes que comer algo —dijo acercándole el bocadillo.

—¿Sabes qué le ha podido pasar a Fabio?

—No, no lo sé; supongo que se le habrá presentado algún compromiso ineludible —respondió intentando aportar algo de convicción a sus palabras.

—Pero me podía haber llamado como lo has hecho tú.

En un principio no supo que responder y se quedó callado. Luego, mientras la animaba a que mordiera el bocadillo, intentó ofrecerle argumentos que justificaran la actitud de Fabio, pero a ella ningún razonamiento la convencía. Una hora más tarde él se marchó y ella, algo más sosegada, se metió en la cama esperando que llegara el día siguiente y le trajera mejores auspicios.

◆◆◆

Angelina se despertó agitada cuando la primera luz del amanecer comenzaba a filtrarse a través de la cortina. Solo tardó unos segundos en tomar conciencia del lugar en el que se encontraba. No había sido un sueño apacible ni reparador, que la resarciera de los destrozos a los que se había visto sometido su cuerpo y su mente en los últimos días. Se mantuvo varias horas en la semiinconsciencia sin discernir, si lo que alborotaba su cabeza, era realidad o solo una ensoñación. La tensión seguía aferrada a todos los músculos de su cuerpo haciendo que los notara rígidos como barras de hierro. Sus pensamientos volaron entonces directos para rememorar la avalancha de acontecimientos del día anterior. Entonces, el estremecimiento que ya se estaba haciendo habitual en su cuerpo, de nuevo volvió a sacudirla. En solo unas horas, la vida le había echado encima todo el peso de una realidad tremendamente dolorosa.

Presa del desaliento más absoluto, fue dejando pasar los minutos hasta que, la necesidad de ir al baño, la obligó a salir de la cama a toda prisa. El sonido del teléfono la sobresaltó cuando aún estaba sentada en el inodoro. Corrió presurosa hasta el aparato y lo descolgó.

—Señorita Nogales, le paso una llamada.

—Gracias.

—Buenos días Lina —dijo Fabio en su oído.

—Buenos días —respondió aparentando más entusiasmo del que en realidad sentía.

—Ayer me fue imposible ir a verte.

El silencio se mantuvo unos instantes entre ellos. Luego fue Lina la que habló.

—Pero… podías haberme llamado —le sugirió intentando disimular su disgusto.

—Perdóname, pero ni tan siquiera tuve tiempo de eso. Te prometo que hoy sí iré.

Después de algunas disculpas, volvió a asegurarle que se verían en un par de horas y cortaron la comunicación.

Cuando Lina dejó el teléfono en su sitio, le había cambiado el semblante. Buena parte de ese cambio también tuvo que ver con que, nada más terminar de hablar con Fabio, recibió la llamada de Darío.

—Te noto más animada.

—Sí, es que me ha llamado Fabio.

—Qué bien. Te ha cambiado la voz y eso me alegra de verdad.

Angelina le explicó las razones que le había dado y luego se despidieron.

La esperanza había vuelto a reflejarse en su mirada cuando volvió al baño y se miró en el espejo. Fabio le había dicho que vendría en un par de horas y eso la animó a apresurarse para estar dispuesta cuando llegara. Entonces reparó en que no tenía la más mínima idea de la hora que era. «No tengo reloj. ¿Cómo podré saber cuándo llegará?», pensó mientras se arreglaba a toda prisa, como si Fabio estuviese a punto de llamar a la puerta.

No sabía el tiempo que llevaba dando pasos rápidos por la habitación, hasta que se asomó a la ventana y observó la posición que ocupaba el sol en el cielo, entonces supo que sobrepasaba con creces el horario del mediodía. Un buen rato después, cuando la impaciencia y el recelo de nuevo se habían adueñado de ella, el sonido de unos golpes en la puerta la hizo correr a abrir sin preguntar.

—Hola Lina, me he retrasado un poco pero ya estoy aquí —dijo él, mientras ella se arrojaba a sus brazos.

—Ya pensé que hoy tampoco vendrías —murmuró con la boca pegada a su pecho.

—Te dije que lo haría.

—Sí pero como ayer…

Angelina no deseaba perder el tiempo haciéndole reproches, había venido y eso era lo único que en ese momento le importaba.

—Hemos de apresurarnos o encontraremos el restaurante cerrado. Como se ha hecho algo tarde hoy, comeremos en el restaurante del hotel, luego saldremos a dar un paseo —comento él cuando salían de la habitación.

—¿Tan tarde es?

—Pues sí. —Entonces, como si acabara de caer en la cuenta de algo, añadió— ¡Ah, es verdad! Que no tienes reloj. Pues eso lo solucionaremos hoy mismo.

Como le había prometido, cuando salieron del hotel comenzaron a caminar hasta encontrar una relojería. El dependiente le mostró una buena variedad de modelos, y Fabio le dijo que eligiera el que más le gustara, pero viendo que no se decidía, cogió uno y le preguntó si le gustaba. Minutos después salían de la relojería con una cadena en el cuello de Lina de la que colgaba una cajita redonda con un reloj en el interior.

Las siguientes horas las dedicaron a pasear, primero por las calles adyacentes al hotel para que ella conociera el entorno, ya que, según le dijo, no tenía por qué pasar tantas horas encerrada en la habitación si él no venía a buscarla, luego continuaron caminando hasta que ella dijo que se sentía cansada y decidieron volver al hotel.

Angelina no cabía en sí de gozo. A lo largo de la tarde se olvidó de lo mal que lo había pasado el día anterior y de los pensamientos que la atormentaron. Y, si en algún momento le volvían a la cabeza, se los sacaba de inmediato diciéndose que se había excedido al juzgarlo tan a la ligera.

—Mañana no creo que pueda venir. Durante la mañana tengo algunos asuntos que resolver y por la tarde, mi familia me ha preparado una fiesta de bienvenida. Como es natural, no puedo faltar —explicó él cuando bien entrada la noche, la dejó de nuevo en el hotel—. Pero no pongas esa cara, que volveré en cuanto me sea posible —dijo pasándole las manos por el rostro en un gesto mimoso.

Angelina lo miró a los ojos pensativa, sopesando si debía hacerle

la pregunta que llevaba en la cabeza toda la tarde. Al fin se armó de valor y se decidió.

—¿Les has hablado de mí a tus padres?

—No, aún no he tenido la ocasión. Las cosas no hay que hacerlas apresuradas —respondió a la vez que se metía la mano en el bolsillo y de la cartera sacaba unos billetes—. Casi me olvido. Toma, para que te compres lo que necesites.

Ella no estiró la mano para coger el dinero. No era eso lo que deseaba, lo que de verdad necesitaba escuchar era algo que no salía de sus labios.

—Tengo que encontrar el momento apropiado. ¿Verdad que lo comprendes?

Lina hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y desvió la mirada. Él se alejó unos pasos y dejó el dinero sobre la mesa, luego volvió a acercarse, le dio un beso breve en los labios y se marchó dejándole en la boca el sabor amargo de la decepción y la incertidumbre. Lo comprendió con una deprimente certeza. Fabio se tomaría su relación con absoluta pasividad, sin tener en cuenta lo que ella opinase. Finalmente, el día terminó dejándola con el mismo dolor de corazón con el que había comenzado.

◆◆◆

Defraudada y dolida, Angelina afrontó los días siguientes presa de un sinfín de malos presentimientos. No le quedaba más remedio que armarse de paciencia para no hacerle demasiados reproches, aceptando esa situación, como la única manera que tenía de continuar viéndole con cierta frecuencia. Ya le había pasado en más de una ocasión: cuando se pasaba horas esperándole y al llegar, ella le ponía cara de enfadada, el rato que permanecían juntos no lo pasaban bien y para colmo después, él aún espaciaba más el tiempo en aparecer. Eso sí, cuando al fin volvía, siempre solía llegar con algún detalle para agasajarla, incluso en ocasiones, la premiaba quedándose a dormir con ella toda la noche; como si esa fuera la única forma que sabía de recompensarla.

Eran pocas las veces que Lina le preguntaba cuándo pensaba hablarles a sus padres de ella, pero él siempre tenía una respuesta a punto para justificar el porqué de ese aplazamiento. Había otra cosa de la que sí se lamentaba con asidua frecuencia, y solía decírselo siempre que le parecía oportuno: la de tener que seguir viviendo en

el hotel. No obstante, él le restaba importancia diciéndole que en breve encontraría una solución. Pero ella ya sabía que, esa buena disposición para buscar una salida a ese tema, no pasaba por legalizar la situación entre ellos.

Aunque Angelina había aprendido a moverse con desenvoltura por algunas calles de la ciudad, en contadas ocasiones le apetecía salir del hotel. Así que, dejándose arrastrar por el desaliento, se encerraba en la habitación hasta que llegaba a perder la noción del tiempo.

A excepción de los ratos que pasaba con Fabio, la vida monótona que llevaba solo se le alteraba cuando Darío venía a verla. Entonces él la animaba a abandonar la apatía y ambos salían a dar un paseo o a tomar algo a una cafetería. Aunque esos encuentros no se sucedían con la frecuencia que ella hubiese necesitado, puesto que el pintor había retomado la universidad y, además, estaba enfrascado en encontrar un lugar donde montar su estudio, ocupándole ese proyecto buena parte de su tiempo.

No obstante, ella tenía algo pendiente por hacer, escribir a su familia, pero a pesar del tiempo que pasaba en la total inactividad, nunca encontraba el momento. Sabía que por mucha insistencia que pusiera en transmitirles una situación distinta a la realidad que vivía, estaba segura de que cuando su madre leyera las cartas, adivinaría la inseguridad que había detrás de las palabras escritas. Solo una carta le había escrito desde que salió del cortijo. Lo hizo después de que Fabio y Darío la dejaran en el hotel el primer día de su llegada a Buenos Aires.

Fue una carta breve en la que explicaba que el viaje había sido largo, pero que todo había ido bien. Pocas cosas más les contó, aunque sí les prometió que no tardaría en volver a escribirles. De eso hacía casi dos meses y todavía no había cumplido con su promesa. Y es que, en lo más profundo de su alma, continuaba confiando en que su vida tomaría un cauce más esperanzador y definitivo. Entonces podría decirle a su familia lo ilusionada que estaba con su nueva vida, puesto que se estaban cumpliendo todas sus expectativas de futuro.

Un día Fabio y Darío vinieron a verla a una hora algo temprana.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo Fabio entusiasmado.

El corazón de Lina comenzó a acelerarse esperando con

impaciencia que le dijera lo que llevaba tanto tiempo esperando.

—Es una noticia que estoy seguro de que te va a gustar. ¿Verdad que sí Darío? —indicó buscando la aprobación de su amigo.

—¡Bueno, dime ya de qué se trata! —exclamó ella como si le fuera la vida en lo que dijera.

—He encontrado un pequeño apartamento para ti. No te propuse que fueras a verlo antes porque deseaba que fuera una sorpresa. Hoy mismo te podrás trasladar.

Los tres permanecieron en silencio unos instantes, como si ninguno tuviese nada más que añadir. Luego fue Angelina la que habló.

—¿Y para eso habéis tenido que venir los dos? —inquirió, dando media vuelta para alejarse de ellos.

—Fabio me pidió que viniera para que viera el apartamento, pero se me ha hecho tarde y he de marcharme, ya lo veré en otro momento —dijo Darío. Acto seguido, se despidió y se marchó.

—Pero, ¿es que no te hace ilusión? Ya no sé qué hacer para agradarte, para que cambies esa cara de amargada —exclamó un poco exaltado.

Angelina podía haberle dicho lo que de verdad debería hacer para contentarla, para hacerla sentir entusiasmada, pero no lo expresó con palabras. Solo la mirada fría que le clavó, le indicó la decepción que se ocultaba tras sus ojos.

Esa misma tarde, acompañada por Fabio, Angelina dejó el hotel y se trasladó a vivir a “su casa”, según le dijo él.

El apartamento estaba situado a escasa distancia del hotel, por lo que hicieron el recorrido a pie. Cuando entraron en la portería, les saludó un señor que salió de detrás de una ventanilla. Fabio se presentó, le dijo que había alquilado la vivienda del primer piso y que sería la señorita María Nogales quien viviría allí. Después de que el hombre se ofreciera para lo que pudiera necesitar, se dirigieron a la escalera.

—¿Quién es ese señor? —pregunto Lina en voz baja.

—El portero. Vive en la planta baja con su mujer. Ambos se

cuidan de la comunidad y también realizan algunos servicios para los vecinos —le aclaró Fabio.

Cuando se pararon en la primera planta, Fabio buscó la llave en el bolsillo.

—Ya verás cómo aquí te sentirás muy bien —dijo a la vez que introducía la llave en la cerradura y abría la puerta.

Lo primero que Angelina pensó nada más entrar, fue en que había vivido en tres sitios diferentes en el poco tiempo que llevaba lejos del cortijo. Recordó la habitación del hotel cochambroso de Cádiz, el camarote reducido del barco y la que acababa de dejar. No obstante, tras observar muy por encima el apartamento, tuvo que admitir que, desde luego, esa vivienda no tenía nada que ver con las otras. Y pensó que, aún le parecería mucho más bonito, si se dieran otras circunstancias.

Fabio fue enseñándole todas las estancias que componían el apartamento. En el centro del salón había una mesa rodeada de cuatro sillas; pegado a una de las paredes, un aparador bastante amplio y la otra pared la ocupaban dos mecedoras.

—Ven —le dijo cogiéndola de la mano y llevándola hasta la ventana—, desde aquí se ve buena parte de la calle.

Después la llevó al dormitorio en el que había una cama doble con una mesita a cada lado, un armario ropero, un mueble cajonero y un par de sillas. Luego, tirando de su mano, abrió la puerta del cuarto de baño.

—Mira, podrías estirarte dentro casi por completo —dijo mostrándole la bañera de porcelana que había justo en el centro.

Después de observar el resto de los accesorios habituales de un baño, le pasó un brazo por los hombros y la llevó hasta la cocina. Esta era más bien pequeña, pero tenía todos los elementos que se podían necesitar.

—¿Qué te parece? ¿Verdad que es una vivienda muy acogedora?

—Eso parece —respondió sin entusiasmo.

Aunque sí tuvo que admitir que vivir allí le resultaría mucho más agradable que en el hotel.

—Siempre que pueda vendré a pasar la noche contigo y, ¿sabes una cosa? Que esta noche será la primera. Deseo complacerte, que te sientas a gusto —le dijo mientras le cogía la barbilla y le subía la cabeza para que lo mirara.

Ella lo miraba en silencio, completamente embelesada. Sus palabras la habían emocionado provocándole un nudo en la garganta que le impedía decir una sola palabra. Luego, cuando él le cogió la cara entre las manos, acercó sus labios y la besó, Lina se olvidó de todo lo que no fuese su boca, sus manos, el contacto de su piel.

Por primera vez desde que comenzara su odisea, aquella noche Angelina gozó de un sueño placentero y tranquilo, con la seguridad que le daba sentirse rodeada por los brazos del hombre al que amaba sin cordura.

18

Tras esa última explicación, el anciano pintor se quedó callado unos instantes. Luego, como si hablase consigo mismo, dijo:

—Todavía no sé por qué no le revelé a esa chica lo que yo sabía y lo que suponía que podría suceder. Busqué pretextos para aquella actitud de cobardía, pero en mi interior, creo que se escondía el despecho por el rechazo de ella. Un resentimiento del que no me he sentido orgulloso el resto de mi vida.

Volvió a alzarse el silencio en la habitación, un silencio que Elena no se atrevía a romper. El anciano estaba vaciando su alma en una persona casi desconocida y eso la enternecía en gran medida. Al fin, después de unos instantes, se atrevió a preguntarle:

—Por lo que usted acaba de decir, deduzco que la relación entre Fabio y Angelina, no llegó a ser como ellos esperaban.

—En esta vida los planes que hacemos no siempre salen como uno desea.

El anciano pidió a Elena que le acercase al vaso, ella lo cogió y se lo aproximó a la boca con una mano, mientras le ponía la otra en la nuca para alzarle ligeramente la cabeza y facilitarle la deglución. Al enfermo le estaba costando un mundo hablar y tenía necesidad de hacer pausas con frecuencia.

—Se está fatigando en exceso, ¿no cree que deberíamos dejarlo para otro momento? —le sugirió ella cuando él volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada.

—No, preferiría continuar, si tú no tienes inconveniente.

—Claro que no —respondió Elena, mientras volvía a situarse delante del portátil.

Entonces el anciano pintor prosiguió.

◆◆◆

La sensación de seguridad que experimentó Angelina, solo la envolvió durante el tiempo que permaneció bajo los efectos del

sueño más profundo. Cuando despertó y en la oscuridad, a tientas, buscó el cuerpo de Fabio. Solo pudo encontrar el vacío que él había dejado en su lado de la cama después de haberse marchado.

En los días sucesivos, no cambiaron mucho las cosas para Lina. La escasa alegría que albergaba cuando él se quedaba a dormir colmándola de promesas, fue desapareciendo poco a poco por completo. Ya se había dado cuenta de que las palabras de buenos propósitos, no eran otra cosa que vanos y relegados compromisos.

Necesitaba concebir alguna cosa para cubrir el agujero que tenía en su interior, pero no tenía ni idea de qué hacer ni cómo, hasta que terminó aceptando como una realidad, lo que pensó el primer día al quedarse a solas en el camarote del barco: ¿cuántas horas de soledad le quedarían por vivir?

Fabio continuaba yendo a verla siempre que podía, o eso era lo que le decía. Lina dejó de preguntarle con tanta frecuencia cuándo les hablaría a sus padres de ella, porque, aunque él cada vez se inventaba unos motivos diferentes, ella aprendió a reconocer que no había verdad en sus palabras. Con el más absoluto desamparo adentrándose en su interior, dejaba pasar los días, segura de que su mundo se había convertido en un profundo callejón oscuro y sin salida.

Con Rosalía, la esposa del portero, era con la única mujer que compartía algunos momentos de charla cuando se cruzaban en la escalera. Durante los primeros días, Rosalía la había orientado sobre los comercios que había en las proximidades para proveerse de lo que iba necesitando: productos de alimentación, limpieza, *etc.* Incluso habiéndose dado cuenta de la expresión de desánimo que mostraba el semblante de la chica, la había invitado a tomar un café en su casa, pero, aunque a Lina la mujer le caía muy bien, siempre le rechazaba la invitación poniéndole alguna escusa.

Darío continuaba cubriendo una parte de las horas de soledad que Angelina intentaba sobrellevar como buenamente podía. Si iba a verla y Fabio no estaba, que era lo más frecuente, la animaba para que lo acompañara a dar un paseo. En otras ocasiones, era ella la que le proponía que se quedara a comer y, si él no tenía mucha prisa y aceptaba, ella lo utilizaba como su paño de lágrimas. Era la única persona con la que se desahogaba de sus frustraciones y desengaños. Porque Darío se había convertido en un extraordinario y valioso amigo para ella.

—Estoy segura de que Fabio se avergüenza de mí —solía decirle.

—No tienes que pensar eso —le contestaba él con rotundidad—. Tú no tienes nada de lo que pueda avergonzarse.

—Entonces, ¿por qué está dejando pasar el tiempo? Ya hace casi tres meses que llegamos y no está haciendo nada por cambiar nuestra situación.

Cuando insistía una y otra vez sobre esa cuestión, él se inventaba cualquier otro tema para desviar la conversación, puesto que no tenía en sus manos la fórmula para poder ayudarla.

Un día en que Angelina volvió a recordar el tiempo que llevaba en Buenos Aires, cayó en la cuenta de algo en lo que no había reparado, sumida como estaba su cabeza en las tinieblas de su existencia. «¡Dios mío, que no sea cierto!» Exclamó angustiada. Sintió que un estremecimiento acompañado de súbitos escalofríos le recorría todo el cuerpo, a la vez que la sospecha se afianzaba en su cabeza con absoluta certeza. «Qué voy a hacer ahora», pensaba mientras daba vueltas por la casa y sobre sí misma como un ave enjaulada. Continuó pensando en ello todos los días que siguieron. Por las noches, miraba al cielo y le pedía a Dios y a todas las estrellas, que la ayudaran a aliviar la carga que había recaído sobre sus hombros, porque ella no se encontraba con fuerzas para sobrellevarla. Aunque sí podría reunir las fuerzas si Fabio viniera y, abrazándola, le dijese que ya no tenía por qué preocuparse puesto que le había hablado a su familia de ella y en breve se casarían. Esa sería la única salida que la salvaría. Pero la posibilidad le parecía cada vez más remota, así que el ahogo continuó cercándola, asfixiándola cada día y cada vez con más fuerza.

◆◆◆

Una tarde en que Darío fue a ver a Lina, nada más abrirle la puerta, él le dijo en voz baja:

—¿Estás sola?

—Sí pasa —le respondió en el mismo tono.

Cuando estuvieron en el salón ella le preguntó.

—¿Qué pasa, por qué estamos hablando en susurros?

—Porque hoy sí prefería que no estuviese Fabio. Así que arréglate

que nos vamos.

—Es que no me apetece mucho. Además, si viene… —replicó con desgana.

—¿Te ha dicho que vendrá? ¿Lo estás esperando?

—Yo siempre lo espero. En eso se ha convertido mi vida, en una constante espera —dijo quejumbrosa.

—Pues no se hable más, hoy no le vas a esperar porque me vas a acompañar. Deseo enseñarte algo.

Lo miró un tanto extrañada y lo vio tan entusiasmado que no pudo negarse.

—Me tienes intrigada —le dijo mientras caminaba por la calle con paso rápido.

—En un momento llegamos —señaló él manteniendo el suspense.

Entraron en el portal de un edificio bastante antiguo, y comenzaron a subir por las escaleras hasta la sexta planta.

—¿No había ningún piso más arriba? —exclamó ella jadeante.

Él no respondió, sacó del bolsillo una llave, abrió la puerta y le franqueó la entrada. En la penumbra, Lina dio unos pasos hasta el interior, agudizó los ojos buscando algo dónde sentarse y se desplomó en la única silla que había. Darío fue a la ventana, descorrió las cortinas, y volvió a su lado.

—Te presento el lugar que va a convertirse en mi refugio —exclamó abriendo los brazos con auténtico entusiasmo.

—¿Vas a pintar aquí? —preguntó ella con voz aún entrecortada por el cansancio.

—Sí, aquí intentaré descubrir si tengo dotes para la pintura. En este lugar pasaré todos los ratos que tenga libres.

—Tú ya pintas muy bien, pero me alegro mucho por ti. Aunque me temo que, si te va a ocupar buena parte de tu tiempo, poco me vas a poder dedicar a mí —añadió forzando una sonrisa mustia.

—No tiene por qué ser así, buscaré el momento para que continuemos viéndonos. Además, tú puedes venir aquí siempre que

lo desees.

Darío continuó hablando un buen rato más de la ilusión que le hacía y de la serie de proyectos que tenía en mente. Angelina lo escuchaba con suma atención, aunque la expresión de cansancio continuaba patente en su semblante. Darío se encontraba enfrascado en su alocución, pero en un momento dado se quedó callado, fue hasta donde se encontraba ella y se agachó a su lado.

—Sé que las perspectivas que esperabas para tu futuro no se están cumpliendo, y que eso te llena de zozobra, pero ya te voy conociendo y creo que en este momento te pasa algo más. ¿Qué te sucede? ¿Estás enferma?

Angelina esperó unos minutos antes de hablar.

—Sí, hay algo más —acertó a decir sin levantar la cabeza.

—Cuéntamelo —le pidió a la vez que se agachaba un poco más para quedar a la altura de sus ojos.

—Estoy embarazada —le soltó sin más.

Permanecieron callados unos instantes como si ninguno supiera qué más añadir. Darío tragó saliva intentando que no fuera muy evidente su sorpresa. Cuando creyó que su voz sonaría algo más serena, dijo:

—Bueno, pero eso no es ninguna enfermedad, la mayoría de las mujeres se quedan embarazadas —dijo argumentando lo primero que se le ocurrió.

Ella alzó la cabeza y lo miró. Tenía los ojos humedecidos, pero torció los labios en un gesto similar a una sonrisa.

—¿Lo sabe Fabio?

—No, no he encontrado el momento para decírselo. Temo hacerlo porque creo que no se lo tomará nada bien.

—Eso no lo puedes saber —le rebatió, y tras pensarlo unos instantes agregó—. Creo que deberías decírselo.

—Sí, supongo que sí. Pero, tú que le conoces mejor que yo, ¿tienes idea de cuáles pueden ser sus motivos para que esté alargando esta situación?

Darío se puso en pie y le dio la espalda antes de responder.

—Yo no lo sé, pero tendrá sus razones —apuntó sin mirarla.

No tenía claro cómo afrontar el aprieto en el que se había metido respecto a la pareja. Lidiaba entre la lealtad que le debía a su amigo y la necesidad que sentía de decirle a Lina lo que él sabía. Y, como aún no había resulto el dilema, también en ese momento trató de desviar el tema de conversación, reconociéndose como el más vil y traidor de los amigos.

Después de intentar tranquilizarla diciéndole que todo se arreglaría, volvió sobre los planes que tenía respecto a su futuro como pintor. Y sobre esa cuestión continuó hablando varios minutos más.

—No tengo nada de beber para ofrecerte. ¿Qué te parece si vamos a tomar algo? —le propuso.

—Me parece bien —respondió ella a la vez que se ponía de pie—. La verdad es que tengo la boca seca y me vendría bien algo de líquido.

—Se acerca la Navidad y las calles están muy concurridas. Ya verás que eso ayudara a que te animes.

—¡Es verdad! ¿Qué día es hoy?

—Veinte de diciembre. ¿No lo sabías? —le preguntó él algo extrañado.

—He perdido la cuenta —respondió curvando sus labios en una media sonrisa.

—¿Por qué sonríes de ese modo?

—Porque hace unos días que he cumplido diecinueve años y no lo he recordado.

—¿De veras? Pues lo celebraremos hoy. Iremos a una cafetería que te gustará.

Cuando salieron del estudio y se entremezclaron con los transeúntes, el sol ya había desaparecido dejando una huella de color anaranjado tras los edificios.

En unos minutos se detuvieron ante la puerta de la cafetería. En

las marquesinas que había a ambos lados de la entrada, se exhibían bien iluminados los distintos productos que ofrecía el establecimiento. El local no tenía grandes ventanales a la calle, pero era amplio, aunque no demasiado. Las paredes pintadas de blanco y recubiertas con azulejos del mismo color, contrastaban con los paneles de vidrio espejo, rematados con marcos en madera de nogal. Una barra de madera y mármol se extendía ocupando la mayor parte de un lateral. Las mesas redondas, también del mismo material, estaban adornadas con un pequeño jarrón con tres florecillas naturales y a su lado, un azucarero de cristal. Todo el mobiliario parecía como recién estrenado.

—¡Qué sitio más bonito! —exclamó Angelina nada más entrar.

—Ya te dije que te gustaría —afirmó él satisfecho por la elección —. Es bastante reciente; hace escasamente un año que lo inauguraron.

Caminaron hasta una de las mesas libres y Darío retiró una silla para que Lina se sentara. Mientras él daba la vuelta para ocupar su asiento al otro lado de la mesa, ella comenzó a repasar con los ojos el local. Impactada por el descubrimiento, su cuerpo dio una sacudida que la impulsó a levantarse de nuevo.

—¿¡Qué te pasa!? —porfirió Darío alarmado.

—Es Fabio y está con una señorita —afirmó, desviando la cabeza hacia el lado opuesto y bajando tanto la voz que apenas pudo oírla.

—No te he oído. ¿Qué has dicho?

—Que está aquí Fabio. Por favor vámonos —le rogó sin volver la cabeza.

Pero ya era tarde; una mano femenina se alzaba para saludar a Darío mientras Fabio, que estaba de espaldas, giraba la cabeza en la dirección que se encontraban ellos.

—Nos han visto, ya no podemos marcharnos —afirmó Darío—. Siéntate por favor.

Instantes después, Fabio y su acompañante se levantaron y caminaron hacia ellos.

—Hola Darío, cuánto tiempo —dijo la mujer—. No nos hemos visto desde antes de vuestro viaje a España.

—Sí, es verdad. ¿Qué tal estás?

Los dos amigos se saludaron y la acompañante de Fabio volvió a dirigirse a Darío.

—No nos presentas a la chica que te acompaña —dijo con una sonrisita picarona.

—Sí claro; ella es María Nogales, una buena amiga.

—¡Ay estos hombres! Me llamo Ernestina, soy la prometida de Fabio, encantada de conocerte —dijo tendiéndole la mano.

Angelina no dijo nada. Estaba paralizada casi por completo y a duras penas pudo estirar el brazo para corresponder al saludo. La situación era tan tensa, tan cortante que, excepto Ernestina, el resto parecía no tener nada que decir. Al fin fue Fabio el que habló.

—Nosotros tenemos que marcharnos.

—Bueno, ya nos veremos —dijo Ernestina.

Después de una breve despedida, se cogió del brazo de Fabio y se marcharon. Angelina se dejó caer en el asiento. Estaba pálida como la cera y le temblaba tanto el cuerpo que, si hubiesen tardado unos segundos más en quedarse solos, se habría desplomado como una fruta madura. Todas las preguntas, todos los porqués quedaron aclarados tras las palabras de Ernestina «prometida», era la palabra que flotaba en su cabeza. Comprendía, y no quería comprender, pero ahí estaba la razón de todos los pretextos y evasivas que Fabio se inventaba.

Pasaron unos minutos en completo silencio. A Lina le era imposible reaccionar. Darío se inclinó sobre la mesa y comenzó a hablarle, pero ella no escuchaba nada de lo que decía, oía el eco de su voz como si saliese del fondo de un subterráneo. Si hasta entonces sentía que andaba balanceándose en la cuerda floja con el peligro de caerse en cualquier momento, ahora acababa de precipitarse por un enorme despeñadero.

Sintió una mano sobre su hombro y alzó la cabeza. Darío estaba a su lado diciendo algo que ella no entendía, entonces alargó las manos y se agarró a las de él como a un salvavidas en medio de una tempestad.

—Vamos, te llevó a casa —le dijo a la vez que la ayudaba a

levantarse.

Angelina se tomó un momento para recuperar la escasa fortaleza que le quedaba, hasta que, al fin, pudo ponerse en pie.

Hablaron poco, casi nada, mientras caminaba hasta el apartamento. Ella esperaba alguna confesión de Darío que justificara la tapadera a la que se había prestado, pero él seguía sin despegar los labios. Solo cuando estaban llegando al apartamento, él le preguntó:

—¿Quieres que entre? Me puedo quedar contigo todo el tiempo que desees.

—No es necesario —respondió ella.

En el momento en que se disponía a cruzar la puerta, él la retuvo tomándola por un brazo.

—A pesar de que esa es la razón que da respuesta a tus interrogantes, quiero creer que Fabio hará cuanto le sea posible para romper esa relación. Pero supongo que no le debe resultar nada fácil —dijo con un temblor evasivo en la voz.

Angelina no respondió. Estaba segura que no era cierto el argumento de Darío, pero no verbalizó sus recelos. Además, en ese momento solo deseaba meterse en la cama, cubrirse la cabeza y dormir; poder dormir y que al despertar se diera cuenta que lo ocurrido en la cafetería, solo había sido un mal sueño. No fue así. Durante los escasos momentos en que se quedaba adormilada, una sucesión de imágenes y voces que se arrollaban entre sí la mantuvieron toda la noche en una constante angustia.

◆◆◆

Angelina se despertó cuando aún no había amanecido. Encendió la luz y medio se incorporó en la cama apoyando el codo sobre la almohada. «No, esto no es un sueño», se dijo. No tuvo entonces más remedio que prestar atención a esa realidad para afrontarla como buenamente pudiera.

Permaneció varios minutos más estirada en la cama, luego se levantó, caminó hasta la ventana y descorrió la cortina. A continuación, acercó la cara al cristal y comprobó que la luz mortecina de las farolas alumbraba algunos tramos de la calle. Entonces, alzó la cabeza y buscó un fragmento de cielo entre las

edificaciones, no pudo ver ninguna estrella, estaba tan sombrío como su estado de ánimo, también como ella, permanecía a la espera de que el amanecer aportara algo de luz sobre su existencia.

Pasó la mañana sin salir de casa y sin tener noticias de Fabio. Sobre el mediodía recibió la visita de Darío.

—¿Cómo estás? —le preguntó con verdadera preocupación.

—Bien —le respondió ella.

—No es eso lo que dice tu semblante.

Lina no respondió. Unas profundas ojeras surcaban sus ojos mortecinos. Con el pelo enmarañado y el camisón de dormir arrugado sobre su cuerpo, toda ella tenía un aspecto desidioso y lamentable. El agotamiento físico y mental, la había sumido en el letargo más absoluto.

—¿Has comido algo? —le preguntó.

Adivinando la respuesta, fue a la cocina y al momento volvió con un vaso de leche.

—¡Bébetelo! —le ordenó rotundo—. No puedes adoptar esa actitud. ¿No te das cuenta? No solo has de luchar por ti, también lo has de hacer por tu hijo.

Ella lo miró unos instantes, luego tomó el vaso y se lo llevó a los labios, mientras unas gruesas lágrimas fueron asomando a sus ojos, seguidas de un llanto que salió de lo más profundo de su alma afligida.

—Quiero pedirte perdón —comenzó a decir Darío, después de que ella se hubo tomado la leche y le pareció verla algo más sosegada—. Necesito darte mis razones, si es que encuentro alguna que justifique mi silencio. Ahora no me queda más remedio que marcharme, en unos minutos tengo un examen y llego con el tiempo justo. Volveré en cuanto pueda. Pero tienes que prometerme que te vas a cuidar, que vas a volver a ser la chica valiente que hay dentro de ti, a la que admiro profundamente.

Lina no respondió. Darío esperó un momento, luego se puso en pie, le pasó una mano por el pelo y se marchó.

Por un momento, Lina se propuso seguir sus consejos, aunque eso

no le resultara sencillo. Si por lo menos Fabio hubiese ido a verla o la hubiese llamado, pero no, el día avanzaba y continuaba sin saber nada de él.

Sobre la media tarde, escuchó que llamaban a la puerta y el corazón le dio un vuelco. Pero al momento volvió a venirse abajo al deducir que no podía ser Fabio, ya que él tenía su propia llave. Cuando abrió, se encontró a un muchacho que traía una nota para ella. Después de cerrar apoyó la espalda sobre la puerta y abrió la nota.

> *Lina, siento que te hayas enterado de esa manera. Quería decírtelo, pero no he encontrado la forma. Te prometo que te lo explicaré todo en cuanto pueda ir a verte. No olvides que te quiero.*
>
> *Fabio.*

Se dejó caer hasta el suelo con el papel en la mano. No había nada escrito en ese papel que ella no supiera, nada que abriera en su corazón una mínima perspectiva que le indujera a pensar que cumpliría con lo que le prometió, nada que la hiciera creer en la autenticidad de sus sentimientos.

Tampoco consiguieron sacarla de la incertidumbre los argumentos que le ofreció cuando, dos días después, fue a verla.

—Tienes muy mala cara. ¿Estás enferma? −le pregunto, reparando en su aspecto como si la viese por primera vez.

—No estoy enferma, estoy embarazada —le soltó sin pensarlo.

—Pero, eso es una buena noticia, no tienes por qué sentirte tan desanimada. Te prometo que antes de que nazca nuestro hijo, estaremos juntos.

En ese momento sus palabras le sonaron a música celestial, pero de inmediato se dio cuenta de que ya no podía creer en ellas. Tampoco le creyó cuando dijo que, en breve, intentaría solucionar la ruptura de su compromiso. Lo que sí hizo Fabio fue quedarse a dormir con ella y mostrarse como si estuviera encantado con la noticia de que serían padres. No obstante, cuando a la mañana siguiente se despertó, Angelina volvió a encontrar el vacío en su lado de la cama.

Al principio de estar en el apartamento, Lina le había escrito a su

familia una carta en la que le indicaba la dirección a la que ellos podían remitirles sus misivas. Luego, durante un tiempo, continuó escribiéndole y fantaseando con su nueva vida y el buen futuro que tenía por delante. Solo una carta muy escueta había recibido de ellos. Su padre que era quien la escribía, le decía entre otras cosas, que se alegraban de que le fuera todo tan bien. Y es que Lina sabía que su familia no se creía nada de lo que ella les contaba y comprendió que no podría seguir engañándoles. Así que fue espaciando la correspondencia y finalmente optó por no volver a escribirles, hasta que las buenas noticias que les diera fuesen verdaderas.

«Tenía que haberles escrito para felicitarles las Navidades, pero ¿qué les había dicho?» Pensó en cómo habían sido esas fiestas en el cortijo: su madre guardaba lo mejor que tenía para la cena de la Nochebuena y, a pesar de las escaseces que pasaban, lo importante era que gozaban del cobijo de la mejor familia que se podía desear. Ya nada será lo mismo. «Cuánto los echo de menos» Y volvió a llorar con todo el dolor que se había ido depositando en su corazón.

◆◆◆

En los cuatro meses que trascurrieron desde que Angelina le dijera a Fabio que estaba embarazada, no había sucedió nada nuevo en su vida, nada diferente que la incentivara a pensar con cierto optimismo. El tiempo pasaba y, a medida que su vientre engordaba, ella se iba mermando.

Un día, cuando bajaba la escalera, la señora Rosalía tuvo que correr en su ayuda porque en el último peldaño cayó al suelo desplomada.

—¡Señorita, señorita María! —oía que la llamaban.

Entre Rosalía y su esposo la habían llevado a la casa del matrimonio e intentaban reanimarla.

—Es que esta chica cada día está más delgada, si solo se le ve barriga.

Las voces que en un principio le sonaban como ecos lejanos, poco a poco, a la vez que volvía en sí, las fue teniendo más presentes. Al fin abrió los ojos. La mujer le mantenía la cabeza contra su cuerpo y una de sus manos, mientras con la otra, le acercaba un vaso a la boca. Cuando muy despacio pudo beber unos sorbos de agua, comenzó a recuperar el aliento.

—¡Dios mío! Señorita si se llega a caer desde la parte de arriba de la escalera, no quiero ni pensar lo que le habría ocurrido.

A partir de ese día, Lina aceptó el apoyo que la mujer le brindaba: la ayudaba a subir la escasa compra que hacía, la animaba a que se bebiera un tazón del caldo que ella acababa de hacer, etc., también Rosalía, se atrevía a darle algún consejo. Hasta que entre ambas se fue generando una cordialidad que a Lina la reconfortaba en gran medida. Incluso comenzó a confiar lo suficiente en ella como para contarle cosas de su vida. Le habló de cómo y porqué había ido a Buenos Aires, de las promesas incumplidas de Fabio, de sus decepciones y sinsabores y, sobre todo, de la inmensa soledad que sentía.

—Parece que el único objetivo de algunos hombres, sea hacer sufrir a la mujer —le había dicho el día que Lina más se sinceró con ella—. Pero tú has de ser fuerte, como nos toca ser a las mujeres, y ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Muchas gracias Rosalía. No sabe lo que usted significa para mí —le repetía Lina siempre que hablaban−. Un día me gustaría poder compensarla por todo lo que está haciendo por mí. Si no fuera por usted…

—Tú lo que tienes que hacer es cuidarte y cuidar de tu hijo, lo demás ya se irá solucionando.

Aunque las palabras de la mujer conseguían tranquilizarla en cierta forma, no le ocurría lo mismo con el sentimiento de frustración, que la mortificaba cada vez en mayor medida. Sentía que se había convertido en una rama flotante, sin saber en qué mar terminaría desembocando.

Intentaba no dejarse llevar por la nostalgia, no pensar en la imposibilidad de recuperar lo perdido, pero cuando la invadían los recuerdos de su vida al lado de su familia, se recreaba en ellos como si fuera un bálsamo milagroso para todos sus males.

A pesar de que en el cortijo Lina carecía de un sinfín de cosas esenciales, allí nunca había percibido el sentimiento de soledad que experimentaba en aquella gran ciudad. Recordaba que cuando faenaba en el campo, no se sentía sola, porque todo lo que le rodeaba estaba lleno de vida: los peces que nadaban en las aguas del rio, las distintas aves revoloteando en el cielo y las ramas de los árboles moviéndose al compás de la desigual fuerza del viento. No,

allí no estaba sola, en el campo había vida.

◆◆◆

Un día sobre la media tarde, Angelina oyó el sonido de la llave en la cerradura de la puerta. Se encontraba sentada en una de las mecedoras, dejando pasar el tiempo. No corrió a refugiarse en los brazos de Fabio como hacía tiempo atrás, simplemente se levantó y esperó a que él se acercara. Cuando estuvo a su lado, le dio un ligero beso en la mejilla y tras preguntarle cómo se encontraba, fue hasta la otra mecedora y la arrastró para sentarse cerca de ella. Permanecieron en silencio unos minutos, como si ninguno tuviera nada que decir o más bien cómo decirlo. Había llegado sin que ella lo esperase, pero eso no tenía nada de extraño ya que era lo que hacía la mayoría de las veces. Sin embargo, al mirarlo esa tarde, a Lina le asaltó un mal presentimiento. Luego, cuando lo miró a los ojos, encontró en aquella mirada palabras que solo ella supo interpretar, antes incluso de que salieran de su boca.

—Tengo algo que explicarte —comenzó diciendo con voz insegura—, verás, me ha sido imposible cancelar mi compromiso. En estos meses se lo he dicho a mis padres un sinfín de veces, pero ellos se han opuesto con rotundidad. Opinan que eso es una locura y me han amenazado con desheredarme si rompía el compromiso y cancelaba la boda. Ya tenemos fecha para el enlace. Será en dos meses —declaró de un tirón como deshaciéndose de palabras que parecía tener ensayadas.

Se quedó callado, preparado para apaciguar el ataque de Angelina, pero esta permanecía mirándolo en silencio. Aunque estaban sentados frente a frente, Fabio mantenía los ojos fuera del alcance de la mirada de ella. Tenía los codos apoyados en las rodillas y las manos juntas como si fuera un niño al que han cogido cometiendo una terrible falta y espera una regañina. Como Lina no decía nada, él prosiguió.

—Mi matrimonio no tiene por qué cambiar lo que hay entre nosotros. Podrás continuar viviendo en este apartamento y criar aquí a nuestro hijo. Yo te quiero y haré lo imposible para que no te falte de nada. Por favor, háblame, di lo que estás pensando —dijo alzando la cabeza para mirarla.

Angelina necesitaba decirle lo que pensaba y tenía las palabras en su cabeza dispuestas para decirlas, pero la vibración de sus cuerdas vocales solo le trajo un dolor muy agudo que le recorrió por la

garganta y la espalda, hasta alcanzarle el corazón. Continuó sorda a sus racionamientos, asumiendo y aceptando el inevitable desastre. Quería morir en ese momento, pero la corriente eléctrica que sintió en su vientre, la hizo desterrar esos pensamientos. Entonces volvió a mirarle, pero en sus ojos solo había decepción. Con sus palabras, Fabio acababa de apagar la última luz de esperanza que pudiera albergar dentro de ella.

—Si no tienes nada que decir o no quieres hablar, será mejor que me marche. Pero recuerda lo que te he dicho: te quiero y no te abandonaré —indicó a la vez que se ponía en pie.

—No te creo —dijo ella con determinación—. Has cogido mis sueños y los has destrozado llevándote por delante toda mi vida. Repetir una mentira puede terminar pareciendo verdad. Pero no, ya no puedo creer en tus zalamerías.

Fabio permaneció con el rostro ensombrecido escuchándola incrédulo. Luego, tras titubear unos instantes, se acercó y la rodeó en un gesto parecido a un abrazo. Ella se puso de pie, pero no le correspondió, se mantuvo con los brazos a lo largo de su cuerpo como una estatua compactada.

Cuando lo vio desaparecer, en la retina de Lina quedó el recuerdo de su silueta, pensando que, era precisamente ese cuerpo, esa persona, quien había dilapidado su futuro. Había escuchado sus razones, pero ella ya estaba vencida por el más negro desengaño, admitiendo que esa tarde había comenzado el declive de su amor.

Lina ya no sentía tanto anhelo porque él llegara; seguía experimentado un cosquilleo cuando lo tenía cerca, pero el dolor que se estaba acumulando en su interior le impedía manifestarlo.

Solo tenía dos personas con quien poder desahogarse, la señora Rosalía y Darío.

—Se me ha ocurrido que tal vez debería regresar a España —le dijo a la mujer un día, como si fuera lo más sensato que había pensado en los últimos meses.

—¿Te lo permitirá Fabio? Piensa que el hijo que esperas es de él y… —inquirió Rosalía algo escéptica

—Yo creo que sí. Es posible que se apiade de mí, le diré que la culpa de esta situación, no es solo suya, que también es mía. Por mi falta de experiencia, no se me ocurrió plantearme qué clase de vida

tenía él antes de que llegara yo —se quedó callada un instante y agregó—. No es una mala persona, ¿sabe?

—Aún le defiendes —dijo Rosalía, más como afirmación que como pregunta—. En fin, piénsalo bien antes de tomar una decisión drástica. Mientras estés aquí, yo te ayudaré en lo que pueda, pero si te vas… Por otra parte, el viaje es muy largo y el estado de tu embarazo está muy avanzado. Y, lo peor de todo, es que tú no estás bien, no hay nada más que mirarte —insistió la mujer mientras observaba sus ojos, unos ojos que podían conmover a quién se fijase en ellos.

—No me encuentro tan mal y según mis cuentas aún me falta más de un mes, así que no creo que el viaje ponga en peligro mi vida ni la del niño.

A Angelina le resultaba insoportable su insípida existencia, las horas y los días se le hacían eternos. Las visitas de Fabio se distanciaron aún más. «Los compromisos de la boda», decía como si guardase en la manga una serie de mentiras por si las necesitaba. Comenzó a darle vueltas al tema del viaje. «¿Se atreverá a impedírmelo, por mucho que lleve en mi vientre un hijo suyo?» Se preguntaba mientras intentaba encontrar el modo de planteárselo.

—Estoy pensando en volver a España —le soltó a bocajarro un día, después de que él se afanara en darle una muestra de cariño que a ella ya no la satisfacía.

—¿Cómo has dicho? —preguntó él alterando la expresión de su rostro.

—Pues, que me gustaría volver a España. Aquí ya no pinto nada —dijo ella con voz temerosa.

—¿Tú has pensado que ese hijo que esperas también es hijo mío? —exclamó a la vez que curvaba sus labios en una sonrisa algo despectiva.

—Claro que lo sé, pero tú te vas a casar y tendrás más hijos.

—Eso no tiene nada que ver. ¡Además! ¿Tú sabes lo que cuesta un viaje? Invertí una fortuna en traerte hasta aquí, ahora no voy a gastar otro tanto en ese pasaje de vuelta —profirió alzando la voz. Estaba de pie dando largas zancadas en círculos. Luego se detuvo ante ella, suavizó el tono y continuó—. No deseo perderte a ti ni a nuestro hijo y no te permitiré que te marches. Cariño no hablemos

más de este asunto, no te das cuenta de que estamos desperdiciando el momento que tenemos para estar juntos —dijo para zanjar la conversación a la vez que se acercaba y la besaba.

Cuando se hubo marchado, algo más tarde de lo habitual, Angelina pasó las horas llorando sin encontrar un solo pensamiento positivo que la consolara. Fabio había dilapidado todas sus ilusiones y ahora también le cerraba la puerta a la única esperanza que le quedaba; volver a casa.

19

En esa ocasión, fue Elena la que dejó de teclear antes de que el anciano se quedara callado. Llegado a ese punto de la historia, fue ella la que necesitó hacer una pausa y respirar profundamente. No solo eran tristeza y compasión los sentimientos que le habían despertado las vicisitudes por las que tuvo que pasar Angelina, también era una gran indignación ante las injusticias. La sacaba de sus casillas la gente que se aprovechaba de la ignorancia y la buena fe de otras personas en beneficio propio. Eso creía que había hecho Fabio, valerse de la ingenuidad de Lina. Con sus promesas y palabrerías, la había despojado de todo cuanto amaba, arrastrándola a una vida sin presente y sin futuro, convirtiéndola en una hoja a la deriva sin ser dueña de su destino.

De todos era sabido que la época en la que se desarrollaba aquella historia, a la mujer le tocaba vivir una vida de pleno sometimiento, y pese a que, con su lucha de años, había logrado liberarse en gran medida del poder absoluto del patriarcado, esas reglas no siempre se cumplían, ya que, en la actualidad, algunas mujeres seguían viviendo bajo la potestad del sexo masculino. A medida que Elena había ido escuchando la voz del señor Pereira, dentro de ella se habían ido generando un cúmulo de sentimientos que terminaron por afectarla en gran medida.

En esos pensamientos que tanto la crispaban permaneció absorta durante unos minutos. El anciano pintor la observaba en silencio, consciente de la sensación de abatimiento en la que estaba inmersa.

—Supongo que no te resulta agradable lo que te estoy contado —dijo sin dejar de mirarla.

—Tiene razón. La verdad es que las injusticias me producen un enorme rechazo.

—Bueno, solo tendrás que soportarlo un poco más.

—¿Usted no hizo nada por ayudarla? —le preguntó, aportando un tono de reproche a sus palabras.

—Hice lo que pude —dijo como si necesitara defenderse.

—Cuénteme lo que sucedió a continuación de que Lina supiera de la oposición de Fabio para que ella regresara a España —pidió conmovida.

El señor Pereira aún permaneció callado unos minutos antes de volver a retomar su relato.

—Un día fui a verla y la encontré con los ojos enrojecidos e hinchados por el llanto y abatida aún más de lo habitual. Cuando le reprendí por su estado, me contó lo de la boda de Fabio.

—Ya no pinto nada en este país —dijo entre sollozos—, daría cualquier cosa por volver a España con mi familia. Pero se lo he dicho a Fabio y me ha respondido que no quiere perderme y que no permitirá que me lleve a su hijo. Pero es que, si sigo aquí, solo me queda ser la amante de un hombre casado. ¿Te das cuenta? ¿Qué futuro nos espera a mí y a mi hijo?

—¿De verdad te ha dicho que no te dejará marchar? −le pregunté incrédulo.

—Sí, me lo ha dejado bien claro.

—Y, ¿tú estás segura de que quieres irte? ¿Lo has pensado bien? Ya sabes que, si estás aquí, siempre podrás contar con Rosalía y conmigo.

—Ya sé que tú siempre me protegerás, pero es que no aguanto más. Además… si me marcho, ¿quién me echaría en falta aparte de ti? —dijo como si soportara sobre sus hombros toda la carga del mundo.

—Si tan decidida estás, creo que yo podría ayudarte —le dije sin darme tiempo a pensar lo que conllevaba ese compromiso.

—¿De verdad lo harías? —me dijo, abriendo de súbito sus ojos interrogantes, como si tornara una mínima esperanza a su corazón.

—¡Claro que lo haré!

—Aquí no seré feliz. Necesito estar con mi familia. Pienso que, entre el cielo y las montañas, podré criar a mi hijo y encontrar el sosiego que necesito —dijo con un mínimo rayo de luz en su mirada —. Las cosas más pequeñas son las que se echan de menos cuando se pierden —señaló como si hablara para ella misma.

El señor Pereira cerró los ojos unos instantes y luego añadió:

—Ese mismo día, comenzamos a idear un plan que fuera factible llevar a cabo. Debíamos hacerlo con total y absoluta discreción, porque si Fabio descubría el día que pensaba marcharse, tomaría medidas y haría cualquier cosa por impedírselo.

—¿Cómo lo hicieron? —le preguntó Elena intrigada.

—El plan consistía en que ella dejara el apartamento, y luego esperar varios días antes de embarcar. De ese modo, cuando Fabio descubriera su ausencia, por mucho que indagara ya no podría encontrarla, hasta que, finalmente, terminaría por pensar que había cogido el barco días antes de que él se enterase. Así que, siguiendo el plan previsto, una noche recogimos algunas de sus pertenencias y la llevé a una vivienda vacía que yo poseía. Dos semanas estuvo allí esperando el mejor momento de emprender el viaje.

—Entonces lo consiguió —le preguntó Elena un poco incrédula.

—Al fin logró emprender el viaje de vuelta a España.

—Creo que Angelina se equivocó de hombre al no haberle elegido a usted. Estoy segura de que le habría ido mucho mejor la vida.

—Puede ser, pero en cuestión de amor, el corazón no acepta razones, así que…

—Y conocedora como era ella de sus sentimientos, ¿usted no volvió a proponerle que se casaría con ella si se quedaba?

—No, ella siempre me había dejado muy claro cuál era el lugar que yo ocupaba en su corazón. Aunque me reprochaba a mí mismo no haber podido conseguir su amor, no me quedó más remedio que reconocer la lealtad que tuvo conmigo. Podía haberse aferrado a mí como su única tabla de salvación. Estoy seguro de que, si ella hubiese mostrado el más mínimo acercamiento, yo la habría aceptado sin dudarlo como el hombre más feliz del mundo. Pero no lo hizo, y eso no tuve por menos que reconocerlo y agradecérselo. A pesar de su juventud, Lina era una gran mujer, poseía una integridad intachable, sin duda, herencia de la educación que recibiera de sus padres.

El anciano pintor y Elena permanecieron callados varios minutos. Luego, como en un soplo de clarividencia, ella exclamó:

—Ahora lo comprendo, en ese intervalo de tiempo que estuvo viviendo en el piso, fue cuando usted pintó su retrato. ¿Me equivoco? —No hizo falta que el anciano se lo confirmara, su silencio le dio la respuesta—. Yo reconocí el lugar donde ella posaba —explicó arrepintiéndose de inmediato.

—¿Has estado en el piso? —le preguntó él como si le sorprendiera.

—Sí, Alejandro me llevó un día —respondió. Y para evitar darle más explicaciones, cambió de tema—. Por cierto, ¿sabe si la cafetería en la que Lina vio a Fabio con su prometida, sigue existiendo?

—Creo que sí. Hasta que me recluí en esta habitación, continuaba en activo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por la descripción que usted ha hecho de ella, la he reconocido, yo he estado allí.

—Es posible, aunque con los años se quedó bastante obsoleta, continuaba teniendo buena acogida entre su clientela.

Para no verse en la necesidad de dar más explicaciones, Elena trató de volver al tema que, en ese momento, ambos estaban interesados.

—Por favor, continúe con lo que estaba diciendo referente a la estrategia del viaje.

—Creo recordar que habían pasado cinco o seis días cuando Fabio se enteró de la desaparición de Angelina. Él estaba convencido de que yo sabía algo sobre su paradero, así que, lo primero que hizo fue llamarme para interrogarme. Le dije que hacía varios días que no la veía y que no tenía ni idea de dónde podía encontrarse. Lo que él no se imaginaba era que ella hubiese podido regresar a España, eso lo supo por la señora Rosalía, la portera. La mujer le dijo que había dejado el apartamento con la intención de tomar un barco y que ya debía viajar rumbo a España. Justo lo que Angelina le había pedido que le dijese, puesto que se había convertido en su confidente, a ella sí le explicó el verdadero plan que habíamos ideado.

—¿Y cómo actuó Fabio después?

—Él ya estaba muy inmerso en el tema de la boda y dejó al

margen durante un tiempo, todo lo referente a Lina.

—¿Cómo que durante un tiempo?

—Sí, porque varios meses después, volvió a mí con sus interrogatorios. Nunca se creyó que yo no supiera nada de ella. En el fondo y a su manera la quería, incluso creo que la quiso durante el resto de su vida.

—¡Pues qué forma de querer! Y después de que Angelina se marchara, ¿usted no volvió a saber nada de ella?

—Entonces las cosas no eran tan sencillas como ahora. No resultaba fácil indagar sobre uno de los viajeros que cruzaban los mares. Se vivía una guerra en Europa y los barcos iban atestados de refugiados y emigrantes, una buena parte de ellos, con documentación falsa.

Detuvo su elocución e hizo algunas respiraciones cortas, como si necesitara prepararse para lo que diría a continuación.

—A Lina le faltaban palabras para agradecerme lo que estaba haciendo por ella. Me repetía una y otra vez, que jamás olvidaría lo que había significado en su vida y que nunca encontraría un amigo como yo. Cuando nos despedíamos, me dijo deshecha en lágrimas que, si su hijo era un varón, le pondría mi nombre. También me prometió que me escribiría en cuanto estuviese en España. Pero esa carta nunca llegó.

—¡Dios mío qué pena! —Exclamó Elena, en un momento en que el anciano se quedó callado—. Entonces, ¿no sabe qué fue de ella? —le cortó con los ojos muy abiertos donde se mezclaba el asombro y la tristeza.

—Sí, algo supimos, pero eso fue tiempo después.

—¿Qué quiere decir con supimos?

—Un día, en uno de esos encuentros que Fabio y yo solíamos mantener, él buscó el modo de llevar la conversación hacía Lina. Después de un buen rato hablando, me dijo:

—Tú no te imaginas cuánto me gustaría saber de ella, cómo le fue en el regreso, si nuestro hijo es chico o chica…

—¡Ahora dices eso! Pues te recuerdo que, si tú no la hubieras

amenazado con quitarle a su hijo y la hubieses dejado marchar, hoy podrías saber de ellos. Así que no tienes derecho a quejarte, solo tú eres el culpable −le dije malhumorado.

—Me arrepiento de tantas cosas —me dijo, con verdadera sinceridad en su voz y en sus ojos—. Si pudiera dar marcha atrás… ¿De verdad tú no sabes nada de ella?

—No, y bien que me gustaría, pero no he conseguido ningún tipo de información.

—Y sí nos pusiéramos a indagar juntos. ¿No crees que podríamos averiguar algo?

—No creo que sea buena idea —le respondí algo inseguro.

—¿Por qué? Tú eras su amigo y… —insistió.

—Por eso, porque me considero su amigo, no deseo que la encuentres y le vuelvas a hacer más daño.

—Te prometo que jamás le haría nada que la perjudicara, ni a ella ni a nuestro hijo. Yo solo deseo saber de ellos.

A medida que hablaba, el anciano mantenía el semblante compungido y los ojos se le empequeñecían aún más de lo habitual, como si lo que contaba le pesara tanto o más que su propia enfermedad.

—¿Se encuentra bien como para continuar? —le preguntó Elena preocupada.

Tras unos instantes el hombre continuó.

—Aunque la investigación no resultó sencilla, días después obtuvimos la información que buscábamos. Lo que descubrimos fueron noticias muy tristes —anunció totalmente abatido—. En el documento que nos enseñaron constaba que, dos días antes de que el barco llegara al puerto de Cádiz, Lina se puso de parto. Tuvo una niña en perfectas condiciones, pero ella no sobrevivió; murió momentos después de dar a luz. El nombre de María Nogales Aguado aparecía en la lista de personas fallecidas durante la travesía.

El anciano hablaba en tono tan bajo que Elena apenas podía escucharlo. Había dejado de escribir y se limitaba a mirarlo,

observando el movimiento de sus labios, animándole con sus ojos a que continuara. En su expresión no solo se podía ver claramente la aflicción, además, se adivinaba algo que se parecía mucho al remordimiento.

—Pobre muchacha, no logró volver con su familia —dijo profundamente conmovida.

—El largo viaje y el parto en condiciones tan poco favorables, fueron demasiado para la maltrecha salud que arrastraba desde hacía demasiado tiempo.

Elena tenía el corazón tan encogido que apenas le salían las palabras. Luego, cuando parecía que ya todo estaba dicho, el señor Pereira volvió a hablar.

—También pudimos saber que la niña fue entregada a un orfanato. Cuando Fabio consiguió averiguar el nombre del orfanato, fue demasiado tarde, la niña ya había sido dada en adopción. Por mucho que él insistió en que era el padre y que viajaría a España para hacerse cargo de ella, las respuestas siempre fueron tajantes; si no tenía modo de justificar que era el padre, nada conseguiría, la niña ya tenía una familia y, además, no podían revelar el nombre de los padres adoptivos.

La habitación se había impregnado de un silencio notoriamente dolorido, mientras que las especulaciones comenzaron a desfilar rápidamente por los rincones de la mente de Elena.

—¿Fabio aún vive? ¿Tiene usted contacto con él? —se atrevió a preguntar.

—Supongo que mi nieto te habrá contado el episodio que mantuvimos por culpa del retrato, cuando quiso hacerse con él a toda costa.

—Algo me ha dicho, pero parece que él sabe poco a ese respecto.

—Fabio se ofreció a pagarme por el cuadro la cantidad que le pidiera y, como yo me negué a vendérselo, desde ese momento nuestra relación se cortó casi por completo. Aunque, por supuesto que conozco buena parte de su vida. Sé que su matrimonio no duró demasiado tiempo, que tuvieron dos hijos y algunos nietos, no recuerdo cuántos. También sé que nunca volvió a casarse y que su vida fue bastante solitaria hasta el día de su muerte, creo que hará unos quince años.

El anciano cerró los ojos y giró la cabeza hacía el otro lado de la almohada. Después de que ambos permanecieran en silencio largo rato, finalmente Elena habló.

—Parece que aquí termina su relato. Si es así, entiendo que también ha terminado mi trabajo —dijo como si temiera molestarle —. Si estoy en lo cierto, en cuanto lo tenga revisado, se lo entregaré.

El hombre volvió a girar la cabeza en dirección hacia donde estaba ella y la miró con fijeza. Entonces añadió:

—No hace falta, creo que tú tendrás que ponerle el punto y final.

—¿Cómo dice?

—Tengo motivos para pensar que tienes en tus manos la punta del hilo por el que tirar. Si lo deseas, cuando regreses a España, encontraras suficientes motivos para iniciar una investigación. Y si lo haces, comprobarás que podrás escribir más sobre esa historia, entonces sí que me gustaría conocer el final.

—Lo haré señor Pereira. Aunque todavía no sé de qué hilo he de tirar, pondré perseverancia para hacer las averiguaciones pertinentes, y si consigo encontrar la punta para desmadejar el ovillo, le prometo que se lo haré saber.

Tras cerrar el ordenador, Elena se levantó, cogió el bolso y la chaqueta y se acercó a la cabecera de la cama.

—Ya me marcho, hoy ha sido un día largo y fatigoso para usted. Después de su recaída de ayer, creo que tantas horas de charla, no ha sido lo más prudente. Ahora debería vaciar su mente e intentar descansar. Antes de regresar a España, volveré para despedirme.

Alargó el brazo y pasó el dorso de su mano por la mejilla arrugada del anciano en un gesto afectuoso. A continuación, salió de la habitación.

Al pasar por delante del dormitorio de la enfermera, llamó a la puerta, cuando la mujer le abrió, le informó de que se marchaba y que posiblemente el señor Pereira la necesitaría. Luego fue al baño y tras permanecer el tiempo justo que necesitaba, salió y comenzó a recorrer el pasillo que conducía a la escalera.

Sus pasos se debieron oír al bajar los peldaños, porque de

inmediato Alejandro fue a su encuentro.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó preocupado—. He dudado si debía interrumpiros, pero en una ocasión entreabrí la puerta y me pareció ver que todo estaba bien, así que desistí y me marché.

—Tu abuelo no ha sufrido ningún contratiempo. Eso sí, tal vez se encuentre algo más fatigado de lo que ya es habitual.

—Me temía que fuera demasiado para él después de su recaída de ayer—dijo aliviado, y añadió— ¿Qué quieres hacer? Si tienes hambre podemos comer aquí. La señora Valentina siempre suele dejar alguna cosa en el frigorífico. Aunque tal vez te apetezca más que vayamos a algún otro sitio —propuso sin darle tregua para que ella respondiera.

—Hoy estoy cansada y me gustaría irme al hotel.

—Además del cansancio, también tienes una expresión extraña en la cara —dijo clavando los ojos en ella—. Si no es indiscreción, ¿me puedes decir qué te sucede?

—No es nada importante, ya te contaré lo que tu abuelo me ha revelado en el final de la historia, pero lo haré en otro momento, primero intentaré poner en orden el embrollo que tengo en mi cabeza. Además, mañana a primera hora he quedado con Carla para ultimar los detalles de la tertulia, así que te agradecería que me llevaras al hotel.

—Pues no se hable más —Concedió él.

Cuando llegaron al aparcamiento y Alejandro le abrió la puerta del coche, ella se desmoronó en el asiento como si se encontrara totalmente extenuada.

—Me habría gustado poder pasar contigo el poco tiempo que nos queda, pero, en fin.

Elena no respondió de inmediato, luego dijo:

—También yo deseo pasar el mayor tiempo posible contigo, antes de que todo esto se desvanezca.

Sin apartar la vista del cristal delantero, Alejandro apartó una mano del volante y la puso sobre las de ella, que reposaban en su regazo, Elena sobrepuso una de las suyas encima de la de él y, sin

decir nada más, hicieron el trayecto.

—Si ya habéis terminado con lo que te ha estado llevando a casa de mi abuelo, supongo que mañana no irás —le preguntó Alejandro después de detener el vehículo delante del hotel.

—No, solo iré en cualquier momento para despedirme de él antes de marcharme.

—Entonces. ¿Nos podremos ver mañana?

—Mientras esté en esta ciudad tengo mucho tiempo libre. Solo el compromiso de mañana por la mañana, luego hasta el día siguiente, que es la reunión, no tengo nada que hacer. Así que cuando tú estés libre…

—Llámame cuando termines con la reunión.

—Vale —respondió ella sin más.

Agarró el tirador de la puerta, pero antes de que la abriera, él la retuvo de un brazo, la atrajo hacia sí y la besó. Ella se entregó a ese momento, al deleite de sentir el roce de su mano sobre sus mejillas, con la total conciencia de que, en breve, no volvería a sentir la pasión que le transmitían el contacto de sus manos, de su boca.

◆◆◆

Elena no tenía intención de volver a salir del hotel esa noche, así que pasó por recepción y pidió que le subieran algo para la cena. Cuando entró en la habitación, dejó todo lo que llevaba en encima de una silla, se quitó los zapatos y se estiró en la cama. Pasó las manos por las piernas y se masajeó las pantorrillas, las sentía entumecidas debido a las horas que había permanecido sentada. Estuvo varios minutos con la mirada puesta en el techo, luego cerró los ojos e intentó vaciar su mente. Cuando comenzaba a perderse en la nebulosa de la soñolencia, los golpes en la puerta la devolvieron a la realidad. «Señorita Zambrano, su comida».

No tenía hambre, por lo que apenas prestó atención a la bandeja que el hombre dejó sobre la mesa. Debía hacer un par de llamadas, así que cogió el móvil con desgana y lo conectó. La pantalla le indicó un mensaje y dos llamadas perdidas. El mensaje era de Juan Carlos, una llamada era de su padre y la otra de su agente en España. Respondió al mensaje del mismo modo y a continuación marcó una de las llamadas perdidas para hablar con el agente. Fue

una conversación breve, basada únicamente en el interés de él por saber cómo se presentaba el evento literario que tenía al día siguiente. Elena le dio las explicaciones pertinentes, el hombre le deseó suerte y cortaron la comunicación. A continuación, llamó a su padre. Tampoco fue larga esa conversación; además de mostrar mutuo interés por el estado de ambos y por el del resto de familia, lo más importante fue comunicarle el día y hora de su vuelo. Se despidieron hasta que se vieran a su regreso. A continuación, Elena echó hacia un lado la bandeja, puso el portátil encima de la mesa y se dispuso a hacerle algunas correcciones a la parte del documento que había escrito ese día.

Si cuando se decía que sus sospechas eran pura imaginación, no paraba de darle vuelta en su cabeza, en el momento que volvió a repasar las palabras del pintor y tenía algo más a lo que agarrarse, ya no podía ignorarlas. Y, aunque seguía sin tener nada concreto que le aclarase las ideas, la inseguridad había comenzado a huir de su mente dando paso a un nuevo punto de vista algo más infalible.

Tenía un buen trabajo de investigación por delante si quería terminar aquella historia. «Si finalmente consigo encontrar el desenlace, tal vez el señor Pereira me permita publicarla. Aunque no debo hacerme ilusiones porque de ese tema no hemos hablado. En fin, desde aquí no puedo hacer nada más, tendré que esperar a llegar a España», pensó.

Cuando terminó con las correcciones colocó la bandeja delante de ella y se comió todo lo que había.

*

A primera hora de la mañana, Elena recibió la llamada de Carla. Después de indicarle la hora y el lugar de la reunión y de decirle que, finalmente, el lugar sería una librería, le habló de las buenas perspectivas que tenía sobre la asistencia, ya que había varías personas que habían leído el libro y estaban interesadas en acudir. También le explicó que estaría acompañada por un locutor de radio y que el evento, se grabaría para emitirlo en el programa de cultura de la emisora en la que el hombre trabajaba.

Después de colgar el teléfono, Elena fue al baño y se metió bajo la ducha. Aún faltaban casi dos horas cuando salió de él ya maquillada. Solo le faltaba vestirse con la falda, la blusa y una chaqueta negra que había elegido para la ocasión. Por último, se puso unos zapatos de tacón también negros, se colgó el bolso en el

hombro y salió de la habitación. Al llegar a recepción giró a la derecha, se dirigió al bar y pidió que le sirvieran un café con leche y una tostada.

La dirección que había apuntado no le quedaba lejos, así que, como aún tenía tiempo, decidió ir andando. Aún faltaba casi media hora, cuando se detuvo delante de la puerta de la librería. Fue entonces, cuando se dio cuenta de que esa era la misma librería en la que había visto su libro el día que paseaba con Alejandro. Antes de entrar echó una ojeada al escaparate. Detrás del cristal, había un cartel con una fotografía suya y su nombre en letras grandes, y debajo, una buena pila de libros perfectamente ordenados. No tenía a nadie cercano con quien compartir la emoción que en ese momento la embargaba. «Aunque igualmente, pocas personas pueden comprender lo que significa para mí este momento», se dijo intentado conformarse.

Finalmente entró y comenzaron las presentaciones. Poco a poco, fue llegando la gente y ocupando los asientos situados en torno a los que estaban preparados para Carla, como representante de la editorial, el locutor de la radio y para ella. Un par de minutos antes de que comenzara el acto, Elena se dispuso a ocupar su lugar. Fue entonces, al mirar hacia la puerta de entrada, cuando se le abrieron los ojos asaltados por la sorpresa. En ese momento un grupo de personas hacían su aparición y Alejandro era una de ellas. Elena no se lo podía creer, aunque sentía que le temblaban las piernas, no cabía en sí de gozo. Cuando finalmente comenzó la presentación por parte de la agente, Elena hizo un par de respiraciones profundas y paulatinamente, fue integrándose en la tertulia y respondiendo a todas las preguntas que le hacían sobre algunos detalles de su libro, incluida las que le formuló Alejandro.

Fue un momento tan emocionante que, estaba segura, que no lo olvidaría nunca por muchos libros que escribiera a lo largo de su vida. Más tarde supo que, las personas que acompañaban a Alejandro, eran dos parejas amigos suyos que él había invitado.

—Me he tomado la libertad de invitarlos para acompañarte, aunque estaba seguro de que sería un acto concurrido. Sobre todo, después de hablar con Carla —le explicó Alejandro cuando, ya bien entrada la tarde, tras pasar varias horas junto a los amigos de él, ambos se dirigían a casa del señor Pereira para que Elena se despidiera del anciano.

—¿De verdad te has leído el libro? —le preguntó incrédula.

—Pues claro. Si no, cómo iba a saber y hacerte las preguntas.

Cuando llegaron a casa del señor Pereira subieron directamente a su habitación.

Encontraron al enfermo en la cama y en la posición que Elena lo había dejado el día anterior.

—¿Qué tal se encuentra hoy? —le preguntó ella, que fue la primera en acercarse.

—Ya lo ves, un día más que puedo contar en el final del calendario de mi vida —le respondió a la vez que disimulaba su dolencia y le dedicaba la mejor sonrisa que pudo reunir.

—No hable así. La próxima vez que venga a este país deseo encontrarlo mucho mejor —le dijo, arrepintiéndose de inmediato por haber dicho esa estupidez. Sabía que esas palabras eran piadosas, y que el talento del enfermo no merecía escuchar tamaña falsedad.

—Estaré esperándote —señaló el hombre siguiéndole la corriente.

Solo unos minutos permanecieron en la habitación, los suficientes para que Elena bajara las escaleras con los ojos inundados de lágrimas. En ese estado de congoja continuó durante buena parte del trayecto.

Sin haber pronunciado más de cuatro palabras, llegaron al hotel. Cuando los dos salieron del automóvil, él le entregó las llaves a un mozo y le indicó que lo estacionara. A continuación, fueron hasta los ascensores, entraron y ella pulsó el botón de la sexta planta.

◆◆◆

La alegría que a Elena le había supuesto el evento de ese día, había quedado ensombrecida por una tristeza que le resultaba difícil de disimular. Aceptando y comprendiendo el estado de ánimo de ella, Alejandro respetó su silencio. Cuando entraron en la habitación, él fue directo al teléfono, lo descolgó y tras escuchar la voz del recepcionista, dijo:

—Por favor, suban una botella de champán y algo para comer.

—Creo que hoy no soy la mejor compañía —comentó ella mientras colgaba el bolso y se sentaba con desgana en la única silla

que había.

—Eso permíteme que lo decida yo —le respondió él, mientras que se agachaba delante de ella y le sacaba los zapatos—. Por cierto, no me has dicho a qué hora sale tu avión.

—A las dos de la tarde —le respondió a la vez que le pasaba una mano por el cabello.

—Pues tenemos varias horas por delante. Tendré tiempo de hacerte cambiar ese aspecto que ahora tienes. No puedo hablar por ti pero sé que, para mí, estos serán momentos que quedarán en mi memoria como unos de los mejores de mi vida. Te aseguro que no te miento.

Alejandro no se equivocaba. La comida junto con las burbujas del champán fue haciendo su efecto y, a medida que el desánimo se evaporaba, sin que ella apenas se diera cuenta, entró la pasión con la fuerza de un huracán, envolviendo con su brío y su poder, a dos seres que esa noche necesitaban amarse hasta perderse en las más recónditas de sus sensaciones. Era la última noche que pasarían juntos. Esas "varias" horas que Alejandro dijo que tenían por delante, se les deslizaba entre los dedos como gelatina escurridiza, sin poder hacer nada por detenerla. El tiempo se le escapaba por cada uno de los poros de su piel, como goteras que fluían constantes de las paredes de aquella habitación en la sexta planta de un hotel de Buenos Aires.

—Ahora tengo algo que hacer, pero volveré y te acompañaré al aeropuerto —le comentó Alejandro a la mañana siguiente cundo se encontraban desayunando.

—De acuerdo. Aunque no sé si será buena idea, no me gustan las despedidas —respondió Elena, añadiendo a sus palabras una sonrisa nerviosa.

—No pierdo la esperanza de que esta despedida no sea para siempre. Y si ha de ser la última, que sirva para mantenerla viva en mis recuerdos.

—En los míos también permanecerá como algo muy agradable que viví en un momento de mi vida.

◆◆◆

Elena estaba terminando de guardar su ropa en la maleta, cuando

sonó el teléfono de la habitación.

—¿Sí dígame?

—Señorita Zambrano, El señor Pereira desea subir a su habitación —dijo la voz de la recepcionista.

—Que suba. Gracias.

Le parecía extraño que llegara tan pronto, ya que faltaban casi cuatro horas para la salida del vuelo.

—Vienes pronto —comentó ella tras abrir la puerta.

—Traigo algo para ti de parte de mi abuelo —dijo mostrándole lo que llevaba en las manos.

Elena se quedó sin habla. No sabía a ciencia cierta lo que era, pero al momento lo intuyó al reparar en el tamaño del envoltorio.

—¿Es lo que pienso que es? —preguntó completamente desconcertada.

—Creo que estás en lo cierto.

—No puede ser, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? Mi abuelo dice que nadie mejor que tú para tenerlo. Ha insistido en que te diga que es su deseo para que, cuando lo mires, te hagas la idea de que casi podría ser tu propio retrato.

Después de deshacerse de la sorpresa y aceptando el regalo como algo ineludible, solo se le ocurrió decir:

—Pero, ¿cómo voy a llevar algo tan grande en el avión? Esto no se puede facturar, podría dañarse.

—Aunque el embalaje está hecho por personas expertas, es verdad que no se debe facturar, pero no te preocupes, me he informado de lo que debes hacer.

—¿Ah sí? —exclamó sin terminar de salir de su asombro.

—Sí, cuando subas al avión se lo entregas a una azafata y ella lo pondrá en un buen lugar hasta que llegues a España.

—Está bien. Tu abuelo es muy generoso conmigo. Por favor, dile que para mí será un verdadero honor y que me acordaré de él siempre que mire esta pintura.

Alejandro ya no se marchó, se quedó con ella hasta que llegó el momento de salir hacia el aeropuerto.

Horas más tarde, cuando por megafonía llamaron para que embarcaran los pasajeros con destino España. Elena y Alejandro se despidieron pensando que, probablemente, no volverían a verse.

—Si deseas que vaya, iré —le dijo él antes de separarse del último abrazo.

20

Sentada, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y los ojos cerrados, mientras el avión volaba a más de diez mil metros de altura, en los oídos de Elena seguían resonando las últimas palabras que le dijera Alejandro. «Si deseas que vaya, iré».

Después de numerosas horas de vuelo, con el cansancio reflejado en su semblante, caminaba por el aeropuerto de Bilbao, arrastrando con una mano la maleta y en la otra portando la pintura regalo del anciano pintor Pereira. Su padre la recibió con una enorme sonrisa que a ella le alegró el corazón. Cuando se abrazaron, tuvo conciencia de cuánto necesitaba refugiarse entre esos brazos tan queridos.

—Me alegro de que estés de vuelta hija.

—Yo también papá. Te he echado mucho de menos.

—¿No ha venido Juan Carlos? —le preguntó, a la vez que lo buscaba con los ojos.

—No, me llamó anoche para decirme que no podía venir a recogerte y que si podría hacerlo yo.

—Cuando hablé con él me dijo que vendría. En fin, le habrá surgido algún compromiso de última hora.

—Será eso —respondió el padre sin más—. ¡Oye! ¿Qué llevas aquí? —preguntó cogiéndole el envoltorio de la mano.

—Es un regalo.

—¿Un regalo? —inquirió curioso.

—Sí, es una pintura.

—Pues debe ser valiosa por el embalaje que le han hecho.

—No conozco su valor, pero para mí sí lo es, y mucho.

—Y, ¿quién te ha hecho este regalo? —volvió a sondear el hombre mientras, con sumo cuidado, lo metía en el maletero.

—Es un poco largo de explicar, pero ya te lo contaré. ¿Qué tal se encuentra la abuela, y Eduardo?

—La abuela está muy bien, deseando verte. Y Eduardo también. Aunque con tu hermano tan solo nos vemos en la empresa y allí tenemos poco tiempo para hablar, ya sabes lo liado que anda siempre.

Continuaron hablando de distintas cosas los minutos que duró el trayecto desde el aeropuerto a casa.

—Me ha parecido extraño que Juan Carlos me pidiera que fuera yo a buscarte —comentó el padre desde la cocina.

—Pues no sé papá. Pero da igual, ya estoy en casa, y me ha encantado que hayas sido tú el que me recibiera en el aeropuerto. Tengo muchas cosas que contarte, aunque tendrá que ser mañana, hoy estoy agotadísima.

—Claro hija, son muchas horas de vuelo. Te prepararé alguna cosa para comer y te vas a descansar.

—No te preocupes, me han dado algo en el avión y no tengo apetito. Lo único que necesito es meterme en mi cama y dormir.

—Que descanses —le deseó el padre, cuando minutos más tarde salió del baño envuelta en la toalla.

Elena entró en su dormitorio, buscó en un cajón el pijama, se lo puso y se metió en la cama. Recibió la mejor de las sensaciones, cuando su cuerpo y su olfato, reconocieron el contacto de su propia ropa. No le dio tiempo a recrearse demasiado porque al instante cerró los ojos y se quedó dormida.

◆◆◆

Se despertó con la luz del sol filtrándose por las ranuras de las persianas. Al momento reconoció que se encontraba en su dormitorio y en su cama. No tenía noción de las horas que había dormido, pero le costaba abrir los ojos y los oídos le seguían zumbando como si aún continuara dentro del avión. Permaneció unos minutos más sin interesarse por la hora que podría ser, hasta que la urgencia por ir al baño la hizo saltar de la cama a toda prisa.

Cuando salió miró el reloj, este le indicó las horas que había estado durmiendo. «¡Pero si he dormido quince horas seguidas!»

Exclamó sorprendida. Fue al salón, luego a la cocina, no había nadie en casa. Tenía la boca seca así que, llenó un vaso de agua y se lo bebió sin descansar. Luego abrió la nevera, sacó dos yogures y se los comió. A continuación, volvió al baño y se metió bajo la ducha. Durante el tiempo que permaneció bajo el agua pensó en lo que haría esa misma tarde.

Cuando terminó de arreglarse cogió el teléfono y marcó el numeró de su abuela Marimar.

—¡Hola cariño! Ya me ha dicho tu padre que has llegado.

—Sí abuela, ya estoy en casa.

—Y, ¿qué tal te ha ido?

—Muy bien. Ya te contaré, tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti también.

—¿Estás en casa?

—Sí. Ahora estaba pensando en salir un ratito al club social. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría ir a visitarte.

—Ah, pues no hay problema. Estaré esperándote.

Media hora más tarde Elena llamó al timbre de la puerta de casa de su abuela. Cuando la mujer abrió, ambas se abrazaron como si hiciese años que no se veían.

La abuela Marimar ya tenía en el fuego el agua para el té. Se sentaron en el sofá con la tetera en la mesa de centro y comenzaron a hablar como dos viejas amigas. Elena le preguntó cómo se encontraba y qué había hecho en los días que ella había estado fuera. La mujer le dijo que había hecho lo que siempre solía hacer y, a su vez, se interesó por todo lo referente al viaje: cómo había ido lo del libro, por qué se tuvo que quedar más días de los que tenía previsto, cómo era la ciudad de Buenos Aires. A todas las preguntas, Elena le fue respondiendo y extendiéndose en cada detalle. Sin embargo, rehusó hablarle del anciano pintor y de Alejandro.

—Y, en un país tan lejano. ¿No te has sentido muy sola?

—Al principio un poco. Pero lo cierto es que he conocido

personas muy interesantes.

—Interesantes. ¿Cómo de interesantes?

—He hecho amigos que me han ayudado, en parte, a paliar la soledad.

Las dos se quedaron calladas un momento mientras a la vez se llevaban la taza a los labios.

—¿Has visto ya a Juan Carlos? —le preguntó la abuela, después de dejar la taza en el plato.

—No, aún no. Supongo que mi padre te habrá dicho que fue él quien me recogió en el aeropuerto.

—Sí me lo dijo. Y digo yo que Juan Carlos debe estar muy atareado con los preparativos de vuestra boda, aunque según me dijo, cuando hace unos días me lo encontré por casualidad, era su madre la que se está ocupando de todo. También me comentó que te están esperando para fijar la fecha. Parece que están barajando dos posibilidades, pero que no querían decidir el día definitivo hasta que tú no volvieras.

—Bueno, ya lo hablaremos cuando nos veamos —comentó Elena mostrando, sin querer, una total indiferencia por esa cuestión.

—Está bien mi niña, aunque en ese tema tú deberías ser la principal implicada, al fin y al cabo, se trata de tu boda. En fin, tú sabrás, pero si quieres que te diga mi opinión…

—Claro que quiero saber tu opinión. Además, estoy segura de que me la vas a decir de todos modos.

—Pues opino que si antes de marcharte, yo veía poca dosis de interés por tu parte en esa boda, dejando que todo lo manejaran entre tu prometido y su madre, hoy aún te veo más indiferente.

—Es que acabo de llegar, ya me pondré al corriente.

—¿Sabes? Mi boda fue tan importante para mí que no tengo palabras para describir lo que sentía, y eso que han pasado casi sesenta años. A veces tengo miedo de que llegue un día en que me pueda olvidar del día más feliz de mi vida —explicó la mujer como si la acechara la más temible de las enfermedades; el olvido.

—No te preocupes, eso no va a suceder y, si se te olvidara, yo estaré a tu lado para recordártelo. Pero no hablemos de cosas tristes que todavía tienes que estar así de bien durante mucho tiempo. Ya me gustaría a mí llegar a tus años así de estupenda — señaló examinándola complacida.

Elena llevaba un buen rato intentando llevar la conversación al terreno que ella deseaba, pero no encontraba cómo hacerlo. Llegado ese momento, le pareció que sería el más oportuno, aunque sin tener muy claro cómo comenzar. Entonces, como si fuera algo que se le hubiera ocurrido en ese instante, se decidió a comentar.

—Por cierto, abuela, que pocas cosas me has contado de tu infancia. Sí, ya sé que me vas a repetir lo que ya nos has dicho algunas veces, que fuiste adoptada cuando eras un bebé, pero, ¿tus padres adoptivos nunca te explicaron de dónde procedías? ¿Si te acogieron de un orfanato o por el contrario fue tu madre biológica la que te entregó a ellos?

—Es que ese tema nunca me ha preocupado. Cuando tuve edad para comprenderlo, mis padres me revelaron que yo era una niña adoptada. Luego fueron pasando los años y casi me olvidé de eso. Ellos me adoraban y yo era muy feliz, así que no se me ocurrió volver a hablarles del tema. Siempre me sentí tan querida por ellos.

La mujer se quedó callada unos instantes, como reflexionando si debiera seguir hablando de algo que ocurrió hacía ya tanto tiempo. No obstante, volvió a rellenar las dos tazas y luego prosiguió.

—Cómo te he dicho, yo llegué a olvidar que era adoptada, pero cuando mi padre falleció y poco tiempo después mi madre cayó muy enferma, un día de los últimos de su vida, me llamó e hizo que nos quedáramos a solas. Entonces me pidió que buscara una caja que tenía guardada en el armario. Cuando la encontré y fui a dársela me dijo que no se la diera, que me la quedara porque era algo que me pertenecía y que deseaba hablarme de ella. Fue entonces, mientras yo mantenía esa caja encima de mis rodillas, cuando más me concretó cómo había sido mi adopción.

—Y, ¿qué había en esa caja? ¿Te contó cosas que antes no te habían dicho? —le pregunto Elena, anhelante de que continuara con la explicación.

—Sí, me contó que aún no tenía un mes cuando se hicieron cargo de mí y que era una niña preciosa. También me dijo que me

acogieron en un orfanato de Cádiz.

—¡¿De Cádiz?! ¿Y qué más te dijo? ¿Qué había en la caja? —le pregunto Elena con los ojos muy abiertos y la ansiedad reflejada en sus ojos.

La abuela no reparó en la exaltación que sus palabras habían despertado en su nieta. Los recuerdos de la mujer volaron a un tiempo muy lejano, un tiempo cuando siendo ella muy joven, había perdido a sus padres y, sobre todo, en el dolor que le supuso su pérdida. Permanecieron en silencio unos minutos, mientras Elena pensaba que ahí se había acabado todo lo que su abuela sabía acerca de sus padres bilógicos.

—Aguarda un momento —le indicó de pronto, a la vez que se levantaba del sofá y se dirigía a su dormitorio. Elena oyó abrir y cerrar unas puertas y a los pocos minutos la vio salir con una caja en las manos. Pese a que no tenía ni idea de qué era lo que contenía aquella caja, empezó a notar que los latidos del corazón se le aceleraban. Marimar volvió a sentarse y puso la caja encima de su falda. Era del tamaño como la de los zapatos, de madera, con unos grabados de colores en la tapa, que el paso del tiempo casi había borrado. La mujer abrió sin llave un pequeño candado y comenzó a sacar lo primero que le vino a la mano.

—Mira esto —dijo entregándole una pañoleta de paño color marrón—, perteneció a mi madre y esta libreta también era de ella. Todo lo que hay en esta caja perteneció a mi madre. Mira esta cadena y el colgante, dentro hay un reloj lo llevaba al cuello cuando murió. Por lo menos, eso les dijeron las monjitas a mis padres adoptivos.

Elena miraba conmocionada y en silencio cada uno de los objetos que su abuela iba entregándole. Aunque borrosas, pero bien ordenadas, en la libreta había escritas las primeras letras que se suelen aprender. En la foto se veía a un matrimonio, todavía joven, y cuatro hijos, uno de ellos, la mayor, era una niña de unos nueve años, un chico algo menor y dos de corta edad que parecían ser mellizos. Observaba con verdadera emoción todas aquellas cosas que tenía en sus manos. Lo último que la mujer sacó de la caja, fue un librito con letras impresas en la portada.

—Este era su pasaporte. Si lo abres se puede leer bien claro el nombre de mi madre.

Elena mantuvo el pasaporte unos segundos entre sus manos sin decidirse a abrirlo. Apretándolo fuertemente para que su abuela no se percatara del temblor de sus dedos, al fin abrió la tapa. Allí, en la primera hoja, aparecía el nombre. Se podía leer perfectamente: María Nogales Aguado y debajo, los sellos estampados de las aduanas española y argentina con menos de nueve meses de intervalo.

Elena sintió que se le erizaban todos los poros de la piel. En un momento se esfumaron todas sus dudas, lo que tenía ante sus ojos era una realidad tangible que le desvelaba la incertidumbre que había estado rondándole por la cabeza; unas sospechas que comenzaron el día que vio el cuadro con la pintura de una mujer que se parecía enormemente a ella. Sin embargo, entonces no podía imaginar la conexión tan directa que tenían, porque la analogía no es una cosa determinante; en el mundo debía haber miles de personas que se parecían entre sí sin que, por eso, les uniera ningún vínculo familiar.

—Tal vez, mi madre fue una más de esas personas que emigraron de España —argumentó la mujer, interrumpiendo los pensamientos de su nieta—. Aunque parece algo extraño que tardara tan poco tiempo en regresar.

—¿Y de tu padre nunca te dijeron nada?

—No, nada. Las monjas dijeron que lo que les entregaron a mis padres adoptivos era la única información que tenían de la niña.

—¿Tampoco le dijeron de qué forma llegaste al orfanato?

—Si le dijeron algo al respecto, mi madre no me lo contó. En fin, esto es todo lo que sé de mis padres biológicos —dijo a modo de conclusión.

La mujer cogió de las manos de su nieta el pasaporte, luego todo lo que había sacado de la caja y volvió a ponerlo dentro. Cuando la hubo cerrado, la dejó en un lado de la mesa.

—Te has quedado muy callada. ¿Tanto te ha impresionado lo que te he contado? —le preguntó mirándola extrañada.

—La verdad es que sí, pero solo hasta cierto punto.

—Claro, es que hay cosas que ya sabías.

Elena se quedó callada de nuevo. Su mente se debatía intentando dilucidar qué debía hacer a continuación; por un lado, le parecía que había llegado el momento de sincerarse con su abuela y contarle todo lo que ella sabía, y por otro, no estaba segura si todo aquello, no terminaría alterándola en exceso.

—Bueno, ¿me vas a decir ya qué tienes en esa cabeza? —le exigió mirándola con severidad, como si supiera que su estado de ánimo no tenía nada que ver con todo lo que le había mostrado—. Si se trata de tu boda, no te preocupes, nada de lo que me digas me va a sorprender.

—¿Por qué crees que tengo algo que decirte sobre mi boda? —le preguntó aún sin querer oír la respuesta.

—Porque te conozco y sé que algo te corroe ahí dentro —respondió llevando una de sus manos a la cabeza de su nieta—. En cualquier caso, dime, si no se trata de eso, entonces, ¿qué te tiene en ese estado de turbación?

—Veras abuela, es que es muy largo de explicar y…

—Yo no tengo prisa, así que decídete que cuanto antes empieces, antes terminarás.

—Sabes, he descubierto algo que tiene que ver contigo.

—Claro, te lo acabo de contar.

—No abuela, son cosas que tú no sabes —dijo sin estar segura de cómo continuaría.

—¿Ah sí? ¿Qué cosas son esas que has descubierto? —inquirió la mujer dándose la vuelta para mirarla de frente, con verdadero asombro en su cara.

—He conocido a una persona que me ha hablado de tus padres.

—¡¿Cómo es posible?! —exclamó la mujer dando un bote en el sofá.

—Tranquilízate —pidió Elena a la vez que le cogía sus manos entre las suyas—. Esa persona conoció a tu madre poco antes de que tú nacieras. Veras, este señor era muy amigo de tu padre y después, también lo fue de tu madre.

Elena hizo una pausa sin dejar de observar la reacción de su abuela. Esta la miraba con ojos incrédulos pero ansiosos por que continuara hablando.

—Si no te alteras demasiado, te lo contaré.

—¡Pues claro que me alteraré! —profirió—, pero necesito que me pongas al corriente paso a paso de todo lo que sepas.

—Está bien, lo haré. Al fin y al cabo, tienes todo el derecho a conocer lo que me han contado sobre tus padres biológicos.

◆◆◆

La única manera que Elena encontró y que le pareció más fácil, fue comenzar por el principio. Le contó cómo en una galería de arte, y por pura casualidad, había descubierto el retrato de una mujer que tenía un gran parecido con ella, aunque obvió que ese cuadro estaba ahora en su poder. Le habló de cómo consiguió conocer al artista que lo había pintado y que, en ese momento, era un anciano enfermo. Y, aunque solo por encima, también hizo mención a Alejandro. Poco a poco, la sumergió en lo que fue la corta vida de Angelina, su madre; cómo había vivido su infancia junto a sus padres y hermanos en un cortijo español y que esa familia, era la que aparecía en la fotografía que acababa de guardar en la caja.

Continuó explicándole cómo fue que Angelina se enamoró de Fabio y que esa fue la causa de que viajara a Buenos Aires.

—Sí abuela, después de hacerle un sinfín de promesas, Fabio no cumplió su palabra. Por eso, al sentirse engañada, quiso volver a España con su familia cuando estaba embarazada de casi nueve meses. Y Darío, el pintor, como buen amigo que era, fue quien la ayudó con todo lo referente al viaje —se quedó callada unos instantes rememorando las palabras del anciano pintor—. Lástima que no lo consiguiera.

Habían perdido la cuenta del tiempo que llevaban una hablando y la otra escuchando. Marimar parecía no parpadear. Estaba como paralizada, sin apartar los ojos de su nieta por temor a perderse algo de lo que decía. Un sudor frío y pegajoso le había empezado a humedecer las manos, la frente y el cuello. Elena se acercó y le pasó un clínex para secarle la humedad.

—No se portó como un buen hombre —dijo la mujer secándose

las lágrimas que le bañaban los ojos—. Me habría gustado que me quedase mejor recuerdo de mi padre.

El sonido del teléfono móvil las interrumpió. Elena miró la pantalla y comprobó que era Juan Carlos; respondió a la llamada.

Tras unos segundos escuchando lo que él le decía, ella le dijo:

—Sí estoy en casa de mi abuela. No, no es necesario que vengas a buscarme, es probable que me quede a dormir aquí.—Permaneció unos instantes atenta y de nuevo volvió a hablar—. Sí, está bien, pero esta noche me apetece estar con ella. Mañana nos vemos —dijo cortando la llamada.

—¿De verdad te vas a quedar a dormir? —le preguntó la abuela rogándole con los ojos que lo hiciera.

—Si tú quieres, claro que lo haré. Llamaré a mi padre y le avisaré para que no se preocupe.

Elena retomó la explicación donde la había dejado hasta que creyó que poco más había para explicar.

—Eso es todo lo que yo sé hasta ahora —dijo para concluir.

Cuando se quedó callada, la abuela pareció reflexionar unos instantes antes de hablar.

—Si lo he entendido bien, ¿mi padre biológico se casó y tuvo dos hijos? —preguntó para certificar el último pensamiento que le había asaltado.

—Sí, eso me dijo el señor Pereira.

—Pues si es así… tengo dos hermanos en Argentina.

—Claro abuela. Y si ellos han fallecido, quedaran sus hijos, si es que los tuvieron. Ahora que estamos seguras de tu identidad, si me das tu permiso, me gustaría hacer algunas investigaciones más no solo en Buenos Aires, también en España. Ten en cuenta que tu madre tenía tres hermanos —le explicó por si la mujer no había alcanzado a entenderlo—. Sabiendo sus apellidos, no será difícil buscar esa rama de tu árbol genealógico.

—Estaré encantada de que lo hagas. Si yo puedo ayudarte en lo que sea, no dudes en pedírmelo.

—Te mantendré informada de los descubrimientos que vaya haciendo.

—Hay otra cosa que no termino de comprender —dijo la mujer, tras permanecer en silencio unos instantes— ¿Por qué ese pintor te ha contado tantos detalles de la vida de mi madre y de mis abuelos?

Elena se quedó pensativa antes de responder. Era cierto, eso no se lo había dicho.

—Supongo que, desde el momento que me vio y supo que era española, tuvo el presentimiento de que entre Angelina y yo podría haber cierta conexión. También ese debía ser el motivo por el que me pidió que escribiera la historia a medida que él me la narraba.

—Y, ¿qué quería hacer él con una historia que no le pertenecía?

—En principio yo no sabía sus motivos, solo me dejé llevar por la curiosidad y una mínima sospecha. Luego, cuando terminó de explicarme hasta donde él sabía, me dijo que ya tenía la punta del hilo por dónde tirar para encontrar el final, y que, si deseaba terminarla, dispusiera de ella como creyera conveniente.

—Ah, ya lo entiendo —dijo la mujer como si le costara asimilar tanta información—. Ya tengo ganas de que la termines para poder leerla.

◆◆◆

Como le había prometido a su abuela, se quedó a dormir en su casa, alargando la velada hasta bien tarde. Mientras se preparaban algo para comer, Marimar continuó interrogándola con cuanto le venía a la cabeza, hasta que en un momento dado y sin saber muy bien cómo, Elena se encontró diciendo algo sobre Alejandro.

—Háblame de ese joven —le pidió la mujer con picardía en sus ojos.

—Ya te he dicho que es nieto del pintor.

—Sí, y también me has dicho que estuvo en la tertulia de tu libro. Pero cuéntame algo más sobre él.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó con una sonrisa— Ya entiendo, a ti te gustaría saber si ha habido algo entre nosotros. Pues sí, sí hubo algo.

Cuando se quedó callada con la expresión algo triste, la abuela le dijo:

—No tienes por qué sentirte culpable, tener una aventura, incluso a poco tiempo de la boda, no es nada tan anormal para la juventud de hoy en día, por lo menos eso es lo que se oye. Claro que esa expresión tuya me indica que no solo ha sido una aventura. —La mujer estiró el brazo por encima de la mesa, le puso los dedos debajo de la barbilla y le alzó la cabeza para que la mirara— ¿Me equivoco?

—Ay abuela, no te puedo ocultar nada, es como si me leyeras el pensamiento.

—No, cariño, yo no soy adivina, así que no te puedo leer el pensamiento, pero tus ojos son transparentes para mí, siempre me han dicho cómo está tu corazón.

—Eso es cierto —asintió ella.

También esa noche, Elena terminó contándole a su abuela lo que había ocurrido entre Alejandro y ella. No hicieron falta demasiadas palabras para que la mujer comprendiera lo que para su nieta significó aquella relación.

—No te voy a decir lo que debes hacer, porque ya eres mayorcita y porque estoy segura de que tú ya lo sabes —dijo la abuela en un momento en que sintió que a su nieta le costaba seguir hablando—. Pero piénsalo bien, porque a pesar de que, en este momento, te parezca descabellado romper con los planes de futuro que ya tenías marcados y que, tan solo considerarlo te resulte muy complejo, no debes permitir que otros decidan por ti. Llegado el momento, todos debemos coger las riendas para dirigir nuestra propia vida, aunque nos equivoquemos en elegir la trayectoria.

Cuando Elena se metió en la cama que había pertenecido a su abuelo y que aún continuaba en la misma habitación de la abuela, se permitió liberarse de un sinfín de pensamientos enredosos que últimamente llevaba aferrados a su cabeza.

»Tal vez mañana veré las cosas de otro modo, entonces será el momento de tomar decisiones», pensó.

Minutos después, cuando comenzó a escuchar la respiración reposada de su abuela indicándole que había caído en la profundidad del sueño, también ella se quedó dormida.

◆◆◆

Tal como había acordado con Elena la noche que durmió en su casa, Marimar organizó una comida familiar para dos días después. Coincidiendo que sería sábado, no tuvo ninguna dificultad para reunirlos a todos puesto que era una familia bastante reducida. La razón que la mujer expuso fue que su nieta había regresado y ella deseaba celebrarlo.

Elena no le había contado nada a su padre, referente a su descubrimiento en Buenos Aires. La abuela y ella habían decidido que se lo dirían cuando se reunieran para la comida, ya que también estaría presente el hermano.

Cuando a la hora citada llegó acompañada de su padre y este abrió la puerta con su propia llave, ella se las ingenió para ir directamente a una habitación y ocultar lo que llevaba en las manos. A continuación, fue a la cocina y se reunió con ellos.

No tardó en llegar Eduardo, el hermano, acompañado de Rosa, su pareja. Esa serían las personas que se sentarían entorno a la mesa. Cuando Eduardo preguntó a su hermana si no vendría Juan Carlos, ella le respondió que las cosas entre ellos no iban muy bien y que la abuela había decidido no invitarlo.

—Vaya, lo siento —dijo Rosa dirigiéndose a Elena.

Antes de que ella pudiese responder, terció Marimar.

—Bueno esas cosas pasan entre las parejas.

Fue un momento ameno en el que todos parecían estar encantados de pasar unas horas en mutua compañía. Y, por supuesto, regocijándose con la comida tan exquisita que preparaba la abuela. Cuando terminaron con los postres, Marimar elevó la voz por encima de los demás.

—Lo cierto es que os he reunido porque tengo algo que deciros, bueno en realidad es Elena la que mejor podrá hacerlo —dijo a la vez que miraba a su nieta.

—Venga, hablar una de las dos, que nos tenéis en ascuas —apremió el padre.

La abuela hizo una señal a su nieta para animarla a que hablara. Elena aún esperó unos instantes antes de comenzar. Entonces

explicó todo lo que había descubierto durante su estancia en Buenos Aires, referente a las raíces de la abuela. La sorpresa y la emoción, se hacía evidente en los rostros de todos a medida que ella lo narraba con todo detalle. Luego fue Marimar la que tomó el relevo, para hablarle de la caja que tenía en su poder desde que su madre adoptiva murió.

—Al mostrarle a Elena lo que mi madre me entregó, fue cuando descubrió que la mujer de la historia que le había contado el pintor, era mi madre.

Los tres miembros de la familia que oyeron por primera todo lo que envolvía a los antepasados de la abuela, permanecían en silencio sin salir de su estupefacción.

—En un principio no sabía cómo decírmelo, pero era tal su emoción que, al fin, no pudo resistir y me lo contó —aclaró mirando a Elena.

Entonces se levantó y se dirigió a su dormitorio. En ese momento, los comentarios comenzaron a cruzarse entre ellos, hasta que la mujer apareció de nuevo con la caja en las manos.

—Estas son las cuatro cosas que mi madre adoptiva me dio poco antes de morir —dijo a la vez que dejaba la caja en la mesa y la abría.

Todos se incorporaron a la vez y se inclinaron sobre la mesa para ver lo que ella iba sacando.

Más preguntas y más comentarios fueron fluyendo, a medida que cada uno miraba lo que Marimar les mostraba.

—No tengo la certeza de si habrá algo más que podamos saber, pero mi intención es hacer algunas investigaciones —les dijo Elena.

Entonces se levantó y fue a la habitación. Casi de inmediato, regresó sosteniendo entre las manos el gran envoltorio que había guardado cuando llegó. Lo dejó apoyado sobre la pared más cercana, fue a la cocina y volvió con una tijera. Ante la mirada atenta de todos, comenzó a cortar las cintas adhesivas con sumo cuidado. Cuando al fin consiguió sacar los cartones envolventes, apareció la pintura.

—Abuela, esta es tu madre —dijo a la vez que alzaba el cuadro en alto para que la mujer pudiera verla mejor.

—¡Ohhh! —exclamaron todos a la vez.

—¡Pero si es casi igual que tú! —declaró Marimar mientras se acercaba ajustándose las gafas— ¿No os parece algo increíble?

—Verdaderamente asombroso —apuntó el padre.

—Sí, increíble ¿verdad cariño? —ratificó el hermano dirigiéndose a su chica.

—Parecen la misma persona —reiteró Rosa.

—Cuando el pintor Pereira hizo esta pintura, tu madre estaba embarazada de más de ocho meses —le reveló finalmente.

Todos se mantenían a la espera de que la abuela dijera alguna cosa, pero Marimar necesitaba tiempo para asimilar tantas emociones. Al fin, después de pestañear para detener una lágrima que pugnaba por salir de sus ojos, dijo:

—No puedo expresar con palabras lo que esto significa para mí. Y todo te lo debo a ti, cariño —alcanzó a decir mirando a su nieta y tragando saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

21

Por unas cosas o por otras Elena y Juan Carlos seguían sin poner fecha a su enlace matrimonial. Cuanta más premura reclamaba él, más desinterés mostraba ella, motivo que provocaba verdaderos debates entre ellos. La relación estaba estancada, como una enfermedad crónica sin visos de mejoría. Cuando Elena reflexionaba, se decía que necesitaba tomar una decisión, pero los consejos que procedían de su cabeza no coincidían con los de su corazón. Ella solía prestar atención a sus dictámenes pero, en esa ocasión, prestarle atención le llevaría a tomar una medida drástica que le resultaría sumamente compleja.

—No sé qué hacer papá —le dijo un día, cuando se encontraba preparando algo para la cena.

—¿A qué te refieres? —le preguntó él fingiendo no saber de qué le hablaba.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Ah ya, se trata de tu boda. O sea, que no sabes si seguir adelante o mandarlo todo a hacer puñetas. ¿Es eso?

—Sí, se puede decir que es eso, pero lo dices de un modo.

—Las cosas se pueden decir de muchas maneras, no obstante, lo que cuenta de verdad, es su significado. Crees que no me doy cuenta de cómo te sientes —dejó el plato en la mesa y, en silencio, se dio media vuelta para mirarla. Luego continuó—. Cuando tu madre y yo decidimos casarnos, nos parecía que ese momento no llegaba nunca. Ya sé que eran otros tiempos y que no teníamos las libertades que tenéis ahora los jóvenes, que no necesitáis vivir juntos para tener intimidad, pero se trata de ilusión, y yo no veo en tus ojos lo que veía en los de tu madre, a ella le brillaban cuando hacíamos planes de futuro, cuando contábamos los días que nos quedaban para estar juntos. No hija, en tus ojos no hay esa chispa, pocas veces la he visto, pero desde hace un tiempo, me parece que te ha desaparecido por completo.

—Es que… bueno, no sé cómo explicarlo, cuando Juan Carlos y yo hablamos tenemos, más que acuerdos, desacuerdos, y al final

siempre acabamos enredados en una madeja de diferencias y contradicciones. No se lo atribuyo a él, probablemente la mayor parte de culpa sea mía, no lo sé.

—No tienes que hacer lo que los demás esperan que hagas y mucho menos simular que te agrada. Por lo tanto, haz una reflexión profunda y piensa qué es lo que de verdad deseas, pero no tardes en decidirte, porque si le das demasiadas vueltas, acabarás confundiendo tu mente y no encontrarás la forma de esclarecerla.

—¡Ay papá! Que complicado resulta tener claro lo que nos conviene —comentó con voz pesarosa.

—Es verdad. No podemos tomarnos a la ligera la elección de la persona con la que vamos a compartir nuestra vida. Acertar en ello nos puede permitir llevar una existencia más o menos armoniosa, pero si no es así, ya sabes cómo acaban hoy en día muchas parejas.

—¿Es por eso que tú nunca te has sentido tentado a volver a casarte, porque temes equivocarte?

—No solo es por eso, ya te lo he dicho muchas veces, cuando te toca una vez la lotería, es muy difícil que la suerte vuelva a sonreírte —dijo con voz nostálgica—. Sé muy bien que esas dudas que ahora te abruman, en breve sabrás cómo resolverlas —afirmó intentando infundirle la confianza en sí misma que, en ese momento, necesitaba su hija.

◆◆◆

Elena no se había comunicado con Alejandro desde que llego a España, y de eso hacía ya dos semanas. De momento, estaba inmersa en resolver lo que concernía a su futuro y no deseaba que mantener contacto con Alejandro, aunque solo fuese mediante el teléfono, le impidiera ver con claridad lo que en verdad sentía. Sabía que sería doloroso enfrentarse cara a cara con la crudeza de las circunstancias, pero tenía que tomar una decisión y no podía esperar más. «De hoy no pasa, hablaré con Juan Carlos y le diré que no voy a seguir adelante con la boda», se dijo. Cogió el teléfono y marcó su número.

—Hola Juan Carlos, tenemos que vernos —dijo cuando él respondió a la llamada.

—Claro, la verdad es que aún nos quedan muchas cosas por concretar.

—Sí, pero hay algo que es urgente que sepas.

Una hora después, se reunieron en la cafetería más cercana al trabajo de ella. Después de unas breves palabras, fue directa a lo que tenía en mente.

—No puedo seguir adelante con la boda —expuso tajante, intentando encontrar el mejor modo para que sus palabras no sonaran demasiado hirientes.

»Ya lo había dicho», pensó inmediatamente después.

—No sé por qué no me sorprende —respondió él con evidente ironía.

Entonces, tras alzarse un pesado silencio entre ambos, Juan Carlos se levantó y, sin decir una palabra más, se metió la mano en el bolsillo y dejó sobre la mesa unos euros para pagar los cafés que les habían servido. Luego, con aire despectivo, comenzó a caminar hacia la puerta y salió de la cafetería sin volver la cabeza. «Qué poco conocemos a las personas, por muy cerca que estemos de ellas», pensó mientras lo observaba alejarse a través del cristal de la ventana.

Finalmente, aquella ruptura no había sido tan espinosa como ella había supuesto. Pero no dejó de sorprenderle la distancia insalvable que los separaba; una lejanía que no era física, sino algo más profunda y que solo concernía a la personalidad de cada ser humano.

Tomar aquella medida no había sido sencillo para Elena, pero la certeza de haber hecho lo correcto fue su mejor compañía mientras regresaba a casa.

»La vida nos colma de decisiones ineludibles, y hoy me ha tocado cumplir con una de ellas», se dijo exhalando un soplo de alivio. Porque a pesar de que en ese momento su mente no discernía con total claridad, lo cierto era que, con esa decisión, había dejado el terreno limpio para asentar en él los cimientos del resto de su vida. Aunque la confirmación de esa idea tardó un tiempo en llegar a su cabeza.

Durante esos días, Elena había ido aclarando parte de lo que concernía al tema de la historia de su abuela, pero aún no se había puesto a fondo con la investigación que tenía prevista. Decidió dejar transcurrir un tiempo y tratar de poner en orden su cabeza de los

últimos acontecimientos en los que se había visto envuelta.

◆◆◆

Una noche tras cenar y charlar un rato con su padre, se fue a su habitación alegando que necesitaba descansar. Cuando se metió en la cama y cerró los ojos, sintió que la oscuridad la impregnaba de una nostalgia y unos recuerdos cercanos en el tiempo, pero lejanos en la distancia. Encendió la luz y miró el reloj, entonces saltó de la cama, fue hasta el escritorio donde había dejado el teléfono móvil; era buena hora para llamar a Argentina. Con un ligero temblor en la mano, abrió los contactos y cuando apareció el nombre que buscaba, pulsó el icono del telefonillo verde. El corazón se le aceleraba por momentos mientras oía el sonido repetido del aviso de llamada.

—Hola Elena. ¿Qué tal estas? —Oyó decir a Alejandro desde al otro lado de la línea.

—Bien. ¿Y tú cómo estás?

—Bien, bien. Supongo que hiciste bien el viaje, ¿es así?

—Sí, muy cansada pero bien. Siento no haberte llamado antes.

—No pasa nada, supongo que tienes tus razones. Tampoco yo te he llamado. La verdad es que muchas veces he estado tentado a hacerlo, pero dudaba si te parecería bien.

—Por qué no me iba a parecer bien —respondió con cierta indecisión—. Bueno lo más importante. ¿Cómo se encuentra tu abuelo?

—Ha tenido algunas recaídas más y lo cierto es que su estado es bastante preocupante —respondió con voz inquieta.

—Cuánto lo siento. Pero, ¿aún puede entenderte si le hablas?

—Sí, tiene todo su conocimiento, lo que más le cuesta es hablar.

—Pues dale un recado de mi parte. Dile que tenía razón en sus sospechas, que hay una conexión entre la chica del cuadro y mi familia.

—¡¿De verdad?! —exclamó Alejandro.

—Sí, tengo informes que demuestran que Angelina era la madre

de mi abuela Marimar. Dile también que como le había prometido, cuando haya terminado la historia se la haré llegar. Pero que aún me quedan por averiguar algunas cuestiones muy importantes.

Continuaron hablando varios minutos sobre ese tema. Aunque ninguno entró en el asunto que ambos estaban deseando tocar.

—Dale un beso de mi parte, que sepa que siempre lo tendré en mi memoria y, dile también, que espero que no le sepa mal, pero le he regalado la pintura a mi abuela, he creído que, después de todo, era ella la persona más apropiada para tenerla.

—Estoy seguro de que le parecerá bien tu decisión.

Continuaron hablando unos minutos más sobre el asunto de la abuela Marimar. Luego, antes de cortar la comunicación, ella le dijo:

—Ah, y puedes llamarme cuando quieras.

Elena no debía esperar nada diferente a lo que se dijeron en aquella charla, pero después de cortar la comunicación, le quedó una latente sensación de tristeza que le duró varios días.

◆◆◆

En ese estado continuó los días siguientes, intentando mentalizarse de que no podía ambicionar otra cosa que no fuese oír la voz de Alejandro a través del hilo telefónico.

—Abuela, he encontrado el orfanato en el que te adoptaron —le dijo un día entusiasmada.

—¡Ay! ¿Qué alegría? Y, ¿qué has descubierto?

—La monja que me atendió, me dijo que por teléfono no pueden dar información, pero que sí suelen guardar datos sobre los niños que daban en adopción. Estoy casi convencida de que, si voy allí, podré obtener toda la información que tengan.

—¿Y piensas ir? —preguntó la mujer completamente emocionada.

—Pues claro que iré. Y también voy a hacer averiguaciones sobre los hermanos de tu madre.

—Pero eso es muy complicado. ¿Cómo lo vas a hacer?

—Abuela, hoy en día con internet, no sabes las cosas que se pueden conseguir.

Esa misma noche le explicó a su padre el propósito que tenía de viajar a Cádiz, y que lo haría la semana próxima.

—Me parece muy buena idea. Lo cierto es que a mí también me interesa y si no fuera por el trabajo, me gustaría acompañarte.

—¡Papá! Solo serán dos o tres días. ¿No me vas a decir que no pueden prescindir de ti en la empresa? Me sentiría mucho mejor si me acompañaras.

—Tienes razón, iré contigo —afirmó decidido.

◆◆◆

Una mañana de la semana siguiente, padre e hija se detenían ante la puerta del convento de clausura de las Hermanas de la Caridad, en la dirección que Elena llevaba anotada. Ambos intercambiaron una mirada de incertidumbre antes de que ella pulsara el timbre. Con la impaciencia reflejada en sus semblantes permanecieron a la espera algunos minutos, hasta que escucharon accionar un cerrojo y al instante abrirse un postigo tras el que apareció la cara redonda y sonrosada de una monja.

—Buenos días hermana —dijeron al unísono.

—¿En qué podemos servirles? —preguntó la monja.

—Quisiéramos hablar con la madre superiora —expuso Elena.

—¿Tienen cita con ella?

—No, pero hace unos días llamé por teléfono para que me informaran sobre una niña que fue entregada en adopción desde este convento, y la hermana que me atendió me dijo que si tenían información sobre la identidad de esa niña, solo me la darían personalmente.

—Pero es que la madre superiora no recibe visitas que no hayan sido concertadas —indicó con una leve sonrisa que, para nada encajaba con el tono tajante de su voz.

—Vera hermana, hemos hecho un largo viaje hasta aquí. ¿No podría hacer una excepción? —intervino el padre.

—Está bien, esperen un momento —les dijo con resignación. Luego cerró de nuevo el postigo y su rostro desapareció.

No contabilizaron los minutos que permanecieron esperando, pero se les hicieron tan largos que ambos dudaron si volverían a ver la cara de la monja. Al fin oyeron unos suaves pasos tras la puerta y esta se abrió.

—La madre superiora ha accedido a recibirlos. Síganme por favor.

Los condujo por un largo pasillo hasta que se detuvieron ante una de las puertas que había a ambos lados. Luego, tras dar unos suaves golpecitos, la abrió y los hizo pasar. Después del saludo de rigor, la madre superiora les pidió que se sentaran al otro lado de la mesa en la que ella se encontraba.

—Y díganme, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó con esa amabilidad que solo algunas personas saben utilizar.

—Sabemos que mi madre fue entregada en adopción en este convento —empezó diciendo el padre.

—Solo quisiéramos saber si los datos que obran en nuestro poder son auténticos —apuntó Elena—. Nos haría un gran favor si usted nos lo pudiese confirmar.

—¿De qué año me están hablando? —preguntó.

—Creemos que fue en 1943.

La madre superiora se quedó pensativa unos instantes, luego se levantó, fue hasta un armario vitrina, se sacó del bolsillo un manojo de llaves y con una de ellas abrió las dos hojas de una puerta. Entonces buscó uno de los libros, lo cogió y volvió con él a la mesa.

—¿Saben su nombre original? —les preguntó a la vez que abría el libro y buscaba el índice en la última página.

—No, solo el de su madre. Creemos que se llamaba María Nogales Aguado y que, a la niña le pudieron poner los apellidos de la madre ya que el padre era desconocido.

El despacho de madera corroída por la carcoma, se impregnó de silencio mientras la monja pasaba su dedo índice por cada línea que iba leyendo.

—Sí, aquí está —anunció si levantar los ojos del libro.

Elena y su padre se incorporaron de un salto y se inclinaron sobre la mesa.

—Este es el índice, en él se indica que la información está en la página noventa y siete —aclaró a la vez que pasaba las hojas.

Cuando la encontró, comenzó a leer para ella. Padre e hija seguían inclinados sobre la mesa, pero no podían ver nada.

—Por favor, díganos ¿qué hay escrito?

—Aquí pone que tenía tres días cuando la trajeron. Que había nacido en un barco y que le pusieron de nombre María del Mar Nogales Aguado; los apellidos de la madre.

—¿No aclara nada más? —preguntó Elena anhelante.

—Sí, que fue bautizada en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen y que le pusieron María por su madre y Mar por haber nacido en el mar. Esa es toda la información que hay escrita. Aunque, si van al registro civil o al de la iglesia, puede que allí haya más datos.

No había duda; minutos después padre e hija salían del convento con la certeza de que Marimar era la hija de Angelina.

La siguiente visita que hicieron fue a la iglesia. Allí constaban un par de datos más bastante significativos, el nombre de la madrina: sor Encarnación de los Remedios, madre superiora en ese año, y el del padrino: don Simón Castro Mellado, de profesión, patrón de barco.

Elena había tomado nota de todos los datos obtenidos y no creyeron necesario ir al registro, de momento ya tenía la información que necesitaba. No obstante, a partir de ese momento, si quería demostrar que los apellidos de su abuela que figuraban en los registros eran falsos, no le quedaba otra que armarse de paciencia, pues tenía un largo camino por recorrer.

◆◆◆

Marimar esperaba a su hijo y a su nieta con verdadera impaciencia. A pesar de que ya les habían adelantado por teléfono parte de su investigación, la mujer necesitaba escucharlo de viva

voz. Cuando regresaron y fueron a verla, la pusieron al corriente sin omitir el más mínimo detalle.

Lo que Elena todavía no le quiso contar a su abuela, era la idea que tenía en mente. «No hay prisa, por el momento ya tiene bastante a lo que darle vueltas en la cabeza», pensó.

Su único objetivo en los días y las semanas que siguieron, fue dejar atrás las emociones desordenadas que se le habían almacenado en su mente. Se decía que había puesto en orden su vida al romper con Juan Carlos, pero en su cabeza residía un vigilante tenaz, que continuaba martirizándola con los recuerdos y las vivencias junto a un hombre que no era Juan Carlos.

Buscando el sosiego que necesitaba se aferró a su trabajo tratando de vivir el presente sin previsiones en el futuro. Pero no le resultaba fácil; debajo de las cenizas había escondidas unas brasas que, a poco que las removía, volvían a prenderse para convertirse en una viva llamarada. En ocasiones el deseo hacía su aparición por la noche, se metía en su cama e invadía su sueño arrastrándola a un incontrolado y ardiente delirio.

La aventura que vivió con el nieto del pintor, había trastocado sus designios creándole una expectativa que no lograba justificar. Incluso había llegado a formar parte de una vaga posibilidad de cambio en su vida, pero eso solo fue en unos momentos de locura, cuando olvidaba que se encontraba muy lejos de su país, y que, además, estaba comprometida con un proyecto de boda casi inminente. Aunque se decía que lo vivido en Buenos Aires, pertenecía ya al territorio del olvido, a medida que el tiempo pasaba, se le agravaba un sentimiento de pérdida del que no conseguía deshacerse para que la razón prevaleciera.

—¿Has vuelto a saber algo de Alejandro? —le preguntó su abuela, aun adivinando la respuesta.

—No, nada —le respondió ella sin más.

Le había hecho la pregunta un día en que Elena fue a visitarla y ambas se encontraban sentadas en el sofá tomándose un refresco. Habían hablado de distintas cosas, aunque ninguna relacionada con ese tema.

—Entonces ¿no te ha llamado? —le preguntó la mujer con cautela.

—No, no me ha llamado.

—¿Y tú lo has hecho?

—No abuela, tampoco le he llamado.

—¿Y por qué no lo haces?

Elena guardó un largo silencio. Conocía bien a Marimar y sabía que continuaría interrogándola hasta que le sacara lo que quería saber. Pero las preguntas invitaban a recuerdos que ella no deseaba alimentar. Había pensado en infinidad de ocasiones que cuando se despidieron en el aeropuerto, no le había parecido una despedida. Y en ese momento, mientras su abuela la observaba medio de reojo, ella volvió a pensar si de verdad habría otro momento para ellos.

—Se acerca la Navidad. ¿No te parece un buen momento para llamarle? Además, deberías interesarte por la salud del señor Pereira, tenemos muchas cosas que agradecerle. ¿No crees?

—Sí, tienes razón, debería hacerlo aunque solo sea para preguntar por su abuelo, pero él también podía haberme llamado. ¿No te parece?

—Vaya. Así que te mueres por hablar con él y no te decides. ¿Has pensado que tal vez no lo haya hecho porque crea que tú puedas estar muy liada con la boda, o incluso, de viaje de novios? —señaló la abuela como si descubriera algo que su nieta no había considerado—. Porque, si no has vuelto a hablar con él, no le has podido decir que la cancelaste. ¿No es así?

—Pues no, no se lo he dicho —respondió ella a la vez que ladeaba la cabeza y la miraba—. Lo llamaré, buscaré el momento y lo haré.

—Hazlo, pero no te demores —le aconsejó la mujer.

Cuando llegó a su casa ya lo había decidido. «No dejaré pasar ni un día más», se dijo. Con la agitación que le produjo pensar que hablaría con Alejandro, dejó el bolso sobre una silla, se quitó los zapatos y descalza caminó hasta el baño. El sonido del teléfono móvil la interrumpió antes de cruzar la puerta. Sin prisa, volvió sobre sus pasos y lo buscó en el bolso. Y, como si un ser superior hubiese interconectado sus mentes, el nombre de Alejandro aparecía en la pantalla. Una exclamación ahogada escapó de su garganta. «No puede ser, era yo la que había decidido llamarle»,

dijo en voz alta.

—Hola Alejandro —saludó cuando al fin pulsó la opción de responder.

—Hola Elena. ¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien —respondió él—. Pero dime, ¿no te estaré importunando?

—No, claro que no ¿por qué dices eso?

En breve haría tres meses desde que ella volvió de Buenos Aires y la tensión se hacía latente en el sonido de sus voces. El silencio que continuó parecía como si la conexión hubiese quedado interrumpida, pero sabían que no era así, que en cada extremo de la línea ambos permanecían esperando, con mucho por decirse, pero sin saber cómo empezar.

—¿Cómo se encuentra tu abuelo? —preguntó ella encontrando la mejor opción para iniciar la conversación.

La tardanza de su respuesta fue suficiente para que ella entendiera lo que él le diría.

—Falleció hace un mes —dijo al fin.

—¡Oh! Cuánto lo siento —exclamó con auténtica aflicción en su voz.

Al instante se interesó por todo lo referente al fallecimiento y él le fue explicando con más o menos detalles cómo había sucedido.

—A pesar de que tenía noventa y siete años, que estaba muy enfermo y que le llegó el momento de descansar, a mí me gustaría tenerle a mi lado. Supongo que es puro egoísmo, pero la verdad es que estas Navidades van a ser muy tristes.

—Te comprendo perfectamente, ya te dije que yo también he pasado por trances así de duros.

—En fin, no nos queda más remedio que aceptarlo —dijo él con voz resignada. Luego, cambiando el tono añadió—, y dime, ¿qué tal fue la boda?

Otro silencio. Era como si el silencio interfiriera entre ellos cada

dos o tres palabra.

—No ha habido boda —dijo ella buscando la manera de que su voz no manifestara ningún tipo de sentimiento.

—Siento si ha sido doloroso para ti.

—Supongo que las rupturas no deben ser agradables para nadie.

Sin entrar en detalles, Elena le explicó que era una decisión que debía tomar y que no se arrepentía de haberlo hecho. Luego, poco a poco, la conversación fue tomando otro rumbo, hasta que derivó en la declaración de sentimientos que los dos tenían dentro preparados para que afloraran.

—Pienso que, durante el tiempo que pasamos juntos, tendríamos que haber manifestado lo que sentíamos más abiertamente —se lamentó Alejandro.

—Bueno, ahora es demasiado tarde de todos modos. La distancia que nos separa resulta casi insalvable —apuntó ella.

—Esa distancia es solo una dimensión física, salvarla es algo totalmente posible. — Esperó una palabra de ella, pero como no la escuchó prosiguió—. Ahora hay pocas cosas que me retengan en mi país, por tanto, si tú quieres que vaya, iré.

«¡Dios!» —clamó ella impactada porque la posibilidad pudiera hacerse realidad.

Pero esa exclamación Alejandro no la escucho, se detuvo antes de salir de su boca y allí se quedó atascada, dejándola enmudecida por unos instantes. Porque las palabras de Alejandro llevaban explícitas una proposición que no podía, ni quería rechazar.

—¿No dices nada? —le preguntó él con algo de impaciencia en la voz.

—Es que no sé qué decir, bueno si lo sé; quererte resulta una aventura complicada, pero no puedo cambiar mis sentimientos hacia ti —argumentó dejando que fluyeran las palabras que nunca se había lanzado a decir. A continuación, añadió—: Ven cuando quieras, si de verdad lo deseas.

22

Elena se encontraba sentada en un banco del aeropuerto, delante del panel de información de llegadas de los vuelos internacionales. Intentaba distraer la espera hojeando una revista, aunque mirando cada instante el letrero luminoso por si anunciaban cambio en la hora de llegada del vuelo que esperaba. La impaciencia le estuvo asediando a lo largo del día, por lo que había llegado con bastante tiempo de antelación.

Al fin, cuando leyó que el avión se encontraba en tierra, se encaminó hasta la puerta de salida. Sabía que aún tendría que esperar un poco más, pero la impaciencia continuaba asediándola impidiéndole mantener las piernas quietas. Se levantó y caminó lentamente, hasta que se detuvo a cierta distancia del grupo de personas que se agolpaban cerca de la puerta de salida. Sentía los latidos del corazón en las sienes, pulsaciones que se hicieron apremiantes en su garganta cuando los primeros pasajeros comenzaron a salir por la puerta corredera. Aún tuvo que esperar unos minutos antes de verlo salir arrastrando la maleta con una mano, y una bolsa de viaje en la otra.

Alejandro caminó hasta el centro de la sala a la vez que buscaba con los ojos la figura de Elena. Cuando la descubrió permanecieron parados observándose unos instantes. Luego, él dio un paso, ella otro, y otros más, hasta que estuvieron a un palmo de distancia. Alejandro soltó el asa de la maleta y dejó la bolsa en el suelo, entonces estiró los brazos hacia ella y la atrajo hacia sí, Elena también abrió los suyos y le rodeó la espalda, luego se separaron, se dieron un beso en la mejilla y volvieron a abrazarse. Era como si dos personas que se querían se hubieran perdido durante mucho tiempo y por fin volvían a encontrarse.

—Estaba loco por verte —dijo él apartándola un poco para mirarla.

—Yo también, también estaba impaciente por que estuvieras aquí.

Volvieron a abrazarse. Luego, Alejandro cogió su equipaje y comenzaron a caminar hacia la salida del aeropuerto.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó mientras lo guiaba hasta el aparcamiento donde había dejado el coche.

—Bien, muy largo, pero bien.

Tras introducir la maleta y la bolsa en el maletero, Elena se sentó al volante y Alejandro ocupó el asiento del acompañante.

—Espero que sea de tu agrado el hotel que te he reservado.

—Estoy seguro de que así será.

—En cualquier caso, si no te parece bien, siempre puedes cambiarte.

—Ya te dije que un hotel no es el sitio donde me gusta vivir, así que no tardaré en buscar una vivienda. Me gustaría que me ayudaras en la búsqueda, porque espero que algún día la podamos compartir. Sin embargo, has de saber que no hay prisa y que para nada deseo presionarte, por tanto, tómate todo el tiempo que necesites.

—Ya contaba con eso. Tú también vas a necesitar tiempo para adaptarte. Además, apenas nos conocemos, sabemos muy poco el uno del otro.

—Es verdad, pero tendremos todo el tiempo del mundo. Creo que en asuntos del corazón hay que arriesgarse, que solo es cuestión de sinceridad y muchas dosis de cariño.

Elena no respondió, solo desvió los ojos de la carretera un instante para mirarle y ofrecerle la primera sonrisa de ese día.

Pocos minutos después llegaron al hotel. Cuando Alejandro terminó con los trámites pertinentes del alojamiento, le dijo:

—¿Me acompañas a la habitación?

—No puedo, tengo el coche en la entrada y no creo que permitan dejarlo más de lo imprescindible.

—Señorita —dijo él dirigiéndose a la chica que estaba detrás del mostrador— ¿Sería tan amable de pedirle a un mozo que estacionara el vehículo?

—Claro, no hay problema —respondió la chica amablemente.

Elena le entregó las llaves y ambos se dirigieron al ascensor.

—Nunca había estado en este hotel, pero así a primera vista, no está mal —dijo ella después de traspasar la puerta de la habitación — ¿Qué te parece a ti?

—Me parece perfecto —le respondió a la vez que dejaba el equipaje en el suelo y se sentaba en la silla—. En este momento me bastaría con que solo tuviese la cama; estoy bastante agotado.

—Es natural. Ahora me marcho y te dejo para que descanses.

—Espera un momento, no te vayas tan pronto —le dijo extendiendo una mano para que se acercara.

Elena dudó unos segundos. Cuando se acercó, Alejandro la cogió por la cintura y la sentó en sus rodillas.

—No te vayas por favor —le pidió en su oído—. He esperado tanto tiempo este momento, que ahora me parece un sueño.

—También es un sueño para mí —respondió ella, antes de que sus bocas se juntaran.

Todo lo que habían esperado ya podían disfrutarlo sin que nada se interpusiera entre ellos. A medida que las manos comenzaban a recorrer sus cuerpos por encima de la ropa, los besos y las caricias se impusieron revueltos por los torbellinos de la pasión desmedida y urgente. Después de escasos minutos, se pusieron de pie, Alejandro la tomó de la mano, la llevó hasta el filo de la cama y comenzó a despojarla de la ropa. Elena no se sintió reprimida como le ocurrió en las anteriores ocasiones, sino que le desabrochó los botones de la camisa y le ayudó a quitársela. Tenían mucho que decirse, pero lo harían más tarde, ahora era simple sentimiento, tacto, y la urgencia apremiante del deseo. Cuando sus cuerpos se pegaron como dos imanes, se centraron en explorar las distintas partes de sus cuerpos, allí donde el placer los hacía volar a lo más alto, sumiéndolos en un mismo espejismo delirante. Era como si volvieran a ser dos adolescentes atrapados en una piel que, pronto, empezaría a curtirse por el paso de los años.

Intercambiando caricias infatigables, prolongando hasta muy tarde el delirio de una excitación que sentían interminable. Cuando les invadía el cansancio, caían en la soñolencia con sus cuerpos entrelazados, hasta que tomaban conciencia y de nuevo se fundían en los besos y las caricias de sus cuerpos sudorosos. Y, tras alcanzar

otra vez la cúspide, volvían a sumirse en la relajación más placentera.

La tímida luz del amanecer se colaba por las espesas cortinas cuando Elena se despertó. Tenía el cuerpo de Alejandro pegado a su espalda y uno de sus brazos rodeándola por la cintura. Se dio la vuelta despacio y lo miró. Por su respiración pausada supo que estaba profundamente dormido. Sigilosa, se deshizo del brazo y salió de la cama. En la semioscuridad buscó su ropa y fue al cuarto de baño. Le apetecía una ducha, pero no quería hacer ruido así que, después de usar el inodoro y vestirse, volvió a la habitación, cogió el bolso y los zapatos y sin detenerse a calzarse, abrió la puerta y se marchó.

Lo que Elena había vivido con Alejandro esa noche, no era una experiencia que podía haber compartido con cualquier hombre; no, ese momento había sido demasiado intenso como para tacharlo de vivencia sexual. Lo sabía porque ella nunca antes había experimentado lo que se siente al hacer el amor con la persona a la que de verdad se ama.

◆◆◆

Cuando volvieron a verse, Alejandro le dijo que tenía algo para ella.

—Toma, esto me lo dio mi abuelo unos días antes de fallecer —indicó entregándole un pequeño envoltorio.

—¿Qué es? —preguntó Elena impaciente.

—No lo sé, me lo dio tal como lo ves. Lo que sí me dijo es que necesitaba hacer esto y que estaba seguro, que te iría bien para terminar la historia.

—Pero, ¿cómo sabía él que nos veríamos?

—No lo sabía, pero lo intuía. No obstante, me pidió que, si no te lo podía entregar personalmente, me ocupara de hacértelo llegar. También me dio algo para tu abuela, pero eso, si no te importa, me gustaría entregárselo yo.

—¿De verdad no sabes de qué se trata?

—Lo de tu abuela sí, lo tuyo no estoy seguro —dijo con un tono indefinido en la voz.

—Está bien, ahora lo sabré —dijo mientras quitaba el envoltorio.

—¿No preferirías hacerlo cuando estés sola? —la interrumpió él cuando ella ya había retirado el papel.

—Es una mini grabadora. Supongo que ha recordado alguna cosa que se le olvidó revelarme, y ahora que sabe de mi relación con la historia, desea contármela.

—Sí, supongo que sí. Solo me dijo que le comprara una grabadora. Cuando volví con ella, me indicó que la dejara encima de la almohada y que la pusiera en marcha, a continuación, nos pidió a Regina y a mí que le dejáramos solo.

Sin darle la mayor importancia, se la guardó en el bolso, y sin añadir nada más, cambiaron el hilo de conversación hacia las cosas que más les interesaban.

Durante las horas siguientes, a Elena se le olvidó por completo el tema de la grabadora. Fue al llegar a casa y escuchar el sonido del móvil, cuando al meter la mano en bolso, se topó con ella. La sacó y la sostuvo en la mano mientras respondía la llamada y charlaba con su amiga Chelo. Luego la dejó en la mesita, junto con el teléfono. «Ya buscaré un momento para escuchar la grabación», pensó. Minutos después, se puso el pijama y se metió en la cama. Había tenido un día muy movido y necesitaba descansar, pero la propia alteración que la invadía le impedía relajarse. Tras dar varias vueltas sin conseguir que el sueño la atrapara, encendió la lamparita y cogió la grabadora. La miró indecisa un momento sin decidirse a ponerla en marcha. Al fin, la sujetó con ambas manos y apretó la tecla *play*. Después de un par de minutos en que no se escuchaba nada, la voz jadeante y lánguida del anciano Pereira, comenzó a oírse.

Durante los minutos que duró la grabación, Elena se mantuvo atenta, sin moverse para no perderse el más mínimo detalle. Si al principio el anciano había comenzado hablando con palabras entrecortadas, a medida que avanzaba en la locución, su tono fue disminuyendo hasta quedar en un hilo de voz casi imperceptible, por lo que ella, tenía que poner su máxima atención para poder escuchar lo que decía. Después, cuando la grabación quedó enmudecida, permaneció un buen rato con la grabadora entre las manos. No podía dar crédito a lo que el señor Pereira le revelaba. Como un relámpago de su memoria, recordó la expresión del anciano cuando desgranaba la última parte de la historia, ese

momento en el que a ella le pareció que en su voz se apreciaba más el nerviosismo que el abatimiento, algo que no había notado hasta entonces.

◆◆◆

Perdió la cuenta del tiempo que llevaba con los ojos fijos en el techo y las manos sobre el abdomen con la grabadora entre ellas. La embargaba un sinfín de sentimientos encontrados que le resultaba tremendamente difícil dilucidar. No sabía cómo tomarse las palabras del anciano, ni lo que debería hacer con lo que ahora sabía. Al fin, cuando la venció el cansancio, se quedó dormida.

Se despertó antes de que sonara el despertador. Al momento recordó lo último que había oído antes de perder la conciencia. Buscó la grabadora que había resbalado a un lado de la cama, y la dejó sobre la mesita. No sabía exactamente la hora que era, pero la opresión que sentía en las sienes, le indicó que había dormido poco. Permaneció unos minutos en la cama, pensando cómo afrontar lo que el anciano exponía en la grabación. Decidió empezar contándoselo a Alejandro. «Esto no tiene por qué cambiar lo que hay entre nosotros», pensó cómo si le asaltara una mínima duda.

Lo llamó por teléfono y quedaron para verse cuando ella saliera del trabajo. Nada más encontrarse, Elena no pudo resistirse y le contó lo que había en la grabadora.

—No me puedo creer lo que me estás contando —le dijo él con cara de asombro—. Pero es verdad que no siempre se conoce del todo a las personas, por muchos años que pasen juntas.

—Sí, eso es algo que siempre he creído. ¿De verdad tú no sabías de qué se trataba?

—No, ya te dije que solo me pidió que te la entregara, y me pareció una intromisión fisgonear en algo que no me concierne.

Cuando llegaron al hotel donde él se alojaba, Elena volvió a poner en marcha la grabadora y juntos escucharon las declaraciones del señor Pereira.

—¿Supongo que se lo dirás a tu familia? ¿Cuándo piensas hacerlo?

—No lo sé. Tendré que buscar el momento —Se quedó pensativa unos segundos—. Tenía intención de organizar una comida en casa,

para presentártelo a todos. Como te he dicho, les he hablado de ti y tienen ganas de conocerte, en especial mi abuela Marimar.

—A mí también me apetece mucho. Además, podemos aprovechar para darle lo que me dio mi abuelo para ella.

Cuando Alejandro le explicó de qué se trataba, ella le dijo:

—No estoy muy segura de cómo se lo tomará después de que le contemos la verdad. Pero ya lo sabremos —dijo con voz dudosa. Luego reflexionó un instante—.Tengo un proyecto entre manos, y lo que has traído creo que me ayudará. Aunque tal vez tengamos que aplazar la comida hasta que lo haya terminado.

—Me parece una idea estupenda —señaló él una vez que ella le explicara de qué se trataba.

Dejaron pasar unos días mientras ella concluía el proyecto que había ideado para su abuela, a la vez que ellos también comenzaron a hacer planes de futuro.

Llegado el momento, Elena le comunicó a su familia que los invitaba a comer en casa porque deseaba que conocieran a Alejandro.

La comida se convirtió en una reunión agradable, puesto que el invitado principal cayó muy bien a todos los miembros de la familia.

—Creo que has acertado en la elección —le dijo su padre a Elena en un momento en que ambos se encontraban en la cocina.

—Eso espero papá. No deseo volver a equivocarme otra vez.

—En esta vida no podemos estar seguros de casi nada, pero no por eso, debemos dejar que en nuestros ojos se apague la chispa que se enciende cuando perseguimos un sueño.

Elena y Alejandro le pusieron al corriente de los proyectos que tenían: que estaban buscando una casa para vivir juntos y que él estaba intentando encontrar algo a lo que dedicarse.

—Los negocios están en manos de personas de confianza que se ocupan de ellos, no obstante, yo tendría que ir a Buenos Aires cada cierto tiempo —puntualizó Alejandro.

—Estoy seguro de que aquí encontrarás un trabajo a tu medida —señaló el padre.

Al fin, cuando terminaron los postres, Elena elevó un poco el tono de voz sobre los demás.

—Tengo algo que contaros —empezó diciendo—. Si bien ya os he hablado de lo que descubrí en Buenos Aires, esto no lo sabía, por eso no os lo pude explicar. Así que he creído que hoy sería un buen momento para que lo supieseis.

Ante las miradas interrogantes, Elena se levantó, fue hasta la percha donde tenía colgado el bolso y sacó la grabadora. La dejó encima de la mesa, puso su dedo índice sobre sus labios para indicar silencio, a continuación, apretó la tecla *play*. Después de dos minutos en los que todos permanecían expectantes, se escuchó la voz del señor Pereira.

«Para Elena:

Tengo la total certeza de que, de una forma u otra, esta grabación llegará a tus manos. Utilízala como creas oportuno.

Aun siendo consciente de lo que esto significará para ti y para tu familia, no puedo por menos que hacer un acto de sinceridad y desvelar la verdad. Deseo hacerlo por mí mismo, pero, sobre todo, porque se lo debo a quienes estuvieron implicados en la historia: Angelina y Fabio.

Cuando el tiempo se me agota, ya que estoy a punto de emprender mi último viaje, es en ese momento en el que hago balance del paso por mi existencia y, antes de que agonicen mis sentidos, deseo revelar la verdad sobre unos hechos acaecidos hace mucho tiempo; algo en lo que tomé parte activa y que interfirió en las vidas de otras personas, alterando de ese modo sus destinos.

Elena, te vuelvo a reiterar que seguí con máxima precisión todo lo expuesto en la historia que te conté. Pero hay unos detalles cruciales que me guardé, sin saber muy bien por qué lo hice. Supongo que algunos seres humanos, llevamos innata la malevolencia y eso nos hace conducirnos de forma indigna.

Unos días después de que Angelina dejara el apartamento para ir a vivir al piso, Fabio fue a verla. Extrañado de no encontrarla, preguntó a la señora Rosalía. La mujer siguiendo las instrucciones que le habíamos dado, le dijo que hacía unos días que había embarcado hacia España. Fue entonces cuando Fabio acudió a mí y me interrogó. Estaba totalmente conmocionado y fuera de sí.

—¡No me puedo creer que se haya marchado! —me dijo furioso, aunque con una enorme tristeza en su voz.

—¿Por qué no te lo puedes creer? Solo tú has sido el responsable de su marcha. Le dijiste que en dos meses te casabas. ¿Qué esperabas? Estaba deshecha, cansada de tus pretextos; la trajiste a este país con engaños, aun sabiendo que no te casarías con ella. Tú eras su faro, su norte y has terminado destrozándole la vida con el más negro de los desengaños.

Me escuchaba sin apartar los ojos de mí, con una enorme carga de incredulidad en su mirada. Yo me mantenía con la mirada esquiva, sin atreverme a mirarle por temor a delatarme. Cuando me quedé callado, me agarró por los hombros a la vez que decía:

—No me puedo creer que tú no sepas algo más. ¿Seguro que se ha marchado?

Yo asentí con un ligero movimiento de cabeza.

—Pues, ¿sabes qué? Acabo de romper mi compromiso y, lo más sorprendente de todo, es que no me arrepiento. Por mi torpe inseguridad, he perdido a la mujer que amo con todo mi corazón. Te aseguro que haré cualquier cosa por recuperarla, a ella y a nuestro hijo.

Dio media vuelta para irse, pero antes se acercó de nuevo y añadió:

—Ahora tengo algunas cosas pendientes que hacer aquí. En cuanto las resuelva, iré a buscarla y la convenceré de mi amor, le demostraré cuánto la quiero, y si ella no desea volver a Buenos Aires, yo me quedaré en España —señaló con una determinación

que me dejó helado y sin palabras—. Acto seguido se marchó.

A partir de ese momento, tuve la certeza de que, nuestra amistad quedaba herida de muerte y que no volvería a verlo. No fue del todo así. Unos días después vino a verme, insistiendo de nuevo en que no se creía que yo no estuviese al corriente de lo que pensaba hacer Lina. Tras reiterarle una y otra vez que no sabía nada, desistió. Aunque solo fue durante unos días, porque después de unas semanas, me abordó otra vez, pero en esta ocasión con un nuevo objetivo; me dijo que, si yo me consideraba su amigo, que le ayudara, que nos pusiéramos a indagar juntos para buscarla. No pude negarme. Fue de ese modo como nos enteramos de que Angelina había dado a luz una niña y que ella había muerto en el parto.

El descubrimiento lo dejó destrozado durante bastante tiempo. Finalmente, salió de la apatía y comenzó a indagar sobre su hija. Tras innumerables intentos para hacerse con la niña y no conseguirlo, se marchó de casa de sus padres y desapareció durante bastante tiempo. Incluso llegué a pensar que habría viajado a España.

Creo recordar que habían pasado unos cinco o seis años, cuando nos encontramos por casualidad. Ese día me explicó que vivía en un pueblito, no recuerdo el nombre, que se había casado, que tenía dos hijos y que había venido a la ciudad al funeral de su padre. Fue entonces cuando volvió a reiterarme que le gustaría tener el retrato de Angelina. Yo mantuve mi obstinada negativa, hasta que finalmente pareció resignarse.

—¿Qué habrá sido de mi hija? Me arrepiento de tantas cosas. Si pudiera dar marcha atrás... —dijo con sincera congoja.

En ese momento, estuve a punto de sincerarme con él, confesarle lo ruin que me comporté, pero no encontré el valor suficiente y, como el cobarde que soy, seguí callando. Nos despedimos. Poca cosa más supe de él posteriormente.»

La grabadora se quedó enmudecida un momento, y todos se miraron estupefactos. Elena hizo una señal con la mano indicándoles que aguardaran, y al instante volvió a escucharse la voz del anciano.

«Supongo que mientras la pintaba, durante los días que estuvo en el piso, mantuve la esperanza de que, al verse sola y desamparada, se lo pensara mejor y decidiera quedarse conmigo. Incluso en el último momento, cuando la llevé al puerto y esperábamos a que embarcara, me aferré a esa posibilidad. Entonces, cuando finalmente tuve la certeza de que no podría evitar que tomara ese barco, ya no pude rectificar, y no encontré el valor de revelarle la verdad. Esa, y solo esa fue la razón de que no le dijera que Fabio fue a verla para decirle que había cancelado la boda y que se casaría con ella.

Si yo le hubiese dicho que la buscaba, estoy seguro de que no se hubiese marchado y, por consiguiente, su vida no habría corrido el peligro que la aguardaba al dar a luz en el barco.

Soy culpable de su muerte y, esa culpabilidad, la he llevado a cuestas conmigo toda mi vida. Si mi actuación merece alguna mínima disculpa, es porque, ni por un momento, pensé que a Lina le acechaba la muerte, para impedirle regresar con su familia.

No comprendo qué induce a los seres humanos a tener ese tipo de actitudes. ¿Por qué los resentimientos y los celos nos ciegan de tal manera que, si no podemos conseguir lo que queremos, tampoco soportamos que lo obtengan los demás, incluso pudiendo llegar a aborrecer a aquel que se interpone en nuestro camino?

Elena, el resto de la historia ya la conoces, espero y deseo de corazón que podáis perdonarme; que toda tú familia encuentre algún motivo que justifique mi nefasto comportamiento.»

Cuando se dejó de escuchar la voz del anciano, Elena extendió el brazo y paró la grabadora. Durante unos minutos el silencio se apoderó del salón. Como si cada uno estuviese buscando las

palabras apropiadas. Al fin, fue Alejandro el primero que habló.

—No sé qué decirles. Sobre todo, a usted Marimar —dijo casi sin levantar la cabeza del mantel.

La mujer estaba aturdida, con los ojos brillantes, amenazando con salirle las lágrimas. Sopló para soltar un poco de aire y habló.

—El corazón del ser humano tiene recovecos oscuros que permanecen agazapados, esperando el momento para salir a la superficie. No hay porque ser una mala persona para cometer algún acto del que nos avergoncemos el resto de nuestra vida. En cualquier caso, el destino también tiene mucho que ver en la deriva del camino que cada uno escoge. Así que, en este caso, en mi corazón puede más creer que al final mi padre quiso enderezar su error, que la actitud del señor Pereira, teniendo en cuenta que actúo por amor.

Nadie cuestionó la reflexión de Marimar. Elena permanecía pensativa. A ella no le resultaba fácil deshacerse de lo que consideraba poco menos que una traición. No solo ponía en tela de juicio la admiración que, desde el primer momento, había sentido por el anciano pintor, sino que, además, le enfurecía el dolor que éste le había causado a Angelina y a Fabio.

—Niña, nosotros no somos un jurado —dijo la abuela adivinado los pensamientos de su nieta—. Nadie debería juzgar a los demás tan a la ligera, estoy convencida de que cada cual lleva arrastrando alguna carga en su propia conciencia. Así que, ahora terminaremos la sobremesa del mismo modo que empezamos la comida: disfrutando del momento.

Nadie tuvo nada que objetar.

—Haré café —señaló Elena a la vez que se levantaba.

—Voy contigo —dijo Rosa yendo tras ella.

Cuando regresaron, la conversación de los que estaban en la mesa había girado en torno al tema de la integración de Alejandro en el mundo laboral.

Después, cuando todos saboreaban el café, Elena le hizo una señal con los ojos a Alejandro.

—Marimar, su nieta y yo tenemos un regalo para usted.

—¿Ah, sí? —preguntó la mujer mirando expectante primero a él y después a Elena—. ¿Y de qué se trata?

—Enseguida lo verá —confirmó Alejandro regalándole la mejor de sus sonrisas.

Elena fue a la habitación y al momento, volvió con una carpeta en las manos y se la dio a Alejandro; él se levantó, rodeó la mesa y se puso al lado de la abuela.

—Esto me lo dio mi abuelo para usted cuando supo a ciencia cierta que Angelina era su madre. Mi intención era hacérsela llegar de algún modo, pero creo que mejor modo que este.

Le entregó la carpeta y la ayudó a abrirla. Con manos temblorosas Marimar sacó una cartulina, entonces se ajustó las gafas y la observó durante unos minutos.

—Es una pintura preciosa —dijo a la vez que se la mostraba a todos—. Entre el paisaje se ve la silueta de una mujer. ¿De verdad te los dio para mí?

—Sí claro. Además, me dijo que estaba seguro de que le gustaría tenerla.

—Hay algo en ella que... no sé, me transmiten una extraña sensación que soy incapaz de definir.

—Esa mujer que se ve entre el paisaje, es Angelina. Mi abuelo hizo esas pinturas cuando estuvo en el cortijo —le aclaró, mientras la mujer continuaba observándola.

—¡Dios mío! —fue lo único que pudo decir.

Durante varios minutos continuaron los distintos comentarios.

—Yo también quiero darte algo —le dijo luego Elena.

Mientras iba a buscar el regalo, pensó que tal vez serían demasiadas emociones en un solo día, pero sabía de la fortaleza de su abuela y decidió que las emociones más fuertes ya las había vivido al descubrir la verdadera identidad de sus padres biológicos. Cuando apareció con el envoltorio y se lo entregó, Elena estaba casi tan emocionada como su abuela.

—Ábrelo —le dijo entregándole el paquete a la vez que le daba

un beso en la frente.

El envoltorio era más bien pequeño, así que dejó que la mujer lo desenvolviera ella misma. Era un libro encuadernado en tapa dura, no muy grueso y de unos quince por veinticinco centímetros. Marimar lo puso sobre la mesa y observó la tapa; en el centro había impreso el dibujo que acababa de ver y, en la parte superior, el título del libro. Debajo, el nombre de su nieta.

Los Pies en el Barro.

Elena Zambrano

Epílogo

Dos coches circulaban por una carretera estrecha que bordeaba los pies de una cordillera. Después de haber dejado atrás centenares de kilómetros de autopista, el paisaje se fue tornando suavemente escarpado dividiéndose entre algunas franjas de cultivo. Era evidente que se estaba adentrando en la sierra.

—Pero, ¿Dónde vamos? —Preguntó la abuela Marimar por enésima vez— ¿Estáis seguros que no nos hemos perdido en estos parajes?

—No Marimar, no se preocupe que no estamos perdidos. Los caminos siempre llegan a alguna parte —le respondió Alejandro para tranquilizarla a la vez que la miraba a través del retrovisor.

Las otras dos personas que viajaban en el coche, no tuvieron por menos que reír ante la preocupación de la abuela. El horizonte se teñía de los colores rojizos de sol en el atardecer, cuando el automóvil comenzó a transitar por una estrecha carretera bien asfaltada y bordeada de distintos tipos de árboles.

—El GPS indica que estamos llegando —apuntó Alejandro.

A Elena le dio un pequeño salto el corazón cuando alcanzaron una pequeña loma y comenzaron a descender. Sabía a dónde se dirigían y, aunque en ese momento, el camino ya no tenía baches ni estaba embarrado, podía identificar el lugar.

Finalmente, Alejandro detuvo el automóvil frente a una hermosa verja de hierro instalada en un largo muro de estuco. El hermano de Elena también detuvo el que él conducía acompañado de Rosa. Todos salieron de los coches y se aproximaron a la verja; desde allí se podía ver parte de la casa rural en la que pasarían un par de días.

—Y, ¿aquí vamos a quedarnos el fin de semana? —protestó la abuela.

—Sí abuela, pero ya verás que te gustará. Mañana, cuando hayas descansado, lo veras todo distinto.

Aún permanecieron unos minutos más observando la casa desde fuera. Aunque las paredes estaban recientemente restauradas,

seguían conservando el estilo original de tiempos pasados. En la explanada de delante, en lugar de grava, ahora había una inmaculada extensión de césped que se alargaba por ambos lados de la casa. A unos trecientos metros, en la parte de atrás, asomaba el techo y parte de las paredes de una pequeña construcción mucho más nueva y moderna.

—En esa viven los dueños. Fue con ellos con quien me puse en contacto —explicó Elena señalando con el brazo.

—Bueno, deberíamos llamar al timbre para avisar de que hemos llegado —apuntó Eduardo.

—Sí será lo mejor, se está haciendo tarde —convino el padre.

Acudió a recibirlos un hombre de unos cuarenta años y al momento apareció una mujer más o menos de la misma edad. El hombre se presentó como Tomás y la mujer como Loli, su esposa. La pareja les informó de que ellos se cuidarían de atenderles en todo lo que estuviera en sus manos.

Cuando entraron en la casa, Loli les enseñó las distintas estancias de las que se componía. Igual que el exterior, también el interior estaba rehabilitado, pero conservaba la esencia de lo que había sido en sus inicios. La decoración era sencilla y la mayoría del mobiliario relativamente nuevo, pero seguía conservando algunas piezas antiguas. Elena apenas escuchaba las explicaciones que daba Loli. Recientemente había oído, escrito y releído tantas cosas sobre aquella casa, que las tenía clavadas en su mente y podía recordar a la perfección cómo era cada espacio.

Lo que más le impresionó fue la cocina. Recorrió con la vista cada rincón hasta que sus ojos se detuvieron en la mesa, una de las antiguas piezas que aún se conservaban. Era de madera de roble y, aunque estaba restaurada, en el envejecimiento de la madera estaban impresos los años que llevaba en esa cocina. Elena pasó la mano por la superficie y luego miró a Alejandro, él se acercó y le pasó un brazo por los hombros. No sabía de aquella casa tantas cosas como ella, nadie de los presentes lo sabía, pero sí intentaba comprender lo que Elena sentía en ese momento.

Otra habitación que reconoció fue la que ocupó Fabio Ledesma el tiempo que estuvo en el cortijo. Lo supo porque el anciano pintor, en su narración, hacía hincapié en el temblor que se apoderaba de las piernas de Angelina, cuando caminaba por el pasillo de la

primera planta y pasaba por delante de la tercera puerta.

Cuando Loli terminó de enseñarles la casa, les dijo que en unos minutos tendrían la cena lista y que cuando ellos lo desearan, se la podía servir. Todos estuvieron de acuerdo en que ya podía hacerlo, porque el viaje había sido largo y necesitaban descansar.

Elena tenía intención de descubrirle a su abuela esa noche, el porqué estaban allí y lo que para ella podía representar aquel lugar. Pero cuando la miró y descubrió el exceso de cansancio en su rostro, desistió.

—Creo que deberíamos dejarlo para mañana —les comentó a los demás cuando, en un momento, la mujer había ido al baño.

Todos estuvieron de acuerdo, principalmente por la abuela, pero a la vez por ellos mismos que también acusaban el largo viaje.

Al fin, cuando tras la cena dijeron que en breve se irían a la cama, Elena se levantó de la mesa diciendo que saldría un momento a tomar un poco el aire. Alejandro la siguió y se sentaron en el último escalón de la entrada. Ambos permanecieron callados escuchando el silencio de la noche durante varios minutos. Solo la luz tímida de dos farolas, alumbraba unos cuantos metros más allá del césped. En la distancia todo era penumbra. Sobre sus cabezas, un cielo cuajado de brillantes estrellas y la luna que, en cuarto creciente, apuntaba abriéndose camino sobre el horizonte.

—¿Sabes? Creo que, a pesar de esta oscuridad, podría orientarme en la dirección donde Casiano se construyó el chozo —dijo Elena muy bajito como si no deseara interrumpir aquel silencio.

—¿Tú crees? —le preguntó él dubitativo.

—Sí, creo que estará por allí —señaló con la mano.

—Bueno, en cualquier caso, de esa chabola ya no quedará absolutamente nada.

—Mañana lo sabremos.

—¿Qué tal si nos vamos a descansar? —propuso Alejandro a la vez que la atraía hacia sí.

—Sí, lo necesitamos. Mañana será otro día, el de hoy ha sido muy largo e intenso.

◆◆◆

Al amanecer del día siguiente, Elena se deslizó de la cama, se echó por los hombros un pañuelo algo grueso, fue hasta el pasillo y entró en el baño. Cuando salió y comenzó a bajar la escalera, escuchó unos pasos tras ella.

—Espérame un momento, que voy contigo —le dijo Alejandro en voz baja.

Ella asintió con la cabeza, y mientras lo esperaba, se acercó a la puerta y la abrió. Unos tímidos rayos de sol comenzaban a asomar otorgándole un precioso color rosa fuerte a un trozo de cielo.

—Has madrugado —le dijo él cuando llegó a su lado— ¿No has podido dormir?

—Sí, he dormido de un tirón.

Habían comenzado a caminar sin hacer comentarios sobre adónde se dirigían. Lo hacían por un estrecho sendero cubierto de hierba, que ascendía hacia una pequeña loma en el lado opuesto de la carretera. A unos cuatrocientos metros apareció lo que Elena buscaba.

—No te equivocabas —dijo él cuando se detuvieron ante las ruinas de una modesta construcción.

El techo no existía y buena parte de las paredes también se encontraban derruidas. No pudieron acceder al interior ya que estaba cubierto de maleza, pero desde fuera, se apreciaban perfectamente las dimensiones de la vivienda.

—Era realmente pequeña —apuntó ella—. Mira, en ese lugar era donde encendían el fuego, en la pared aún se aprecia el color ennegrecido del humo.

Permanecieron un buen rato más observando y comentando sobre la forma de vida en aquellos años.

—No en todos los ámbitos rurales de España se vivía del mismo modo. Aunque eran malos tiempos para la gente humilde, en los lugares donde unos pocos se habían ido haciendo con las tierras de una forma poco legal, era donde la miseria se desarrollaba de manera más patente.

—Eso ha pasado y pasa en la mayoría de los países —dijo él.

Continuaron hablando de ese tema mientras volvían a la casa, cuando el resto de la familia empezaba a levantarse.

—¿Verdad que ahora ves de otro modo este lugar? —le preguntó Elena a su abuela, cuando a media mañana toda la familia daba un paseo en dirección al río.

—Sí, la verdad es que, con este día tan estupendo, da gusto pasear por este sitio —admitió la mujer.

—Madre has de saber el por qué hemos venido aquí. Ha sido cosa de Elena, pero todos hemos estado de acuerdo con ella —le dijo su hijo.

—Pues ya podéis estar contándomelo, que me habéis traído como si fuera una vieja caduca que no pueda entender las cosas —indicó Marimar simulando enfado.

—Tu nieta te lo va a explicar en unos instantes.

La abuela caminaba sujeta al brazo de su hijo y de su nieta cuando se detuvieron a la orilla del río. Elena buscó con la mirada una piedra que fuese algo plana para que la mujer pudiera sentarse, el resto lo hicieron en el suelo.

—Abuela mira hacia allí. ¿No te recuerda a algo este entorno y esos picos de montañas?

—El campo y las montañas en general todas tienen algún parecido —respondió mientras se ponía la mano a modo de visera y agudizaba los ojos para mirar a lo lejos—¡Oh sí! —exclamó a la vez que se agarraba a la mano de Elena para levantarse todo lo rápido que pudo.

La mujer no podía hablar, las palabras no acudían a sus labios. Elena se situó a su lado y le dijo:

—Esta zona es parte del dibujo que Alejandro te trajo como regalo de su abuelo.

—¡Claro, es cierto! —volvió a exclamar Marimar.

Elena puso una mano en su brazo y a continuación le dijo:

—En este cortijo nació y vivió tu madre su juventud —se detuvo

un instante para darle tiempo a que la mujer asimilara sus palabras —. El resto de la historia ya la sabes, si tu madre no hubiese muerto en el barco que la traía de vuelta, tú también habrías nacido aquí, porque, esa era su intención cuando decidió regresar a España; que vinieras a este mundo y te criaras al amparo de su familia.

Elena busco un clínex y lo puso en la mano de su abuela para que se secara una lágrima que se empeñaba en detener.

—¿Cómo has podido hacer tantas averiguaciones? —pudo preguntarle al fin.

—En cierta ocasión te comenté que, buscando en internet, se puede encontrar casi toda la información que se desea.

Elena se volvió a quedar callada. Dudaba si debería continuar explicándole algo que aún le quedaba pendiente. Pero las palabras se impusieron a la reflexión.

—Dispongo de la partida de nacimiento de tu madre biológica. Te la daré para que tú la tengas y puedas actuar como mejor te parezca, incluso si lo deseas, puedes recuperar tus verdaderos apellidos. También se pueden buscar a los hermanos de tu madre, es posible que alguno sea longevo y si no es así, seguro que tendrán descendientes. Pero ya te digo que esas decisiones solo te corresponden a ti.

—Ahora no puedo pensar en eso. He recibido tanta información y sentido tantas emociones, que necesito tiempo para digerirlo todo.

Era cierto, la mujer permaneció algo aturdida durante varias horas. Sin embargo, cuando a media tarde todos decidieron salir a dar un paseo, ella fue la primera en apuntarse.

Comenzaron a subir la pequeña loma y, cuando caminaron unos cuatrocientos metros, Elena les mostró los restos del chozo. El pensamiento de la mujer voló sobre lo que leyó en la biografía que había escrito su nieta. Cómo sus abuelos habían hecho de aquella cabaña el hogar para formar una familia y poder ver crecer a sus hijos. No pudo por menos que pensar en que Casiano y Teodora se fueron de este mundo sin saber que su hija, tras comprobar que sus sueños se habían roto en mil pedazos, al fin había decidido volver para que su hijo naciese bajo el refugio de las personas que más la querían. «No, eso ellos nunca llegaron a saberlo», pensó.

Todas esas, y otras cavilaciones, se agolpaban en la cabeza de

Marimar mientras, cogida del brazo de Elena, reanudaban el paseo y dejaban atrás aquella visión tan tremendamente desoladora.

—Sabes, tengo dos sentimientos muy contradictorios respecto a este lugar —le comentó a su nieta, cuando ambas se quedaron rezagadas del resto del grupo.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Elena girando la cabeza para mirarla expectante.

—Sí. Por un lado, me gusta lo que veo porque este lugar me parece hermoso. Palpita la vida en cada sitio donde se pone la mirada. Pero por el otro, siento que lo detesto, me corroe una rabia tremenda saber que en estos campos malvivieron las personas de mi familia.

—Pero abuela, de esas injusticias no tiene la culpa el campo, la tienen los que se aprovechan de las circunstancias y de las necesidades de los más débiles.

—Sí, es cierto esa es una actitud muy primitiva y arraigada en el ser humano.

—Aunque no siempre ocurre, a veces la vida le concede a cada uno lo que se merece —apuntó la chica—. ¿Te acuerdas del señorito José Luís?

—Sí claro, el heredero de esta finca.

—Pues si la información que tengo es veraz, al señorito lo encontraron muerto a los pocos meses de casarse, o sea, justo después de que Angelina se marchara a Buenos Aires. Parece ser que le dispararon dos tiros de escopeta en la cabeza. Y, por mucho que la Guardia Civil investigó el caso, no pudieron encontrar al culpable.

Finalmente, el padre, dueño de estas tierras, terminó arruinado viéndose obligado a malvenderlas. De hecho, tuvieron que dividirlas y liquidarlas por parcelas, pero solo el terreno que estaba mejor situado, en el que se encuentra la casa, la huerta y poco más, el resto está yermo, lo han dejado morir comido por la maleza.

—¿Tú crees en el azar? ¿Crees que cuando nacemos tenemos el destino escrito en la frente? —le preguntó la abuela de improviso, mientras dejaba vagar los ojos y la mente como si la pregunta la hubiese dirigido hacia ella misma.

—No estoy muy segura. Siempre he sido muy escéptica sobre ese tema, pero en estos últimos meses me han ocurrido una serie de acontecimientos que… bueno, si ahora me pusiera a pensarlo con detenimiento, no lo pondría tanto en tela de juicio.

AGRADECIMIENTOS

A Javier, mi hijo, que está ahí para ayudarme a resolver mis dudas. A Noemí, por su colaboración y sus acertados consejos. A Paco, mi compañero en esta andadura de la vida. Y a las personas que me han aportado detalles para nutrirme en la creación de esta novela.

About The Author

IREEN ANGUAS MORENO

Irene Anguas nació en la provincia de Córdoba (España) Cuando era adolescente se trasladó a Barcelona donde vive en la actualidad. Mujer emprendedora se ocupó de su negocio durante buena parte de su vida.
Ya en la mediana edad descubrió que la literatura, junto con la interpretación en el teatro, son sus dos grandes pasiones.
Tiene escrita una biografía familiar, varios relatos sin publicar, y cuatro novelas publicadas: “La Tata” “Tiempo de mariposas” y “Los pies en el barro” Ahora nos presenta su última novela: “La Morada de los Sauces”.

Puedes contactar con ella:
Facebook: Irene Anguas M. Autora
Instagram: @anguasirene
Email: anguitas1@yahoo.es

Books By This Author

LA TATA

Lucía nace a principios del siglo XX. Siendo solo una niña se ve en la necesidad de ponerse a trabajar como sirvienta. A partir de entonces pasa los días entre sartenes, cacerolas y las labores propias de una adulta.
Entregada a su trabajo, la vida de Lucía transcurre monótona y silenciosa, hasta que en el día de su treinta cumpleaños, recibe una carta…
La Tata cuenta la historia de una mujer entregada a los demás hasta sus últimos días, a la vez que habla de amores imposibles en una sociedad retrógrada y clasista en la España de la postguerra.

TIEMPO DE MARIPOSAS

Esta novela entrelaza la vida de tres mujeres a lo largo de los años para descubrirnos sus vivencias, amores, desamores, los desengaños y adversidades que habrán de afrontar, y de cómo buscaran recomponer sus sueños roto para conseguir ser dueñas de sus propias vidas.

LOS PIES EN EL BARRO

En verano de 2017 Elena viaja de España a Buenos Aires para la promoción de su novela. En una galería de arte descubre un hecho enigmático que le lleva a emprender una investigación y a conocer a un anciano y afamado pintor que, en sus últimos días, le contará un relato sorprendente y conmovedor que terminará por alterar su vida. La narración nos traslada a los años de la posguerra en España donde Angelina sobrevive a duras penas junto a su familia. Mientras se va desgranando la vida de estas dos mujeres, separadas por el tiempo, y se entrelazan sus historias, Elena seguirá ahondando en su investigación y descubrirá que el azar juega un papel fundamental en su vida.
En esta novela se habla de dignidad, esperanza, ilusión y del empeño por alcanzar el amor prohibido, a la vez que se recuerda la importancia de cumplir las promesas realizadas.

LA MORADA DE LOS SAUCES

Alicia es una mujer que se enfrenta a una sucesión de conflictos familiares y que la mantienen apartada del ámbito laboral durante

años. Más tarde, cuando ha sobrepasado la cincuentena y quiere reincorporarse, la crisis económica por la que pasa el país le pone la búsqueda muy difícil. Tras desarrollar trabajos precarios y de corta duración, cuando cree haber perdido toda posibilidad, recibe una oferta que no puede rechazar.

Alicia conocerá a diferentes personas con las que irá generando una buena amistad. Un grupo que, pese a sus distintas problemáticas, se empeñará en organizar un proyecto para cumplir el que, podría ser, el sueño más importante de sus vidas: una circunstancia en la que Alicia se ve implicada hasta llegar a ser una de las principales protagonistas.

En esta historia se mezclan distintas y encontradas pasiones: amor, rencor, ternura, esperanza… sentimientos que dejaron huella en los corazones de cada uno de los personajes y que permanecen en su interior a lo largo de sus vidas.